



# HISTORIANDO **NUESTROS** SILENCIOS

en clave con... de... para mujeres  
(Y ALGUNOS HOMBRES)

**MARBELLA  
CAMACARO  
CUEVAS**



EDITORES



**Historiando nuestros  
silencios en clave  
con... de... para  
mujeres  
(y algunos hombres)**

Marbella Camacaro Cuevas

Marbella Camacaro Cuevas  
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.  
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6286-4  
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:  
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:  
Sultana del Lago Editores

[www.sultanadellago.com](http://www.sultanadellago.com)  
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

## Confidencias académicas y algo más...

Estas confidencias académicas no tienen ubicación en un país preciso, más allá de mencionar a América latina como referente ni universidad puntual, más allá de referir que pudieron ocurrir en cualquier alma mater ni tiempo específico, más allá de señalar el siglo XXI, pero pudiera ser el XX, porque en lo que atañe a estas confidencias, los cambios son imperceptibles.

Así pues, que estas confidencias con tan precisas imprecisiones, fueron posibles después de un encuentro previamente convenido en el cafetín de la universidad a tempranas horas de la mañana. Siempre que iba a un encuentro con mi mentora me acompañaba la alegría y la expectativa, máxime cuando era algo previamente convenido, porque tenía sabor a novedad... a conocimiento, el cual podría ser relativo a la vida o lo académico... o ¿Por qué no? a lo que llaman chismes y nosotras lo llamábamos -cuitas epistemológicas- para teñirlo de un tinte intelectualoide. En realidad, Zarhy, mi mentora, valoraba como conocimiento del cotidiano esas cuitas, disfrutábamos desmenuzando ese imaginario colectivo... Umm, iba caminando abstraída hacia el cafetín riéndome conmigo misma, cuando desde lejos la vi, llegué y ella estaba ahí tomándose su café, nos abrazamos y al oído me preguntó:

—¿Karina ¿Mañana en la tarde estarás ocupada?

—No, estoy libre... sonsáqueme.

Ella sonreía de tal manera, que me imaginé que algo bueno se traía entre manos, ya la conocía, dijo:

—Me invitaron a conversar acerca del aborto con estudiantes del 5° año de medicina, ¿Quieres acompañarme?

Sonreí, ella ya sabía la respuesta, no tuve que hablar, añadió:

—Entonces, mañana te sugiero estar atenta y anotar todo aquello que te llame la atención, aunque parezca sin importancia, a veces allí está lo que necesitamos saber.

Me quedé con la duda o la interrogante qué significaba eso, pero no pregunté. Nos despedimos. Ese mismo día, yendo hacia mi casa compré un cuaderno para anotar lo que llamara mi

atención, lo bauticé *mi libreta de confidencias académicas y algo más*.

Nos encontramos el día convenido para la actividad con los/as estudiantes de medicina; lo primero que hice fue mostrarle mi cuaderno, le pregunté qué le parecía el nombre con el que lo había bautizado, ella sonrió, —me parece apropiada la palabra confidencias, porque lo que debemos atesorar en ese cuaderno, son aquellos hechos que se generan a través de los intercambios de ideas, esa es una fuente de sabiduría. Desde ese día fui una observadora y participante de las ocurrencias académicas significativas, individuales y/o colectivas. Caminamos juntas senderos con horizontes comunes, ella me decía, -tal vez, dejaré de caminar los senderos primero que tú, pero ninguna debe llegar hasta el horizonte, ese no es nuestro cardinal porque perderíamos los sueños... solo caminaremos hacia su inalcanzable encuentro. Mi mentora era docente/investigadora en estudios de las mujeres o teoría feminista. Con el correr del tiempo con el hilo de las palabras compartidas fuimos tejiendo... algo así, como una clineja apretada por la intensidad, flexible por el respeto mutuo, tramada por la sororidad y adornada por la mutua admiración.

Esa tarde de la actividad llegamos antes que las y los estudiantes; en el salón había un escritorio, lo desplazamos hacia un lado, cada una giró un pupitre y nos sentamos de cara a la puerta de entrada. A mi mentora la invitó el doctor Simón, su mejor amigo, era psiquiatra mitólogo, deseaba que, durante su hora de clases, ella compartiera con sus estudiantes una discusión acerca del aborto. Él llegó un rato después que nosotras. Al terminar de llegar el grupo de estudiantes, el doctor hizo una introducción y arrancamos la actividad.

Ella no dio ninguna información relativa a la temática. Después de saludar sólo preguntó ¿por qué estamos aquí?, ellas y ellos quedaron silentes por un rato, una joven dijo, —creo que nos va a dar una clase sobre aborto—, mi mentora les aclaró —No quisiera dar una clase, ya tienen suficiente en el hospital—, y preguntó:

—¿Qué les parece si conversamos acerca del aborto?

Igual que el momento anterior, se quedaron en silencio, o mejor dicho como extrañadas/os, entonces, acotó:

—Bueno, ¿Alguien se anima a decirnos algo acerca del aborto? Sorpresivamente levantaron las manos, enseguida anoté en *mi libreta de confidencias académicas y algo más* esos detalles, no

sabía si era importante anotarlos, pero sí sabía que deseaba estrenarla, pero tuve mi primera frustración anotar no era posible porque los sucesos van más rápido que la mano. Las siguientes sesiones las grabé y sólo anotaba aquello en lo que le ganaba a la grabadora, los acontecimientos humanos.

—Cualquiera de quienes levantaron la mano que comparta lo que tenga a bien decir.

Un alumno se incorporó y dijo:

—El aborto es un proceso de interrupción y finalización prematura del embarazo que ocurre antes que el feto pueda sobrevivir fuera del útero.

—¿Cuál es tu nombre?

—Federico Armas

—¿Están de acuerdo con lo expresado por Federico?

Al unísono:

—¡Siiii!

—Bien, se animaron a intervenir, mejor dicho, a responder en grupo, ¿quién desea compartir algo más al respecto?, preguntó:

Se repitió el silencio... hasta que una alumna dijo:

—Bueno... Un aborto puede ser espontáneo o inducido, doctora ¿Eso es lo qué pregunta?

Mi mentora, acotó:

—En realidad no he limitado el tema con ninguna pregunta. Silencio total, ella, les miró como faro en el mar, y comentó:

—Estoy segura que ustedes tienen mucho que decir acerca del aborto, deben tener una perspectiva personal, más allá de la visión médica.

La misma alumna continuó, —Cierto, nosotros nos referimos más al manejo médico, a los riesgos fisiológicos u orgánicos del aborto.

Mi mentora afirmó con la cabeza y añadió:

—Bien, para no sacarles de su zona de confort, invito a que relaten acerca de cómo es la dinámica de la relación médica con las pacientes con aborto...

Inmediatamente levantó la mano un bachiller, y contó:

—Recuerdo una de mis primeras experiencias cuando llegó una adolescente con una hemorragia por aborto, yo estaba conmovido por lo asustada que estaba la paciente, no me atrevía a tranquilizarla, me paralicé, ningún estudiante se atreve a tener una actitud comprensiva con las pacientes por aborto,

porque nos hacen sentir que estamos perdiendo el tiempo de trabajo, el residente me gritó, —¿Qué te pasa?— y comenzó a hacerle una serie de comentarios irónicos, —*seguro que me vas a decir que te caíste por una escalera o que de repente sangraste y no sabes por qué y que crees en el niño Jesús*—. Esa experiencia fue muy traumática... quizás porque eran mis primeras guardias... uno después se acostumbra...

Una alumna se apresuró a contar:

—En la sala de parto se habla lo necesario, se le pregunta a la paciente lo necesario, cuando es por aborto la actitud es peor, de desconfianza y de intimidación a la paciente, hay demasiado trabajo, por eso hay violencia, maltrato humano, cuando ellas se ponen nerviosas las agreden... Todo se centra en el trabajo, casi no se le dirige la palabra a la paciente.

Otro se levantó manifestando:

—Llegan muchas jóvenes con abortos provocados, inmediatamente nos damos cuenta, la ves a la cara, a los ojos, se les hace 3 preguntas claves y ya sabemos... Independientemente de la hora en que hayan llegado, siempre tienen que esperar hasta la mañana siguiente, sólo se atienden antes de un parto si es de muerte. Llegan desesperadas gritando que las atiendan, los residentes se sienten muy mal que los grite una paciente y más si viene con aborto. El trato hacia las mujeres que abortan es diferente porque hay pena legal y un rechazo por la falta moral.

Mi mentora se dirigió a mí, pidiéndome que compartiera una experiencia al respecto y les conté un hecho de los que más me impactó cuando fui pasante de obstetricia en el pregrado de medicina.

—Un aspecto dramático es que la demanda por abortos provocados es muy elevada, creo que el mayor porcentaje de legrados es por abortos provocados y la mayoría son jóvenes, muchas de ellas adolescentes. Los legrados se hacen en las mañanas, porque los anestesiólogos no quieren trabajar de tarde o de noche. El trato es humillante... pasan de cuatro en cuatro, las anestesian, les hacen legrado, y las despiertan bruscamente para que pasen otras.

Mi mentora carraspeó para aclarar el tono de voz, mejor dicho, para disimular el peso anímico que le causaba la realidad expresada por las/os estudiantes, entonces propuso, voy a tratar de hacer un recuento de lo que he entendido con sus

propios testimonios, si digo algo que consideren malinterpretado me hacen señas y lo aclaramos ¿Están de acuerdo?

Todas/os estuvieron de acuerdo.

Ella comenzó:

—Podríamos decir que las mujeres que demandan atención por aborto, las atienden de último en la jornada de trabajo porque se consideran prioritarios los partos; la mayoría son mujeres jóvenes; el personal médico, de antemano, supone que son abortos provocados, pero pueden ser espontáneos; ellas son estigmatizadas moralmente... ¿Les parece acertada mi apreciación?

—Estamos de acuerdo, dijeron en coro.

Ella, continuó diciendo:

—Sus testimonios encierran una riqueza de información incalculable, podríamos pasar horas conversando al respecto, pero el tiempo juega en contra de ahondar en el debate, para ir cerrando la actividad pregunto, ¿Cuál es la razón médica de darle prioridad a la atención de los partos frente a los abortos, si estos son emergencias obstétricas?

Se quedaron en silencio por un rato, un alumno levantó la mano, mi mentora le pidió que interviniera, se levantó y expresó:

—Creo que es porque con los partos damos vida, los abortos son muerte... nosotros salvamos vidas...

La mirada de ella era panorámica, esperaba otra intervención, el grupo estaba a la expectativa, pasado unos minutos, preguntó:

—¿Pudiera ocurrir que la mujer en proceso de aborto muriera por no ser atendida a tiempo?

—Claro que puede ocurrir, contestaron casi al unísono.

—Entonces les invito a pensar si la decisión de quién tiene prioridad de atención responde a la misión médica de salvar vidas... comentó mi mentora.

Una alumna se levantó y con ímpetu fijó su posición:

—Sinceramente nunca he estado de acuerdo con esa rutina obstétrica, sabemos que predomina la doble moral, no se les da la atención requerida porque suponen que son provocados y son castigadas con la omisión de atención, la misión médica debiera ser tratar de vencer los prejuicios en nuestro ejercicio profesional.

Estábamos contra el tiempo, tenían que irse a clases de otra materia, mi mentora agradeció sus intervenciones, obvia-

mente manifestó su coincidencia con la última intervención, el grupo en general se apreciaba interesado en la discusión. Como es costumbre salieron corriendo para llegar a tiempo a la siguiente clase.

Para mí venía la parte que más disfrutaba, oír y participar en la conversación con mi mentora y el doctor Simón. Él era un personaje, no tenía carro, siempre andaba buscando quien lo llevara o trajera, nunca le faltaba gente para ello, era muy querido. Cargaba en la espalda un morralito con figuras infantiles —*supongo que era de su hijo*—, lleno de libros, pues literalmente era obsesivo con la lectura, era muy alto, lo que acentuaba el contraste con el tamaño del morralito, calvo, de ojos azules. Nosotras adorábamos sus ocurrencias, de tan profundas tocaban la ingenuidad. Nos fuimos a una pastelería a conversar, al sentarnos, el doctor Simón, comentó:

—Zarhy y Karina, les digo algo... creo que la discusión de hoy les tocó anímicamente a muchos estudiantes, porque les permitió oírse y mirarse a sí mismos, sabemos que la dinámica de estudio a la que están sometidos/as les consume la capacidad de procesar lo que aprenden, la información repetitiva, mecánica, abrumadora, les diluye la criticidad.

Se quedó dándole vueltas al azúcar del café, de repente me preguntó, — ¿Karina qué opinas acerca de lo discutido en la actividad de hoy?

—Doctor qué le puedo decir eh eh... sin ninguna duda la atención hospitalaria del aborto es sesgada por razones prejuiciosas, los abortos están caracterizados por la obstetricia como emergencias... quienes se dan golpes de pecho con el cuento de salvar vidas, cuando ejercen en clínicas privadas a los abortos les ponen un nombre científico *legrado uterino*, mientras en el hospital lo criminalizan...

Nos quedamos saboreando el café, mi mentora, añadió:

—Simón, aunque no fue referido abiertamente lo preocupante del aborto provocado es que no se conoce la estadística, porque no lo refieren en las historias médicas, omiten la información, ello dificulta la posibilidad dar respuestas a un problema de salud pública... Bueno... ya es hora de despedirnos.

El doctor Simón, antes de levantarnos de la mesa, nos conminó:

—Levanten la mano derecha y coloquen la izquierda sobre la

taza de café y juren que volverán a hacer una segunda sesión con el grupo—. Convenimos, pero con la izquierda levantada porque es la del corazón. Con ese juramento cerramos el día.

Había seminarios que requerían trasladarnos a otro núcleo de la universidad ubicado en otra ciudad; para mí era lo máximo, pues en la carretera iba con mi laptop prendida anotando algunas ideas que mi mentora discutía conmigo, nos parábamos en cafeterías para desayunar, momentos que, en algunas ocasiones, aprovechábamos para compartir, no sólo *confidencias académicas*, sino *algo más* de vida. La diferencia generacional era una fortaleza en nuestra cercanía.

Durante esos viajes mi mentora, quien era muy conversadora, bueno... ambas lo éramos, nunca parábamos de hablar o reír o llorar, pero un día, ella iba con la mirada en la lejanía, yo manejaba, pero la observaba de reojo, me transmitía una sensación de nostalgia y remembranza, moría sólo por preguntarle si le ocurría algo, pero guardé silencio. Recorrido un buen trecho de la carretera, sin volver la mirada, comentó, -cuántos viajes he hecho a diferentes lugares, no sólo en el país, sino fuera de él, en ese empeño titánico de visibilizar los silencios, lo borrado de la vida de nosotras las mujeres, a veces siento que no avanzamos... se quedó otra vez muy callada... y así de sopetón, sin volver la mirada, comenzó a contarme:

—Karina hace unos años atrás, me dediqué a analizar historias de mujeres violadas sexualmente, con la intención de buscar cuáles eran las emociones que coincidían entre ellas, de esta manera cuando nos agrupábamos para conversar acerca de sus experiencias, evidenciaban que sus sentimientos no eran individuales, por lo contrario, eran coincidentes entre ellas, lo cual las hacía sentirse apoyadas y unidas por un lazo emocional vital. Esas confidencias académicas me fascinaban intelectual y afectivamente, no me gustaba interrumpirle su inspiración, pero siempre me dominaban las interrogantes, rápidamente prendí mi grabadora.

—Cuénteme, ¿Cómo encontró mujeres dispuestas a revelar esas vivencias?

—Karina, antes de responderte cómo llegué a tener contacto con varias víctimas de violencia sexual, te contaré acerca de la

primera vez que escuché la historia de una violación por boca de la propia víctima. He estudiado teoría acerca de la violencia sexual, pero oír, ver la expresión, la postura corporal, sentir el temblor que domina el cuerpo, la indefensión y dolor de una víctima de violación significa andar un camino de sensaciones difíciles de describir como experiencia humana, es inmedible si se compara con la teoría.

Comenzó su relato: Una tarde recibí la llamada de Clara, con su voz llorosa, apenas me saludó y rápido añadió —¿Será que puedo ir para tu casa? Necesito hablar contigo..., me asaltó la sorpresa, me quedé callada unos segundos, ella estaba tan afectada que me suplicó, —no vayas a decirme..., no la dejé terminar, —vente, estaré esperándote.

Me senté en el sofá esperando a Clara con mucha ansiedad, cuando sentí el carro estacionarse enfrente de la casa, abrí la puerta, se bajó del vehículo, llevaba puesto lentes oscuros, vestida con descuido comparado con su cuidadosa manera de arreglarse, avanzó hacia mí y me abrazó apretado, silenciosa y temblorosa, entramos, la llevé hasta el sofá y la senté, busqué un banquito para sentarme frente a ella, le tuve las manos agarradas mientras se sosegaba; cuando la sentí más tranquila, intenté pararme para ir a prepararle un té, me haló por el brazo sentándome otra vez en el banquito, rápidamente dijo: —Zarhy, ayer me encontré en una cafetería a un amigo, él fue mi vecino durante más de 12 años, me invitó a tomarnos unas cervezas... — se quedó callada..., al rato dijo, —me violó... me siento perdida, no sé qué hice para que él procediera con esa violencia, tal vez mi cercanía la malinterpretó... — se entrelazaba los dedos para dominar el temblor de las manos.

Le agarré la cara, le dije, —Clara mírame, mírame, ¿Qué estás haciendo? —, subí la voz, le repetí, — ¿Qué estás haciendo?, óyete...

Ella reaccionó, —No entiendo qué me quieres decir...

—Clara, estas preguntándote a ti misma, ¿Qué hiciste tú para que te violara?, caray, ¡¡No hiciste nada!! Porque nada justifica que un carajo viole a una mujer, tú eres la víctima, ese maldito es el agresor... único responsable de su violencia.

Clara no traía su mirada a donde estábamos ni siquiera lloraba, sólo le temblaban las manos y las tenía frías como el hielo, quería buscarle algo tibio de beber o para cubrirle las manos, pero no dejaba que me fuera de su lado, estuvimos allí un

largo rato, sentadas una frente a la otra, en silencio, hasta que ella me dijo:

—Ayer, después de hacer algunas diligencias entré a una cafetería para tomar agua y café, al entrar vi sentado en una mesa a Luis. Él vivió con su familia al lado de mi casa por varios años, creo... eh —sollozaba, se callaba y seguía—, creo que más de 12 años, éramos cercanos en edad, estrechamos una amistad mientras fuimos vecinos, tenía mucho tiempo sin verlo, me alegró encontrarlo en ese lugar, se desplomaba en sollozos... maldición hasta me senté en su mesa, charlamos, reímos recordando el pasado, cuando le manifesté que debía irme porque andaba sin carro, ofreció llevarme hasta la casa, en el camino me invitó a tomarnos unas cervezas para celebrar el reencuentro...—, respiraba profundo para que no se le quebrara el tono de la voz..., siguió narrando:

—Acepté la invitación, pasamos unas horas agradables, al ver la hora le dije que tenía que irme, fui al baño y cuando volví, él había pedido 2 cervezas más, antes de que dijera algo, el muy maldito se adelantó, —son las dos últimas cervezas y te llevo a tu casa—, nos las tomamos, él pagó, al subirme al carro me pidió excusas porque, antes de llevarme a casa, tenía que pasar por su apartamento a buscar un dinero para llevárselo a su mamá...— En ese momento de evocación perdió el aplomo emocional, bajándose del sofá se acurrucó en el suelo, abrazándose las rodillas dobladas contra el pecho, llorando sin pausa...

Ya era de noche me preocupaba que fuera a manejar en ese estado anímico, le sugerí que le diera una excusa a su mamá, quien era una buena amiga mía, para quedarse en mi casa.

Íbamos sumergidas en el relato cuando de repente, ¡Oh! habíamos llegado al área de postgrado, ¡Que frustración!, pero ni modo... nos estacionamos, mi mentora colocó sus manos en posición de orar, se las acercó a la cara, respiró hondo, me miró sonriente, nos bajamos del carro.

Quedé en suspenso, disfrutaba al máximo los seminarios, pero esta vez quería que pasaran las horas rápido para continuar con el relato de Clara.

Siempre llegábamos a los seminarios antes de la hora establecida, especialmente las primeras sesiones, para ella era importante observar cómo era la dinámica del grupo fuera del aula, la forma de saludarse entre ellos y ellas, quién pudiera liderar el grupo, en qué lugar se sentaban, en fin... una serie

de detalles que, según me explicaba, la ayudaban a explorar rasgos personales, más allá de sus nombres y profesiones, lo cual orientaba el trazado del seminario.

Por mencionar uno de esos detalles importantes para mi mentora, esa mañana llegó uno de los participantes con un cuaderno metido en la cintura, entre la pretina del pantalón y la camisa y un cuatro en las manos, saludando a los hombres con choques de manos o de puños, a las mujeres con besos y piropos; yo había aprendido a descifrar esos detalles, miré a mi mentora e intercambiamos señales de *confidencias académicas*, cuando nos fuimos hacia el salón de clases, me comentó en voz muy baja:

—Karina, ¿Quieres hacer una apuesta?

—Clarooo, pero dígame ¿Cuál apuesta? y ¿Qué apostamos?

—Te apuesto a que el cuatrista se sienta en uno de los primeros pupitres, ¿Tú que dices?... Umm, creo que más bien se sienta en los últimos puestos, le respondí.

—Quien gane paga el almuerzo.

—¡Si val!

Entramos al salón, nos dirigimos al escritorio a colocar el perolero que llevamos, las/os participantes rompieron los grupos de conversación ubicándose en sus puestos, efectivamente, el cuatrista estaba en el primer pupitre de una de las filas, ella me dio una palmada cómplice en el hombro porque ganó la apuesta.

Mi mentora se presentó e invitó a que se presentaran individualmente. Siempre acotaba que, además de mencionar la profesión y la temática de la tesis doctoral, podían añadir cualquier referencia personal que desearan compartir. Cada doctorando/a se presentó, sólo algunas mujeres añadieron información personal, la mayoría de las veces, referida a ser madres. Esos fueron datos, incluyendo el del cuatrista, que fui anotando en *mi libreta de confidencias académicas y algo más*.

De esa sesión recuerdo especialmente cuando mi mentora dijo:

—En la presentación personal oí que en el grupo hay varias médicas, quienes mencionaron su profesión en masculino, o sea, médicos, podríamos comenzar por conversar respecto al lenguaje.

Ese punto acerca del lenguaje, era de los más controversiales en la mayoría de los seminarios, algunas personas no ganadas

a la discusión del lenguaje no sexista, llegaban a tomárselo como una cuestión personal, se desbordaban pasiones.

Respecto a lo mencionado por mi mentora, más que un silencio, hubo murmullos silenciosos, ella propuso, —alguien que comparta el murmullo en voz alta.

Un doctorando, en tono burlón, dijo:

—Esa nueva moda de cambiar todo el lenguaje en femenino enreda más la forma de entendernos.

Mi mentora preguntó:

—¿Quiénes están de acuerdo con lo expuesto por el compañero? —, hubo silencio, entonces le pidió a quien había intervenido que se acercara a la pizarra, él titubeó..., pero no le quedó opción.

Ella le dio el marcador y le dijo:

—Por favor, escribe en el medio de la pizarra la palabra *presidente*.

Él la escribió y ella preguntó al grupo:

—¿Cuál sería el femenino de presidente?

Por unos segundos hubo un silencio, el doctorando que estaba en la pizarra escribió: “*la presidente*”.

Mi mentora, invitó:

—Levante la mano quien esté de acuerdo con que, —*la presidente*— es el femenino de —*el presidente*—, esos micro momentos fueron de tensión, la mayoría levantó la mano.

Ella, sonriendo, le agradeció al doctorando, se volteó hacia la pizarra y escribió:

EL *SIRVIENTE* y acotó:

—Esta palabra termina en E igual que presidente—, preguntó:

—¿Cuál es el femenino de —*el sirviente*—?

Un silencio masivo inundó el aula...

—Para el grupo el femenino de —el presidente— es —la presidente—, por deducción, el femenino de —*el sirviente*— sería —*la sirviente*—, ¿Cierto?

Se oyeron runrunes, risas en tono bajo, ella, espero unos minutos y comentó:

—Sin embargo, pareciera no ser cierto, pues el femenino para el colectivo social es *LA SIRVIENTA*, con un esfuerzo por sosegar su ironía, continuó:

—La asignación del femenino de este oficio no causa dudas ni nadie se rasga las vestiduras en defensa del lenguaje. Pre-

sidente refiere un cargo de poder, sirviente refiere un trabajo descalificado, por eso no extraña que, este último, sea en femenino... por eso las mujeres se nombran en masculino —*médico*—, ¡Jamás! un hombre se nombrara en femenino —*médica*—, se dirigió al doctorando que había intervenido, instándolo:

—Darle visibilidad al femenino en el lenguaje no es cuestión de moda, es cuestión de evidenciar que en el lenguaje existe el poder de UNOS, en masculino, sobre OTRAS, en femenino. Duele que en siglo XXI en un doctorado no hayamos superado el sexismo... sea cual sea su manifestación, bueno... quizá, por eso estamos aquí. Alabada sea ¡LA DIOSA!!

Después de esos intercambios académicos, quedaban unos minutos de alta tensión en el ambiente, para sortear dicha tensión, mi mentora usaba recursos muy particulares, ese día le dijo al cuatrista:

—Carlos, en este preciso momento ¿Cuál canción interpretarías con tu cuatro?, obviamente, él, que se comportaba como quien —*se las sabía todas*—, lo agarró desprevenido, creo que le sorprendió que supiera su nombre, además no entendía si era en serio o ironía, uno del grupo le dijo con tono gracioso: —¿Qué te pasó Carlos?, me dijiste que le tenías una serenata a la doctora Zarhy...

El grupo se relajó, se rieron... A partir de ese intercambio desarrolló la sesión de ese día.

Estaba ansiosa que terminara la sesión, para continuar con el relato de Clara, apenas nos subimos al carro, le dije:

—No permito ninguna conversación que no sea la continuación del relato de Clara, nos reímos, ella, sin mucho rogarle, continuó:

—Esa noche Clara se quedó en mi casa, pude ir a prepararle un té, le di la mano levantándola del piso, se sentó en el sofá, yo me senté en mi banquito, así quedaba cerca y enfrente de ella, recostó su cabeza del espaldar del mueble, cerró los ojos, y siguió contándome:

—Zarhy, cuando llegamos al edificio donde vivía, le dije que lo esperaba en el carro, él, con especial amabilidad me pidió que subiera, que sería rápido, pensé, —*aprovecho de ir al baño*—, entramos a su casa, me pasó para el baño de su cuarto, lo en-

tendí como una cortesía, cuando abrí la puerta del baño para salir, él estaba parado en el marco de la puerta, no sabía qué hacer, le pedí permiso, él me agarró por los brazos, forcejé para que me soltara, me empujó hacia la cama y me sometió acostada boca abajo...

Clara se incorporó para sentarse, había logrado recomponerse dentro de la dolorosa situación que estaba rememorando..., siguió:

—La fuerza física de Luis era incomparable con la mía, él es deportista, alto, fuerte, yo fui asaltada, no estaba prevenida, no pasó por mi mente que Luis fuera capaz de violentarme... logró vencerme físicamente, el peso de su cuerpo sobre mí me impedía moverme... me violó de la forma más vil...—, tomó aliento con un sorbo de té, siguió hablando como autómatas:

—Cuando lo sentí con menos fuerza logré quitármelo de encima, salí corriendo, por suerte no había pasado llave a la puerta, alcancé a agarrar la cartera, abrí la puerta, yéndome corriendo por las escaleras, antes de llegar a la planta baja, me acomodé un poco la ropa, iba llorando sin poder calmarme, le pedí al vigilante del edificio que abriera, quizás al verme en ese estado, abrió la puerta sin preguntas... tomé un taxi para mi casa, entré rápido a mi cuarto, me bañé...

La escuchaba con aparente tranquilidad, pero internamente estaba devastada, atónita con lo que oía. En muchos momentos sentía que no se estaba dirigiendo a mí, sino a sí misma, repetía hasta el cansancio algunos hechos, ella decía:

—Luché con mucha fuerza, pero me venció; juro que nunca imaginé que fuera capaz de violarme— volvía a repetir, —estaba desprevenida, me venció con su fuerza física..., se quedó pensativa, sumergida en un silencio doloroso... me miró y dijo:

—Zarhy, lo que más lamento es que debo terminar con Daniel..., la interrumpí, —Clara en estos momentos dale pausa a las angustias, debes sosegarte, lo ocurrido no debería afectar la relación con Daniel, lo contrario él puede ser un apoyo para ti.

—Zarhy, ¡jamás le contaré lo ocurrido!, siento que no soy la misma... no he tenido relaciones sexuales con él, dándonos tiempo para casarnos... él no se merece esto que me pasó...

—Karina, increíble que el hecho de perder la virginidad, fuera una angustia que ocupaba su mente, significaba más que la agresión a su integridad personal, más que la intimidación...

Viéndola tan devastada, le sugerí que tratara de dormir, pero me pidió que me quedara a su lado conversando, que no quería ni cerrar los ojos porque tenía miedo, entonces, sin darle vueltas al asunto le dije, —mañana a primera hora te acompañaré para la evaluación médica forense, el informe te servirá para denunciar a ese malnacido— me quedé como suspendida por un delgado hilo esperando su reacción... Sólo me miró con sus ojos vidriosos por las lágrimas en gotas inmensas que se deslizaban por su rostro.

Mi mentora, dio un alto al relato para explicarme:

—Karina, sabes que es importante ubicar los momentos históricamente, este suceso ocurrió a finales de la década de los 80', cuando no existían los avances legislativos que los movimientos de mujeres hemos logrado con el correr del tiempo; carcajeándose, añadió, tampoco es que haya variado mucho... el machismo tiene buena salud, continuó:

—En aquella época la violación de una mujer no significaba un acto contra su integridad como persona, sino que era valorada a través del himen, ¡Qué tal! al límite que la ruptura del himen o como dice la gente, perdió la virginidad, venía siendo el signo “científico” de mayor relevancia en el levantamiento del informe médico forense, este informe era usado para el juicio por violencia sexual. ¡Ah!, en otro momento te narraré una experiencia en un congreso de sexualidad, NOOO, fue de terror.

Le comenté a mí mentora:

—Qué puedo decirle, si todavía hay hombres que creen que las mujeres son de su propiedad, ¿Cierto?, la agresión contra la mujer la siguen viendo como una ofensa a ellos, a su honor... no sé, es ¡Terrible!... por eso en las guerras cuando invaden un territorio, lo primero que hacen los vencedores, es violar a las mujeres como el acto más humillante contra los hombres vencidos.

—Así es Karina, inclusive se contemplaba la reducción de la pena del agresor si lo cometía contra una prostituta... ¡Insólito!, esas leyes se modificaron gracias a los movimientos feministas en el mundo. Lamentablemente todavía es letra muerta, pero está allí para la contestación de las mujeres... Algún díííia.

Como siempre, llegábamos al destino sin darnos cuenta, me dejó en mi casa, pero antes de bajarme del carro me comentó:

—Júralo que para la próxima sesión del seminario tengo que inventar una estrategia para bajarle el ritmo a las intervenciones del cuatrista, ¡ah sí!, pues usa sus chistes y su música como táctica para disimular su poca disciplina académica, convirtiéndose en perturbación para la dinámica del trabajo grupal, más bien de mi paz, se despidió riéndose.

Cuando me alertaba con esas elucubraciones, esperaba con avidez el seminario.

Para el día del seminario iba con dos expectativas, la continuación del relato de Clara y saber la estrategia para ubicar al cuatrista. Ese día fuimos en mi carro, eso me gustaba porque yo manejaba y ella sólo me contaba... se subió al carro, ni la saludé y le exigí:

—Solamente continúe con lo de Clara—, nos reímos y ella dubitativamente comentó:

—Umm... en cuál parte del relato quedamos... ¡Ah, ya recordé! Clara me pedía conversación porque no quería dormirse, entonces volví a insistirle en la obligatoriedad del examen médico forense, haciéndole hincapié en la posibilidad de un embarazo, de contagio de enfermedades de transmisión sexual y la urgencia de contarle a un/a médico/a detalles de la agresión para el peritaje forense, pero como me había quedado en mi cabeza el detalle de lo que mencionó acerca de Daniel, su novio, fui directo al punto, le pregunté:

—Clara, cuéntame ¿Por qué sientes que debes terminar con Daniel?

Entonces, Clara desató el nudo emocional, me confesó:

—Zarhy, no me siento leal con Daniel, ¿Cómo le justifico que fui a tomarme unas cervezas con un hombre desconocido para él?, ¿Cómo justifico que subí a su apartamento sabiendo que estaría solo?, Daniel pensará que propicié la violación, igual pensarán mi mamá y mi papá... no le contaré a nadie... no puedo...

¡Uf! La conversa fue postergada porque hicimos nuestra parada acostumbrada en un kiosco atendido por una señora que cantaba todo el tiempo, sólo paraba de cantar para preguntar qué deseaba la gente y seguía cantando con una voz bellísima, nos encantaba desayunar ahí antes de ir al seminario, comíamos sin hablar entretenidas con su canto, pero ese día, mi

mentora continuó su narración:

—Era increíble, Clara repetía como letanía que él la dominó por la fuerza física, que estaba desprevénida, no quería estar con él, que luchó, no consintió, al rato se recriminaba por haber aceptado la invitación, por haber subido a su casa. No podía salir de ese circuito entre convencerse de que ella no podía hacer nada frente al poder de él y al mismo tiempo culparse por aceptarle las propuestas que le hizo. Me conmovía sentirla presa de la angustia por justificar lo injustificable frente a Daniel y su familia.

A medida que mi mentora me contaba didácticamente el caso de Clara, pensaba en lo que había aprendido con tantas confidencias compartidas: *impresionante como se repetían los patrones de la violencia sexual, el agresor no fue un desconocido porque existía una cercanía amistosa, tuvo a su favor la fuerza física y todo el poder porque estaban en su casa, Clara quedó en la absoluta indefensión, paralizada por el terror de la intimidación.*

Ya era tarde, pagamos los desayunos, arrancamos con prisa, nos gustaba llegar antes o por lo menos a la hora convenida con el grupo. No pude averiguar lo que había maquinado como estrategia para el cuatrista.

Llegamos puntuales. Comenzó la sesión con una discusión de lecturas asignadas previamente, las cuales versaban acerca de la organización social patriarcal. Terminando la discusión, Carlos, el cuatrista, comentó en su estilo desordenado, que él ya había entendido todo lo relativo a la discriminación de las mujeres e intentó repetir lo mismo que ya se había dicho en la sesión, el grupo ya lo oía riéndose, yo no quería verle los ojos a mi mentora porque sabía cuál sería la mirada que tenía. Ella le dijo:

—Carlos, me parece muy bien que ya hayas comprendido la problemática de inequidad entre mujeres y hombres... vamos a hacer un ejercicio que nos permita ilustrar la comprensión de esa problemática, lo haremos usando tu potencialidad, o sea, la música, dime ¿Cuál es la canción inicial para aprender a tocar cuatro?

Respondió rápidamente, —Compadre Pancho porque es sencilla, especialmente para los niños, doctora.

—Es especial sólo para los niños ¿Y las niñas?... Bueno bue-

no... la próxima sesión la comenzaremos con una interpretación tuya de Compadre Pancho, ¿Qué te parece?

Carlos estaba perturbado, pero respondió, —me parece bien, cuente con eso.

El día que le tocaba a Carlos lucir su interpretación de Compadre Pancho, arrancó dándole a las cuerdas de su cuatro, el grupo animándolo, mi mentora oyéndolo con atención, terminó, aplaudimos, tomamos café y comenzó la actividad.

Ella elogió a Carlos, realmente tenía una voz muy bella, le comentó:

—Me dijiste que esa canción es la más usada para principiantes, pero seguramente, tú ya no la utilizarás más y mucho menos con niñas y niños...

Carlos, la interrumpió, acotándole, — ¡Doctooooora! Esa canción es obligatoria porque los acordes sencillos son necesarios para iniciarse... bla, bla, bla...

Ella, educadamente lo detuvo con una petición:

—Carlos, mi ignorancia en teoría musical me invalida a cuestionar los argumentos que expones, me iba a referir a otro aspecto, pero para hacerlo más didáctico te invito a que copies estrofas de la canción en la pizarra.

Él, un poco dudoso, escribió sus estrofas, cuando terminó, mi mentora le pidió que borrara algunas estrofas y dejara sólo las siguientes:

Oiga compadre Pancho  
que entre ella y yo no ha pasado na'  
Sólo que la camisa  
me la planchó muy almidona'

Oiga compadre Pancho  
lo que pasó se lo contaré  
palabras acaloradas  
y luego el puño que se me fue

La mayoría del grupo estaba con la atención puesta en la pizarra acrílica, mi mentora, instó al grupo a analizar la letra de las estrofas y compartirlo en voz alta, una doctoranda alzó la mano, se levantó del pupitre comentando:

—He cuestionado letras de reguetón, del hip hop, porque las oyen mis hijos, pero de una canción tan sencilla, la cual hemos

oído desde la infancia me impactó leer *palabras acaloradas y el puño que se me fue*, o sea, naturaliza que le pegué a la mujer porque le planchó la camisa muy almidonada... ¡Nooo, insólito!

Mi mentora, añadió:

—Sí, su mujer era la sirvienta, en femenino.

Se volteó a mirar a Carlos, él enseguida le dijo:

—Doctora, me había dado cuenta de ese detalle, pero como es una canción ingenua no pensé que tuviera importancia...

—Ella atajó el comentario de Carlos:

—El lenguaje articulado, o sea, el que caracteriza sólo a la especie humana, es producto de la cultura, por ello, el lenguaje jamás ¡escuchen! jamás será ingenuo, aquí quedó demostrado con la carga valorativa de los femeninos de *presidente y sirviente*. Seré más explícita con un ejemplo: tú eres licenciado en bioanálisis, la mayoría de la gente dice que, “el/la bioanalista es la mano derecha del médico”, ¿Cierto? Bueno... esa expresión coloca a la profesión de bioanálisis al servicio de otra profesión, o sea, tiene una descalificación implícita, sería diferente si se dijera, “son profesionales que aportan diagnóstico de laboratorio clínicos para la salud de la población”.

Todo el grupo estaba en silencio, Carlos se sentó callado y en las siguientes sesiones fue muy comedido en sus comentarios. Supe en carne ajena la estrategia para ubicar al cuatrista. ¡Sí, así lo supe!

El ejercicio de cierre de los seminarios eran los sábados, una jornada de 8 a.m. hasta las 3 p.m., en la sesión de cierre de este seminario, hubo un relato de vida de una doctoranda, el cual ameritó ser atesorado en *mi libreta de confidencias académicas y algo más*.

Ese grupo estaba integrado por 8 mujeres y 4 hombres, mi mentora les pidió que se acomodaran en círculo y les explicó:

—Me gustaría que se tomaran un tiempo y pensarán, si en algún momento de sus vidas han experimentado situaciones de violencia por su condición de ser hombres o ser mujeres, es decir, por razones de género, pueden ser laborales o personales.

Cumpliendo mi papel de observadora del grupo, anoté: el cuatrista intentó hacer un chiste y mi mentora le lanzó una mirada en llamas carbonizando las palabras en el aire, el que

había pasado a la pizarra a escribir —presidente y su femenino— tenía expresión poco amigable, los otros dos hombres no sabían qué hacer, miraban a las mujeres, se miraban entre sí, intuía que nunca habían pensado en tal situación, lo cual es esperado porque los hombres son negados a la introspección; sin excepción las mujeres estaban con actitud reflexiva. Pasado un tiempo, una doctoranda preguntó, —¿Doctora puedo relatar mi experiencia?

—¿Qué dice el grupo, comenzamos?

La mayoría estuvo de acuerdo.

—Ok, por favor si pueden digan su nombre, pues no los recuerdo todos, gracias.

Ella comenzó a relatar su experiencia:

—Soy Sofía Pernalet, tengo 40 años, médica de familia, la experiencia que compartiré es muy personal, confieso que es primera vez que la expreso en voz alta y a un grupo de personas... tomó una pausa, y continuó:

—Crecí en una zona montañosa, fui la única niña entre cuatro hermanos y seis primos. Toda mi infancia y adolescencia la pasé trepando árboles, haciendo carreras, nadando en ríos, jugando trompo, metras, pelota, nunca jugué juegos de niña. Entre mis intereses nunca estuvo ser madre, mi mamá decía que esa negativa mía era porque no jugué con muñecas, tal vez tenía razón, crecer con ellos me permitió conocer la libertad que disfrutaban los varones, las niñas del vecindario la máxima libertad que disfrutaban era jugar enfrente de sus casas. Lo primero que les aclaraba a las parejas con quien me relacioné era que no deseaba tener hijos ni hijas, pero dicen... que al mejor cazador se le escapa la liebre, bueno... en mi caso sería cazadora... por aquello del femenino, se rio con picardía y siguió:

—Conocí a un hombre increíble, amable, bailador, ameno, cortés, disfrutábamos estar juntos, tuvimos un año de relación. De un momento a otro empezó a tocar el tema de tener un hijo, yo le decía que había sido sincera desde el principio acerca de mi negativa a ser madre, en fin... me convenció, mejor dicho, me convencí, tomando en cuenta que nos llevábamos bien, lo amaba y ya tenía 33 años, era en ese momento cuando debía tomar la decisión o nunca. Celebramos que decidí embarazarme e inmediatamente de manera sistemática hice lo indicado, suspendí los anticonceptivos, fuimos al gi-

necólogo, cada mes pendiente si estaba embarazada, pasaron varios meses y nada de embarazo. No sé qué me ocurrió, pero la ansiedad se apoderó de mí, se me alteró el sueño, así pasamos 8 meses, entonces empecé a convencerlo de ir a un centro de fertilidad para hacernos las pruebas; él me contestaba con bromas o con evasivas, hasta que me harté de su actitud y lo precisé... A ella se le quebró la voz, estaba de pie y se sentó, añadió:

—¿Pueden creer? Me confesó que se había realizado una vasectomía hacía varios años, que él me puso a prueba para saber si yo le era fiel..., tuvimos un año de relación sin decirme que él se había intervenido quirúrgicamente para no tener descendencia, sabiendo que yo tomaba anticonceptivos y después 8 meses con la ansiedad de quedar embarazada... ¿Se imaginan el nivel de cruel machismo de ese personaje?

Culminar el seminario con esa actividad fue extraordinario, algo muy significativo fue que, sólo las mujeres contaron sus experiencias, los hombres no participaron, inclusive cuando Sofía narraba su experiencia, algunos de ellos tenían una disimulada sonrisa de complicidad masculina, detalle que mi mentora no lo dejó pasar por alto y cuando Sofía terminó, sin dar tiempo a comentario alguno, dijo, —el machismo es como la ignorancia, muy atrevido..., enseguida les preguntó a ellos, ¿Quiénes de ustedes tienen hijas?, estaban desprevenidos, miraban dubitativamente..., ella hizo un gesto de... *es con ustedes...*, uno dijo, tengo una hija de 15 años..., Carlos dijo, mi niña tiene 2 años.... Ella no dijo nada más al respecto, pero todos y todas entendieron.

Para cerrar, mi mentora se dirigió a ellos:

—¿Alguno de ustedes tiene afición por algún deporte?

—Por el futbol, dijo Héctor.

—Por el Beisbol, respondieron los otros tres hombres.

—¿Les emociona ir al estadio cuando hay juegos o ver los partidos por canales deportivos?

—Sí, claro— respondieron y Héctor, añadió, —disfruto ver con mis amigos los partidos por televisión en mi casa...

—Muchos hombres, no me refiero a quienes están aquí, sino a otros...—, sonrió con picardía y amigablemente, —sufren de *alexitimia masculina*, es la dificultad de expresar lo que sienten, lo que les ocurre emocionalmente, la cultura patriarcal los ha ido apartando de sus emociones, deviniendo en una

incapacidad de expresar lo que sienten, desarrollando una masculinidad rígida que los pone en negación de los afectos. Observaba la postura corporal y expresiones faciales de ellos, los cuatro estaban sentados rígidos, sin embargo, uno de ellos asentía con la cabeza, los otros imperturbables, algunas mujeres se miraban entre ellas, pero comedidamente... mi mentora, cuando consideraba que debía ponerles *los cascabeles a los gatos*, allí eran varios gatos, usaba un tono de voz apacible, así continuó su reflexión:

—Los hombres expresan sus emociones en lugares y momentos que se sienten seguros, donde la expresión de la emoción se considera aceptable, como en los juegos deportivos, inclusive los futbolistas al terminar con triunfo un partido, en el campo de juego, en público, demuestran su alegría y euforia agarrándose los genitales entre ellos, en esos momentos pierden el miedo a que los señalen como homosexuales, porque allí tienen permiso social. Quizás por eso hoy no se les vino a sus mentes una situación de violencia, o en su defecto, no les fue posible compartirla con otras personas.

Concluyó:

—Lo mágico de lo humano es que reconociéndonos... viéndonos el envés de la psiquis, para rescatar las sensaciones de las sombras culturales que nos las han robado, es posible construir un lenguaje emocional... podemos cambiar...

Ese día, al regresar para nuestra ciudad, continuamos la conversación acerca de Clara, le manifesté a mi mentora que tenía curiosidad por saber si habían ido al examen forense, así que me relató:

—¡Guao! ese fragmento de la historia es perturbador. Para empezar, el escenario de la medicatura era desolador, una sala con una joven en un escritorio, unas sillas de hierro gris para el público, algunas destartaladas, las paredes medio pintadas con colores desvanecidos por la desidia, en una gama de tristes grises. Por lo sensible de la denuncia nos acercamos a la joven, Clara le explicó la razón de estar allí, sin la más mínima delicadeza humana, nos mandó a sentar, pasado un tiempo, no sabría decir cuánto, porque el tiempo en esas circunstancias no se mide en minutos, sino en angustia, la joven secretaria desde su silla, en voz alta, preguntaba los datos para la historia médica, sabía que

Clara estaba descompensada por el temor a que le preguntara a gritos, el motivo de la denuncia, entonces procedí a agarrarle suavemente el brazo y nos acercamos al escritorio, la secretaria llenaba la historia sin levantar la mirada.

¡Puf! El relato se suspendió por el paraje obligatorio a tomar agua de coco, obligatorio por lo pintoresco del lugar, además el señor que atendía hacía todo un performance con el machete para abrir los cocos. Los parajes servían, generalmente, para oxigenar nuestras confidencias académicas... tomando fuerzas para continuarlas durante el resto del camino.

Al subirnos al carro miré a mi mentora presionándola a que continuara hablando, ella se hizo la desentendida para hacerme sufrir, pero su crueldad era fugaz.

—Después de superar el primer escenario de la bitácora de la medicatura forense, pasamos al lugar donde la atendió el médico. Clara le contó con detalles el suceso, él, oía, anotaba, le hizo comentarios tendentes a sugerir que ella se expuso, traducido al lenguaje cotidiano que *ella se lo buscó*; con inadecuada insistencia, le preguntaba, si el supuesto victimario era o había sido su novio, la insistencia tenía tintes de aminorar la responsabilidad del agresor, en caso de ser su novio. Cuando Clara le expresó, que no había tenido relaciones sexuales antes de la violación y lo comprobó con el examen genital, su actitud cambió a tal límite que incidió, no sólo en el cambio del trato humano, sino en el levantamiento del informe que determinó que sí hubo violación sexual.

Ya estábamos cerca de la casa de mi mentora, yo, lamentando dejar inconcluso el relato, pero ella me sonsacó invitándome a tomarnos un té frío con limón, no había terminado de invitarme, cuando ya estaba adentro de su casa.

Nos sentamos en el porche alrededor de su mesa de ratán para historiar otras mascaradas del suceso de Clara:

—Clara me había encomendado la tarea de usar su historia cuando estimara que podía ayudar a otras víctimas o de apoyo en el activismo feminista por los derechos humanos de las mujeres, por eso habíamos decidido grabar los encuentros.

Ella tintineando su té, se quedaba rememorando y le fluían las palabras:

—Un día cualquiera me invitaron a un congreso de sexología, me vino a la mente la historia de Clara, le pedí su anuen-

cia para exponerla en dicho congreso. El auditorium estaba atestado de gente, estando allí, oyendo hablar a quienes me acompañarían en el panel, fue cuando percibí que mi perspectiva de la sexualidad de las mujeres, distaba de lo que ahí se respiraba, pero ni modo tenía que enfrentar aquella situación. Estaba absorta contándome y de repente, me comentó:

—Karina, creo que hoy te he saturado con esta historia...—, no dejé que terminara, le contesté, —no me abandone con la intriga del congreso..., nos reímos y continuó:

—El panel estaba conformado por tres forenses y mi persona, fui la última en exponer. Las exposiciones que me antecedieron, sin excepción, fueron una plétora de láminas con fotos con el zoom en los genitales femeninos, algunas fotos mostraban las pinzas prendidas de los labios mayores de la vulva para dejar una visión clara de la membrana, la cual era la medida exacta de los hechos que determinaban el dictamen de veracidad o no de una violación sexual: el himen. Además de las fotos, no hubo una mención de una palabra que remitiéra a la condición humana de las víctimas, solo exponían sus genitales, específicamente el himen como la razón del trabajo. Se refirieron a dos “acepciones científicas” *virginidad* y *desfloración*, la primera se refería a un himen intacto y la segunda al rompimiento del himen.

Ella, compartiendo esas reflexiones se iba cargando de enfado...

—Karina, virginidad y desfloración son términos del más vulgar lenguaje del común de los mortales y son usados en los textos de medicina forense, para referirse a las mujeres y su sexualidad, ambos lenguajes, académico y vulgar, no toman distancia, se avienen. Oír aquellos términos en nombre de la ciencia me provocaba escozor intelectual, tristeza emocional y desazón social.

Sin tomar aire, seguía hilvanando las palabras:

—Karina, en ese congreso expuse todo lo vivido por Clara, develando el rostro humano de la víctima, lo hice con toda la pasión enfrentando las exposiciones que acababa de ver y oír acerca de la violación sexual en voz de las personas responsables de atender, cara a cara, a las víctimas, su abordaje, sin ninguna duda, era ajeno a las necesidades de las mujeres, en tanto víctimas de un acto contra sus derechos humanos. Cuando terminé miré hacia el público estaban impávidos, un silencio absoluto, mi corazón taquicárdico y de repente aplaudieron aplaudieron aplaudieron...

Obviamente que esa tarde no me iría de la casa de mi mentora sin saber, por lo menos, algo de la resolución de la situación de Clara, así que se lo hice saber, ella me dijo, no soy tan cruel, y continuó:

—Volviendo con Clara, ella asistió a terapia por mucho tiempo, eso la ayudó a retomar su vida. Le contó a su mamá lo sucedido dos años después de haber ocurrido. El papá de Clara era militar, entiéndase que compilaba en su ser toda la esencia de ser militar, controlador, mujeriego, las mujeres de su familia eran sus subordinadas, acosaba psicológicamente al hijo porque era músico. Clara tenía consciencia de lo negativo que fue la represión de su padre. Un día que intentó pegarle porque llegó tarde de una fiesta, con toda la rabia acumulada le contó lo de la violación y le dijo que nunca fue un apoyo para ella, que el miedo que le tenía la obligó a buscar ayuda en otras personas; él, gritando le preguntaba a la esposa —¿tú sabías lo que le pasó a Clara?, si lo sabías y no me dijiste, te mato—, ella le tenía terror, Clara le hacía señas que dijera que no... ¡Ay, Karina!, ya me salí del relato... Clara dentro de lo posible encontró un poco de sosiego... Con apoyo adecuado son situaciones superables, la clave es romper el silencio. ¡Ah!, nunca pude convencerla de denunciar al agresor...

En cada una de las actividades académicas, mi mentora se centraba en lograr que quienes participaban, se confrontaran con sus propias experiencias, ella lo denominaba un cara a cara consigo misma/o.

Recuerdo un taller de formación y capacitación para identificar a las mujeres víctimas de violencia dirigido a médicas y médicos de los centros de salud de las comunidades.

Ya era sabido por nosotras que el personal de salud en su mayoría, desconocía que la atención de la violencia contra las mujeres era diferente a cualquier otro tipo de violencia social. Así que era casi una letanía al empezar las sesiones: la primera razón de esa diferencia es que las mujeres por vergüenza la ocultan y/o dan explicaciones fuera de contexto; si el/la médico/a no está capacitado/a para dar confianza a las mujeres, se pierde la oportunidad de apoyarlas y sensibilizarlas acerca de la importancia de la denuncia; otra razón es que los agresores las golpean en las zonas menos visibles del cuerpo, lo que obliga

un examen físico más específico; otro aspecto es la obligatoria intimidad de la víctima en la consulta, porque la presencia de la pareja las intimidaba... siempre insistiendo... insistiendo en algunos aspectos que caracterizan la violencia machista.

Al cabo de unos meses de haber culminado el taller, un médico, quien había sido participante del taller, se acercó a nuestra unidad de investigación solicitando apoyo, él detalló la situación:

—Amigas, me pasó algo increíble, les cuento que varias veces había ido a la consulta una joven de la comunidad, las manifestaciones por las cuales buscaba atención médica, siempre fueron las mismas, mareo, baja de tensión, sensación de vahído. Las primeras veces le indicaba exámenes de rutina, los resultados siempre eran normales, pero ayer me di cuenta que era la cuarta vez en dos semanas que venía a la consulta y recordé lo discutido en el taller, entonces procedí de otra manera, la acosté en la camilla, le pedí que se tranquilizara, cuidando el tono de voz, la forma de interrogarla...—, se quedó callado unos minutos, luego nos confesó:

—Siendo sincero, estaba nervioso, quizás por la falta de costumbre de hacer ese tipo de abordaje, pues cuando una paciente es reiterativa en la consulta y sabemos que orgánicamente está bien, ni le paramos... bueno, mejor dicho, nos molestamos o no le damos importancia.

Mi mentora lo animó a que nos detallara acerca de los cambios en el abordaje de atención a la paciente, manifestándole el valor de su información para nuestro trabajo.

Él narró:

—Bueno... con respeto le expresé mi extrañeza por sus repetidas consultas, dado que sus valores clínicos estaban dentro de lo normal, que tal vez había alguna situación en su vida que le preocupaba y se le manifestaba con esos malestares, que podía confiar en el secreto médico..., al decirle esas palabras, comenzó a temblar involuntariamente, no podía dominarlo.

— ¡Ay amigas!, no sabía cómo manejar la situación, mi instinto fue agarrarle la mano para darle tranquilidad, pero como era mujer y joven me pareció que podía malinterpretarlo, solamente, le dije, —tranquilízate, si quieres cuéntame, si no sientes fuerza anímica, será en otro momento...

Ella lloraba silenciosa, se sentó y me dijo:

—Doctor, voy a contarle algo...—, lloraba, se callaba y seguía, —mi padrastro... abusa de mi desde que era una niña, como estoy próxima a graduarme de contadora, él sabe que me iré de la casa..., no aguanto más..., empezó a sudar, se descompensó, la acosté y se desvaneció.

Llamé a la enfermera para que me apoyara, le bajamos la cabeza y le subimos los pies, le pedí a la enfermera que se quedara con ella, mientras salía a pensar qué debía hacer y leer en la ficha médica su nombre, tantas veces que había ido y no sabía su nombre... ¡Dios!..., serví café en un vasito, volví a entrar, ya ella estaba sentada, le di el café, la enfermera miraba extrañada, con una mirada acusadora... tuve que pedirle que me dejara solo con la paciente, ustedes se imaginarán la expresión de la enfermera... procedí a retomar la conversación:

—Mariana, si deseas puedes continuar contando tu situación... Ella, con exagerada rubicundez facial y la mirada fija en la pared, siguió compartiendo su drama de vida.

—Doctor, él ha costeado mis estudios, me lleva y me busca en la universidad, no puedo tener amigas, mucho menos amigos, me controla..., mi mamá es enfermera, hace guardias de noche, nunca le he dicho nada porque no me creería...— lloraba, se calmaba, volvía a retomar la palabra, —lo que me tiene muy mal, pero muy mal, es que él me amenaza con abusar de mi hermanita si me voy de la casa. Doctor, yo ya estoy dañada, pero mi hermanita no..., no puedo irme y dejar a mi hermanita sola..., lloraba sin cesar...

—La oí sin interrumpirla, pero ahí, oyéndola, me di cuenta que desconocía la situación anímica y concreta de una víctima de violencia sexual, del taller comprendí la necesidad de formarnos, pero esa formación debe ser continua... Como desconocía la forma más adecuada de proceder, lo que hice fue tranquilizarla, le aconsejé que no tomara ninguna decisión apresurada y que volviera a la consulta. Por eso estoy aquí buscando apoyo con ustedes.

Mi mentora, después de demostrarle nuestra complacencia por su decisión de buscar apoyo, le explicó:

—Pedro, ojalá que ella vuelva a la consulta, no es fácil para las víctimas de violencia sexual que después de atreverse a confesar regresen a la consulta, muchas veces se arrepienten y es difícil rescatarlas, pero si vuelve, trata de persuadirla a que busque atención de una psicóloga experta en víctimas de violencia contra las

mujeres. Indudablemente, ya es ganancia haberle abierto la posibilidad de expresarlo, pero..., el doctor Pedro, la interrumpió, Zarhy ¿Puedo aconsejarle que se vaya de la casa? Así, estando en otro sitio le será más fácil llevarse a la hermanita.

—Pedro, no es tan sencillo, sugerirle a una víctima como opción al problema irse de la casa, requiere que se conozcan las posibilidades reales con las que cuenta dicha víctima y este no es el caso. Créeme es complejo, lo aconsejable es apoyar a la víctima para que, ella misma, logre tener claras sus opciones y vaya elaborando, acorde con su realidad, su ruta de salida, se dice muy fácil, pero ¡Guao, amigo! este caso es complejo, hay abuso de todo tipo, Mariana está sometida, desde todo punto de vista al poder del padrastro, sumándole las amenazas contra su hermana menor.

El doctor Pedro hizo algunas reflexiones en voz alta.

—Sinceramente... el caso de Mariana me movió el piso donde creía estar seguro, tomé consciencia de que he atendido mujeres con heridas, golpes, ojos morados y les he preguntado, ¿Qué le pasó?, sólo para poner un dato en la historia médica, me ocupó de curarles las lesiones, pero como por llenar un requisito, no he ayudado a erradicar el problema. Me he hecho una introspección como médico y me calificué con baja nota, tampoco había percibido la nefasta actitud de la enfermera, ella pudo apoyar emocionalmente a esa joven, su actitud era de descalificación, he decidido estudiar acerca de este tema y tendré una reunión con la enfermera para sensibilizarla al respecto.

Él, después de hacer una catarsis, expresó:

—Zarhy, necesito sugerencias para atender a Mariana... si es que vuelve...

Mi mentora le sugirió:

—Pedro, en estas situaciones la buena voluntad no siempre es la mejor consejera, por ahora, creo que si vuelve a la consulta debes tener cautela, escucharla, las veces que ella necesite y aprovechar la empatía que lograste para convencerla de la urgencia de ser atendida por especialistas. Amigo, si sientes que Mariana rechaza ir a consulta con una psicóloga, no la presiones, sólo debes tener paciencia.

Acordamos mantenernos en contacto.

Después que se fue el doctor Pedro, nos quedamos con un estado anímico, entre satisfechas por el resultado del taller,

pero apesadumbradas por lo de Mariana y de tantas Marianas. Le comenté a mi tutora:

—Las confidencias académicas son infinitas, unas traen a las otras, como cuando tejemos cadenetas, la historia de Mariana, trajo a mi memoria cuando hice la pasantía rural en un ambulatorio de una comunidad deprimida socioeconómicamente, éramos cuatro médicas recién graduadas y el médico jefe. Un día estaba de guardia y llegó una señora preguntando si le podían dar información de una paciente que fue atendida allí, le comuniqué que cualquier información de las/os pacientes era confidencial, entonces, ella me dijo que era la directora de la unidad educativa de la comunidad y una maestra quien es muy cumplida, que nunca faltaba sin justificación, tenía 3 días sin ir a trabajar y supo que la maestra había estado, hacía dos días, en el ambulatorio.

No entendía la relación entre ir al ambulatorio y su ausencia laboral, le pedí explicación para poder ayudarla, ella me expuso el asunto.

—Lo que ocurre doctora es que yo sé que el esposo la maltrata, pero ella lo oculta, con discreción trato de apoyarla, pero nunca se había ausentado del trabajo por varios días, entonces fui a su casa, toqué la puerta, el esposo por la ventana me dijo que estaba enferma, pero la vecina me comentó que ella se había resbalado y se golpeó y que vino al ambulatorio. Necesito apoyo de ustedes para corroborar esa información... estoy preocupada.

Revisé los registros de consultas, vimos su nombre, fecha de la consulta y quien la atendió, le pedí a la señora que volviera en la tarde para recoger la información para proceder al respecto. Llamé a quien la atendió exponiéndole el caso y solicitándole información. Efectivamente, la paciente llegó con una herida en la frente, le dijo a la médica que lavando el piso se resbaló y se rompió la frente, eso estaba anotado en la historia, sin ningún otro dato, a pesar de que ahora existe una planilla diseñada para buscar información que sugieran casos de violencia contra las mujeres.

—Mi mentora querida, lamentablemente a la mayoría de las/os médicas/os les da flojera llenarla, indagué con mi compañera si la paciente, además de la herida, manifestó otros síntomas o signos, me dijo que estaba muy nerviosa, temblando y retraída, pero que eso era porque estaba asustada con la sangre... ¿Qué le parece?

—Karina, creo que ni siquiera es flojera de recoger la información, sino desconocimiento del problema, fíjate que cuando son sensibilizadas/os cambian su actitud..., acotó, mi mentora.

Continué relatándole lo ocurrido:

—Le informé a la directora que como lo referido en la historia sólo era la descripción de una herida causada por una caída lavando el piso en su casa, no se podía usar legalmente. Ella me insistió en que creía que la maestra podía estar en problemas con el marido, entonces, llamé a mi compañera para que me relevara las horas de la tarde durante la guardia, me ofrecí a acompañar a la directora, no como médica del ambulatorio, sino a título personal.

—Planificamos que la directora llevaría en las manos las boletas de los/as alumnos/as, tocaríamos la puerta, si decía que estaba enferma, ella le diría que había llevado una médica para examinarla, ya que era urgente que Norma firmara las boletas, las cuales debían entregarse en la mañana del día siguiente, colocaríamos adentro de una boleta una nota preguntándole si pasaba algo con el esposo... Me puse mi bata, nos fuimos hasta su casa, él se asomó por la ventana, cuando nos vio se sorprendió, titubeó, la directora no lo dejó hablar explicándole lo de la firma, no le quedó otra opción que abrirnos la puerta.

—La encontramos acostada en la cama, muy demacrada, la directora con tono de formalidad, le dijo:

—La doctora vino a verte porque tu marido me comentó que estabas enferma, mañana hay entrega de boletas, necesito urgente que las firmes, se las puso sobre las piernas, ella veía extrañada, como él se quedó en el cuarto, yo, para distraerle la atención empecé a preguntarle:

—¿Cuáles síntomas le notó a su esposa, tuvo fiebre, tos, dolores musculares? él estaba nervioso, a todo decía, —sí, sí, sí... No pasaron 15 minutos y la directora agarró las boletas, y dijo.

—Norma, disculpa que tuve que molestarte estando enfermita, gracias

Salimos, ella caminaba rápido, cuando estuvimos un poco retiradas de la casa se detuvo, tenía las manos frías, me enseñó lo que Norma escribió, —*me tiene amenazada, no puedo comunicarme con mi familia*—, la tranquilicé, le dije, —profesora, esa nota es una prueba que nos permite ir a la policía o a la oficina de

atención a la víctima en la fiscalía, tenerla retenida en contra de su voluntad es un delito, quienes reciban la denuncia están obligados/as a trasladarse hasta su casa, claro, sabemos que no siempre cumplen con la ley, pero intentemos... ojalá Norma esté decidida...

La directora estaba restanda, comentó:

—Mire doctora, le digo algo, si Norma escribió esa nota, siendo tan sumisa, es porque tiene miedo y pide ayuda, me arriesgaré...

Nos fuimos a la Fiscalía, contamos el caso, mostramos la nota, nos preguntaron algunos datos e inmediatamente se trasladaron a la casa de Norma, nosotras los acompañamos, tocaron la puerta, nadie se asomó, tocaron más fuerte, dijeron:

—Somos de la fiscalía, abra la puerta...

Se asomó por la ventana, preguntando:

—¿Qué quieren?

—Abra la puerta para hablar con usted.

Él abrió, estaba pálido, —¡Qué carajo quieren! ¿Qué pasó, por qué están en mi casa?

La directora pasó directo al cuarto y sorprendentemente salió a la sala con Norma, les dijo a los de la fiscalía, —ella es quien escribió la nota...—, Norma asintió con la cabeza.

Ese día lograron sacarla de su casa, en ese momento era indispensable lograr que no se quedara allí... no supe más nada del caso, pues me quedaba una semana para terminar mi periodo en el ambulatorio.

*Así, entre confidencias académicas y algo más de la vida transcurrieron años de amistad, de compartir sabidurías e ignorancias, lágrimas y sonrisas, algarabías y silencios... mi mentora y yo amigas eternas, compinches, madre e hija, la diferencia generacional fue una fortaleza porque ambas nos prestábamos las vivencias para crecer en acorde... ella, siempre me decía... Karina, la ética personal es tener ética colectiva.*

## Mi amiga, mis vecinas... aquellas... nosotras... todas

En estas páginas habitan en letras, vivencias de mujeres, esas que nos unen por el sólo hecho de ser mujer, en singular, que todas, en algún momento de la vida, las hemos vivido, unas más que otras, muchas no se han enterado que las han vivido por serlo, algunas las han superado por serlo... por ser mujer, en singular.

Soy Claudia. Cuando tenía 24 años, mi niña tenía 3 años, en mi cotidiano entraba y salía de casa como torbellino, arrancaba en mi escarabajo VW, iba y venía mil veces al día. Era activista feminista y estudiaba en la Facultad de Ciencias Veterinarias, esta, junto con la Facultad de Ingeniería Agronómica, conforman un Núcleo de la Universidad Central de Venezuela, las hermosas haciendas El Limón y La Trinidad de Maracay, le dan el hábitat al núcleo; es una zona fresca por la abundancia, en cantidad y variedad, de vegetación y fauna. Quienes hacíamos vida allí, fuéramos de una u otra facultad, además de compartir los amoríos, las fiestas, los chismes y las competencias de cuál profesión era más importante, compartíamos la entrada principal, una avenida con inmensos árboles de ambos lados, de Apamates, Acacias y Flamboyanes, cuando florecían formaban un ensueño de túnel vegetal de colores violeta, rosado y anaranjado, desembocaba en una fuente la cual, casi nunca tenía agua, lo que era beneficioso para los/as estudiantes de ambas facultades cuando habían conflictos, porque se escondían detrás de los bordes de la fuente para lanzar piedras a los policías y éstos devolvían perdigones.

Todos los días cargaba a cuestas libros, morrales, bolso con teteros, ropa de la niña, y por supuesto un coche paraguas, típico de los años 70, para cargar a mi Manuela, a quien siempre vestía con un pantaloncito corto, camiseta y sandalitas, excepto cuando llegaba su abuela que para no oír las recriminaciones: ¡Claudia Elenal, los dos nombres juntos era *sine qua non* de molestia... ¡viste a tu hija como una niña decente, la cargas semidesnuda, además te la llevas a oír esas locuras dizque feministas, va a ser una guerrillera!. Entonces, sacaba la ropa, que ella le regalaba, guardada desde su última visita.

Recién me había mudado para un peculiar edificio de tres pisos. En la zona donde estaba situado se tomaba el agua más limpia y se respiraba el aire más puro de Maracay: El Limón. Las riberas del río el Limón le hacía nicho a la ciudad, por cierto, en 1987 año futuro al tiempo de las ocurrencias aquí contadas, el deslave del río Limón causó la inundación aluvial de mayor magnitud de zonas urbanas en Venezuela. ¡¡Ah no culpo al río!! Sino a la humanidad en su empeño de no convivir en armonía con el universo. El Limón era un lugar desbordado de bellezas naturales, recuerdo sus grandes árboles de distintas variedades de mangos, fruta que venía siendo las alfombras de los patios de las casas; estando al noreste de Aragua, todavía constituye la única vía hacia las playas más hermosas de Venezuela, siendo mi predilecta: la Bahía de Cata.

El edificio era peculiar porque sólo 2 apartamentos estaban habitados, el nuestro y en el otro, una pareja con un niño, a quien llamaban Yacson; así escribían el nombre. El padre de Yacson era un maltratador, siempre golpeaba a la madre del niño, los gritos y llantos de ella retumbaban en el edificio. La primera vez que oí los insultos y llantos, no sabía qué ocurría, descendí hasta la planta baja, y vi al niño acurrucado debajo de la escalera, consternada le tomé la mano y lo invité a subir, él, callado, subió obediente. En ese momento cuando percibí la magnitud de lo que ocurría, la presencia del niño me puso a dudar sobre la conveniencia de llamar a la policía, por lo menos para abonar el camino de la denuncia, dado que, en Venezuela ni en América del Sur ni en América Central, bueno... ni en casi ninguna parte del mundo, existían leyes que protegieran a las mujeres violentadas dentro del hogar. Eran tiempos cuando la violencia familiar era considerada un asunto privado, problemas entre marido y mujer, no era incumbencia ni siquiera de las familias de las víctimas; lo sabía, precisamente mi activismo se centraba en visibilizar la problemática para poder tener una legislación específica en materia de derechos humanos de las mujeres.

Pensé detenidamente qué hacer, decidí darle un poco de sosiego al niño, ya tenía bastante preocupación con la reacción del padre cuando supiera que Yacson estaba en mi casa. Transcurrió un tiempo y sólo se oían murmullos y sollozos, de repente se oyó un grito prolongado: Yaaaacson, era su mamá llamándolo, el niño se levantó bruscamente, lo tomé de

la mano y bajamos hasta su casa, la mamá estaba allí, parada, esperando que apareciera, disimulando el dolor y la vergüenza, cuando lo vio bajando la escalera esquivó la mirada y lo recibió sin decir palabras, sólo hizo un gesto de agradecimiento. No podía dormir pensando qué debía hacer en lo sucesivo, sabía que ese tipo de violencia va en incremento.

Al día siguiente salí cual torbellino, con mi niña y macundales a cuestas, me detuve un poco en la puerta de mi vecina; todo estaba en silencio, como si nada hubiera ocurrido. Seguí y arranqué en mi escarabajo VW. Amaba mi carrito, era fiel, nunca me dejaba embarcada, le había pegado una calcomanía de Mafalda en el vidrio trasero, un poco grande, me dificultaba la visión, pero ya estaba pegada, nada podía hacer y tampoco quería quitarla. Los primeros días después del episodio, cuando regresaba para la casa me hacía varias interrogantes; si me encuentro con mi vecina ¿le hago algún comentario?; si es con él con quien me tropiezo, ¿qué debo hacer? Por algún tiempo no coincidí con ella ni con él, parecía que no estaban allí. Como siempre estaba tan ocupada, pensé: *cuando se presente el momento veré qué hago, de lo que sí estaba segura era que algo haría para acercarme a la mamá de Yacson.*

Un sábado en la mañana, como era costumbre, salí con mi niña a caminar hasta el parque, cuando iba bajando la escalera sentí las llaves abriendo la puerta del apartamento de mis vecinos, descendí más lentamente para coincidir con ella o con él; era ella, bajó la vista, la saludé amablemente y le cedí el paso para irme detrás de ella hasta abajo, le pregunté hacia dónde iba y contestó:

—Aquí mismo, a buscar al niño en donde mi mamá.

—¡Ah!, también voy cerca, sólo salimos a caminar un rato— y seguí caminando a su lado, entablamos una conversación cotidiana, sin embargo, durante las varias cuerdas que caminamos, logré saber su nombre, que no trabajaba en la calle, que su marido viajaba por razones de trabajo, pero Yaneth, ese era su nombre, iba muy nerviosa, miraba hacia los lados y comentó:

—Mi esposo regresa hoy, viene ahorita a buscarnos a donde mi mamá.

No faltaban más síntomas para entender que estaba al borde de la angustia, cercar la vida cotidiana de las mujeres era el signo irrevocable de los agresores. Lo entendí y me despedí

dándole un suave apretón en el brazo, me puse a la orden para cualquier necesidad o para tomarnos un café y que su hijo jugara con mi Manuela.

Había dado algunos pasos de avanzada en el acercamiento, por su actitud era sumisa, joven, muy bonita físicamente, y un dato importante: su familia vivía cerca de su casa. Yaneth, parecía tener la situación perfecta para que su marido ejerciera, a su justa medida, esa violencia dentro de su hogar. Tenía que andarme con mucho tacto, pues en ese tipo de violencia, cualquier paso mal dado puede revertirse contra la víctima.

Entre mis múltiples tareas, siempre dedicaba un tiempo para reflexionar en las mejores estrategias de acercamiento con mi vecina, pensaba: *debo encontrar una manera para que entre en confianza conmigo, si ella no se identifica como víctima de violencia, que, por sus características, debe ser lo más seguro, quiere decir que la vergüenza social y la culpa son sentimientos que la acompañan, así que presionarla sería la peor opción de aproximación.* Un error de acercamiento a una mujer maltratada puede significar, más veces de lo creíble, perder irreparablemente la posibilidad de apoyarla a reconocerse como víctima, primer paso, y no es el único, para ir andando el difícil camino de romper ese tipo de violencia. Tenía sobradas razones para ir con cautela en situaciones como las de Yaneth, en el pasado, ya había vivido una dolorosa experiencia por haber dado pasos apresurados en tales circunstancias, fue con una compañera de estudios, yo era muy joven y recién comenzaba en la universidad, Coincidíamos siempre en los grupos de trabajo por los apellidos, ambos comenzaban por C, estudiábamos juntas, compartíamos los sagrados interines entre clases disfrutando los consabidos cafés en el cafetín, fuimos estrechando una entrañable amistad.

Melany era casada con un militar, 10 años mayor que ella, la llevaba y recogía en la facultad, en caso contrario iba un subalterno. No transcurrió mucho tiempo para que Melany me confesara que su marido la celaba, que la amenazaba con retirarla de la universidad si veía algo fuera de lugar en el hogar; —imagínate Claudia que la ropa interior de él debe estar en un determinado orden, si no vacía todos los estantes tirando la ropa al suelo, si salgo un poco tarde de clases o de un examen se pone furioso y me insulta en cuanto me subo al carro.

—¡Guao! Es extraño que permitiera que estudiaras, exclamé.  
—Bueno... me dejó estudiar porque fue la exigencia que puse para casarme en la fecha que él quería, ¡Uf! logré imponerme, a pesar de la presión de mi mamá, todo el tiempo me decía:  
—¡Melany dale gracias a Dios que te pretende un hombre como ese!; si le das larga al matrimonio lo perderás, sobran mujeres jóvenes y lindas que desean estar en tu lugar, después no te lamentes.

Continuó comentándome:

—Claudia, él es astuto, Rafael era espléndido con mi familia, cuando novio llevaba licores, comida para pasar los fines de semana, era conversador y simpático en las reuniones, cuando relataba sus hazañas cautivaba a mi familia.

Con esos relatos tuve cierta perspectiva sobre la situación que vivía mi amiga, no tanto por lo relatado, porque a ojos y consejos del común de la gente, Melany debía dejar los estudios y dedicarse a su espléndido marido, sino porque, yo había conformado, junto con otras mujeres, un grupo de estudios feministas, particularmente sobre el debate de la violencia familiar, lo cual nos nutría el entendimiento del problema, literalmente éramos espías de materiales feministas.

No era un grupo numeroso, en la década de los 70 esa discusión no tenía adeptas, mucho menos adeptos, fuimos cuatro mujeres durante casi 4 años, unos años después fue cuando logramos incorporar una de las aliadas más creativa y audaz, ya tenía a mi Manuela; cuando un día fui a una librería a comprar, para ella, creyones y plastilinas; como las librerías son adictivas, empecé a curucutear, vi un estante con libros infantiles, los revisé, uno tenía una diagramación suficientemente sugestiva; en primer plano, una elefanta color rosa parada en un charco salpicada de barro, muy sonriente; en segundo plano, un grupo de elefantes grises, con expresión de molestia y crítica; al final de la contraportada decía en negrillas: **A favor de las niñas**. Los hojeé y la alegría era desbordada, eran de una editorial española. Miré con extrañeza el entorno, pues el común de los cuentos son para cosificar a las niñas, para que aprendan a atender un —marido espléndido—. Acercándome a la persona que atendía, una mujer con fenotipo español, amable, sonriente, compré los tres ejemplares que habían en

el estante; tenía curiosidad por indagar sobre el origen de los cuentos, mientras pagaba le pregunté si era la dueña, dijo, — sí, en sociedad con mi hermana—; sintiendo su accesibilidad pasé a matar mi curiosidad acerca de la obtención de ese tipo de literatura infantil, ella sonrió, me explicó, que su hermana y su cuñado hacían guiones de cortometrajes y teatro, lo que les permitía el contacto con editoriales españolas, las cuales producían esos libros. Cuando me despedía, frente a la librería se estacionó un carro, bajándose una mujer con el pelo muy lacio, desordenado, vestida con blusón y la infaltable bufanda de hilo al cuello, apresurada entró a la librería, pensé: *esta es la socia y la amiga que me faltaba; desde ese día fue parte del espionaje de todas.*

Melany cada día se veía más decaída, con ganas de abandonar la universidad, no podía rendir en los estudios con la presión de los quehaceres del hogar, el esposo no la dejaba estudiar de noche, la obligaba a acostarse cuando él lo hacía.

Algunos fines de semana iba a su casa a estudiar con ella para ver si apoyándola rendía en los exámenes, el ambiente era tenso, Melany disimulaba su angustia por vergüenza conmigo, realmente me era muy difícil disimular la rabia que sentía por la violencia del marido. Dadas sus quejas por el maltrato de Rafael, decidí montarme en una cruzada de convencimiento para que Melany entendiera que tenía que hacer algo para enfrentar al esposo, que no debía seguir soportando esa vida.

A pesar que ella sabía que era una víctima, pues nunca justificó las agresiones del esposo, era consciente de que él era un agresor, el miedo la paralizaba. A lo largo de varias semanas, durante los recesos estuvimos planeando estrategias, hasta que una mañana no asistió a clases, entré en pánico, esperé todo el día y no apareció, no me atreví a llamarla ni a ir hasta su casa, además, estaba complicada con mis propias obligaciones, así que esperé hasta el día siguiente; cuando Melany entró al salón de clases me volvió el alma al cuerpo, nos abrazamos apretado en clave de mujeres, no podíamos hablar, terminando la clase salimos como torbellinos al baño, se puso a llorar sin parar, la tuve que sacar de allí y llevarla al carro, me contó:

—Ay amiga, las cosas están mal... por primera vez, Rafael me agredió físicamente, me golpeó la cabeza con los puños,

se puso furioso porque llamaron varias veces por teléfono y cuando él contestaba, nadie respondía o colgaban la llamada; ¡Dios! decía a gritos que era un amante que tenía en esa maldita universidad, le juraba que no le había dado a nadie el número telefónico de la casa, pero seguía gritando como loco, me encerré en el cuarto y se enfureció más, le daba golpes a la puerta, abrí aterrada, me agarró por el cabello y me golpeaba con los puños.

Estaba enardecida con lo que me contaba, pero me hice un llamado a la cordura, debía estar serena para dar soporte a Melany, le preguntaba qué quería hacer, pero ella lloraba y se quedaba callada con la mirada perdida, a ratos decía: —me quiero morir, lo quiero matar—, y volvía a llorar, estuvimos dentro del carro un largo rato, cuando se calmó salimos a caminar, no asistimos a clases el resto de la mañana, nos sentamos en los bancos dando tiempo a que la viniera a buscar, cuando lo vio venir se levantó temblando la acompañé hasta el carro, él bajó el vidrio de la ventana estirando la mano para saludarme, un gesto de cobarde cortesía.

Me quedé perturbada, ya Rafael había pasado a otro nivel de la violencia, los agresores van progresivamente midiendo los límites de su poder, ya había comprobado su dominio cuando ella se encerró en la habitación como protesta y él logró amedrentarla hasta que abrió la puerta, Rafael tenía todo a su favor; Melany tenía muy pocos factores favorables; era muy joven, dependía económicamente de él, no tenía apoyo familiar, además, tenía miedo porque él estaba armado.

Al día siguiente le propuse a Melany que hiciéramos sistemáticamente, por escrito, una lista de las posibles salidas que podía tener, así pareciese imposibles de realizar, así mismo, que contestara por separado, los pro y contra de cada posibilidad propuesta. La idea era que, al plasmarlo en un papel como situaciones hipotéticas, podía dimensionar sus propias potencialidades y la magnitud del problema.

Comenzamos a anotarlas: conversar con él, irse a su casa materna, responderle con agresión física, irse donde algún familiar, irse donde una amiga, dejar la universidad y dedicarse al hogar; decirle que, si la volvía a agredir, él se tenía que ir de la casa. A modo de broma le dije y ¿envenenarlo?, ella, al fin sonrió y lo anotó. Haciendo la lista me vinieron a la memoria los comentarios que hace la mayoría de la gente, cuando

saben sobre una mujer maltratada en el hogar, la gente dice: será que le gusta que la maltraten, yo me hubiera ido; cuando ella le reviente la cabeza, le deja de pegar; que lo bote de la casa; a lo mejor es que ella lo provoca, lo saca de sus casillas; siendo ella ya me hubiera ido, aunque fuera a vivir debajo de un puente. Con ese estilo de improperios juzgan a las mujeres víctimas de violencia doméstica, sin contexto de la realidad que ellas viven en una sociedad donde la medida de lo justo es trazada por los hombres.

Ese día era viernes nos despedimos con mucha nostalgia.

—Melany ¿Quieres qué estudiemos juntas este fin de semana?

—Prefiero que no vayas, temo que Rafael esté agresivo.

Hacía un esfuerzo porque sintiera apoyo incondicional. Abrazándola le dije:

—Mi amiga, tienes el fin de semana para pensar en esas opciones que anotamos, incluyendo otras que se te ocurran hasta decidir quedarte, sólo tú puedes tomar decisiones.

Las semanas siguientes teníamos los días copados con exámenes, con la crisis de Melany habíamos descuidado los estudios, estudiaba hasta muy tarde para poder rendir, estaba preocupada porque mi amiga me manifestaba que no se concentraba, la veía muy deprimida, no sabía qué hacer para ayudarla.

Una noche Melany me llamó por teléfono, me explicó que estaba donde su mamá, porque cuando Rafael viajaba, lo cual hacía periódicamente, la obligaba a quedarse allá, detalle que desconocía, no obstante que llegamos a estrechar una amistad en corto tiempo, había cosas que desconocíamos una de la otra. Melany con una voz casi inaudible se disculpó por quitarme tanto tiempo y dijo:

—Necesitaba hablar con alguien, tú eres la única que conoces mi situación...

Creí que había ocurrido otro episodio de agresión, más allá de obligarla a quedarse fuera de su casa, que ya era bastante violencia psicológica, pero sólo insistió en que sentía una tristeza que la embargaba y por eso deseaba conversar un rato, entonces, traté de distraerla hasta despedirnos.

Esa llamada era un claro aviso de que mi amiga estaba al borde de una depresión severa.

La situación de Melany fue empeorando, faltó a un examen, perdió algunas prácticas, cuando entraba a clases se veía abs-

traída, le preguntaba qué sentía, qué había pensado hacer con su vida, pero ella me abrazaba en silencio.

Un día no apareció en la Facultad, al día siguiente tampoco, entonces, en la noche decidí llamarla, él contestó, y con voz aborreciblemente burlona, me dijo:

—Qué bueno que la llamas, pero no te puede atender, está dormida, ha estado muy deprimida, creo que los estudios la tienen estresada, seguramente mañana se sentirá mejor e irá a clases.

Me despedí con un sabor amargo en la boca y un sentimiento de rabia e impotencia. Esa noche me costó concentrarme para estudiar.

No apareció en toda la semana, comencé a indagar quién podía darme información de ella, así llegué hasta saber de un primo de Melany, profesor en la Facultad de Agronomía, sólo tenía que cruzar el área verde, la que llamábamos la tierra de nadie, porque separaba ambas facultades; preguntando lo encontré, no fue difícil, ese núcleo universitario era como un pueblo chiquito, y también un infierno grande. Ensayé cómo lo abordaría para no causarle más problemas a ella, de tanto pensar, decidí esperar a conocer al tal primo y evaluar su actitud.

Lo encontré, estaba dando clases, las puertas de los salones tenían un pequeño vidrio, me asomé, y para complacencia de mis ojos vi un hombre muy apuesto, lo que animó la espera. Cuando salió esperé que caminara un trecho y lo alcancé, me presenté y le expliqué que era amiga de Melany, que estaba preocupada porque tenía días que no venía a la facultad, él me oía con atención, tanta como la que tenía tratando de descubrir si podía exponerle las verdaderas razones de mi preocupación, con encantadora sonrisa me invitó a tomarnos un café.

La idiosincrasia de esas facultades, por los tipos de carreras, caracterizaba a la mayoría de los hombres, como vaqueros, ganaderos, coleadores, hacendados, aunque no tuvieran ni una gallina en el patio de su casa, y como las mujeres éramos contadas con los dedos de la mano, todos jugaban a galanes, por los modales, intuí, que el primo de Melany era la excepción.

Durante la conversación percibí que quería mucho a su prima, traté de provocar algún comentario sobre Rafael, pero

fue parco, sin embargo, me atreví a decirle que no la llamaba porque sentía que su esposo era algo agresivo, sonrió.

—Es un cavernícola, respondió.

Su respuesta aceleró el bombeo del corazón, a partir de allí, fui sincerándome y buscando su apoyo. Quedó comprometido conmigo de visitar a su tía, la mamá de Melany, esa misma noche y me llamaría. Me puse a estudiar junto al teléfono, a las 10 pm en punto llamó, estaba tan ansiosa que sin saludar le dije:

—Cuéntame...

Con su voz pausada dijo:

—Mi tía, muy atribulada me confesó que Rafael la había llamado para advertirle que encontró en el bolso de Melany un papel con una lista de cosas que Melany iba a hacer contra él, inclusive envenenarlo, que esas eran ideas que le metía en la cabeza la loca de la amiga y esa cuerda de fariseos de la universidad. Alejandro añadió:

—Mi tía teme por la cordura de su hija, que a quién se le ocurría pensar en envenenar a su marido—, por esa tónica melodramática continuó el relato de ese encuentro.

Oyéndolo me corría un frío por el cuerpo, estaba atónita, me sentí culpable, estúpida, le expliqué a Alejandro el asunto de la lista, él soltó una carcajada, me puse furiosa, me respondió:

—Claudia, disculpa, pero la risa no es de burla, sino es que me imagino a Rafael leyendo tales locuras y más patético que se las creyera.

Me aconsejó que diera una pausa porque la situación familiar estaba convulsionada, que contara con él para todo, menos para envenenar a Rafael, nos despedimos con risas de ambos lados.

Seguí las sugerencias de Alejandro, de todas formas, tenía el tiempo colapsado con los estudios. Los días pasaban muy rápido. Una mañana muy temprano llamó Melany, cuando oí su voz me alarmé, le solté como cuatro preguntas, una tras otra, ella me dio respuestas sin contexto de lo que preguntaba, entendí que estaba con él o con su mamá. Ella insistía en que le averiguara, en control de estudios, qué debía hacer para posponer los estudios, a lo que le respondí que debía hacer una comunicación y llevarla personalmente, eso lo inventé para tener la posibilidad de volver a verla.

Efectivamente, unos días después la vi caminando hacia don-

de estaba con mis compañeros, me retiré del grupo y nos encontramos envueltas en un abrazo que nunca olvidaré. Sin mucho preámbulo le pedí disculpas por haberla incitado a escribir esa lista... no me dejó continuar manifestándome:

—Amiga, si supieras que ese ejercicio me colocó ante mi realidad, no tengo posibilidades de separarme de Rafael, estoy atrapada, él revisó mi bolso, y consiguió el papel, se agarró de allí para ponerse de víctima frente a mi mamá, pero sé que siempre conseguirá una razón para doblegarme. Tengo que irme, mi mamá me espera en el carro, te llamo cuando pueda, eres una gran amiga.

Quedé devastada, tal vez la idea de ponerla, aunque fuera hipotético, frente a las disyuntivas de una separación, fue un error. Melany extrañamente no justificaba las conductas agresivas del esposo, como lo hace la mayoría de las víctimas, lo que hacía suponer que tenía consciencia de su condición de víctima de violencia, por eso me atreví evidenciarle que debía tomar decisiones sobre su vida.

Nos mantuvimos en contacto algunos años a través de cartas, cuyo intermediario fue Alejandro. Melany se resignó a vivir bajo el dominio de su esposo, él la llevó a un psiquiatra porque le preocupaba su depresión, tomaba antidepresivos, la mamá la presionaba para que se embarazara, vivía entre su casa y la de su mamá, según los intereses de Rafael, más o menos esa fue la dinámica de su vida mientras supe de ella; fuimos perdiendo contacto, me era muy difícil guardar silencio sobre su situación, para mí dejó de ser una cercanía transparente.

Por mucho tiempo, tuve la duda relativa, de si una mujer consciente de ser maltratada, pero a su vez convencida de no tener salidas para su situación, es más perjudicial emocionalmente, que una mujer que no se identifique como víctima, y consiga razones de cualquier tipo que justifiquen al agresor. Tuve algunas respuestas muchos años después.

Después de lo vivido con Melany, la madurez y el haberme formado en estudios de las mujeres, me enseñó a ir con cautela cuando se trata de mujeres violentadas dentro del hogar, por eso el acercamiento a Yaneth lo hacía mesuradamente.

Recordé que el día que me encontré a Yaneth yendo para donde su mamá, fue un sábado, así que el siguiente sábado

traté de salir a la misma hora para ver si coincidíamos, bajé lentamente, pero el silencio era sepulcral. Así que seguí hacia el parque con mi Manuela, cuando iba caminando, Yaneth y el niño venían, en sentido contrario, al acercarnos, me paré a saludarla, Yacson me abrazó y ella fue muy afable, la invité a continuar para el parque, dudó un poco..., pero dio media vuelta y siguió con nosotras.

Yacson era tres años mayor que Manuela, sin embargo, esa mañana jugaron como si tuvieran la misma edad, nosotras desde el banco les cuidábamos. Comencé la conversa haciéndole la pregunta obligatoria de todo quien vive en esta ciudad: —¿Tú y tu familia nacieron en Maracay?

Digo obligatoria, porque Maracay es una ciudad singular, dado que el auge social y fundamentalmente económico, no ocurrió por el gentilicio aragüeño, sino por un hombre oriundo de los Andes, Juan Vicente Gómez, quien, al pasar por Maracay, rumbo a la toma del poder en Caracas, quedó impactado con su belleza de paisaje y el clima. Pasado unos años, siendo presidente dictatorial de Venezuela, trasladó su residencia a Maracay y la decretó capital política de Venezuela, lo que conllevó a una considerable migración de población andina, a su vez este apogeo económico atrajo a empresarios y comerciantes de Caracas y con la consolidación del núcleo Universitario, se trasladaron para Maracay jóvenes de todos los estados de Venezuela. Esa mezcla de gentilicios, dio a la ciudad una dinámica de vida cotidiana singular, en la cual prevalecía un comportamiento permisivo, abierto, alegre.

Por ello, cuando conocemos a alguien lo primero que preguntamos es el terruño de origen de las personas.

A mi pregunta, Yaneth respondió:

—Sí, somos de aquí, ¿usted?

—Te cuento que mis ascendientes maternos son andinos y los paternos larenses, ambos se trasladaron para acá, yo nací aquí, pero crecí en Caracas y volví para acá a estudiar veterinaria, por favor... no pongas distancia tratándome de usted. Ella sonrió y sin darme tiempo a seguir hablando, hizo referencia a la noche que el esposo la golpeó, —tengo mucha pena, sé que usted, bueno... tú, por educación haces como si nada pasó, mi esposo toma mucho y cuando se rasca se pone violento— hablaba sin mirarme a los ojos, miraba al suelo, se quedó callada, inmediatamente, le agarré las manos, le dije:

—No tienes por qué sentir vergüenza, no es tu culpa. No quise hacerle referencia a que él era el responsable. La medida me acompañó.

Para dar una tregua, llamé a Manuela para darle agua y le ofrecí a Yacson, tomaron tragos gruesos y salieron corriendo. Ella retomó la conversación agradeciendo que esa noche hubiera al niño para la casa, aclarándome:

—Mire... ay mira, trato de convencer a Ricardo para que hable con el pastor, pero no quiere, tengo fe en que en algún momento irá, el pastor lo ayudará a dejar de tomar.

Siguió su monólogo:

—Sabes, lo que pasa es que él creció solo, su única familia somos nosotros, cuando no está tomado es otra persona, el trabajo lo estresa mucho porque tiene que viajar... hizo una pausa...

Lo narrado por ella, encajaba en el rompecabezas de la violencia, sin embargo, me extrañaba: ¿por qué se atrevió a ir al parque?, generalmente, las mujeres maltratadas por la pareja temen relacionarse con otras personas fuera del entorno permitido por dicha pareja, entonces, le pregunté:

—Tu esposo... Ricardo es su nombre, ¿Verdad? ¿Regresa de viaje los sábados?

—Sí, pero un sábado al mes lo envían para Oriente y regresa los domingos, hoy está allá.

Yaneth miró el reloj y llamó a Yacson.

—Me voy tengo que hacer almuerzo.

Me quedé un rato más jugando con Manuela, ese era el fin de ir al parque, pero el interés por Yaneth me entretuvo un tiempo. Llegué a la casa con la gaveta cerebral con mucha información para procesar, debía priorizar lo pendiente, pues si me dejaba guiar por los deseos, dedicaría el tiempo a Yaneth. En casa, Yulety me apoyaba con Manuela. Se quedaba toda la semana y a veces los fines de semana, no le gustaba ir para donde su familia, realmente iba forzada para dejarle dinero a la mamá. Vivían en uno de los pocos barrios peligrosos de Maracay. Era muy joven, analfabeta, no entendía las horas del reloj, entonces, mientras lo aprendía, lo cual le costó algún tiempo, le tenía varios relojes en casa, cada uno con la alarma en las horas de las rutinas de Manuela, el jugo, la vitamina, montar el almuerzo, en fin... las alarmas le avisaban las tareas más importantes hasta que regresara a casa.

Yulezzy era curiosa, según mi mamá era entrépita, estaba enterada de todo cuanto ocurría en el edificio y su entorno, siempre hacía comentarios de la familia de la casa de enfrente, de los de la esquina, y de la única vecina del edificio. Yo no le prestaba mucha atención y trataba que entendiera que no se debía criticar la vida de las personas, pero esta vez, su información sobre Yaneth, podía ser de interés, con tacto o siendo sincera, con doble moral, para ponerle el tema, le conté que habíamos compartido con la vecina en el parque, y que era muy simpática, eso bastó, Yulezzy se soltó como represa sin dique, se sentó y me dijo:

—Señora, usted ha visto lo feo que es ese hombre y lo linda que es esa señora, no entiendo por qué vive con él. Mire, un domingo temprano en la mañana que ustedes estaban para Caracas, ese hombre la gritaba y regañaba al niño, me asomé por la escalera para oír mejor, no oía la voz de la señora, mire, creí que la había matado, bajé por la escalera haciendo bulla para ver si le daba pena...—, tomaba aire y continuaba, —a veces viene la mamá de ella, pero no se queda mucho tiempo, para mí, que el marido no se lleva bien con la suegra...

Y seguía el cuento hasta que le cubrí sus manos con las mías, sonreí, así paró su animado relato, el cual fue útil para contextualizar ideas sueltas, además, oír los juicios de valor sobre las mujeres es fuente de saber y Yulezzy era genial como cuenta cuentos, pero no debía darles mucho piso a sus deslenguados comentarios.

Cuando tuve espacio tomé mi cuaderno de notas, lo llamaba *el cuaderno de las mujeres*, anoté algunos datos de vida de Yaneth: el hecho que la familia era nacida en Maracay, sumado a que eran de la religión evangélica, comunidad religiosa bastante numerosa en la zona de El Limón, constituía una muralla de contención alrededor de Yaneth, vencer los prejuicios culturales y los dogmas de las religiones, particularmente la evangélica fundamentada en el más arcaico patriarcado, era titánico. Otro aspecto de anotar, era que tal vez su esposo no era evangélico por la negativa de hablar con el pastor, y si los domingos estaban en la casa, según el relato de Yulezzy, y ella era evangélica, religión bastante fanática con el culto de los domingos, quería decir que le prohibía ir a la iglesia. Así mismo, la mamá de Yaneth vivía cerca, nunca la vi visitándola, según Yulezzy, cuando la visitaba se quedaba muy poco tiem-

po, podría ser por algún conflicto con Ricardo. Era de tomar en cuenta que siendo joven y estando sola toda la semana, no la frecuentaban amigas. Este escenario que armé era externo a Yaneth. Así, que pasé a anotar algunos detalles vinculados con ella como persona: frente a la agresión de Ricardo, ella, en todo momento lo justificó, la agredió porque toma licor, creció sin familia, el trabajo lo estresaba, de esa conversación en el parque dos cosas fueron significativas, Yaneth siente que es su única familia que le da soporte y que él va a cambiar, según su fe, cuando decida hablar con el pastor.

Todas esas circunstancias que rodeaban a Yaneth, para mí eran importantes, pues con mi grupo de mujeres estábamos estudiando las caracterizaciones de las mujeres víctimas de violencia doméstica y de los agresores, hacíamos ejercicios con las situaciones de la vida real que conociéramos, tipo detectivescos, todos los datos de vida, hasta aquellos aparentemente sin importancia, iban aportando signos que son característicos de cuando una mujer vive violencia dentro del hogar, la cual dista de cualquier otro tipo de violencia social.

Retomando mi espacio donde vivía, después de ser por algún tiempo, sólo 2 familias en el edificio, se mudó una familia nueva, ocupando el apartamento ubicado enfrente del mío.

Mi vecina y vecinos recién mudados, llegaron un domingo cuando estaba en el balcón estudiando y disfrutando el paisaje de la ciudad, el cual era sólo mío porque no había ningún edificio que lo entorpeciera, de un momento a otro, la paz se esfumó con la bulla, los gritos de un niño, la voz ronca regañando al niño gritón, de repente una voz de mujer, en tono muy alto, desde el balcón contiguo al mío, dijo: —buenos días, soy su nueva vecina, me llamo Adriana—; levanté la mirada y me acerqué a la reja del balcón para saludarla y darle la bienvenida, ella sonriente y muy extrovertida, me dio una bitácora de vida en corto tiempo: venían de Caracas, tenían dos hijos, el esposo se llamaba Máximo y le decían Max, hizo mucho énfasis en que era español, el hijo mayor Williams y le decían Will, el menor Javier y le decían Javi... la interrumpí y sonriendo, le acoté:

—Seguramente a ti te llamaré Adri...

Era muy blanca, la tez casi transparente se le sonrojó de car-

cajearse por mi comentario. Acto seguido: se asomó toda la familia, el esposo como un oso, grandote, gordo, velludo, tostado por el sol, con ojos verdes; el niño como huracán se metió entre las piernas de la mamá; el hijo mayor, alto, obeso, bastante moreno, pero no por efecto del sol, sino por la raza; además, una mujer joven, pequeña de estatura, muy menuda, morena, quien no había sido mencionada en la bitácora familiar de Adri.

Yulezzy moría por acercarse a indagar ¿Cuál era la algarabía?, pues no pasó mucho tiempo para hacer su aparición, preguntando algo sin importancia, así que se la presenté a la nueva familia, quienes seguían allí, todos hablando al mismo tiempo. Manuela se despertó y aproveché para pedir excusas y entrar, les dejé a Yulezzy, mi mejor embajadora.

En la tarde de ese día tocaron la puerta, me supuse que era alguien de la nueva familia, para sorpresa mía, era Yaneth, quizás no disimulé la extrañeza, porque me dijo:

—¿Estás muy ocupada?, me atreví a venir porque me dijiste que podíamos tomarnos un café juntas...

—No estoy ocupada, adelante, me encanta que hayas venido, ¿Yacson dónde está?

—Con mi mamá... titubeó... es que Ricardo se fue para su pueblo porque tiene a su mamá enferma, bueno no es su mamá sino una madrina.

En el ínterin del saludo, pensé que había subido a averiguar sobre la nueva familia, pero no fue así, ni siquiera lo mencionó, me dio pena conmigo misma por mi mala fe. La sentí contenta, las otras veces que nos vimos la percibía sombría.

Pasamos unas horas amenas, a pesar de sus relatos de vida. Yaneth era una mujer ingenua, resignada, comunicativa, apenas terminó la secundaria; su mamá enviudó joven, se entregó al culto evangélico, creyente de que el matrimonio era la unión más importante en la vida de la mujer, con una relación, más o menos cercana con Yaneth, siempre y cuando no se saliera de los rígidos cánones culturales y religiosos; tenía un hermano dos años mayor que ella, a quien describió textualmente como: —un bueno para nada.

Todo ese relato se enmarcaba dentro de lo esperado, pero la información más inesperada, aunque pareciera negativa a los ojos de la mayoría de la gente, a mí me pareció favorable; Ricardo era padrastro de Yacson, ella se embarazó a los 16

años de un hombre divorciado, cercano a las tías maternas. Su mamá casi muere de vergüenza por el —qué dirán—, pero sus hermanas, no de religión sino de sangre, la convencieron que él era muy responsable, se casaría con ella, y le daría seguridad, en pocas semanas, todas metieron los cánones en el equipaje de la doble moral y estaban felices con el pronto casamiento.

Cuando el susodicho se informó del embarazo aparentó una inmensa alegría, con brindis incluido. A las pocas semanas viajó para el Táchira, por una emergencia familiar, empezó a ir y venir, fue la excusa para ir posponiendo el matrimonio, los regresos, cada vez más distanciados, pero el vientre de Yaneth más abultado, hasta qué no regresó... como el amante de Penélope, la de Augusto Alguero, la de Serrat.

Una vez terminado el relato, fui a buscar unas galletas para darme tiempo a pensar la conveniencia de hacerle un comentario, el cual me daba vueltas en la cabeza desde que empezó a contar lo de su embarazo, la certeza pudo más que la duda, así que decidí zambullirme en las profundidades de su realidad, le pregunté:

—¿Yacson tiene el apellido de su papá?

Sin asombro, me dijo:

—No, tiene mi apellido. Ricardo quiere darle el suyo, pero como viaja toda la semana, ha sido complicado...

Seguí nadando en lo hondo y le advertí:

—Yaneth, con todo mi respeto y con toda la buena intención, te sugiero que no le cambies el apellido al niño, sabes que vives una situación de violencia en tu casa, esas son situaciones que lejos de apaciguarse, van en aumento, a lo mejor, ojalá no sea así, tienes necesidad de trasladarte a otro lugar, si tu hijo tiene tu apellido puedes viajar con él, al tener el apellido de Ricardo, te exigen un permiso de él—. Yaneth, mientras le hablaba tenía la mirada baja, cuando terminé, levantó la vista, con los ojos húmedos me miró fijo y dijo: —no tengo a dónde ir...

Su impávida y a la vez nostálgica actitud, frente a la posibilidad de tener que irse de su casa, me lleno de asombro.

Esa noche tuve que estudiar hasta la madrugada, pues las horas invertidas en Yaneth no contemplaron materia del examen del día siguiente.

La verdad es que, con la llegada de la nueva familia, no sentí mucha alegría, intuía que mi paz acabaría. En las noches, el

balcón era mi espacio predilecto para hacer algunas cosas, si me lavaba mi larga cabellera, me la secaba con mi secador portátil sentada en la silla de extensión, con el pie derecho movía el coche paraguas para dormir a Manuela y en las piernas colocaba mis apuntes, guías o libros, a ratos miraba el paisaje que era todo mío.

Con la llegada de Adri, Max, Will y Javi, cada vez que me asomaba al balcón, pasados unos minutos tenía alguna compañía en el balcón de al lado.

La primera vez que Adri me vio resolviendo mis múltiples tareas en mi silla de extensión, con su voz torrencial preguntó: —¿Vecina está tomando el aire?

—No, estudio, me seco el cabello y trato de dormir a Manuela.

—¡Guao! te pareces al hombre orquesta.

—Adri... será la mujer orquesta

Se quedó allí, y me lanzó una retahíla de comentarios y preguntas:

—¿Y qué estudias? ¿Cómo haces para cumplir con todo? ¿Eres de aquí?; pero tú eres muy joven, tendrías a la niña bastante joven, ¿Verdad? ¿Y tu familia vive aquí en Maracay?...

Le fui dando respuestas precisas, sabía que pronto vendría la pregunta más preciada para ella; cuando vio que me iba a levantar para entrar, me la hizo:

—Claudia, ¿el papá de Manuela trabaja fuera de aquí?

Me acerqué a la reja del balcón, con voz bajita, tipo secreto, le dije:

—Eso te lo cuento otro día, voy a acostar a Manuela, descansa y duerme bien.

Estoy segura que la curiosidad no la dejaría dormir bien.

Adri había pedido acompañarme cuando fuera al mercado para conocer la zona. Entonces un día la invité. Ella era muy simpática y habladora, de ida y vuelta me contó parte de su vida: tenía 38 años, Will no era hijo de Max, lo cual era evidente por el fenotipo, Javi tenía 8 años. Cuando joven trabajó como encargada de una tienda de ropa, cuyo dueño era un hermano, hasta que se casó con Max, en ese punto cambió la entonación de voz y con orgullo comentó que él no veía bien que su mujer estuviera en la calle trabajando; la interrumpí y con entonación de humor negro, le dije: — ¡ya va Adrianal, pero cómo en la calle, ¿no trabajabas adentro de la tienda?

—; por un momento balbuceó... y soltó sus acostumbradas carcajadas con su rubicundez facial.

La presencia de más gente en el edificio cambió la forma de ejercer la violencia de Ricardo contra Yaneth. Una noche me despertó una voz de hombre, hablaba bajo pero agresivo, era Ricardo, estaban en la habitación debajo de la mía, él la mandaba a callar, a veces subía el tono, ¡Cállate!, ella sollozaba, de repente sonó un golpe fuerte, al rato otro, no identificaba si era contra la pared o que le pegaba a ella, me quedé atenta, después sólo se oían sus gemidos ahogados. No podía conciliar el sueño.

Como Yaneth se había sincerado conmigo y durante la semana no estaba Ricardo, esperé tener un tiempito libre para invitarla a la casa. Una tarde cerca de las 6 p.m., le toqué la puerta y abrió Yacson, no sabía que estaba la mamá de Yaneth, como desconocía la reacción que pudiera tener la señora, inventé una excusa para no entrar, pero Yaneth insistió en que pasara a conocer a su mamá. Hice lo que la prudencia aconseja, estuve un ratico y me despedí, la señora también se levantó para irse, Yacson se fue con la abuela. Yaneth me hizo un guiño con los ojos, ya teníamos claves de entendimiento.

Al rato llegó Yaneth, muy apesadumbrada, nos fuimos para el cuarto de estudio porque las vueltas de Yuletzky para enterarse de lo que hablábamos y las carreras de Manuela no ayudaban al estado anímico de Yaneth. Sin mucho rodeo me contó:

—Amiga, Ricardo está cada vez más agresivo, una de estas noches estábamos donde una tía y su primo estaba con unos amigos oyendo música, uno de ellos me trajo una cerveza, a lo mejor por cortesía y no la recibí porque conozco a Ricardo; efectivamente, comenzó a preguntarme de dónde lo conocía, que si se atrevió a coquetearme en la cara de él era porque yo lo provocaba—. Entonces le dije: —vámonos para la casa, por favor no hagas un drama aquí—, nos vinimos y en el camino no paraba de inventar cosas. Cuando llegamos a la casa siguió acusándome de que tenía algo con ese muchacho, como no le contestaba se ponía más bravo, le dio un puñetazo a la pared y luego me agarró por los brazos, no me soltaba y decía ¡cállate, que nadie te oiga! —. Ella se subió las mangas del suéter y me mostró los moretones de los brazos.

En mi *cuaderno de las mujeres* había anotado que debía indagar: ¿Cuántos años tenía viviendo con Ricardo? ¿Desde cuándo

ella percibió la violencia del esposo? ¿Si la mamá sabía de la violencia física? Como me había dicho que se embarazó siendo adolescente, sin haber terminado la secundaria deseaba saber ¿Cuándo y cómo logró culminar el bachillerato? ¿Quién la apoyó con el cuido del niño para terminar la secundaria?

Esas anotaciones me permitían no dispersarme en los pocos encuentros con ella, esa tarde pude saber: que tenían 2 años casados; que él siempre fue de mal carácter, pero ella pensaba que iría cambiando, que ahora se daba cuenta que la presión de la mamá y las tías habían influido en decidir casarse, vivía con el estigma de ser madre soltera. Supe que Yaneth era repostera, con ese oficio se mantuvo hasta que se casó, Ricardo no la dejó trabajar más porque hacía las tortas por encargo y él no quería gente extraña en su casa. Logró terminar el bachillerato en un liceo nocturno, la apoyó una prima lejana que siempre la animaba a superarse. Ese tiempo fue muy difícil por conflictos con su mamá, a esa prima no la trataban porque no era evangélica. ¡Ah! Su mamá no sabía que Ricardo la agredía físicamente, aunque creía que Yacson le comentaba algo, pero no preguntaba nada, y ella no le decía para no enredar más las relaciones familiares.

Volviendo con la nueva familia de piso, como mi vecino Max no estaba durante el día, no había tenido un encuentro cara a cara con él, hasta que una noche saliendo de mi casa, abrí la puerta y Max estaba allí, bufando, con un pie en el último escalón, recostado de la baranda, fumando como chimenea, era un hombre cercano a los 60 años, desde que lo vi lo asocié con un oso, pero no con el panda. En el corto rato que hablamos, bueno que habló, me dijo tres veces, que era español, creo que ese era el salvoconducto social de la familia; aprovechando que él tenía que tomar aire, le informé que mi linaje era indígena; entornó la mirada, continuó su monólogo, el cual giro alrededor de su carro, su reloj, un refrigerador que acababa de comprar, una bicicleta que compró para Javi, destacando que no tenía que pedalear porque trabajaba con pilas o batería, algo así; aprovechando otra toma de aire, le comenté: que pedalear bicicletas era muy bueno para que los niños crecieran, esto a propósito de que Adri me había dicho que a Max le preocupaba que Javi no fuera a ser alto como él,

terminó de subir el escalón y nos dimos las buenas noches. También tuve mi primer intercambio, no de balcón a balcón, sino cuerpo a cuerpo con Will. Era un joven de 18 años, agradable, querendón, comelón. Un medio día tocaron la puerta, abrió Yulezzy y gritó: — ¡Señora la busca el gordo de enfrente! —, mi mamá estaba conmigo en el cuarto y casi muere por la indiscreción de Yulezzy, yo estaba vistiendo a Manuela, me asomé, le saludé y él me preguntó:

—Disculpe vecina, ¿usted tendrá un poquito de mayonesa que me regale?

—Claro, ya te la busco—, le respondí.

—Mejor traigo mi sándwich y se la pongo aquí para no llevarme el frasco.

—Como quieras, Yulezzy te atenderá, estoy ocupada con Manuela—, le dije.

Trajo un pan campesino completo con jamón, queso, tocineta, tomate, lechuga, mostaza, salsa de tomate y lo embadurnó con medio frasco de mayonesa, todo eso me lo informó, con lujos de detalles y con el frasco sin tapa como prueba del delito, mi mejor informante: Yulezzy.

Cuando algún fin de semana no podía ir para Caracas, mi mamá se venía los viernes hasta el lunes para apoyarme con Manuela y estudiara con más tranquilidad. Mi madre fue una apasionada maestra y con la misma pasión ejercía el comercio de las mejores marcas de zapatos y carteras italianas, de ella heredé esa pasión por lo que se hace. Era merideña, la gente de los Andes tiene la cultura más conservadora de nuestro país, me atrevería a decir que también racista, desde niña le oí decir a mi mamá con mucho orgullo, parecido al de mi vecino Max cuando denotaba que era español; —yo vine a ver por primera vez un negro cuando llegué a Maracay, en Mérida todos éramos blancos—. Obviamente que el sesgo racista tiene implícito la descalificación, ella ya me había comentado lo relativo al color de piel de Will, diciéndome:

—Ese joven de enfrente es muy negro para ser hijo de esa pareja, además, es gordísimo... el niño es chinche, pero ese sí debe ser hijo de ellos porque es muy catire... Siempre discutía con ella por su racismo, le hacía hincapié en que esos comentarios influían negativamente en Manuela.

—Hija, eso no es racismo, dígame usted ¿cuándo ha visto un negro bonito? Y se contestaba: nunca.

¡Aaah! También, mi mamá era consentidora y sobreprotectora al extremo, aun siendo adulta pretendía que nada ni nadie perturbara mi tranquilidad, yo siempre le decía: —mamá, no puedes pretender que esté en una caja de cristal—, pero ella sostenía que a mí me gustaba cogerme los problemas de las amigas.

Algunas veces cuando estaba en casa e iba Yaneth, después cuando se iba, me decía:

—Esa señora sólo viene a quitarle tiempo y cargarla de problemas, debería quitársela de encima...

Si Yuletz oyó, también opinaba:

—Su mamá tiene razón, mire doña Adelaida, usted no ha visto nada, a veces esa señora viene hecha una Magdalena, y la señora Claudia se poone a oírla, pero yo sé que tiene que estudiar... Cuando hacía esos comentarios la miraba de tal manera, que se desaparecía del entorno. Con mi madre no podía hacer nada, ese era un guion de la novela familiar.

Como Adriana no tenía carro, casi siempre, cuando iba hacer diligencias de interés para ambas o al mercado, se iba conmigo; aunque no teníamos muchos intereses en común, la relación era de respeto y afecto. Entre idas y venidas le había contado que me había separado del papá de Manuela cuando ella tenía 2 años, que él estaba haciendo postgrado interno en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, pero venía poco porque eran estudios con un alto nivel de exigencias.

—¿Sí? Y entonces, ¿Cómo hacen las mujeres que estudian allí?, me increpó.

—¿Te gusta la cerveza?, le pregunté.

—¡Eh! Sí... me dijo.

—Vamos a compartir una, ¿Tienes tiempo?

—Encantaaaaada, contestó.

Di media vuelta y nos dirigimos a El Castaño, hacia un pequeño restaurant “Las Cumbres”, lugar cuya belleza se ofrecía espontáneamente porque estaba incrustado a las faldas de las montañas del primer parque nacional de Venezuela, el Henri Pittier, desde las mesas, la mirada se perdía entre la vegetación boscosa, se divisaban las enredaderas de campánulas moradas, el rumor del agua perpetua del río amenizaba los encuen-

tros en ese mágico espacio.

Pedimos 2 cervezas, alzamos los jarros y brindamos... abrí la palma de la mano y la puse a la altura de su mirada de Adri, ¿Cuántos dedos tengo?, ella, extrañada dijo: cinco. Bueno, el número de mujeres que hacen postgrado, tal vez, es menor de cinco. Y te diré que hacen:

—La mayoría, por no decir todas, no tienen hijos e hijas, todos los meses viven al borde del estrés por el temor de un embarazo, porque eso implicaría retirarse del postgrado, si extrañamente alguna es casada, no se puede dar el permiso de quedarse los fines de semana en el Instituto y si lo hacen, la culpa les persigue toda la semana, por mencionarte lo menos; mientras que los hombres, quienes son la mayoría, tienen madre, pareja, novia, abuela, siempre mujeres a la disposición para darles soporte de todo tipo, en ellos la culpa no es un sentimiento que les quite el sueño ni la vigilia...

—¿Tienes tiempo y quieres que nos tomemos las últimas cervezas?

—Siiii, respondió.

Las lecturas con mi grupo de mujeres enriquecían mi visión de la vida de las mujeres, por lo que era un placer invaluable compartirlas con otras. Adri era curiosa, respetuosa y buena conversadora.

Compartiendo las últimas cervezas, percibiendo su agrado por la conversa, le narré que en siglos pasados, sólo los hombres tenían el poder de estudiar, entonces crearon la ciencia en la horma masculina, sólo ellos podían dedicarse exclusivamente a cuanto invento se les ocurriera, pues las mujeres existían exclusivamente para cubrir sus necesidades y las de la familia, que la entrada de mujeres a las universidades ocurrió siglos después y para ser aceptadas tuvieron que adaptarse con gran esfuerzo, realidad la cual todavía estaba presente.

Adriana, oyó con atención, tenía los ojos claros, aguarapados y me miraban sin pestañear mientras le hablaba. Para terminar la información pendiente acerca de Samuel, le conté, que dada la dificultad de Samuel para venir, los fines de semana cuando podía ir hacia Caracas, pasaba por el Instituto, el cual está en San Antonio de los Altos, en la carretera Panamericana, entre Maracay y Caracas, era accesible para dejarle a Manuela el fin de semana; ese era un lugar paradisíaco en clima y vegetación, con excelentes condiciones de vida para

quienes estudian y laboran allí y Manuela disfrutaba estar allí; yo seguía para donde mi familia en Caracas y el domingo de regreso recogía a la niña.

Adriana, para cerrar este encuentro te diré: —Que yo soy un ejemplo de la realidad de ser mujer, si quisiera hacer postgrado no pudiera porque tengo a mi Manuela. El apoyo que recibimos las mujeres para alcanzar sueños es de mujeres, pero nos cuesta el doble de esfuerzos. He luchado mi independencia, pero a un costo de enfrentar los monstruos de la cultura machista.

Adriana se quedó pensativa, ya para levantarnos de la mesa, me hizo la pregunta esperada —¿Por qué viniste a estudiar veterinaria, si en Caracas hay más opciones de estudios, y tienes a tu familia allá?

—Buena pregunta, pero desearía hablar de ese crucial tema en otra ocasión... con calma, y con una cuba libre... o varias... le respondí.

—Ella asintió: me la debes...

Adriana, de un tiempo para otro, se puso circunspecta, por decirlo de alguna manera, con mis ocupaciones tenía poco tiempo para compartir con ella, pero empecé a notar que muchas veces cuando regresaba, estaba Adri en el pasillo haciendo cualquier cosa, barriéndolo, regando unas matas que habíamos comprado juntas, limpiando las barandas de las escaleras; bueno... para ser sincera no me di cuenta, fue Yuletzky, quien me alertó: —usted no se ha dado cuenta, pero su vecina apenas usted llega, sale al pasillo a quitarle tiempo—, simulé no darle importancia al comentario, pero siendo mi mejor informante, empecé a fijarme y resultó cierto. Cuando llegaba al piso, estaba allí, me saludaba, pero sin sus acostumbradas carcajadas; unas veces, le contestaba el saludo y entraba a la casa contra el tiempo; otras, la invitaba a un café y ella aceptaba contenta, me era extraña su actitud comedida, y mucho más extraño que en las conversaciones notaba, por las preguntas que me hacía, un acucioso interés por saber, por qué y cómo había logrado tener independencia en mi vida cotidiana.

¡Entré en pánico!

No me había dado cuenta que había transcurrido cierto tiempo sin saber de Yaneth, tomé consciencia de ello porque vi a Yacson que venía corriendo por las escaleras, lo atajé y él me abrazó, más atrás venía Yaneth con varios bolsos, como si iba

a viajar, pero no, apesadumbrada me dijo:

—¡Ay Claudia!, a mi mamá la operaron, le sacaron todo, pero se complicó después de la operación, llevo varios días cuidándola.

Le ofrecí llevarla, en el camino me expresó que estaba preocupada por la salud de la mamá y porque los fines de semana no podía quedarse a cuidarla, pues estaba Ricardo y tenía que atenderlo, a él no le gustaba ir para allá. Me bajé a ayudarla con los bolsos y a saludar a la señora, la vi muy desmejorada, me puse a la orden para lo que necesitaran y me despedí.

De regreso a casa, iba refunfuñando conmigo misma, me sacaba de quicio oír esas freses que dice la gente y se las oí a Yaneth “a mi mamá le sacaron todo” para referirse a que le extrajeron el útero, todo el mundo entiende, no requiere explicación, quisiera tener un súper poder para explicarle a las mujeres que la ciencia médica inventada por los hombres, dijeron que el útero es el órgano que define, da sentido y esencia a las mujeres, entonces si te sacan el útero quedas hueca. Pensaba: *Si a una mujer la operan de apéndice, a nadie se le ocurre decir que le sacaron todo, por supuesto que no.* Las mujeres aprendido un metalenguaje, un lenguaje soterrado, “estoy en los días”; “en los días húmedos”; “tengo aquello...” porque la menstruación, la menopausia y todos aquellos procesos naturales de las mujeres entran, gracias a la religión en confabulación con la ciencia, en el pecado para la primera y la enfermedad para la segunda.

La otra frase lapidaria que dijo Yaneth fue “tengo que atenderlo”, increíble que los hombres son menores de edad cuando se trata de resolverse las necesidades básicas de un ser humano, la cultura lo ha hecho tan normal. Hice memoria de expresiones orgullosas de las propias mujeres: es que ellos cuando se enferman son unos niños; no sabe hacerse nada, todo se lo tengo que hacer yo; nunca consigue nada, se pierde hasta en la nevera; todo tengo que buscárselo yo; y la peor alegoría es cuando dejan de ser niños y se hacen adolescente a los 40 años... Venía con indigestión mental dándole vueltas al significado de esos mensajes para la vida de las mujeres y cuando llegué a la casa me encontré a Yulezzy llorando porque la mamá la llamó para decirle que el papá estaba enfermo y tenía que ir a cuidarlo; sorprendida le pregunté:

—Quéeee ¿Y tu papá vive con ustedes?, creí que él tenía otra familia.

—Si señora Claudia, mi papá ha tenido un montonónnn de mujeres, mire, pero todas se le van, ahorita está solo y él dice que lo debe cuidar mi mamá porque es su mujer legal, pero como ella se niega, quieren recostarme ese muerto a mí... ¡bien lejos con eso!

No sabía qué me trastocaba más, que se fuera Yuletzky por unos días o el cuento de la mujer legal. Inspiré, expiré, me sosegué.

Entonces, esa tarde le leí a Manuela, con voz muy clara y con dramatización, “La Elefanta Rosa”, la que estaba en un charco salpicada de barro, sonriente... y Manuela se carcajeaba.

Al fin me tomé 15 días de vacaciones, con mi Manuela, mi mamá y mis sobrinas/hijas, en la Colonia Tovar. Me encantaba esa población enclavada en las montañas costeras de Aragua. Ese pueblo me enamoraba y siempre me pareció interesante un detalle de su historia, el cual tiene diferentes versiones, pero coincidentes en que los inmigrantes alemanes llegaron al país, no por colonización por parte de ellos, sino traídos intencionalmente para poblar ese enclave, inclusive las familias fueron seleccionadas por buenas costumbres morales y cristianas. Como la historia está plagada de las conveniencias de quienes la escriben, yo opto por la reseña que cuenta, que los alemanes fueron traídos por un programa de colonización agraria post independentista, cuya misión fue traer para Venezuela europeos no españoles; se le conoce como el pueblo alemán de Venezuela, siendo unas de las rarezas étnicas más interesantes de Sudamérica. Todo proceso humano tiene sus reversos; para preservar por tanto tiempo el idioma y las costumbres, formaban parejas entre familiares, consecuentemente es una población con un alto índice de síndromes genéticos. El clima frío, sus tardes con neblina, el olor a pino que despiden las chimeneas de los hoteles y el humo del chocolate caliente, hace del tiempo un placer.

Disfrutamos unos días maravillosos, pero llegando Adriana me informó que la mamá de Yaneth había muerto, fui al apartamento de Yaneth y a donde su mamá, ambas casas estaban solas. Volví a la casa de Adri y tampoco supo darme información de dónde podría estar, cuando regresaba a mi casa, no dejó que me fuera, me puso las manos en los hombros y me sentó, en voz baja, me dijo:

—Claudia, ¿conoces al esposo de Yaneth?

—Sólo de vista, ¿por qué?

—Es que una madrugada oí como unos gritos, no distinguía muy bien, oí como portazos o golpes, no quise despertar a Max, me asomé por el balcón y creo que era donde Yaneth, tú sabes que uno no debe meterse en peleas matrimoniales, pero he estado preocupada porque casi no la había visto hasta hace dos días atrás que vino a su apartamento y yo iba bajando y me dijo lo de su mamá.

Moría por referirle algo sobre eso de no meterse en peleas matrimoniales, pero no era la ocasión, sólo le dije: averiguaré dónde viven las tías, a lo mejor está allá.

Llegar de vacaciones es entrar en la vorágine del cotidiano, debía ponerme al día con asuntos de la casa y prepararme para comenzar nuevo año en la universidad, tenía poco tiempo para indagar sobre Yaneth. Pasaron 3 días de haber llegado y no sabía de ella, decidí esperar hasta el sábado, suponiendo que Ricardo llegaría y ella debía estar allí... ¡para atenderlo!

El viernes en la noche, ya era tarde, estaba en la sala leyendo y oí ruidos en casa de Yaneth, no sabía qué hacer, por la hora era extraño que fuera ella, alguien entró y no se escuchó nada más, a la hora volvió a oírse que alguien salía del apartamento, me asomé para ver si era Yaneth; era Ricardo, salió caminando hacia la avenida. Con esos sucesos fuera de lo acostumbrado, pensé que algo ocurría, pero al mismo tiempo la muerte de la señora podía cambiar la rutina de Yaneth. Al día siguiente buscaría información de su paradero, podría necesitar apoyo por alguna razón.

A las 6 a.m. del sábado, estaba disfrutando mi café matutino cuando sonó el teléfono, un poco sobresaltada atendí, más me exalté cuando oí la voz de Yaneth, le dije precipitadamente:

—Hola Yaneth ¿cómo estás?, ¿Dónde estás?

—Claudia, buen día, disculpa la hora, pero necesito hablar contigo urgente.

—¿Dónde estás?

—Llamándote de un teléfono público, ¿puedes venir hasta la panadería que está en la esquina de la casa de mi mamá?, si no puedes voy hasta tu casa, pero no quiero que Yuletz y Manuela me vean llorando.

—Dame 15 minutos y voy para allá.

Desperté a Yuletz y la dejé pendiente de Manuela y salí.

Yaneth estaba esperando en la esquina se subió al carro, nos

abrazamos, no sólo por la ausencia de su mamá, sino por todos los duelos que tenía en su corazón, no habló por un buen rato, cuando la sentí más calmada, insistí en irnos para mi casa, así estaríamos más tranquilas.

Preparé algo de desayuno y nos metimos al cuarto de estudio.

En cuanto nos sentamos, sorprendentemente Yaneth, me dijo:

—Estoy decidida a dejar a Ricardo, necesito saber si me puedes ayudar.

Me quedé muda unos minutos, reaccioné y le pregunté:

—¡Diosa, Yaneth! ¿Tienes algún plan?

—Eh... eh, si y no, he pensado en algunos, pero necesito apoyo.

—Yaneth vamos con calma, primero me gustaría saber qué ocurrió esta vez para que tomaras esa decisión; sabes que cuentas conmigo, pero debemos caminar como en campo minado, le contesté.

Ella trató de recomponer el ánimo, pausadamente me relató:

—Claudia, el sábado cuando ustedes se fueron de vacaciones, mi mamá se puso mal de salud, entonces le pedí a Ricardo que me dejara quedarme esa noche con ella, le aseguré que dejaría la ropa de la semana lista, la comida en la nevera, y el domingo en la tarde me regresaba para la casa, para darle el desayuno del lunes antes de irse de viaje; estuve todo el sábado arreglando las cosas y cuando iba a irme para donde mi mamá—, me dijo:

—Yaneth, mejor no te quedes a dormir allá, te pasas toda la semana manguareando fuera de tu casa, a lo mejor aprovechando de verte con el amigote de tu primo...

—Me dio tanta indignación que salí y tiré la puerta, ¡Ay! primera vez que hacía algo así, bajé corriendo las escaleras y me fui caminando apresurado hasta la casa de mamá, ¡Jesús mío! estaba temblando del miedo que viniera a buscarme y formara un escándalo.

La interrumpí porque, a medida que hablaba le temblaba el cuerpo, salí a ver a Manuela, a buscar mi *cuaderno de las mujeres* y dejarla un rato a solas.

Volví a entrar, ella estaba más tranquila, continuó contándome:

—en la noche de ese día, Ricardo fue con un compañero de trabajo a buscarme a casa de mi mamá, me vine con ellos para la casa y evitar una situación violenta, habían estado tomando durante el día y continuaron tomando en la casa; me acosté

aterrada pues ya sabía lo que me esperaba. Me dormí tardísimo, como a las 2 de la madrugada, me despertó quitándome la sabana, diciéndome una sarta de cosas que ni siquiera te las diré, entonces me levanté y me encerré en el cuarto del niño, golpeaba la puerta, la abrí para no despertar a los vecinos.

Muy desconsolada, me enfatizó:

—Claudia, cada vez es más violento, esa madrugada me golpeó los senos, nunca había llegado a esos niveles de agresión. Sé que a lo mejor no me crees, pero que no haya respetado ni siquiera la gravedad de mamá, no se lo perdono... además golpearme los senos es lo último, amiga, no puedo más, te lo juro.

De repente me di cuenta que era sábado, la interrumpí: —Yaneth, ¿Ricardo no está por llegar?, creo que mi expresión de susto era tal, que ella se rio: —Tranquila, hoy está para Oriente, ¡Uf! Gracias a la Diosa, ojalá estuviera para el Oriente Medio... bien lejos, le dije... y nos reímos.

Le pregunté dónde se había quedado después de ese evento tan violento, cómo se había comportado Ricardo los días siguientes.

—Claudia, cuando él tiene esos arranques agresivos, las semanas siguientes, llora, suplica, promete, jura... no me recrimina nada, recuerda que estaba la situación de mamá, el entierro, los encuentros en la iglesia, me he quedado con Yacson donde mis tías..., no pienso decirle nada a él, quisiera irme con mi niño, desaparecer y ya... por eso necesito tu consejo.

—Bueno... Yaneth, lo primero que te aconsejo es ir paso a paso, hay varias cosas que tenemos que sopesar e ir descartando aquellas que no son posibles. Oye, ahorita estoy ocupada, pero después de las 6 de esta tarde podemos reunirnos, y vamos concretando las ideas, ¿te parece? Así lo acordamos. Llegó justo a la hora convenida acompañada con Yacson, Manuela feliz corrió a saludarlo, trajeron panes dulces, Yulety les acomodó una merienda y se pusieron a ver televisión.

Nos fuimos al estudio a realizar nuestra difícil tarea. Recordé la lista de Melany, me invadió una nostalgia al recordarla. Para no distraernos le dije directamente a Yaneth: —te voy a ir diciendo lo que creo que debemos tener claro para poder avanzar, supongo que tienes que buscar un lugar a donde irte, ¿Cuentas con alguien para dónde irte? —. Ella se quedó callada mirándome; le insistí: —Yaneth, tal vez esté errada, pero la

única manera de apoyarte es acompañándote a ver la posibilidad real de irte del lado de Ricardo, sé que es muy rudo, pero si no es así, la frustración será peor.

Yaneth, me contestó:

—Lo sé, lo sé, tengo una amiga de mi infancia en Mérida, es maestra, vive sola, es una de las pocas amigas que saben mi situación, varias veces me ha dicho que me vaya para allá. Cuando puedo la llamo, nos mantenemos en contacto.

—¿Ricardo la conoce?, le pregunté.

—Poco, una sola vez que vino para Maracay, me visitó, y él la conoció, la verdad es que nosotros como pareja no tenemos vida social, él es muy huraño.

—¿Quién más puede apoyarte?, le insté.

Se quedó pensando... recordé que había anotado en *mi cuaderno de las mujeres*, a la prima, quien la apoyó cuidando al niño para que pudiera terminar el bachillerato, así que la traje a la lista, —¿en cuál aspecto crees que puede apoyar tu prima?, le pregunté.

—¡Jesús mío!, exclamo Yaneth, —no me acordaba de ella, ¡Que ingrata soy! Bueno, en muchas cosas, pero ahorita tengo la mente como un remolino. Creo que ella puede quedarse con Yacson, si fuera necesario, también puedo quedarme en su casa, pero vive en esta zona y me preocupa que Ricardo vaya para allá, no quiero causarle molestias.

—Ahora amiga, viene una parte complicada, el ingrato dinero... ¿Tienes ahorros?

Ella se tapó la cara jocosamente, y comenzó el cuento: —me da pena contarte... cuando trabajaba la repostería, un tío paterno... ya murió lamentablemente, era muy querendón conmigo, me regaló una motoneta, la usé para trabajar con mis tortas, cuando me casé, la vendí y abrí una cuenta de ahorro, ese dinero no lo he tocado y de lo que Ricardo me da para los gastos siempre guardo dinero allí, él no sabe de esa cuenta. ¿Sabes Claudia?, Ricardo es terrible, pero con el dinero es bondadoso, no es mezquino, él le tiene asignada una mesada al niño. No es que tenga mucho ahorrado, pero algo para comenzar...

Me parecía importante discutir sobre el factor tiempo, en este aspecto quería que ella pusiera el tema, para no presionarla, pero era comprensible que se desviara hacia lo afectivo y diera vueltas en un mismo círculo. Entonces, probé abordarla pre-

guntándole si se quedaría donde las tías los próximos días, a lo que me respondió: —no sé qué hacer, estas semanas he tenido la justificación de lo de mamá, pero sé que Ricardo no me dejará quedarme más allá, lo peor es que no quiero ni verlo, ni entrar al apartamento. Le corrían las lágrimas como cascada.

Ella tenía consciencia de que el tiempo de estar fuera de la casa se le agotaba, eso era muy bueno, aun con sus lágrimas como cascadas, no se desplomó emocionalmente porque no estaba en negación, como dicen por ahí: tenía los pies puestos sobre la tierra.

Traté de concretar algunos aspectos preguntándole:

—¿Te parece conveniente contactar, lo más pronto posible, a tu amiga de Mérida?, así concretas si tiene las condiciones para que llegues allá; igualmente hablar con tu prima y explicarle la situación.

Me venían a la mente mil dudas y certezas, como no debíamos embotarnos con asuntos irresolubles a corto plazo, llamé a la prudencia, y le comenté: —amiga querida, son demasiadas cosas por ordenar, para ir cerrando la noche de hoy, te sugiero 2 cosas: ten cuidado de no darle ninguna pista a Ricardo, y creo que ni a tus tías, sobre lo que planeas, una imprudencia te costaría un riesgo alto; por último, aunque es un aspecto muy personal te recuerdo sobre lo que implicaría, en estos momentos un embarazo, él está con el síndrome de arrepentido, seguramente buscará intimidad, y puede resultar en una inesperada sorpresa, un hijo o hija con Ricardo te ataría a esa relación.

—Lo sé amiga, uno de los reclamos de Ricardo es que no salgo embarazada, pero sólo a ti te lo confieso, tomo a escondidas pastillas anticonceptivas, a veces me revisa todo buscándolas... es una tortura, expresó Yaneth con mucho desaliento.

—Yaneth, todo esto es titánico, pueden atravesarse muuuuchos inconvenientes, por lo que debes pensar con aplomo tu decisión, sólo tú sabes las posibilidades personales y materiales de la situación.

Ella escuchaba mirándome fijamente, cuando terminé, ambas nos sonreímos en silencio... al rato me dijo: —no es nada sencillo, quisiera tener las fuerzas para hacerlo, créeme, no quiero volver a ese infierno, otras veces me he sentido triste,

impotente, avergonzada, pero me calmaba y volvía con él, pero esta vez tengo una ira, un dolor... algo diferente...

—Creo que debemos descansar, relájate, piensa, y cuando quieras conversamos... le sugerí a Yaneth.

Nos abrazamos con la tibieza que da la confabulación entre mujeres.

Todo lo planteado era realizable, pero más allá de eso, era una prueba con ella misma, si retrocedía, por la razón que fuera, no era tiempo perdido, pues atreverse una vez, con posibilidades concretas, ya es un paso adelante.

La verdad es que estaba algo extrañada del coraje de Yaneth, parecía otra persona distinta a cuando la conocí un tiempo atrás, obviamente que a veces se quebraba emocionalmente, pero la percibía decidida. Intuyo que la pérdida física de su mamá, lejos de quebrantarla, la fortaleció en el sentido que no sentía el peso de la crítica moral/religiosa de la mamá. Temía que Ricardo llegara a sospechar que Yaneth planeaba dejarlo, esa franja de riesgo es muy peligrosa porque la reacción de los agresores puede terminar con la muerte de la mujer. Las páginas de sucesos todos los días informan sobre ese tipo de homicidio, reseñado como: crimen pasional, arrebató de celos... y epítetos de esa índole.

El caso de Yaneth me movía el alma, especialmente porque una conoce que pudiera haber opciones más coherentes con la situación, ella por sus condiciones socio/económicas, requería de un refugio del estado para proteger mujeres violentadas en el hogar. En nuestro grupo de estudio habíamos leído al respecto, ese tipo de institución desde 1970 existían en otros países, el primero en crearlo fue Gran Bretaña, después EEUU, Australia y otros. Estaban concebidos para resguardar a las víctimas y a sus hijos e hijas de los agresores, además de atención y asesoría requerida para apoyar, legal y psicológicamente, a las mujeres. Obviamente que nosotras en el país, estábamos, como dicen: en pañales.

¡Claaaaudial!, un llamado a gritos, un domingo a media mañana, me asomé al balcón era mi solícita vecina Adriana, sin esperar que la saludara, me dijo:

—Hice paella, tú sabes que como Max es español se muere por ese plato, creo que quedó exquisita, ven con Manuela a almorzar para acá... Max viene en la nohecita, está con un amigo mecánico arreglando el carro... no me vayas a decir que estas ocupada...

—Okey, dentro de media hora vamos, ¿te parece?

—Te espero, me respondió.

Acepté la invitación con cierta reserva, no por Adri, ni por Will, sino por Javi, era un niño de 8 años muy consentido, su papá le compraba cuanto capricho se le antojaba, y yo no tenía mucha tolerancia con esas situaciones, el niño no era el responsable, pero... ni modo, salí con Manuela a enfrentar el almuerzo y sus acontecimientos.

Adriana se había cambiado su acostumbrado short por una falda, estaba contenta y como siempre amable, llevé una botella de vino, nos fuimos a la cocina a charlar mientras terminaba de cocinar y servir la mesa, en el ínterin, Javi peleó con Manuela, o ella con él, no lo sé, Will entraba cada 10 minutos a sacarle los camarones a la paella, o a tomar refresco de la nevera, Adri lo regañaba y yo me asomaba a la sala, a cada rato, a ver a Manuela, y me paraba cada 10 minutos para que pasara Will, pensaba: *no le va a dejar camarones al español*. Esos acontecimientos son propios de la vida cotidiana, así que la pasamos bien, brindamos, comimos, reímos y vino la sobremesa con un postre y un café. Manuela de tanto correr y pelear con Javi, se durmió.

La sobremesa fue la guinda del día, Adriana, sin medias tintas, me dijo:

—Quiero estudiar algo... ¿qué opinas?

—¡Eh! Me parece bien... este... pero algo como qué... le respondí dubitativamente, porque me sorprendió.

—Quizás terminar el bachillerato, no sé, algo que me guste... ¿crees que estoy muy vieja para estudiar?, dime con sinceridad.

—Adri pues... eh... creo que es buena idea y por supuesto que la edad no es un inconveniente para realizar los deseos y menos para estudiar, al menos que te antojas estudiar oceanografía o astronomía, le dije en broma para amenizar la conversación, la cual, a todas luces, podía tener sus reveses.

—Claudia, siento que debo hacer algo por mí, mis hijos están grandes, Max tiene su trabajo, me quedo aquí limpiando, organizando, cocinando, esas labores las termino al medio día, ahí acaba mi día, todos los días..., me comentó en tono de queja.

No quería meterme en las profundidades de esa conversación, entonces para salir del paso, le sugerí:

—Puedes leer en las tardes, hay mucha literatura entretenida, amena, instructiva, puedo prestarte novelas.

Adriana siguió:

—He pensado que hasta puedo trabajar medio día, ¿por qué no?, también puedo estudiar un curso de contabilidad, yo llevaba los libros de la tienda de mi hermano... no debí dejar de trabajar, pero uno se arrepiente tarde..., me miraba esperando respuestas.

No tenía escapatoria, sería irrespetarla responderle con evasivas, así que le hice la pregunta que desataría ese nudo gordiano, — ¿Adriana y qué opina Max en relación con tus planes?

—¡Dios! No le he dicho nada, cuando tenga algo claro de lo que puedo hacer le diré, acotó.

—Según me has comentado, Max considera que su mujer, o sea, tú, debes estar en la casa, por eso estimo que, como mínimo, deberías sondearlo, preparar el terreno; Adri ¿Cuántos años tienes viviendo con Max?

—15 años, pero Max ha cambiado, quizás decía eso cuando me conoció porque Will estaba pequeño, al tiempo nació Javi... bueno tampoco yo me había planteado esas posibilidades.

—Adriana, ya son las 6 de la tarde, Max debe estar por llegar a disfrutar su paella, me voy, luego hablamos, mil gracias por la invitación.

En ese momento no tenía fuerzas para caminar ese sendero espinoso donde me llevaba Adri, preferí darle paso al asunto, aunque sabía que, tarde o temprano, ella me volvería a inquirir al respecto.

En la noche después de llegar de donde Adriana, estaba entretenida armando un rompecabezas con Manuela y oí desde la cocina:

—Señora Claudia su vecina de abajo como que está allí, oigo a Yacson, pero el señor ese no debe estar porque no se oye gritando—, chismeó Yuletzy.

Le increpé: —Yuletzy ocúpate de tu vida y deja vivir a las demás personas, ven para acá a terminar la caligrafía que tienes pendiente desde hace dos días.

Lo cierto es que, así no me agradara, la información de Yuletzy sobre Yaneth pasó de chisme a noticia al momento, inferí que Yaneth se había venido para su casa antes de que llegara Ricardo. Me quedé atenta a los próximos sucesos, esperando conseguirlos por mí misma, sin apoyo de la corresponsal personal.

Una noche vinieron a visitarme mis amigas de espionaje feminista, trajeron cervezas y yo saqué mi ron para la cuba libre, era mi bebida preferida, añadiéndole sus infaltables gotas de amargo de Angostura. Siempre que nos juntamos para divertarnos, jurábamos con la mano izquierda levantada, no hablar de teoría feminista, sino de lo profano y lo sagrado, jeso no es posible!, pues, lo profano es vetado para las mujeres y lo sagrado es sólo para las mujeres, así que jurábamos siempre en vano.

Al rato tocaron el timbre, abrió Yulezzy y dijo: —Señora Claudia ¿Adiviné quién es?, su vecina, no la de abajo sino la de enfrente—; estábamos en el estudio, salí a saludarla, ella preguntó —¿estás ocupada?—, le dije, —están unas amigas...—, no terminé de hablar y ya estaba adentro, la pasé al estudio y se las presenté. Adri era muy liviana de trato enseguida entabló una conversación con ellas, aceptó una cerveza, reía y su cara se ruborizaba.

Tocaron nuevamente el timbre, el que faltaba... Max, yo abrí la puerta y estaba allí, parado como oso, con el saludo y su vozarrón preguntó por Adriana, lo hice pasar, el cuarto de estudio estaba en la sala y teníamos la puerta abierta, pues ni modo se lo presenté a todas. Él, esponjado, ya no como oso sino como pavo real, dijo: —buenas noches, caramba tanta belleza me encandila, soy Máximo Zuzunaga—, ellas lo saludaron, una, por cierto, vasca, le dijo: —ya sabe, la próxima vez viene con lentes oscuros—, como esos piropos los dicen de memoria, como cliché de macho, no entendió la ironía... no supo qué contestar, carraspeó —bueno, un placer, le dio con el dedo al reloj enseñándoselo a Adriana, te espero en casa. Adri no se fue enseguida, pero bajó la intensidad del ánimo, al rato se despidió.

¿Cómo jurar no hablar desde el feminismo después del esponjado, el piropo y el dedo índice dándole al reloj de Max? ¡Aaah! Sin mencionar el énfasis en las Z del apellido.

Después supe que Adriana esa noche a lo que venía era a conversar acerca de lo que quiere hacer con su vida.

Durante la semana siguiente al encuentro con Yaneth, me pareció que no había nadie en su apartamento, me vi en la obligación de inventar una excusa para preguntarle a Yulezzy si Yaneth estaba en su casa, ella, con tono suavemente irónico, refunfuñó:

—No he oído nada, seeeñora Claudia.

—Ah, está bien, gracias, le murmuré.

Como no insistí, no pasaron 15 minutos y Yulezzy fue explícita en su explicación:

—Mire señora Claudia, no quiero meterme en la vida ajena... pero... usted me está preguntando, el lunes y martes oí la voz del señor ese, ¿será que lo botaron del trabajo?, porque en la semana nunca está ahí.... pero ayer y hoy, como que no hay nadie...

Bueno ya sabría de Yaneth, tenía mi mente ocupada, pues comenzaba una semana de inmensa contentura, Manuela empezaría su primer nivel de preescolar, esa semana estaba entretenida comprándole sus útiles, estábamos eufóricas, tenía mi cabeza ocupada con esa actividad; en mi pensamiento recién guardaba a Yaneth, podía hacer muy poco para indagar sobre ella, en esas circunstancias la mejor aliada era la calma. Ya me quedaba poco tiempo de vacaciones en la Facultad, además ahora tendría nuevas actividades con el colegio de Manuela, así que puse mi mejor empeño en hacer lo que me apasionaba, habíamos relajado el círculo de estudios, entonces esa fue mi primera tarea, programamos un encuentro con otras mujeres de Caracas, y el punto central era seguir discutiendo los casos de mujeres violentadas en el hogar, buscando lo que coincidía entre ellas, a pesar de las diferencias de circunstancias de cada caso. Ese ejercicio, con un grupo más grande, fue emblemático, pudimos comprobar que lo que habíamos estudiado se expresaba en la vida real y concreta de las víctimas y los agresores.

No eran muchos casos, únicamente contábamos con 18, pero en ese tiempo hacer ese ejercicio era una creativa hazaña, fueron los pininos de futuras luchas feministas. Las mujeres del grupo estudio, tenían diferentes edades, nivel educativo, económico, estado civil, religioso, en su mayoría tenían hijas e hijos, la riqueza del grupo estaba en la diversidad de sus circunstancias de vida. Habíamos leído sobre la vergüenza como sentimiento que aflige a casi todas las víctimas de violencia doméstica. Comenzamos por preguntarnos: ¿No es contradictorio que, siendo ellas las víctimas, lo que las agobie sea la vergüenza? Nos planteamos: sí a alguna de ellas la agreden en la calle, siente rabia, impotencia, susto, ira, como lo sentiría cualquier otra persona, ¿Por qué la agresión por parte de la

pareja les causa vergüenza?, bueno, fuimos entendiendo que ese dato es uno, entre muchos, que confirma que la violencia contra las mujeres se diferencia de cualquier otro tipo de violencia social, que la vergüenza es expresión de la humillación que sufre una mujer cuando es agredida, no por un extraño, sino por quien se supone la debe amar y proteger, además de vivirla entre las paredes de su hogar, sitio que se supone es donde debe prevalecer la seguridad y la tranquilidad, de esa manera fuimos armando de manera sistemática referencias para trabajar.

¡Aleluya!, Yulety me dijo: —¿Quiere que le dé una noticia de la vida ajena?, ya llegó su vecina de abajo—; sentí una tranquilidad, quería saber si Yulety escucharía la voz de Ricardo, pero... dudé... vacilé, ella muy sagaz, añadió: —si le interesa saber, el señor está allí y Yacson también—, en tono simpático y cariñoso, le repiqué: —Yulety, tienes la Información al momento de los acontecimientos, serías muy buena reportera—ella repiqueteó: —¡Ay señora Claudia! dígame si me cuesta aprender a leer, como voy a ser reportera cuando mucho repostera—, las dos reímos, reímos, reímos y Manuela de vernos también reía, reía, reía.

Al día siguiente, Yaneth fue para la casa, me alegré tanto, la abracé, ella abrazándome, me dijo: —Claudia, disculpa, no encontré la forma de decirte que iba a viajar...—, la tranquilicé: —no te preocupes amiga, pasa y tómame un café conmigo, estoy feliz de verte—, nos sentamos, ambas teníamos ansiedad por ponernos al día. Yaneth, cuéntame:

—Amiga, han sido unos días difíciles, el domingo siguiente de cuando conversamos, me vine tempranito para la casa, como acordamos, estaba muy alterada, no sabía qué hacer, entonces saqué del closet toda la ropa de Yacson para saber qué podía llevarme; ¿recuerdas que Ricardo estaba para oriente?, bueno, él siempre llega en la tarde, pues ese día se vino de madrugada y llegó a media mañana, me iba a morir, tenía la ropa del niño regada sobre la cama, empecé a temblar, decía dentro de mí, se va a dar cuenta que me voy a ir.

Él, como está hecho una seda, sólo preguntó si iba a botar la ropa para comprarle nueva, me reía de puros nervios... como gran noticia me dijo:

—Mi amor adivina la sorpresa que les tengo, pedí unos días de vacaciones para irnos a la playa, ¿Qué te parece?

— ¡Uy! Claudia, no sabía qué responderle, ni cómo disimular mi desagrado y temor... sólo se me ocurrió preguntarle ¿Y eso es para cuándo?; él, muy contento me contestó:

—Para ya, mañana podemos ver para dónde vamos y arreglar las cosas.

Oyéndola me ponía en su lugar y me corría un frío por el cuerpo.

Yaneth continuó detallando los pormenores...

—Imagínate que me descompuso tanto esa situación, que vomité, tuve dolor de cabeza, y él atrás de mí: pero qué te pasa, has estado enferma, desde cuándo estas así. Le pedía que se quedara tranquilo, que quizás algo que comí me había caído mal, que ya me iba a pasar... quería desaparecer de allí.

—Amiga para resumir... te cuento: que el lunes él decidió que iríamos a Ocumare de la Costa, arreglé todo para salir el martes, pero cuando íbamos saliendo llegó el primo para decirle que la madrina estaba muy delicada de salud, así que me pidió que lo acompañara y nos fuimos en la tarde para Santa Cruz.

Se le humedecieron los ojos y añadió:

—Jesús mío, tengo miedo, mucho miedo, pero no puedo perder el impulso, te confieso que no sabía que el miedo me perseguía a todos lados; en Santa Cruz salí a caminar con Yacson con la intención de llamar a Mercedes, mi amiga de Mérida, cuando estaba en el teléfono público, miraba para todos lados, como si él me viera todo el tiempo, no me atreví a hacer la llamada, si llegaba qué justificación le podía dar... no sé qué me ocurrió, pero sé que ya no puedo vivir así... No sé si mi Señor me mirará con buenos ojos—, dijo con aflicción. Confieso que, en el segundo cuando dijo mi Señor, creí que se refería a Ricardo, como la mente es veloz, me pregunté ¿Cómo la va a mirar con buenos ojos?; por un instante me descoliqué, por un lado, Yulezzy lo llama —el señor ese—, y por otro, no proceso esas alabanzas, no por hereje sino por descreída, como me llaman mis amigas...

—¡Ay Yaneth! Dime cómo puedo apoyarte, dime cuáles crees que son las prioridades. Desde mi óptica debes tener claro dónde irte, sin correr riesgo de que él te encuentre, la seguridad es la prioridad más importante, amiga, no deseo alarmarte, pero la reacción de un hombre como Ricardo puede ser desmedida—, le enfaticé a Yaneth.

—Claudia, esta semana contactaré a Mercedes e iré para donde mi prima, tu apoyo y de ella son mi fuerza; dependiendo de lo que precise con Mercedes, pensaremos qué hacer después... eeeh, te quiero confesar algo, pero me da pena... se quedó esperando mi reacción.

—Puedes decirme lo que deseas, Yaneth, todo lo que pensamos ocurre porque es una posibilidad humana, si no, no lo pensaríamos, así que cuéntame, pues ya muero de curiosidad y entrometimiento.

—Ella se rio mucho y expresó: —lo que me causa más arrepentimiento deirme, es pensar en mi mamá, ella no me hubiera apoyado nunca, siento que la traiciono y que el Señor me juzga. Fíjate Claudia, a Ricardo le rogaba para que buscará consejo con el pastor y ahora yo en esta situación no recurro a él... a veces flaqueo... dime algo amiga...

Nos quedamos en silencio, quizás unos segundos, pero para mí fue un siglo.

—Yaneth, te confiaré algo... cuando era niña, recuerdo la imagen clara como una foto, sentada en una sillita, la cual mi mamá colocaba en la puerta de la cocina, mientras ella cocinaba, creo no haber tenido más de 7 años, le hice 2 preguntas, en ocasiones diferentes, en el mismo sitio y con las mismas respuestas; ¿Mamá por qué si las mujeres se embarazan, cargan esa barriga tanto tiempo, el primer apellido es del padre?; mi mamá se quedó callada, al rato, sin mirarme, me respondió: hija porque el mundo es así, las cosas son así... ¿Mamá por qué no hay una Diosa, si hay un Dios?; me respondió: hija porque el mundo es así, las cosas son así... esta vez se esforzó un poco más, y añadió: no sé de dónde saca esas ideas tan descabelladas... Sus respuestas se las agradezco porque lejos de calmar mi curiosidad me alertó la escucha, todo cuanto podía, lo oía, queriendo devorar las palabras, es lo único que tengo para responder a tu confidencia... sopesa: si teniendo esas interrogantes de niña, ¿Hoy qué puedo decirte sobre las razones que te hacen flaquear?

Después de ese afectivo intercambio testimonial nos despedimos hasta tener nuevos sucesos.

Habían comenzado los ajetreos cotidianos, las clases y el colegio de Manuela fueron las actividades que más se me dificultaron compaginar, pero no morí en el intento.

Yuletzky era mi compañera fiel para poder cumplir con la vida diaria, ella y Manuela se querían recíprocamente. Yuletzky era

una joven ingenua y bondadosa, lenta para el aprendizaje formal, pero con el don de la sagacidad, su lentitud y su sagacidad, no eran innatas, porque creo que en la especie humana lo innato, irremediablemente, está marcado por las huellas de las realidades de vida. La lentitud era la cicatriz de su entorno, y la sagacidad el don para sobrevivir al mismo.

Con el ajetreo del día a día, no había saldado la deuda con Adriana, no dejaba de albergarme un dejo de culpa, por mi escurridiza actitud con Adri, entonces para resarcir esa deuda amistosa, la llamé, no de balcón a balcón, sino de teléfono a teléfono, la invité a merendar en la heladería “Las Américas”, la más antigua de Maracay, un lugar sencillo, unos helados exquisitos, elaborados por varias generaciones de una tradicional familia italiana. Ir para allá me remontaba a mi infancia cuando venía desde Caracas con mi familia, los primeros de enero de cada año, a visitar a mis tías. El paseo obligatorio era ir con mis primas y primos en bicicleta a comer helados, andar en bicicleta por las calles de Maracay y cruzar unos rieles de un antiguo tren para llegar a la heladería, era una aventura inolvidable.

Cada una, con una copa con helado de chocolate, crema chantilly, fresas y 5 palitos de galleta, comenzamos esa tarde la tertulia. Adriana comenzó relatándome que, para ver la reacción de los hijos y Max, durante la cena les dijo: —estoy pensando en terminar el bachillerato, en el momento no reaccionaron, creo que les pareció tan imposible que no oyeron, pregunté: ¿Qué les parece? Will, me dijo: —mamá ¿es en serio?— y todos se miraron y soltaron las carcajadas, me sentí tan humillada, —¿Por qué se ríen? ¿Cuál es el chiste? no veo lo cómico en que desee estudiar—; Max, inmediatamente me replicó: —Adriana, no seas ridícula, a tu edad no le veo el sentido... estas desvariando—; por supuesto que Javi les siguió los pasos y empezó a decirme —te presto mi lonchera... mamá, te vas a ver bella con un uniforme...—; me paré de la mesa y me fui para la cocina.

—Adriana, con honestidad, ¿Cuál repuesta esperabas?

—Claudia, en el fondo sabía que esa iba a ser la actitud de ellos, creo que uno se engaña esperando un cambio, pero no, no, no ocurre... me gustaría tu opinión, me instó.

—Adri, a veces una quiere algo, pero no consigue el camino porque no tiene enfocado cuál es el deseo, no sé si logro

explicarme; por ejemplo: dices que quisieras terminar la secundaria, es válido, pero sopesa para qué, pudiera ser que hay otras opciones y no las identificas. Con la cabeza más que con el corazón, te aconsejo que no gastes energías en conflictos por situaciones sin objetivos, las luchas se dan cuando una, más o menos, sabe para dónde va, es bueno que hayas comprobado la actitud de tu familia, entonces trata de ser una guerrera con logística. Ahora con el corazón más que con la cabeza, te digo, que la vida no es un juego de ajedrez, donde haciendo una jugada maestra damos un jaque mate y le ganamos al contrincante; en la vida las jugadas estratégicas no siempre son de avanzada, pudieran darle al contrincante salidas insospechadas o no... nos miramos un rato sin mediar palabras... y Adri añadió:

—Mejor comamos helado... y reímos con lágrimas en los ojos... unidas por un afecto dulce salado.

Esa tarde continuó amenizada por gente amiga que llegó a la heladería, por la cercanía amistosa no requirieron invitación, literalmente arrastraron unas sillas y se sentaron con nosotras.

Adri es fácil de compartir con las personas, así que el encuentro terminó en charlas, chistes y chismes. ¡Ah! Adriana como era recién llegada a este pueblo, no conocía las personas víctimas del chisme, pero igual ella opinaba.

Llegó el momento obligatorio de convenir los tiempos de vida diaria. El comienzo de Manuela en su preescolar transcurrió sin traumas, llegaba al colegio y salía corriendo de contentura, yo me quedaba parada un rato, por si se devolvía, el trauma era sólo mío.

Todo comienzo del año de estudios era relajado, además en la facultad eran singulares: arrancábamos con la ubicación de horarios, esto conllevaba al ajuste de los grupos, a su vez, este ajuste era el trance crucial, porque de ello dependía quién sería el profesor o profesora, desencadenando las peleas por los cambios de grupo, mejor dicho de huida de quién te daría clases, dichos sucesos se habían convertido en resabios heredados, pues al final, todos los años, en cartelera colocaban una lista: los apellidos de la A hasta la E; de la F... Z... hasta... hasta allí llegaban las peleas. Nota al pie de la lista: NO SE ACEPTAN CAMBIOS DE GRUPO.

Yaneth en pedazos de una tarde, ratos de un medio día, fragmentos de una noche, me había ido contando los avances con su amiga Mercedes, asunto clave para su decisión, las cosas parecían ir positivamente. Una tarde después del almuerzo, Yaneth y el niño llegaron a la casa, le pedí a Yuletzky que entretuviera a Manuela y a Yacson para poder hablar con tranquilidad. Le pregunté sin proemio:

—¿Qué novedades tienes?

Yaneth se frotaba las manos y movía las piernas sin parar... me dijo con azaro:

—Muérete Claudia, Ricardo está solicitando en el trabajo cambio para Aragua, inclusive me comentó que, si no se lo dan, renuncia porque él tiene ofertas de trabajo en zonas más cercanas. Tiene la convicción de que los viajes lo estresan, que si estuviera cerca de su casa cambiaría su carácter, que toma licor porque se siente solo.

Al oírla me invadió un sentimiento de malestar hacia ella porque pensé que lo estaba excusando, en segundos cuestioné mi sentimiento y me interrogué ¿Qué podemos esperar de la mayoría de la gente, quienes poco conocen acerca de los entretelones de la violencia familiar? Entonces llamé a la sín-déresis para apoyarla, ella estaba muy sobresaltada, busqué un té para calmarnos, le pregunté:

—Yaneth, ¿Otras veces ha referido pedir cambio de la zona de trabajo?

—Sí, una vez después de uno de sus arrebatos violentos, pero no se lo concedieron, pasó el tiempo y no mencionó más nada... y se quedó literalmente muda, con una postura corporal rígida, sólo se frotaba una mano con la otra... esperé, no sé, quizás unos minutos, pero sentía la urgencia de que reaccionara, y le separé las manos... me miró y soltó el comentario más inesperado:

—Amiga Claudia, lo del trabajo me preocupa, pero más me trasnocha una situación que me ocurrió y me tiene como aturdida y no puedo contársela a nadie... bueno sólo a ti, bajó la voz al máximo, tanto que tuve que inclinarme para oírla:

—Todas estas semanas Ricardo se ha venido algunos miércoles y se va muy temprano el jueves; una semana llegó un viernes tarde en la noche, eso ha sido para mí un martirio, sé que lo hace porque siente que yo estoy dolida, pero amiga... tengo que decírtelo, no soporto su olor, ni su voz, una noche me

dormí en la cama de Yacson, lo sentí cuando llegó, se asomó al cuarto, me llamó, pero me hice la dormida, me quedé esperando sus reacciones de siempre, pero se quedó tranquilo.

Ella tomó aire y continuó:

—Nunca había sentido tanto rechazo por él, pero siento mucha culpa, mi mamá decía que una mujer digna, así no tuviera deseo, debía estar con su marido, si se negaba era castigada a los ojos del Señor, lo mismo repite el pastor Clemente... la interrumpí, le ofrecí agua... salí a buscarla, a ver a Manuela, Yulezzy y a Yacson, él era quien menos me preocupaba porque era un sol de niño.

Entré con una jarrita con agua y le dije: —Yaneth, toma agua y puedes subir un poco el volumen de la voz, aquí no te oírás tu mamá ni tu pastor...— al segundo me arrepentí, son juegos que siempre se me vienen a la cabeza y pueden ser mal interpretados, me quedé esperando su reacción... ella se rio con ternura.

¡Uf! Qué alivio que no se disgustó y que subió el tono de voz porque ya me dolía el cuello de inclinarlo.

Ella se tomó su vaso con agua de un solo envión y yo esperaba el suceso que la trasnochaba, al menos que el suceso fuera acerca de la culpa que sentía por rechazar a Ricardo, esperé... y Yaneth continuó:

—Antier me sentía confundida, decaída y me fui con Yacson caminando con la idea de acercarme hasta donde el pastor Clemente, no para contarle por lo que estoy pasando, sino para conversar cualquier cosa, él es muy cordial, siempre logra darle a uno como una calma. En el camino vi estacionado su carrito en la casa de la señora Miriam, ella es como decir su mano derecha, arregla todo para el culto, organiza los eventos, anda de casa en casa llevando la Palabra. Entonces, ya que estaba allí me detuve para saludar, corrí la cortina de la ventana para llamarla, vi al pastor besándola por el cuello, solté rápido la cortina, pero Yacson había tocado la puerta, ellos voltearon, creo que se dieron cuenta que los vi... Claudia, a veces creo que no vi lo que vi, que lo mal interpreté, que soy mal pensada, del pastor Clemente no lo puedo creer—. Ella se quedó en silencio, tuve que preguntarle qué había pasado después, ya estaba intrigada por el desenlace.

—Bueno... la señora Miriam abrió la puerta nos invitó a pasar, el pastor estaba sentado en la sala, ella nos dijo: —el pas-

tor vino a buscar la recolecta del domingo, no había podido ir a llevarla... siéntense—, había una tensión en el ambiente, les dije, —me detuve aquí porque vi su carro pastor y quise saludarlo, pero voy a seguir porque Yacson tiene tareas pendientes—; —también voy de salida, te llevo hasta tu casa—, ofreció el pastor, en el carro íbamos callados, fue muy incómodo... esa noche no dormí.

Aquí perdí la brújula, ya no tenía claridad en cuanto a cuál era la situación que más perturbaba a Yaneth, si el posible traslado de trabajo de Ricardo, o el amorío del pastor Clemente. Debía salir a buscar unos libros a casa de un compañero y se me había pasado el tiempo, deseaba concretar si ella requería de algún apoyo, más allá de escucharla, tuve que precisarla:

—Yaneth entiendo que estés tan tocada emocionalmente, pero si necesitas apoyo debo saber si sigues con la idea de irte para donde Mercedes, cuándo estimas hacerlo.

Ella reaccionó un tanto apenada, —¡Ay Amiga!, claro que necesito de tu soporte; esperaré que regrese Ricardo para saber qué resolverá en cuanto al trabajo. Voy ajustando cosas con Mercedes y debo ir a donde mi prima a contarle, que ella esté enterada es un alivio para mí... Claudia tengo vergüenza y dolor con lo del pastor y rabia con la señora Miriam.

Quería decirle tantas cosas relativas a su pesar por lo ocurrido con el susodicho pastor, pero hice un esfuerzo superlativo por no mover esos pantanos. Asumí un papel de soporte, sin removerle sus creencias, lo cual es una tortura psíquica. Muero por nadar en sus subjetividades para saber ¿a quién cree Yaneth que el Señor mirará con malos ojos al pastor o a Miriam?, se preguntará ¿Por qué siento culpa por rechazar a Ricardo, y el pastor no siente culpa por besar a una hermana de religión y casada?, en fin... sé que si se formulara esas interrogantes, pues fuera una hereje y no evangélica, pero disfrutaría oír de su boca qué piensa, lo que atesoran nuestras subjetividades es un saber, para mí, más codiciado que el guardado en muchos libros.

Después que Yaneth vio la escena del beso, así la bauticé, cuando se refirió a la señora Miriam, la nombró con un tono desdenoso y con el pastor no, a él se refiere con términos “no lo puedo creer”, “siento pesar”, con entonación de asombro y decepción, pero no de desprecio. Lo cierto es que el lenguaje no solo comunica, sino crea realidades.

En ese ajeteo del cotidiano nunca falta algún hecho que causa extrañeza, una noche salí de casa a buscar unos libros en el carro, y de la casa de Adri salía una de las amigas que llegaron a la heladería, especialmente ella no era de las más cercanas, la saludé entre alegría y asombro; obviamente Adriana saltó a decirme, —Claudia, mira que sorpresa, Aura Marina vino a traerme unas recetas de encurtidos y unos frasquitos con encurtidos de diferentes ingredientes para probarlos... es una experta.

—¡Ah! Que chévere, la culinaria es todo un arte—, respondí cual cliché de propaganda,

Adri argumentó:

—Sí, tienes razón Claudia, quedé con Aura Marina en comprar los ingredientes y una tarde ella viene y lo preparamos aquí para aprender, te avisaré...

—Hasta luego mujeres—, me despedí, bajando las escaleras pensaba:

*¿Y en cuál momento estas mujeres intercambiaron teléfonos y direcciones? Ya Adri la menciona con sus dos nombres, Aura Marina, como diría mi madre ¡Hay que ser bien safrisca! No sabía qué significaba safrisca, pero sonaba muy adecuado para mi amiga Adri—, me reía conmigo misma...*

Regresé y subí calladita para no alborotar a mi vecina de piso. ¡Esfuerzo perdido! Ella, apenas metí la llave en la cerradura, salió a informarme, —Claudia, no te voy a quitar mucho tiempo, te lo juro, sólo quería decirte que, una opción para terminar mi bachillerato es por parasistema; como mi hermana menor se viene para acá, me va a ayudar, tú conociste a mi hermana ¿verdad?... no me dejó responderle y añadió:

—Clarooo el día que nos mudamos para acá, ella estaba con nosotros en el balcón, acuérdate—; —¡Ah!, sí, pero no sabía que era tu hermana, ¿se viene a vivir con ustedes?—, pregunté, me dijo: —Sí, bueno, Francy es hermana por parte de papá, pero nos criamos juntas.

Entonces ¿Qué te parece mi plan de estudio?

—Adri creo que es factible... le respondí.

—Con Francy en la casa, Max no puede decir que descuido el hogar... bueno amiga, te dejó... buenas noches.

Faltaban pocos meses para comenzar las prácticas de campo, tenía que planificar muy bien el tiempo por Manuela, algunas

veces había que estar muy temprano en la Facultad porque eran en fincas cercanas o estaciones de la universidad, pero fuera de Maracay, sería una nueva fase de vida que me rondaba la mente.

De mis tías maternas, con una de ellas era con quien podía contar para apoyarme con la niña cuando tuviera prácticas de campo. Ella era mi tía/madrina, siempre se ofrecía a cuidar a Manuela, era yo quien se hacía la loca, porque mi madrina Picola, así la llamaban, nunca se me ocurrió preguntar si era un apodo o su nombre de partida de nacimiento; lo vine a saber muchos años después cuando murió, cuando el cura, dijo, algo así: —Oremos al Señor por la paz del alma de nuestra difunta Picola Quicas Días...—, pensé: ¡Ah! era su nombre legal... o de pila, como dice la gente, lo de pila debe ser por la pila bautismal, o sea, que quien no sea bautizado no tiene nombre de pila.

Ella, mi madrina, tenía dos atributos de personalidad, ser imprudente y estrafalaria, nada tenía que ver con mi mamá, quien era su hermana mayor, ni conmigo. Guardaba en mi memoria algunos episodios dignos de relatar por lo turbadores; por mencionar sólo uno de muchos:

Un amigo muy querido me había regalado una máscara de los Diablos Danzantes de Yare, festividad religiosa celebrada en San Francisco de Yare del Estado Miranda, él se encargó de que la elaborara la gente del pueblo, quienes se las hacen a los danzantes, era un regalo muy valorado por mí, la coloqué en la pared encima de mi cama. Un día mi madrina fue a visitarme, yo no estaba... cuando llegué a la casa, Yuletzy, no me dejó ni cerrar la puerta y me atajó diciéndome:

—Señora Claudia, por ahí estuvo su madrina, la que tiene un nombre como de galletas, entró a su cuarto y salió espantada gritando: ¡Sagrado Corazón de Jesús!, cómo Claudita tiene a Satanás encima de la cama, voy a traerle un rosario para que lo ponga allí... voy a llamar a Adelaida para contarle... ¡qué horror!... señora creo que la va a acusar con su mamá.

La intolerancia con esas situaciones me desbordaba, obviamente mi mamá me llamó muerta de risa con el cuento de mi madrina... y me dijo: —Hija, la ignorancia de mi hermana no tiene remedio... ni que la vuelvan a hacer con otro material. Hablando de imprudencias, Yaneth subió para la casa, entró acelerada, y sin mucha medida, apenas se sentó en la orilla

del sofá y se despepitó —Claudia, fui a hablar con Cecilia, mi prima, le conté acerca de las últimas agresiones de Ricardo y mi decisión de irme para donde Mercedes, Cecilia tiene una hija de 12 años, le encanta dar vueltas alrededor de nosotras cuando hablamos, creo que ella oyó lo del viaje, porque en la noche Yacson me preguntó, ¿Mamá es verdad que nos vamos de viaje, o son mentiras de mi prima?— casi me da un infarto. —No, debe ser jugándose contigo, y para dónde dijo que nos íbamos.

—No me dijo para dónde mamá.

—No repitas eso delante de nadie, eso son inventos de Camila.

—Mi preocupación es que la niña le comente a alguna de mis tías, ellas tienen tirantez con Cecilia, pero quieren mucho a Camila, a veces, en las tardes, se la llevan para sus casas, si llegan a oír algo de eso, pueden llamar a Ricardo.

—¡Uy Yaneth!, demasiadas cosas, antes de seguir, dime: ¿Qué ha pasado con el trabajo de Ricardo?

—¡Ay! Claudia, te veo tan ocupada que me da pena quitarte tiempo. Te contaré rápidamente, le dijeron que en enero le dan la zona Aragua, Carabobo y Guárico, si de aquí a ese tiempo concreta otras ofertas de trabajo, renuncia, si no esperará... estoy sacando la partida de nacimiento de Yacson, debo arreglar los papeles personales... Mercedes puede conseguirle cupo al niño en el colegio donde da clases, eso me tranquiliza y me quedará en su casa... uf, estoy nerviosa amiga... creo que Ricardo me lee el pensamiento, a veces me va a decir algo y digo dentro de mí: ya se dio cuenta... ya me va a preguntar qué le oculto... Claudia, me siento como sin piso, no puedo ni siquiera hablar con el pastor Clemente, por un lado, él no me apoyará y por otro lado, siento que después de lo ocurrido la última vez, él conmigo no será el mismo... Sentada en la misma orilla del sofá desde que llegó, casi sin moverse, siguió su disertación consigo misma y yo me enteraba...

—La única decisión que he tomado en mi vida fue terminar mi secundaria y trabajar en la repostería, que tanto me gustaba, logré enfrentar a mi mamá, el empuje de mi prima fue muy bueno para mí, pero eso duró ¡puf! muy poco porque me casé... y mi vida cayó como en un letargo...

—Bueno mi querida Yaneth, haz lo que debas hacer a tu ritmo emocional, ahora más que nunca debes tener la cabeza en

su lugar. Cualquier cosa que necesites dímelo, sacaré tiempo si es necesario, ojalá lo de la niña pase sin mayores problemas. Todo lo expresado por Yaneth era supremo, reconocer que ha vivido, por mucho tiempo, en un letargo, difícilmente tiene vuelta atrás, indudablemente que, si no da el salto para salir de allí, la frustración será tan suprema como haberlo reconocido. Ese es el riesgo de la vida cuando nos quitamos la venda de los ojos, pero creo que prefiero caer por acción, que por omisión... en el primero podemos levantarnos, en el otro sucumbimos.

Retomando mi hilado del día a día para ir avanzando en tener, dentro de lo posible, organizado el cuido de mi Manuela cuando empezara las prácticas, invité a mi madrina a almorzar, para acordar los detalles y especialmente intentar conversar, con mucho tino, acerca de sus comentarios tan desubicados; prepararé mis chuletas de cerdo, con lascas de plátano verde en salsa de tomate, mi plato especial, acompañado con ensalada mixta. Ella llegó muy puntual y comedida; ya era historia familiar que mi mamá siempre les advertía a mis tías, y especialmente a ella, que yo era muy delicada con comentarios machista y racistas, y ahora más, si se hacían delante de Manuela. Mi mamá me criticaba y me decía que tenía ideas descabelladas, pero en el fondo ella disfrutaba de lucirse con las hermanas, haciéndoles sentir que sus hijos e hijas eran diferentes a los de ellas. Ser diferentes fue la patente de corso, por colocarle un epíteto, de mi núcleo familiar, entiéndase mi madre y sus 2 hijos y 2 hijas.

Así pues, que comimos amenamente, y durante el café le puse de sobremesa el tema:

—Madrina, vamos a llegar a un acuerdo para el apoyo con la niña, son dos días a la semana, en un papel fui anotando el horario y los detalles de buscarla al colegio y tenerla hasta que llegara en la tarde, ella a todo me decía: —muy bien Claudita—. Una vez aclarado ese punto pasé al más álgido... carraspeé, entoné la voz para ser lo más sutil posible y arranqué diciéndole:

—Madrina hay un aspecto, el cual con mucho respeto quiero pedirle; como me es difícil explicarlo pondré un ejemplo reciente: usted vio en mi cuarto la máscara de los Diablos Dan-

zantes de Yare y se persignó diciendo que era satanás; resulta que yo estuve contándole a Manuela que esas máscaras eran usadas por la gente de un pueblo llamado San Francisco de Yare, que era una actividad religiosa, la cual era alegórica a la lucha entre el bien y el mal, bailan por las calles y terminan en la iglesia representado el triunfo de Jesús, quien fue un hombre que representa el bien de la humanidad. Lo que deseo decirle es que trato de no hablarle a Manuela de infierno, ni de culpas por portarse mal, ni cielos por portarse bien... además madrina, cómo va a decir que es satanás, ¿no sabía que esa festividad es religiosa y fue decretada Patrimonio Cultural de la Humanidad?

Ella aparentemente me oía muy seria, de repente me dijo:

—Claudita, es verdad que no dejas que le regalen muñecas Barbie a Manuela...

—Si Madrina, es cierto, hay muchos juguetes creativos para niñas y niños, la Barbie representar la mujer objeto, la mujer que vale por la belleza, por eso a todas las niñas les dicen que son lindas como una miss; si tuviera un varón, igualmente no me gustaría que le regalaran armas, ni nada vinculado con la guerra... ella me miró, y preguntó:

—A propósito de tener un hijo varón, Claudita, ¿no has pensado en casarte otra vez?, ahorita eres bella y joven, pero los años pasan rápido, después ningún hombre se quiere casar contigo, esa niña y tú necesitan un hombre que las represente.

Mi madre tenía razón cuando decía que, Picola no cambiará ni que la vuelvan a hacer con otro material, eso del material me imagino que se refería al genético, lo cual verdaderamente es improbable.

Abracé a mi madrina, era un caso sin posibilidad de rescate, mientras me argumentaba porque debería casarme otra vez, el lado cruel de mi personalidad me incitaba a ponerle el espejo de su vida de casada frente a sus ojos, pero ella era mujer, la hicieron mujer, como a Yaneth, a Adriana, a Yulety, a Cecilia, a mi... a todas.

¡Claaaaudia!, un llamado a gritos, me asomé al balcón, —Hola vecinita, llegó mi hermana, cuando tengas un tiempito ven y la conoces y a mi sobrinito—, pensé: ¡Uyyy! *niño nuevo en el horizonte...* —okey Adri, más tarde voy.

Sin duda alguna Yulety ya sabía de la nueva vecina, cuando

quiere decirme algo de la vecindad, hace maromas gestuales y corporales... y suelta la palabrería:

—Señora Claudia, esta mañana la mamá del gordo estaba feliz, creo que llegó una hermana, creo, no estoy segura, mire, pero si es su hermana no se parecen en nada, será hermana de crianza no de sangre porque es morenita, flaquiiiita y chiquitiiiica...

La miré y rapidito me respondió, —ya sé lo que me va a decir, bueno, le cuento para que no le caiga de sorpresa.

—Yulety no vuelvas a decir la mamá del gordo, ella es Adriana, él es Will, tienes que aprender a ser más educada, además si Adriana la presenta como su hermana, para nosotras será su hermana... tengan o no parecido físico entre ellas.

De Adriana es difícil escaparse, así que fui a conocer a Francy, nos dimos los saludos consabidos en esas presentaciones, y Adriana llamó: —Ellllvis ven para que conozcas a mi vecina y a Manuela, su hija—, salió un niño como de 2 años corriendo y me dio la manito, le pregunté su nombre y dijo: —Elvis— y una lenguarada, le presenté a Manuela y él le agarró la mano y la llevó al cuarto a jugar, no había aparecido en escena Javi. Por cortesía me quedé un rato y para entablar una conversación, pregunté:

—Francy qué edad tiene Elvis.

—Cumplió 2 años el mes pasado, él es muy cordial verás que será buen amigo de tu hija.

—Qué bueno que no es tímido, Manuela es algo retraída cuando no conoce a las personas, pero después hay que enlazarla para tranquilizarla, si no, pregúntale a Adri de las peleas con Javi...

—¿Cuál es el segundo nombre de Manuela?, preguntó Francy

—Tiene un sólo nombre, así cuando me molesto no tengo que decir dos nombres, desde niña aprendí que cuando mi mamá me decía Claudia Elena, era que estaba disgustada... me extrañó su pregunta y como el niño dijo Elvis y algo que no entendí para seguir la conversación, le pregunté:

—¿Elvis sí tiene dos nombres?, no le entendí bien...

—Sí, tiene dos nombres, Elvis por Elvis Presley, muero por ese hombre, el segundo es Macnial por el apellido de la niña del exorcista, me parece que suena precioso ese nombre... exclamó con afectación Francy.

—¡Aaah! Y lo escriben igual que el apellido de la niña de la película...

—Claaaro, M— A— C— N— I— A— L.

—Mmm está bien, bueno mujeres tengo que irme, gracias por el café y la conversa.

Me fui pensando: *Una oye cada cosa y que ponerle un apellido extranjero de nombre a un niño, agradeciendo que lo escriben a lo latino Macnial, bien deletreado para que no haya dudas, y no a lo anglosajón MacNeil...*

Los ambientes tienen sus sonidos y silencios que los definen, tanto es así, que quienes crecen y viven fuera de las ciudades afinan sus sentidos, especialmente el oído, de tal manera que pueden presagiar, por los cantos de los pájaros, por la migración de las aves, por el silencio del entorno: cambios climáticos y hasta posibles movimientos naturales telúricos. El entorno del hogar también tiene sonidos y silencios que define los días de la semana, las horas del día, la presencia intangible de las personas, animales y hasta las alegrías y tristezas de cada lugar que conforma ese entorno.

Desde muy temprano del sábado se oían voces, movimientos, silencios intercalados entre los ruidos, no acostumbrados a la hora y día de la semana; cuando estaba en la cocina preparando la segunda tanda de café, ya la primera la había hecho mi mamá, escuché una voz de mujer, la cual parecía venir de casa de Yaneth, con tono diferente al de ella.

La cocina era el lugar donde se percibían con nitidez los sonidos, siendo el más privilegiado de los lugares del apartamento, lo que denominaban en el concepto clasista de la época, el área de servicio, o sea, que el cuarto de Yulezzy era la concha acústica de mi casa. Mis percepciones de esa índole no eran de fiar, sin embargo, frente a la sensación de extrañeza, me dije, tal vez mi informante personal me aclare la duda... pero como mi mamá se adueña de la cocina, hecho que disfrutaba porque se esmeraba en consentirnos a Manuela y a mí, Yulezzy se inhibía de revolotear por esos lares y de oír su novela en vivo.

Después del desayuno se oían voces con tono de discusiones, me puse atenta, sabía que los conflictos donde Yaneth estaban represados como en olla de presión, cualquier tropiezo saltaba la válvula. Tenía que salir a hacer diligencias, pero quería, de alguna manera, saber de mi amiga, estaba casi segura

que en cualquier momento explotaría una crisis en su casa, en ese ínterin, Adriana me llamó para pedirme que si podía ir conmigo al mercado; quería hacer otras cosas primero, pero pensé y premeditadamente le dije que sí; como ya Adriana, una vez intentó abordar ese tema, pero yo no le di riendas sueltas, esta vez pensé que era estratégico tantear su postura frente a la situación, a lo mejor podía ganármela como aliada para apoyar a Yaneth. En el camino le comenté:

—Adri, estoy preocupada por Yaneth, creo que tiene problemas con el esposo...

—Bueno Claudia, van dos veces, cuando tú no has estado, que tarde en la noche he oído como discusiones, inclusive un domingo en la mañana bajé para ir a misa y ella salía de su casa llorando, yo disimulé y seguí... no te lo comenté porque podías creer que es chisme...

—Y quién te dijo a ti que no me gusta el chisme... estoy jugando amiga, en serio estoy atenta a esa situación... me quedé esperando su reacción.

—Qué se puede hacer, no me atrevo a meterme, uno se entromete y después se contentan y el marido es un enemigo gratuito.

—Adriana, lamentablemente, en parte tienes razón porque no hay leyes que protejan a las mujeres, pero hay momentos en los cuales se debe intervenir, sabes que esa violencia dentro de casa puede terminar en homicidio de la mujer y a veces se le suma el suicidio del agresor...

—El suicidio del agresor no nos duele tanto, ¿verdad Claudia?, dijo riéndose Adri.

Regresamos pasado el mediodía, con mi mamá en casa, salgo tranquila porque sé que Manuela está súper cuidada. Cuando llegué vi las expresiones de —*aquí pasó algo*— de mi mamá y Yuletzky, en el momento pensé en Manuela, pero verla corriendo para saludarme me tranquilizó; le pedí el favor a Yuletzky que bajara conmigo para subir las bolsas del mercado, no esperó bajar un escalón para contarme:

—Señora Claudia, ahí mismo que usted se fue en la casa de su vecina de abajo, se prendió el zaperoco, llegó el señor ese, y al ratico gritaba, la señora lloraba y otra mujer hablaba durísimo, no entendía muy bien, lo único que sí le digo con seguridad es que la señora sólo lloraba... esta vez sí fue de novela... su mamá preocupada...

—Bueno Yuletzzy esperemos que se calme la situación, acerca de esa violencia hablamos con más calma otro día... ¿él y ella están allí?

—No sé, hace rato no se oye nadiiiiita...

Subimos las cosas y mi mamá esperó que me cambiara y atendiera a Manuela para contarme lo ocurrido, sin dudas era una versión más ajustada a los hechos, le puse toda la atención necesaria: —le cuento hija que en la casa de abajo hubo una pelea fuerte, me dio la impresión que el esposo le preguntaba a Yaneth y a otra mujer que estaba allí, por qué discutían entre ellas, fueron subiendo el tono y una de ellas lloraba, eso me pone nerviosa y no quería que la niña oyera, me la llevé para el estudio a entretenerla... Yuletzzy, como es peor que Radio Rumbos me dijo que quien lloraba era Yaneth... seguramente que ya le contó.

Adriana me llamó por teléfono para referirse a la misma situación, quedamos en estar pendientes, ella lo dijo en plural, lo cual podría significar que Adriana estaba más sensible a solidarizarse con Yaneth. ¡Yo felizzz! Sólo logrando una red de mujeres sensibilizadas, se iba construyendo caminos de apoyo, esa era una de las tareas del activismo feminista, no importaba que muchas le tuvieran temor a identificarse con el feminismo, generar temor al término fue una tarea muy bien hecha por el poder masculino, lo importante era la comprensión desde nosotras mismas, con nosotras y para nosotras, *de ser mujer* en una sociedad donde lo masculino era la medida de lo justo, lo verdadero, lo normal, lo único...

Necesitaba mi *cuaderno de las mujeres*. Lo busqué y fui anotando todo lo ocurrido, las interrogantes, las posibles salidas, pasé un nutrido tiempo con *mi cuaderno*, él era mi confidente de primera de mano.

En la tarde fui con mi mamá y Manuela al parque, al ir y venir del parque me detuve en el piso de Yaneth, logré oír a Yacson, Manuela cada vez que pasábamos por allí me pedía que buscara a Yacson, estuve tentada de aprovechar para tocar el timbre y poner como excusa que Manuela quería jugar con el niño, pero no me atreví, pues mi mamá me mataba y además no sabía si complicaba más que apoyar. Me fui para mi casa con la mente dando vueltas y el corazón compungido.

Esa madrugada me desperté con el sollozo de Yaneth, me levanté sobresaltada, fui a la cocina para escuchar mejor, daba

la impresión que Ricardo le tapaba la boca, no sabía bien qué pasaba, creí que podía tenerla apretada por el cuello, de repente oí un portazo; comenzaron a oírse golpes en la sala. Llamé a Adriana, no me importó que Max se molestara, ella atendió y salimos al pasillo, allí escuchábamos el llanto de ella, Ricardo no hablaba, solo la maltrataba; le propuse a Adriana llamar a la policía, el puesto de policía estaba a una cuadra del edificio; vamos a decir que es una pelea entre hombres, porque si saben que es de pareja ni se mueven. Así lo hicimos, le dijimos a quien respondió que en el edificio La Macarena había una pelea entre dos tipos, que podía haber una tragedia, que vinieran con una patrulla, a los diez minutos llegaron en la patrulla blanca y azul, con su luz dando vueltas en el techo, se bajaron y hablaban entre ellos, nosotras calladas, se quedaron un rato allí, fumaron y se fueron. Eso hizo que Ricardo se quedara quieto, no la golpeó más, se escuchaban los sollozos de ella.

Invité a Adriana a tomarnos un té, había cerrado la puerta del cuarto de Manuela, mi mamá tenía su cama allí con ella, sin hacer ruido preparé un té, y nos fuimos al balcón a tomárnoslo, como a los 15 minutos sentimos que alguien salió del apartamento de Yaneth, era Ricardo, salió en el carro; —Adriana voy a bajar a preguntarle a Yaneth qué necesita, nos vemos más tarde...—, bajé y toqué la puerta, —Yaneth es Claudia dime si necesitas algo... en qué puedo apoyarte...—, ella abrió, estaba desplomada, temblando, las manos heladas, se entrelazó a mi cuello llorando, sólo murmuraba, —casi me ahorca, casi me ahorca—, la senté en la escalera, yo en cuclillas apretándole las manos, dime: —¿Sabes para dónde salió Ricardo?

—Se fue para la casa de la madrina... está muy mal de salud. El llanto no sólo se acompaña de lágrimas a caudales, sino de dificultad respiratoria y perturbación en el habla, por ello le fui preguntando cosas puntuales:

—¿Regresará pronto?

—No

—¿Dónde está el niño?

—Dormido

—¿Quieres subir para mi casa?

—No Claudia, me da vergüenza... quiero desaparecer amiga...

—Escúchame, no debes sentir pena, si crees que realmente Ricardo no regresa pronto, te ofrezco que despiertes a Yacson, subimos y conversamos, te parece bien...

—No sé...

—Tómate tu tiempo, quieres que te acompañe aquí... o deseas estar sola...

Se puso a llorar un buen rato, me quedé al lado acompañándola... se fue tranquilizando y le propuse: —Yaneth entra, báñate, cámbiate y vas despertando a Yacson, cuando estén listos suben para mi casa, allí Yacson estará acompañado con Manuela...

—Está bien amiga, vamos a ver si tengo fuerzas...

Cuando entré a la casa por supuesto mi mamá estaba levantada y preocupada por mí, le conté lo esencial porque si no le da un ataque, ya la oigo: —hija cuidado ese señor la mata a usted por meterse en su matrimonio; es que a usted le encanta cargar con los problemas de cuanta mujer que se consigue en el camino; dentro de dos días se contenta con el esposo y usted es la mala...

Como era factible que Yaneth y el niño subieran a la casa, senté a mi mamá y le pedí: —Mamá por favor necesito que entiendas que yo no puedo, no debo dejar sola a Yaneth en este momento, ella tiene vergüenza de subir, así que es necesario que no sienta que molesta o que la juzgan, el niño viene con ella, él es muy tranquilo y se lleva bien con Manuela...

Mi mamá me objetó:

—Quien la oiga creará que soy insensible... lo que ocurre es que usted no pone límites a la gente... todo el mundo es una maravilla... ¿Y usted no se ha puesto a pensar que si ella se queda con ese tipo sus razones tendrá?

—Sí mamá, tiene muchas razones para quedarse: está sola, sin apoyo, no se mantiene económicamente, las propias mujeres de su familia apoyan al marido sólo para que ella no sea divorciada, no tiene a donde irse con un hijo pequeño; si ella lo mata para defenderse, va presa por asesinato, pero si él la mata la pena es menor porque fue un arrebató de celos o estaba bajo efectos del alcohol o la pasión lo cegó... te puedo enumerar mil razones más.

—Claudia, siempre me sale con sus teorías... ¡válgame Dios!

Había pasado una hora y Yaneth no subía, entonces bajé y me quedé oyendo a través de la puerta, ella estaba hablando con el niño, toqué y Yacson abrió, Yaneth estaba cerrando un morralito, entonces me dijo —estás segura que no importa que vaya para tu casa... tengo la impresión que está

tu mamá y me da pena con ella—, entré agarré el morralito y a Yacson por la mano y salí al pasillo, ella se quedó pensando, agarró las llaves, cerró y subimos.

Ya en casa nos encerramos en el estudio. Sentía que el tiempo se agotaba no tenía claro qué hacer... sin mucho adorno le manifesté, —Yaneth es importante saber cuándo estimas que regresará Ricardo.

—Si la madrina está estable debería regresar en la noche para irse mañana al trabajo... si está muy mal supongo que se quedará, ella está sola, a veces la atiende una vecina... No quiero estar allí... ay, amiga... no sé qué hacer...

—Yaneth ¿te atreverías a quedarte fuera de tu casa esta noche?

—Claudia, Ricardo después de esos ataques en mí contra, entra en un aislamiento, como un robot, no contradice nada, todo lo acepta... no lo entiendo... y siempre después de esas explosiones de violencia se va para la casa de la madrina, no es ahorita porque está malita es siempre...

¡Mmm! Dime algo amiga, ¿Ricardo y tus tías te relacionan conmigo?

—¡Nooooo!, para nada... la única a quien le he comentado de ti es a Cecilia.

—Bueno... Yaneth, escúchame bien, te puedes quedar aquí hasta tener más claro el panorama, él nunca se va a imaginar que estás a metros de distancia, me preocupa Yacson, que le oiga la voz... no sé... ¿Qué dices tú?... voy a hacer algunas cosas en la casa, te puedes quedar en este cuarto un rato y piensas... me interrumpió:

—Voy para la casa arreglo la ropa de Ricardo por si acaso va a trabajar y pienso qué hacer... ¿Tienes tiempo ahorita para contarte lo que ocurrió?

—Claro Yaneth, no te pregunté porque pensé que no querías hablar de eso... cuéntame:

— No no no amiga, fue algo que parece increíble, había tenido un lumbago varios días, mi tía es enfermera y cuando tengo esa molestia me inyecta, no sé qué me pone, pero se me quita el dolor. Ella vino cerca de las 6 p.m. a inyectarme, esa tarde cayó un aguacero terrible, entonces me dijo para quedarse a dormir aquí, me extrañó, pero no le di importancia, después de comer cuando Yacson se durmió, muéerete, ella me dijo: —sobrina supe que estás inventado irte y dejar a tu marido, ¡estás local!, ¡¿Cómo se te ocurre semejante dispa-

te?!, dime si es verdad, si puedo haré cualquier cosa para evitar que hagas esa locura, no estará viva tu madre, pero estoy yo... Ricardo te da todo... qué más quieres.

Me iba a desmayar, le respondí, —Tía de dónde sacó esa información, usted sabe que la gente inventa cosas para intrigar— en seguida respondió, —Yaneth no quiero problemas con la familia, pero Camila te oyó contándoselo a su mamá, claaaaro y como ella es hereje, no tiene religión que la frene, te alcahuatea todo, siempre ha sido así...

—Me dio una crisis de nervios que no podía hablar, se me puso la mente en blanco, lloré tanto que sentí que la cara se me dormía, mi tía se asustó, —cálmate mañana hablamos—, ella se acostó, yo no dormí nada pensando en la tragedia si se lo decía a Ricardo.

Ella sin pausa siguió:

—Me levanté muy temprano, al rato mi tía llegó a la cocina, yo no sabía cómo seguir hablando acerca del tema, además no podía dejar de llorar, le imploré:

—Que habláramos luego, que mientras se aclaraba el asunto no comentara nada con Ricardo—. En ese momento abrió la puerta Ricardo, se había quedado en la casa de la madrina, venía a cambiarse de ropa e irse con nosotros para Santa Cruz. Yo tenía los ojos hinchados, estaba totalmente fuera de mí, él empezó a preguntar: —¿Por qué estás llorando? ¿Qué pasó, por qué están discutiendo? Mientras más preguntaba, yo me ponía peor, mi tía callada, como no decíamos nada, Ricardo se fue enfureciendo, y gritaba —ustedes me ocultan algo y de aquí no sale nadie si no me aclaran qué es lo que ocurre..., entonces mi tía le dijo:

—Bueno Ricardo es que hay un mal entendido, Camila, la hija de Cecilia, oyó a Yaneth diciendo que se quería ir lejos, pero a lo mejor es exageración de la niña... no lo sé...

—Claudia, ni te cuento como se desbordó de ira ese hombre, tanto que mi tía le levantó la voz y él abrió la puerta para que saliera; me quedé muda no podía articular palabras, él me haló por un brazo hasta el cuarto y me ofendía, no te diré todo lo que dijo, después se bañó y se acostó a dormir; en la madrugada se levantó y me sacó de la cama, me daba golpes y me tapaba la boca, estaba tan fuera de sus casillas que me agarró por el cuello, yo no podía respirar, me estaba ahorcando, lo gré zafarme y salí corriendo para abrir la puerta e irme para la

calle, no llegué a abrirla porque me agarró y me daba por los brazos, en eso hicieron bulla en la calle, llegó una patrulla y se estacionó allí, él se fue al cuarto, se vistió y salió... Amiga, no sé qué le ocurre, pero está incontrolable... no sé si de verdad quería ahorcarme... no lo sé.

—Disculpa Yaneth, pero creo que no debes esperar una próxima vez para comprobar si de verdad te quiere ahorcar, a lo mejor no lo llegas a contar...

—Tienes razón amiga... estoy tan abrumada... voy a quedarme en casa y dormiré con Yacson, como Ricardo siempre regresa arrepentido hoy no me molestará, ¡El Señor me oiga! Quisiera tenerle sus cosas listas y ojalá se vaya toda la semana a trabajar, así tengo tiempo para... bueno, ya no sé ni para qué... Claudia muchas gracias por apoyarme, mañana hablamos.

Lo que restaba de esa tarde se la dediqué a Manuela, en la noche escribí en mi *cuaderno de las mujeres*, sobre lo difícil, pero comprensible que en casi todas las víctimas predomine la indecisión e impotencia. ¡Diosa! Pensaba: *Que difícil es vivir siempre bajo el sometimiento, dependencia y subordinación de la pareja, bueno... y en el caso de Yaneth inclusive de su madre, sus horizontes eran desesperanzadores y de incertidumbre...*

Debía dejar constancia en mi cuaderno de los arrepentimientos de Ricardo después de un acto desbordado de violencia, comportamiento que engancha nuevamente a la víctima porque siempre tiene la esperanza de cambio del agresor. Sentía que Yaneth, por primera vez, estaba parada en la franja limítrofe entre dar el salto y salir o de dar un paso atrás y quedarse... en ello confluyen muchas circunstancias y algunas de ellas son insospechadas.

Lo vivido el fin de semana era un presagio anunciado, aun así, no deja de ser indeleble en la memoria.

Al salir a llevar a Manuela al colegio vi que tenía en el limpiaparabrisas un papelito doblado, decía:

—Claudia, Ricardo dispuso que tenía que irme a cuidar unos días a su madrina, no me dejó opción, ni siquiera por el colegio del niño, ya sabes por qué me mandó para allá, te llamo esta tarde, ojalá estés porque el teléfono público queda un poco retirado y en la noche no puedo ir, siempre gracias. Yaneth.

Siempre están presentes las vicisitudes de las mujeres, una personal, otra de tantas. La primera salida de prácticas de campo de ese año fue para un pequeño hato ubicado en Tocuyito del estado Carabobo, cercano a Maracay, dedicado a la cría de ganado bovino, por coincidencia cuando llegamos estaba pariendo una vaca con un parto retardado, hubo que asistirle y colaboramos en el parto y nacimiento del ternero; lo cual es una oportunidad porque en hatos privados no es fácil que permitan participar a estudiantes. Una vez cumplido los objetivos de la salida de campo, el dueño muy amablemente invitó unas cervezas y otras y otras y carne y risas, yo viendo el reloj... era la única mujer del grupo, conmigo estaba Juan, mi mejor amigo, siempre tocábamos juntos en todas las actividades, él me decía, —tranquila, disfruta que esto no es siempre...

Di un tiempo y me acerqué al profesor, bueno... al Doctor, porque ese título es casi nobiliario y le hice un comentario respecto a la hora, él se dirigió al grupo, en tono de broma, lo cual es peor que si fuera en serio, vociferando:

—Las mujeres siempre chalequean las salidas, la próxima vez no la traemos... Claudia relájate, tu marido no te va pegar por llegar un poquito tarde...

Estaba indignada, más por la carga machista del supuesto chiste, que por la tardanza; enseguida Juan, dizque para apoyarme, comentó: —Doctor usted cree que algún hombre en sus cabales aguanta a Claudia, no ha nacido todavía...

El comentario de Juan fue tan descalificador como el otro; en esas situaciones donde ellos están apoyados entre sí, tienes que esperar tu momento, lo que dijera iría en mí contra.

Como Maracay es un pueblo chiquito y la Facultad un infierno grande, sabía que la esposa del Doctor, era veterinaria, investigadora jefa de un laboratorio; nos fuimos todos en una camioneta, como los argumentos razonables no son posibles en dichas condiciones, porque lo llevan a chistes que viene siendo la mejor forma de cercarte, le puse un sesgo personal, en tono de broma, le comenté:

—¿Doctor en serio usted cree que las mujeres chalequeamos las salidas de prácticas?

Él acotó:

—Me refería a las salidas, no a la práctica, ya se había terminado la actividad.

—Pero salimos a trabajo de campo, quedarse a tomar cerveza o cualquier otra actividad debería ser consensuado, a mí nadie me preguntó nada...

—Imagínate, quién va a decir que se quiere ir... Sólo una mujer ¿verdad muchachos?

—Bueno yo me quería ir, será más bien que por ser hombres se sobreentiende que se quieren quedar y ninguno dice que no, para evitar chistes sobre su hombría... Doctor sabe algo que me da intriga averiguar ¿Cómo hace su esposa cuando tiene que quedarse en el laboratorio por algún experimento?, porque estoy segura que usted no le pega por ese detalle...

—Claudia eres vengativa... dijo riéndose el Doctor, se rieron todos, y Juan añadió, —no vuelvo a abrir mi boca... al Doctor le echaron fuego en vez de palabras.

Como nota jocosa de ese día, al salir del hato había un portón de alambres que se debía abrir, esperar que saliera el carro y volver a cerrar, yo estaba sentada del lado de la ventana y me bajé para hacerlo, pero iba tan brava que cuando lo cerré, me quedé del lado de adentro del hato, o saltaba el portón o tenía que volver a abrir, salté el portón de puro orgullo herido, obviamente eso fue causa de chalequeo todo el camino.

¡Claaaaudial!, un llamado a gritos, me asomé, —Vecinita será que cuando estés desocupada vienes un momentico—, Adri, —termino un informe y voy, pero no mucho tiempo, tengo trabajo—. Me acerqué hasta donde Adri, ella me haló hasta la cocina: —siéntate, muérete que le participé a Max que había averiguado todo para terminar el bachillerato, es semipresencial y nocturno, el instituto está muy cerca de aquí, ¿Sabes qué me dijo? que no contara con él; que no me vería la cara si en las noches iba a estar como quinceañera en clases; que quién lo atendería cuando llegara... le refuté, —pero Max sólo iré a presentar exámenes, cuando me toque ir te dejo la comida lista, además Francy está aquí...— no me dejó terminar de hablar y se paró... —Francy no es mi mujer, olvídate.

—Guao, era de esperar... qué piensas hacer, le pregunté.

—Me impondré... eso escríbelo Claudia, dime si crees que es importante que logre graduarme de secundaria.

—Bueno Adri, no importa lo que a mí me parezca, son retos personales, la satisfacción, a veces, no está en alcanzar el reto

en sí mismo, sino en lo que caminaste para llegar a alcanzarlo.  
—¡Eh! No entiendo mucho amiga... explícame... con un ejemplo.

—¡Ja ja ja! Bueno... lo que quiero decir es que puede ser que tu satisfacción no esté sólo en graduarte, sino en lo que tendrás que enfrentar y superar para graduarte, o sea, puede ser que andar el camino fortalezca más que llegar al final.

—Pensaré en eso, me preocupa que tenga las neuronas quemadas... sonrió ruborizada.

Yaneth y yo logramos conversar por teléfono sucintamente, porque tenía una cola de gente detrás de ella, rápidamente me dijo alterada:

—Claudia, estoy al borde de los nervios, Ricardo quiere que nos mudemos para la casa de la señora Rosa, su madrina, dizque así ahorraríamos para comprar vivienda y que así yo no estaría tan sola, porque él tiene familia en Santa Cruz y que así atiendo a la madrina ahorrándole gastos de pago a la vecina que la cuida. ¡¡Imagínate amiga!! Este es un pueblo de tres calles, toda la gente es familia... yo, a este pueblo no me vengo ni amarrada... ni muerta.

—¡Una Guaráa! Yaneth, me quedo petrificada, ¿Qué piensas hacer?

—Ricardo regresa el viernes, ya le dije que no tenemos ropa aquí, le hablé del colegio de Yacson... algo tengo que inventar... cuando llegue a Maracay hablamos, tengo que colgar, siento que la gente de la cola es espía de Ricardo.

Retomando el cotidiano, el día de la práctica de campo, el cuido de Manuela fluyó al estilo de Picola, cuando llegué mi madrina me recibió sonriente y con su manera peculiar de interpretar las cosas me detalló los sucesos:

—Claudita, cumplí con todas las recomendaciones, mi novela de las 2 p.m. la vi en el cuarto, pero la niña se metió para allá, entonces le fui explicando lo de la muchacha protagonista, que ella no era mala sino pobre, y que el hijo de la señora se mete con ella porque es muy joven... pero usted sabe que a Yulezzy le fascina meter la cucharada en todo y ella me contradecía, que la mala era la señora porque se hacía la loca

cuando el hijo le faltaba los respetos a la sirvienta... y Manuela se ponía de parte de Yulezzy... usted me dice que es mejor explicarle todo a la niña... además ahí mismo se durmió en mis piernas.

¡Increíble!, mi madrina era profesora y justificaba al muchacho de su irrespeto por la edad, Yulezzy apenas sabe leer e hizo un comentario más coherente acerca de la responsabilidad de la madre del joven.

Aura Marina, la de la heladería, la que se hizo íntima de Adri, la experta en encurtidos, coincidí con ella llegando al edificio, traía un bolso grande, supongo que, con sus implementos culinarios, ella vendría a enseñar a Adri a preparar sus exquisiteces, nos saludamos, entré rapidito a la casa, pero escapar de mi amiga no es fácil, entonces oí:

—¡Claaaaudia!, un llamado a gritos, me asomé, Adri eufórica exclamó:

—Vecinita ya sabes que vino Aura Marina, me comentó que subieron juntas, sabes que vamos a preparar los encurtidos, ¿será qué puedes venir?, nos encantaría.

—¡Ayy! Adri, esta vez creo que no podré, tengo que leer un material para mañana que tengo un quiz, cuando termine vemos si me acerco un rato... disfruten.

Terminé de estudiar y me puse a organizar otros asuntos pendientes, cerca de las 6 de la tarde, resonó:

—¡Claaaaudia!, un llamado a gritos, me asomé, Adri me enseñó un frasco que tenía en la mano, —vecinita venga 5 minutos para que busque su encurtido, y de paso se tome un cafecito, se le va a fundir el cerebro... reía a carcajadas.

Sinceramente no me gustaban los encurtidos, pero me parecía descortés expresarlo y mucho más no ir a buscarlo, me fui con Manuela, cuando llegué me sorprendí porque estaba un señor, quien resultó ser el esposo de Aura Marina, muy simpático y con amena conversación; tenían una pequeña empresa familiar de mermeladas, encurtidos, ese tipo de alimentos envasados, estuve compartiendo un rato, Aura Marina y Luis, su esposo, se fueron y aproveché para irme, pero ¡noooooo, imposible!, Adriana me pidió unos minutos para contarme acerca de Max.

—Claudia, dame dos minutos y te pongo al día, sabes lo que

me dijo Max, que no me iba a dar dinero para pagar el instituto, que si yo creía que tenía tu edad para llegar a la universidad, que estaba muy alzada desde que llegamos a Maracay. Yo le canté la verdad, le respondí, —si no me das dinero, pues salgo a trabajar, tú me conociste trabajando y tú me prohibiste seguir trabajando, ya es tiempo de hacer otras cosas para mí, sin descuidar esta esclavitud, que pretendas manipularme con el dinero es esclavitud.

—¡Upa! Y qué hizo Max después de esa enjabonada con espuma ácida.

—Se levantó de la silla y se fue resollando para el cuarto, no me habla desde ese día... pero me tiene sin cuidado, Will lo apoya es un traidor, y Javi igualmente, son unos machistas... la única que está conmigo es Francy, bueno y tú.

—Adri para cuándo has pensado comenzar los estudios.

—Si Max no me da el dinero para inscribirme, no puedo... pero ya veré qué hago.

—Adriana, te doy un dato, tengo entendido que el liceo del Limón tiene un programa nocturno de educación para personas adultas, te queda más retirado, pero es gratuito, averigua...; me tengo que ir, gracias por ser tan querendona.

Al día siguiente cuando salí a llevar a Manuela al colegio abrió la puerta Yaneth muy exaltada, me pidió hablar urgente conmigo, como tenía sólo un examen en la tarde, le ofrecí dejar a la niña y regresarme para que conversáramos. Así lo hice, ella subió a la casa y me refirió:

—Debo hacer algo, Ricardo pretende que mientras nos mudamos para Santa Cruz, él nos lleva los domingos en la tarde para allá y pase la semana, que yo me regrese en autobús para Maracay los viernes en la tarde para que vaya lavando, planchando, cocinando, o sea, dejando todo al día para la semana siguiente y volver a repetir ese ciclo semanalmente. Yo conozco a Ricardo, si hago eso una vez, después no tengo vuelta atrás, logré quedarme esta semana porque está en su fase de arrepentimiento, pero sé que el día que me oponga seriamente a mudarme para Santa Cruz, empieza a inventar cosas de celos y locuras, vuelve a tener sus arranques de violencia.

—Cónchale Yaneth, las cosas no pintan bien ¿Qué tienes pensado hacer?

—Me voy... el miedo me mata, pero esta semana me voy... llorando repetía me voy... me voy...

—Yaneth, el tiempo es corto, es ahora o quizás nunca; cuenta conmigo, pero debes tener claridad y estrategia...

Estaba muy preocupada, me sentía con una responsabilidad ética y amistosa con Yaneth, era la primera vez en mi vida que estaba de apoyo real a una víctima de violencia familiar, sabía que cualquier paso equivocado podía devolverla a ese lugar tan oscuro para ella y su niño, estaba consciente de su vulnerabilidad.

Yaneth había transitado por muchas vivencias difíciles, además del maltrato de pareja, había perdido a su mamá, se le había quebrantado su creencia religiosa con el caso del pastor Clemente, dos episodios dramáticos, pero siempre he tenido una máxima: —“muchas veces se gana perdiendo” y no logramos verlo porque nos han enseñado que ser feliz es cumplir las metas, nadie nos enseña a ver la felicidad en la experiencia de levantarse de las caídas que seguramente nos daremos.

Si Yaneth logra dar el salto, en parte, la ausencia de la mamá y descreer en su pastor, fueron hechos que le desanudaron el miedo, valorizó su capacidad de decidir cuando recordó, que una vez en su vida había podido tomar sus riendas, esa experiencia la tenía diluida en su memoria por el temor y la costumbre de obedecer.

Le pedí a mi madrina que esa semana se viniera los mediodías para la casa y se quedara durante las tardes con Manuela y Yuletzy, porque tenía muchos exámenes, en realidad quería tener tranquilidad para apoyar a Yaneth.

Llegaba de clases y me ponía en contacto con Yaneth, ella llamó a Mercedes para definir fecha y algunos detalles. Una mañana no fui a clases para apoyarla en arreglar su ropa y la del niño, tenía que llevarse lo indispensable, dejábamos en las tardes a Yacson en mi casa, ella lloraba haciendo lo que obliga una huida de esa magnitud, a veces se sentaba temblando, en esos momentos creía que iba a arrepentirse.

Acordamos que dejara los maletines en mi casa, por si acaso venía Ricardo el miércoles en la noche como lo venía haciendo últimamente, no podía vaciar los closets porque él se daría cuenta. Efectivamente, Ricardo llegó el miércoles como a las 8 p.m., por primera vez estaba en el balcón fisgoneando a un vecino, cuando llegó me invadió una sensación de temor, ella tenía sólo el jueves para huir, habíamos comprado los pasajes, los guardé en mi cartera, salía del terminal a las 8 p.m. y lle-

gaban a las 5 a.m. a Mérida. Esa noche no dormí, aproveché para ponerme al día con los apuntes, le pedí a mi amigo Juan que se viniera para la casa a estudiar, me acompañó hasta la 1 a.m., me acosté un rato de las 4 a.m. hasta las 6 de la mañana.

Ese jueves fue amargo, eran las 7 de la mañana y Ricardo no se iba, en realidad no sabía sus horarios, pero creo haber entendido que se iba muy temprano; le pedí a Juan que llevara a Manuela al colegio, él y ella felices, quedé con él de vernos en la Facultad a las 10 a.m. en clases, me quedé para ver qué pasaba con Ricardo, cuando vi que salió en el carro, me volvió el alma al cuerpo. Esperé un rato, el cual se me hizo eterno, Yaneth subió, me pidió un café fuerte, también necesitaba uno, nos fuimos al cuarto de estudios y ahora de secretos, nos tomamos el café en silencio, ese silencio que aturde y duele, con lágrimas más amargas que saladas porque el llanto es mudo, internamente temía preguntarle cualquier cosa, temía un arrepentimiento, pero rompí el silencio expresándole:

—Yaneth cuéntame lo que puedas y quieras...

Ella levantó la mirada, no tenía expresión en el rostro, sólo balbuceó:

—No tengo vuelta atrás, amiga siento pena por Ricardo y por mí, pero no es justo que mi niño viva ese calvario, sé que Yacson sufre, anoche hice un recuento de mi vida con Ricardo y sentí dolor, a la vez me reocriminé haber sometido al niño a tanta violencia.

—Siendo así, el tiempo es poco, iré para clases y regreso al mediodía, mientras tanto arreglas las cosas, ¿Te parece bien?

—Sí, sinceramente estoy como suspendida en el airé... Claudia ¿Me acompañarás al terminal?, disculpa tanta perturbación de tu tiempo, pero te necesito afectivamente.

—Yaneth está sobrentendido que iré contigo, si Cecilia desea ir, dile que se venga para acá y nos iremos juntas... hasta el final del principio contigo. Amiga, tengo algo que confesarte, la noche fatídica cuando Ricardo intentó ahorcarte, llamé a Adriana para que me apoyara en tratar de asustar a Ricardo, aquí oíamos claramente ruidos, los cuales permitían saber la gravedad de la situación; decidimos llamar a la patrulla de policías; disculpa por involucrar a otra persona, pero estaba aterrada... Yaneth, ya debo irme, pero para cerrar quiero pedirte me cuentes cómo fue la actitud de Ricardo anoche.

Saber esos detalles, no era mera curiosidad, pero a la vez sí

lo era, al mismo tiempo que para mí son mi fuente de datos.  
—Ándate que se te hace tarde, nos vemos más tarde y te contaré lo que desees.

Obviamente en la clase sólo estaba mi presencia física, mi mente y espíritu con Yaneth. Mi amigo era muy discreto, me apoyó en quedarse en casa y llevar a Manuela, sin preguntas, pero me conocía bien, tan bien que me convidó, —amiga ya tienes la asistencia, si necesitas irte hazlo, luego te pongo al día con la materia, puedo buscar a Manuela al colegio y la dejo en tu casa, entonces, simulé que tenía mucha tos para salirme, por la ventanita de vidrio, me empiné y le lancé un beeeesooooo, el doctor volteó y me vio... ni modo, ya vería que inventar.

Llegué, me detuve en el piso de Yaneth con cautela, pero ella me sintió llegar y abrió la puerta, estaba Cecilia, nos presentó, ¿Todo bien? pregunté, cada minuto me parecía que podía pasar algo, Yaneth respondió:

—Claudia todo bien hasta ahora, excepto mi angustia, el Señor me perdonará, estoy segura que mi tía fue a hablar con el pastor, pero creo que como él nunca ha venido para acá por Ricardo, eso quedará... la interrumpió Cecilia:

—Quedará para la otra vida, ese pastor tiene el rabo de paja... y yo con gusto puedo echarle un fósforo, no entiendo cómo creen en curas y pastores, esos son hombres... hombres... hombres.

—Subiré a darle una vuelta a la casa, cualquier cosa me avisan. Nos iremos de aquí a las 6 p.m., están de acuerdo.

Necesitaba hablar con Yuletzy, sin duda ella sabía que pasaba algo fuera de la costumbre, prefería alertarla, sin muchos detalles, a que sacará conclusiones desvirtuadas; la llamé para la sala y le pedí que se sentara, sin mucho preámbulo la abordé:

—Yuletzy, necesito tu apoyo con Manuela esta tarde, tengo que salir con Yaneth, ella va a viajar a visitar un familiar, pero sabes que el esposo es un patán, entonces va a ir sin decirle nada, piensa devolverse antes que él regrese, por favor no comentes nada delante de Manuela ni de Yacson esta tarde, ¿cuento contigo?

—¡Ah pues Señora Claudia!, claro que cuenta conmigo, ya sabía que algo se tenían ustedes entre manos..., mire, esa mujer tan bonita no debería volver y dejar al señor ese, mire señora Claudita, como le dice Pinoca, su madrina, la señora Yaneth

se va y mire a la semana tiene novio... tuve que detenerla porque iba a mil palabras por segundo.

—Yuletzy, cálmate, luego hablamos, mi madrina se llama Pícola no Pinoca.

Al rato subió Yaneth, me comentó que ya había hablado con Yacson, le dijo que irían a visitar a Mercedes, pero como Ricardo se angustiaba y tenía mal carácter no le había dicho nada, que luego lo llamaría. Claudia, me sorprendió que él con toda tranquilidad, me contestó: —Mejor así que no le digas nada... y siguió jugando.

—Amiga para cumplir con todo lo que te inquieta, ahora te cuento acerca de Ricardo, esa noche del viernes llegó callado, cenó y se puso a ver televisión en el cuarto, di tiempo a que se durmiera, estaba aterrada por si notaba algo, cuando se dormió, me acosté con Yacson, no dormí ni un segundo. Él en la mañana no habló ni una palabra, yo no veía la hora que se fuera, al fin al salir me dijo: —Yaneth, ve arreglando lo que necesitas para irnos para Santa Cruz; ya hablé con una prima para que le consiga cupo a Yacson y termine el año escolar allá. —¡Guao! ¿Qué le respondiste?,

—Claudia, no sé de dónde saqué templanza, le respondí:

—Está bien, pero dame esta semana para ir al colegio de Yacson a retirar sus papeles, además necesito tiempo para arreglar todo, tú comprenderás que es algo inesperado, él salió y tiró la puerta. ¡Uf!, qué alivio, tenía el corazón en la boca.

Llegó la hora de irnos, con discreción fuimos bajando el equipaje, un morralito con juguetes se lo puse en la espalda a Yacson, esperé a Yaneth abajo para que se tomara su tiempo en soledad de abandonar su hogar, Cecilia y Yacson esperaron dentro del carro. La espera fue un tiempo que no olvidaré, imaginaba la trama de sensaciones que albergaban la mente y el corazón de Yaneth estando allí, a minutos de no volver a ese lugar, a su vez, yendo hacia un horizonte ajeno a su cotidianidad. No bajaba, Cecilia se bajó del carro preocupada, quería subir a ver qué ocurría, pero le sugerí esperar unos 15 minutos más, ambas nos mirábamos en silencio, al poco rato vimos venir a Yaneth llorando, la abrazamos, casi la cargamos al carro, estaba derribada anímicamente, le pregunté —¿Nos vamos? —, ella dijo, —sí, que el Señor me perdone y mi madre no me juzgue—. Esperando la salida del autobús, hablamos de cosas sin sentido, como llenando el tiempo y el

espacio con retazos de comentarios inconexos... Yaneth con su niño de la mano subieron al bus, antes nos fundimos en un abrazo eterno, esperé recomponer el espíritu para poder manejar de regreso a la casa.

Esa noche me llamó Juan para chismear acerca de la clase, lo invité para la casa, quería ver a alguien querido después de ese día tan difícil. Juan era un hombre callado, prudente y complaciente, tenía un rostro con expresión ingenua, con una sonrisa permanente y su mirada muy lánguida, diría que era una persona nada común, siempre creí que era contemporáneo conmigo, muchos años después supe que era casi 8 años mayor, sólo una gente que tenga una sonrisa como sello facial, no envejece; también años después supe, que siempre había tenido un programa radial todos los martes en la noche donde hablaba sobre carros antiguos, esta pasión por los carros era la única que yo le conocía, tenía un buggy dorado construido por él, lo usaba muy poco, al menos que yo le montara una de ruego y lo llevaba para la Facultad, todo el mundo viendo su carro. Supe que tenía una novia, con quien mantenía más de 10 años de amor, la visitaba sólo los viernes en la noche; aun cuando él andaba sólo conmigo, que en la Facultad era su única amiga, no me contó nada de esas facetas de su vida, sino mucho tiempo después, no sé si era que no lo dejaba hablar o era muy misterioso, nunca lo sabré, lo que sí sé era que lo quería como mi amigo del alma. Esa noche nos quedamos hablando hasta muy tarde, me acosté exhausta.

La vida sigue su curso y el día a día sigue su ritmo, yo entraba y salía de casa como torbellino, arrancaba en mi escarabajo VW, iba y venía mil veces al día. Manuela crecía, Yulety lamentaba la ida de Yaneth, su novela en vivo había terminado. Una tarde de tantas, salía con Manuela a llevarla al zoológico de Maracay, su paseo predilecto. Al salir de casa, abrió la puerta de la casa de Adriana, su hermana Franci, Elvis, su niño, el que tiene de segundo nombre un apellido extranjero, se le coló entre las piernas para salir a saludar a Manuela, abracé a Franci y le pregunté por Adri, me dijo, —está dormida ha tenido migraña—; al ver a Elvis que era tan querendón con

Manuela, y ella con él, les invité al paseo, Francy, sin demora aceptó, me pidió unos minutos, se cambiaron de ropa y salieron con nosotras.

Como Francy no conocía la ciudad le conté que a donde íbamos era una de sus atracciones turísticas de Maracay, se conocía como el “Parque Jardín Zoológico de Las Delicias” siendo el primer zoológico de Venezuela y uno de los más modernos e importantes de América del Sur, por su variedad de fauna traída de varias partes del mundo. Era un parque extenso, caminamos como locas, iba advirtiéndole de ciertos peligros por el terreno y por los hábitats de algunas especies, por cierto, había un gorila que lanzaba a la gente las conchas de las frutas que le daban, dependiendo del tipo de fruta se podía convertir en un golpe certero, era la máxima atracción para el público, yo le tenía miedo por Manuela y por mí. Extenuadas decidimos irnos, Elvis y Manuela al subirse al carro y rodar un poquito ya estaban durmiendo. Aproveche de que Francy conociera la vía hacia El Castaño, donde estaban las casas más lujosas de Maracay, de vuelta hacia la casa, Francy me expresó:

—Claudia, estoy preocupada con Adriana está muy contrariada con Max, por el asunto ese que se le metió en la cabeza de querer estudiar, conozco a Max, él no dará su brazo a torcer y Adriana está empeñada en que sí lo va a hacer, la migraña le dio de la molestia que tiene, no se hablan, es difícil para mí...

No sabía qué opinar, no conocía a Francy, más allá de algunas conversaciones ni siquiera entre las dos, sino en grupo, así que para abrir un compás sólo le comenté:

—Francy, entiendo que para ti es complicada la situación, ¿Qué crees al respecto?

—Me gustaría que lo hiciera porque es un deseo de ella, pero si Adriana no puede estudiar en la universidad, entonces para que ese empeño de ser bachiller, valdría la pena que hiciera algo más concreto... no sé... ¿Tú qué dices?

—Francy, para esas situaciones creo que no hay una respuesta correcta. Te digo algo, cuando tomamos una decisión siempre, irremediablemente, renunciamos a algo, renunciamos a lo que dejamos de escoger, ¿Cierto?, no existe la renuncia sólo cuando nos ocurre algo imprevisto, algo inusitado, por ejemplo, Adriana sí puede estudiar una carrera universitaria en la noche, pero decidir hacerlo implicaría renunciar a la vida que

tiene, ¿Estaría dispuesta?, mira, creo que, entre la decisión y la renuncia, ineludiblemente, si eeeempre habrá un riesgo. Esa es una condición humana, tan humana como tener ganas de comernos un helado... y ya vamos para allá, y la llevé para mi heladería preferida.

Habían empezado los exámenes parciales, estaba copada de actividades en la universidad y en la casa. Le pedí a Samuel que viniera un fin de semana a ocuparse de Manuela para poder ponerme al día con todo lo pendiente. Él vino con su mamá a pasarse 3 días con la niña, reservaron una suite en el Hotel Maracay, era un hotel rodeado de montañas y adyacente a un extenso campo de golf, no había que salir de allí pues contaba con una excelente piscina que Manuela disfrutaría. Pude dedicarme a estudiar en la casa y planificar con Yuletzky las tareas domésticas pendientes.

El primer día transcurrió tranquilamente, era viernes tenía pocas horas de clases, decidí quedarme, pasé todo el día estudiando sin presión ni estrés, en la noche le dediqué unas horas a mi *cuaderno de las mujeres*, anotando los últimos sucesos vinculados con la partida de Yaneth. Al día siguiente, como siempre, me levanté muy temprano, tenía planificado decorar una pared del cuarto de Manuela con un papel tapiz adornado con figuras geométricas en colores pasteles, de tonos como los de las flores de los Apamates, Acacias y Flamboyanes que hacían el túnel vegetal de la entrada a mi Facultad. Estaba imaginando cómo quedaría mientras tomaba mi sagrado café matutino... sonó el teléfono, se me cortó la respiración, atendí, era la voz de Adriana sofocada:

—Claudia, amiga, a Max le dio algo cardiovascular está delicado, me vienen a buscar para irnos a Caracas... me llamaron a media noche para avisarme, no te llamé para no asustarte... Francys se queda aquí con Javi, es mejor ir sola para evaluar la situación.

Me quedé sin reaccionar... colgué el auricular, salí al pasillo, toqué la puerta llamándola, —Adri ábrem—, Francys abrió, estaba llorando, me hizo pasar para el cuarto y Adri estaba sentada en la orilla de la cama muy atribulada, la abracé; ella estaba como en shock, me explicó:

—Amiga anoche Max me llamó para decirme que se sentía

un poco mal, no quería manejar, se quedó donde su amigo, casi hermano, tuvieron que llevarlo de emergencia a la clínica porque se puso muy mal, está en observación, me viene a buscar mi hermano... estoy muy asustada.

—Adriana, tranquila... te acompañaré mientras te vienen a buscar.

—Gracias, así se me pasa el tiempo más rápido... le he dicho mil veces a Max lo del sobrepeso y que fuma mucho...

Francy trajo café y se sentó junto a nosotras, en esos momentos no se encuentran con facilidad las palabras ajustadas a las circunstancias de cada persona. Sentada allí, recordaba la conversación que tuvimos Francy y yo hacía unos días atrás, cuando decíamos que siempre en la vida estamos lidiando con el dilema de la decisión y la renuncia, excepto cuando nos ocurre algo imprevisto, algo inusitado, pensando precisamente en una enfermedad, un accidente o la muerte, sin saber que estaban al acecho... Adriana podría tener una voltereta de vida si Max le llegara a faltar, quizá, sus migrañas tendrían otras causas, o tal vez desaparecerán... sus renunciaciones también serán otras, inexorablemente...

El hermano de Adriana llegó a buscarla, la acompañé hasta abajo, quedamos en mantener el contacto durante el día. Subí, le dije a Francy que estaba a la orden en mi casa para cualquier cosa, que me mantuviera informada, entré a mi casa sin ánimo de decorar la pared del cuarto de Manuela.

Pasé la mañana pendiente de Adriana y Max, aproveché de arreglar la ropa y juguetes de Manuela. Como a las 3 de la tarde llamó Francy informándome del fallecimiento de Max, siempre esas noticias son impactantes, colgué la llamada y me fui a su casa, para ver en qué podía apoyar. Francy me informó que Will venía de Caracas a buscarla, no entendía por qué Will estaba en Caracas, entonces recordé que él trabajaba con Max, la dejé para que se arreglaran, se iba con Elvis y Javi, les preparamos unas arepas rellenas y jugo de frutas para que almorzaran... no podía acompañar a Adriana porque tenía que esperar que trajeran a la niña y me era muy complicado ir para Caracas.

En la noche hablé con Adriana, lógicamente, estaba muy confundida, no procesaba lo que ocurría. Me disculpé por no acompañarla físicamente en ese difícil pasaje de vida, ella era una mujer comprensiva, entendía mis dificultades cotidianas. Se quedaron 15 días en Caracas, durante esos días el silen-

cio del entorno inmediato dolía, porque las causas del mismo eran vinculadas a las pérdidas.

Adriana junto con su familia regresaron, nos juntamos en mi casa compartiendo la nostalgia y las incertidumbres que siempre un hecho de tal magnitud, “Max no estaba”, Francy y yo hicimos el esfuerzo por alentar a Adri, en la noche se fueron a su apartamento, antes de acostarme la llamé, estaba dormida se había tomado un sedante para conciliar el sueño.

Esa noche tomé mi *cuaderno de las mujeres*, primero anoté lo ocurrido y luego una reflexión acerca de lo que para una mujer, cuyo trabajo diario, sin remuneración y sin valorización social ni siquiera por parte de su familia, significaba quedarse levitando, sobrellevando una vida “cómoda” sin estar exigida a identificar los hilos de los cuales podía agarrarse, en su caso concreto, con un niño acostumbrado a tener todo lo material que se le antojaba. A ella le tocaba reinventarse, le tocaba salir a trabajar, no para pagar el costo de estudiar, sino para cubrir las necesidades básicas; aun así, sin duda podía crecer, no sucumbir, qué ocurriría... serían notas de los días o noches por venir.

Claaaudia, un llamado sin la alegría acostumbrada, me asomé, Adri musitó:

—Vecinita cuando tengas un tiempo, un poco largo, acércate necesito hablar contigo.

Acababa de llegar de la universidad, le propuse:

—Voy en la noche, ¿te parece?, movió la cabeza afirmativamente.

Antes de ir a casa de Adri me tomé un vasito de Ron Extra Añejo. Sabía que Adri ni siquiera había comenzado a desbrozar el camino del duelo, así que la conversación se vislumbraba difícil. Al llegar para suavizar la tensión, comenté que me había tomado un poquito de ron para darle calor a las palabras, Francy rápidamente dijo, —yo necesito calentar las mías...—, di media vuelta y fui a buscar mi botellita. Adri estaba muy callada, entonces hice un comentario de esos que se me vienen a la mente y luego me arrepiento de decirlos, —Adri tú no puedes tomar ron, aquí en letras chiquitas dice, no recomendado para la viudez...—, hubo un silencio... —disculpa Adri es que...—, ella sonrió y añadió, —pensar que creía que iba a ser divorciada y bachiller, pero en horas soy viuda con tercer año, —¡Ah!, pero de todas maneras no ibas a tomar ron porque también están incluidas las divorciadas, por eso lo tomo escondida...—, ellas se miraron y las tres sonreímos.

Esa noche me enteré de asuntos desconocidos para mí, habían vendido su apartamento en Caracas con la idea de comprar en Maracay, estaban esperando ver si se acostumbraban a esta ciudad. Max había recibido parte de una herencia de la venta de una casa de su papá residente en España; quería decir que económicamente tenía un piso donde podía caminar, su gran temor era cómo hacerlo. Con discreción, averigüé si tenía firma conjunta con él en el banco y si Max tenía otros hijos o hijas; sí tenía firma conjunta y que ella supiera su único hijo era Javi. Adri nunca había ido al banco, todo lo relativo al movimiento de dinero lo manejaba Max. Por esa noche teníamos bastante para pensar, antes deirme Adri me enfatizó: —Claudia requiero apoyo, cuento con Francy para muchas cosas, pero más bien yo he sido como su mamá, mi hermano está en Caracas, pero para ser sincera no tengo confianza en su criterio, imagínate que cuando íbamos hacia la clínica lo primero que me preguntó fue por el dinero. Tengo dos amigas de toda la vida, ellas me apoyarán y espero que tú también, me acosa la inseguridad para decidir qué debo hacer primero y qué después. Le respondí con un abrazo tibio como la buena amistad.

Esa semana recién comenzada no fue de las mejores, había perdido un parcial oral de reproducción animal porque Manuela tuvo quebranto y el pediatra dijo que tenía muy congestionado los bronquios, no pude preparar la materia, sabía que rezagar un examen oral en esa asignatura era ir a la guillotina, pero no tuve otra opción, seguramente la semana del rezagado coincidía con la del parcial de otra materia, no era la primera vez que tenía esos tropiezos ni la última. Casi durante 15 días no tuve descanso, averiguaba cómo estaba Adri y le pedía tiempo para desocuparme y conversar; a veces Francy se iba con Elvis para la casa, en las tardes, era muy bueno para mí pues se entretenían jugando.

Una vez culminado los exámenes invité a Adri y Francy para la casa compré vino, quesos y charcutería para compartir y hablar. Nos sentamos en la mesa, Yulety, Manuela y Elvis se fueron al cuarto a jugar, y Javi se puso a ver televisión en mi cuarto, notaba a Javi decaído, su papá era su ídolo, Will se quedó en Caracas donde el tío mientras decidía qué rumbo tomar en cuanto al trabajo. Al sentarnos les advertí:

—No habrá chismes... me quedé callada...

Adri, dijo:

—Si es así, díganme qué hago con mi vida.

—Eso es un chisme y de los buenos... contesté.

Me levanté, fui al estudio busqué papel y lápiz, regresé me senté y las invité a que anotáramos opciones, pensé: *las listas son peligrosas...*

—¿Cómo conseguirás el sustento de la casa?, ¿Adri has pensado en algo?

—No, bueno si... por los momentos estoy gastando la caja chica...

Francy interrumpió:

—Adri no debes gastar sin reponer, podemos hacer una inversión y comprar ropa en Margarita y vender... ese negocio me gusta, una viaja y la otra se encarga de la casa...

—Voy a ir anotando, esta es la primera opción, ¿Qué dices Adri?

—Me parece factible, pero viajar sola me aterroriza... no me veo allá lidiando con los precios en las tiendas árabes, aquí no conocemos a nadie ¿A quién le venderíamos?... no es tan fácil...

—Mujeres, eso lo anotaré en debilidades de la primera opción, apenas estamos comenzando. Adri he visto que tienes mucha habilidad para la lencería, los paños que adornaste y me regalaste son una belleza, puedes hacer una inversión para comenzar a ofrecer ese tipo de rubro... a quién venderla se consigue.

—Claudia, tengo que empezar por perder el miedo, no me siento con fuerzas para asumir mantener a la familia, no me reconozco. Max en una de esas últimas discusiones me dijo, —crees que puedes valerte por ti misma, no te engañes, has sido una mantenida a tu edad no tienes muchas salidas— bajó la vista y se puso a llorar.

Me levanté a darle una vuelta a la gente menuda regresé y dimos un alto al tema por ese día.

Así nos reuníamos con nuestra famosa lista unas cuantas veces... una noche estábamos hablando de los encurtidos, les confesé que a mí no me gustaban mucho, pero que la presentación era muy llamativa, y ellas contaron detalles de la preparación, el envasado... de repente las tres nos quedamos calladas... nos miramos... nos sonreímos... entonces, Adriana se convirtió en un apoyo para Aura Marina... con el tiempo

Adri se mudó a una casita pequeña, acondicionó la cocina y producía en sociedad con Aura Marina exquisiteces...

*Soy Claudia, he contado anécdotas que viví hace muchas décadas, mi cuaderno de las mujeres ha sido mi fuente informativa junto con mi memoria marcada por las huellas indelebles de la vida de las mujeres, nunca he dejado el activismo feminista, hemos logrado legislar con voz y mirada de mujeres; ya los asesinatos de mujeres en el hogar, no se reseña como crimen pasional, se denomina feminicidio, pero igual ocupan los primeros lugares de muertes de mujeres, no en las páginas de sucesos de la prensa escrita, sino en Instagram; hoy ya no le temen al término feminista, el poder patriarcal consiguió una mejor forma de enfrentarlo, lo vació de significado/significante, lo puso de moda, ahora ser feminista da —un no sé qué— de posmodernidad... Hoy puedo dar fe de la importancia de la sororidad como vínculo para abrazar la esperanza entre nosotras y para reconocernos como mujeres... vivir para conseguir lo que crees, por lo que crees, con lo que crees es una ética personal, una tarea histórica personal que soñamos que sea colectiva.*



## **Juana, miraba a lo lejos... siempre a lo lejos... —Suave y dulce como tunjas—**

Una tarde toldada, llovía, llovía, llovía, recostada del vidrio de la ventana miraba absorta caer las gotas de agua chocando contra la barra de metal de la reja, cada gota se fraccionaba en mil goticas, mientras más pequeñas mejor se apreciaba la luz en sus siete colores prismáticos, violeta, índigo, azul, verde, amarillo, naranja y rojo, ¿Cómo en una ocurrencia tan sencilla puede haber tanta belleza?!

El sonido del teléfono me sobresaltó, lo dejé repicar, quería abandonarme a mirar sólo las gotas de lluvia, dejó de repicar, pero a los pocos segundos sonó el buscapersonas, el predecesor de los celulares, reflexioné, debo leer el mensaje, leí:

—tengo los resultados, llámame—. El mensaje era de Cloe, mi entrañable amiga.

Sabía la importancia del mensaje, sin embargo, dada la circunstancia que ella estaba viviendo, mi mente se trasladó y se entretuvo recordando nuestra infancia. Cloe y yo crecimos jugando y escuchando, una y otra vez, los relatos de Juana, quien cuidaba a Cloe desde que nació. La noble sombra de un inmenso árbol de cotoperí nos acompañaba, su frondosidad era perpetua, en periodos de sequía ese cotoperí nos amparaba del sol, tan tupido su follaje que hasta de la lluvia, mientras otros árboles deslucían sus ramas sin hojas dejando a la gente a la merced del sol. Él tenía un sólo defecto, nunca dio frutos, todos los años preguntaba, — ¿Por qué no da cotopericitos? —, siempre me decían, —porque es machorro—, esa palabra me parecía ofensiva para tan noble árbol.

Cloe le decía a Juana, Nana. Ella era una mujer blanca, gorda, calmada, siempre la asociaba con un pan dulce que me daban de merienda, lo llamábamos tunjas. Cloe le pedía a la Nana, —cuéntame acerca de mis abuelos paternos y maternos, no conocí a ninguno, cuando le pregunto a mi mamá siempre me responde. —Cloe, te contaré cuando estés más grande... Juana, con sus ojos, mirando a lo lejos... siempre a lo lejos, nos contaba:

—La finca donde vivíamos en Mérida la fundó el Dr. Raimundo, padre de tu padre o sea, tu abuelo paterno, era abogado, quería que don Vicente, tu papá, también fuera abogado, pero a él lo que le gustaba era el campo, entonces, el Dr. Raimundo le dio la finca a tu papá para que trabajara cultivando la tierra. Tu abuelo murió relativamente joven, tu papá heredó, además de esa finca, algunas casas y otros bienes fuera de Mérida. Juana suspiraba, con su mirada a lo lejos, continuaba sus historias.

—Cloe, tu papá en un viaje que hizo para resolver asuntos relacionados con las propiedades aquí en Maracay, llegó a casa del señor Raúl, un primo lejano, pero se criaron como hermanos. Allí conoció a doña Matilde, tu mamá y en poco tiempo se casaron, por supuesto, ella se trasladó para Mérida llevándose a tu tío Luis, sabes que él siempre fue como su hijo.

—¡Ay mis niñas! Ese fundo de Mérida era muy próspero, allí cultivaban verduras, legumbres, hortalizas, había una hondonada donde sembraban botones de oro y claveles, esos cultivos los enviaban en camiones para diferentes lugares del país.

—¿Qué más les cuento? eh, bueno... En la casa central vivíamos doña Matilde, don Vicente, el joven Luis, a quien llamaban el travieso, porque tu abuelo materno decía lleno de orgullo que Luis era una travesura de él, porque cuando embarazó a tu abuela, él tenía 70 años... yo también vivía en la casa central, ¡Ah! y una niña hija de un peón de la hacienda, huérfana de madre, doña Matilde la protegía porque le daba pesar que no tuviera a su mamá viva. En las barracas vivían quienes trabajaban en los cultivos, así como en el cuidado de algunos animales. Según la época de cosecha venía gente del pueblo a trabajar, iban y venían, no vivían allí.

—Mira Cloe, don Vicente sabía mucho de cultivos, se la pasaba estudiando en esos libros que le traían de otros lugares. Era un buen patrón, incansable trabajador, pero muy estricto, quien lo conoció en esas tareas, no lo reconocería como cambió desde que vendió y abandonó sus tierras merideñas.

—Muchos recuerdos, en esa zona de Mérida, antes de las 3 de la tarde la neblina bajaba y el sol se dormía; en algunas épocas, el sol tenía flojera todo el día, ni nacía. Hacía chocolate caliente con una pizca de canela, galletas de avena con anís, la casa se inundaba con un aroma que tengo grabado en mis entrañas andinas. ¡¡Inolvidable!!

Siempre que la Nana contaba acerca de la venta de la finca de Mérida, cambiaba el tono de la voz y dejaba de mirar a lo lejos.

Cloe y yo, escuchábamos muchas veces esos relatos, no nos cansábamos. Una vez, más grandecitas, le pregunté a Cloe, —¿Tú sabes por qué tu papá vendió su finca de Mérida?, la Nana nunca nos cuenta por qué se vinieron para acá—, Cloe era distraída, me dijo:

—No sé, vamos a preguntarle..., — ¡Naaana! ¿Puedes venir para el patio?

La Nana con su delantal blanco con florecitas, impecable, aunque se secaba las manos con él, vino con pasitos apresurados, —¿Qué les pasa niñas?

Nana, dime algo, —¿Por qué mi papá vendió la finca de Mérida?

La Nana se quedó estática, miró hacia atrás, no a lo lejos como siempre:

—Cloe, ¿De dónde sacas esas preguntas?

Cloe le replicó

—Nicol y yo queremos saber, nunca nos has contado acerca de eso.

—Niñas, estoy ocupada, pónganse a hacer las tareas—, refunfuño Juana.

Cloe objetó:

—Ya hicimos las tareas, te esperamos aquí para que nos sigas contando...

Juana sabía que insistiríamos, así que se devolvió, se sentó en su banqueta, sin su voz calmada y sin mirar a lo lejos, narró:

—Tus padres vendieron la finca cuando estabas muy pequeña, de allá sólo nos trajeron a Dolores y a mí que te he cuidado desde que viniste a este mundo.

Cloe la interrumpió, —¿Quién es Dolores?

Juana se quedó callada, evadió la mirada, al rato dijo:

—Tú no la conoces... cuando nos establecimos aquí a Dolores la llevaron a vivir para la hacienda de tus tías, yo sí me quedé en la casa con ustedes, ya te dije que te he cuidado desde que viniste a este mundo.

Siempre me cautivaba de Juana cuando narraba sus historias, su mirada a lo lejos... siempre a lo lejos, su voz emanaba de adentro del centro de la sinceridad.

La mamá y el papá de Cloe eran personas que brindaban cariño permanente como la sombra del cotoperí, su casa era grande con sobrios muebles de madera oscura, alfombras

persas, cada detalle tenía su lugar apropiado en aquella casa, había un patio central con pasillos alrededor ornamentados con helechos y matas con exquisitas flores. Cloe era única hija. Cerca de su casa vivían sus dos tías, Layla y Verónica, hermanas de su mamá, con el tío Luis, el que vino al mundo por una travesura de su papá, o sea, que nació con permiso de ser travieso trayendo hijos e hijas por doquier... como una travesura... ellas y él eran distantes con Cloe.

Cuando Cloe tenía 12 años su mamá enfermó, en pocos meses se agravó. A Cloe la veía cada vez menos. Casi enfrente de la casa de Cloe, vivía Violeta, una amiguita nuestra, ella me contaba que desde la gravedad de la mamá las tías de Cloe entraban y salían de la casa durante el día y la noche.

Le insistía a mi mamá que me acompañara a la casa de Cloe para verla, ella me convencía de que esperara un tiempo, que no era prudente visitarla estando su mamá enferma. Una tarde fui a casa de Violeta con la intención de visitar a Cloe, nos acercamos a su casa, por suerte nos abrió la puerta Juana, nos invitó a pasar y llamó a Cloe, estaba muy triste por la gravedad de su mamá, la casa se sentía vacía, cuando hablábamos resonaba el eco de nuestras voces. Cloe le pidió a Violeta que fuera a su casa a buscar tizas de colores para pintar, cuando quedamos solas me llevó corriendo para su cuarto, en voz baja me dijo:

—Nicol, necesito darte esto para que me lo guardes en secreto—, puso en mis manos una bolsa de terciopelo azul marino con algo pesado adentro, Cloe añadió, —no le digas a nadie que tienes esa bolsa, guárdala y sólo a mí me la devuelves. Como me pareció importante, la metí en mi morral, Cloe ¿Por qué es un secreto?

Cloe, mirando para todos lados como si las paredes escucharan, me contó:

—Anoche mi mamá me sentó a su lado, sacó de la gaveta de la mesa de noche esa bolsa y me la puso entre las manos... guárdala sin decirle a nadie de la familia que la posee, lo que contiene la bolsa es tuyo... guárdala hasta que estés más grande.

Nosotras, cuando jurábamos hacer algo, entrelazábamos los dedos meñiques y decíamos juntas a una sola voz, ¡Lo Juramos!, ese día juramos que guardaría —ese tesoro secreto—; Vio-

leta llegó con las tizas y jugamos en la tarde haciendo dibujos en el suelo del patio, bajo el amparo del cotoperí.

La mente es veloz, va y viene en segundos, salí de la abstracción de la infancia y volví a leer el mensaje de Cloe, —tengo los resultados, llámame—. La llamé, apenas oí su voz le dije, —cuéntame—, apresuradamente me contó, —Efectivamente, esta segunda prueba de laboratorio confirmó que Marcos tiene una anemia, no le ha subido la hemoglobina..., sólo alcancé a decirle:

—Cálmate, iré para tu casa y hablaremos.

La encontré preocupada, pero con mucha fe en el tratamiento nuevo.

Cloe, con tono de preocupación, me manifestó:

—Nicol, el médico me llamó para decirme que mañana pasara por el consultorio, pero sin llevar a Marcos, ¿No te parece extraño?

Con serenidad, le expresé:

—Sí, es raro, pero no te estreses, debes tener calma.

—¿Me acompañas?

—Por supuesto— le respondí.

La acompañé a la clínica, entramos juntas al consultorio, el médico era amigo de nosotras, cuando entramos, él estaba extraño, nos sentamos, le dijo:

—Cloe ¿Podemos hablar en privado?

Inmediatamente me levanté para salir, Cloe le manifestó al médico:

—Orlando puedes hablar delante de Nicol, sabes que es más que una hermana.

El estaba anímicamente muy perturbado, con voz calmada, le expresó:

—Amiga, este... bueno... debo hacerte una pregunta de importancia médica, ¿Marcos es adoptado?

Nosotras nos miramos con profunda extrañeza, la había acompañado durante todo su embarazo y nacimiento de Marquitos, era su madrina. Cloe estaba muda, en shock, no respondió nada, la abracé un rato, al fin reaccionó y le dijo a Orlando:

—No entiendo, ¡Marcos es nuestro hijo biológico!, explícame ¿Por qué la duda?

Orlando, manifestó:

—Vamos a tranquilizarnos, les explico: el grupo sanguíneo y el factor Rh de un/a hijo/a es heredado de la madre o padre, tú eres A Rh +, Francisco es AB Rh +, Marcos es O Rh +, tiene un grupo sanguíneo diferente al de ustedes, como estamos tratando su anemia e indagando las posibles causas, es relevante considerar toda la información del paciente, sugiero hacer un test de ADN de ustedes y de Marcos.

Cloe lloraba sin consuelo perdida con la información del médico, fue un momento devastador. Orlando le preguntó, —Cloe, ¿deseas llamar a Francisco para que se venga y conversemos?—, ella, con la mirada fija en el suelo, le respondió, —me voy, conversaré con él cuando llegue a la casa... te estaré informando.

Al subirnos al carro Cloe se desplomó, lloraba sin cesar, le pedí las llaves del carro para manejar, no conseguía palabras adecuadas para calmarla, fuimos en silencio todo el trayecto sólo se oían sus sollozos. Al llegar a su casa, le pregunté si quería que me quedara con ella o estar sola, me contestó que la acompañara hasta que llegara Francisco, cuando llegó me fui, ella me abrazó, —te llamo más tarde—, me susurró al oído.

Llegué a mi casa me di un baño con agua muy caliente, Centella, mi perrita, se echó a mi lado en el sofá, me sentía aturdida, sin explicación a lo vivido con la absurda situación de Cloe. Volvió a mi memoria cuando éramos niñas y reviví el momento en que Cloe puso en mis manos la bolsa de terciopelo azul marino. Memoriqué que ese día al llegar a mi casa guardé —*el tesoro secreto*— atrás de una doble tapa que Cloe y yo habíamos descubierto en el escaparate. No le comenté a nadie lo del tesoro.

La familia materna de Cloe, o sea, las tías y el tío Luis, tenían buena posición económica, propietarios de varias casas que alquilaban, una tienda de ropa para damas, además de una finca en las afueras de la ciudad, pero en lo humano eran de corazón duro, nunca vi un trato amable hacia Cloe.

¡Cómo olvidar cuando la mamá de Cloe murió!, fui con mi mamá a todos los rezos del novenario. Mi amiga me decía que se sentía muy sola, no la dejaban jugar como acostumbrábamos, cada día, cada semana, cada mes la veía menos,

hasta que un día fuimos a su casa y Juana, con sus ojos llenos de lágrimas nos informó que a Cloe se la habían llevado para la casa de unos familiares en otra ciudad porque estaba muy deprimida viviendo allí sin su mamá. Sabía que ocultaban algo porque Juana había perdido su mirada a lo lejos, sólo obedecía a las tías de Cloe. Después de la muerte de la mamá, el papá se fue a vivir donde su primo Raúl, no resistió la ausencia de la esposa, al poco tiempo murió de un infarto.

Juana quedó encargada de la casa, a veces la acompañaba Dolores, la joven que los padres de Cloe se trajeron de Mérida, ella se llevaba su par de gemelas, una de ellas tenía un retraso mental, según las malas lenguas, dizque por un “mal de ojo” de cuando era recién nacida. Nunca llegué a conocer a Dolores. Las dos tías entraban y salían casi todos los días de la casa de Cloe. Algo fuera de lo común era que poco a poco, fueron sacando muebles, alfombras, lámparas y cuadros de la casa de los padres de Cloe.

Se me ocurrió que si iba algunas tardes para donde Violeta desde ahí podía ver cuando Juana estuviera sola en la casa. Una tarde la vi regando el jardín; una de las tías de Cloe acababa de irse, entonces le dije a Violeta que me acercaría hasta donde Juana, así lo hice, la saludé y le pregunté cómo estaba Cloe, se puso a llorar y me dijo:

—¡Ay Nicoll, mi niña me hace mucha falta, sé de ella por lo que me dicen las tías, pero necesito verla...

—¿Por qué no visita a Cloe en casa de sus familiares? le pregunté.

Juana, se quedó callada, insistí, —Nana, de verdad Cloe está en la casa de unos familiares, nunca me dijo que tenía familia en otra ciudad.

La nana, en voz baja, me confesó:

—Cloe está interna en un colegio de monjas en Caracas, sus tías dicen que allí estará más protegida porque ellas viajan mucho y tienen muchas ocupaciones, les dije que podía cuidar a Cloe, pero ellas no quisieron...

Me quedé impactada con esa noticia.

La nana me rogó:

—¡Santísima Virgen! nadie sabe lo que te confesé, no lo repitas..., se limpió las lágrimas con el dorso de las manos.

Quise aprovechar de preguntarle muchas cosas, pero no pude, me quedé muda.

Le conté a Violeta y me fui para mi casa. En el camino recordé que no le había devuelto a Cloe el *—tesoro secreto—*, se me había olvidado por completo ese asunto, además dejé de verla con la frecuencia que lo hacíamos cuando pequeñas, tenía vergüenza de no haberle regresado la bolsa de terciopelo azul marino a Cloe, no sabía qué hacer, no quería contarle a nadie. Esa semana pasé los días pensando en lo que debía hacer, ¿Debía informarle a mi mamá?, estuve un tiempo con ese desasosiego, pero llegaron las vacaciones y se me olvidó el famoso tesoro.

En realidad, guardar esa bolsa de terciopelo azul marino era para mí como un lazo que nos unía, un juramento de amistad, tenía un valor sentimental, por ello, decidí guardarla hasta volver a ver a Cloe.

Estaba abstraída recreando esos años de infancia cuando sonó el teléfono, era Cloe, me llamó para contarme que la conversación con Francisco había sido muy dolorosa, ella ni él tenían capacidad para entender una situación tan descabellada, irían al día siguiente a reunirse con Orlando... hizo una pausa, y me dijo:

—Nicol, la única explicación posible es que en la clínica hayan cambiado un niño por otro..., se quedó callada, yo no tenía qué responderle... sólo le dije, —lo sé—, nos despedimos.

En la conversación con el médico, por supuesto que hablaron acerca de esa posibilidad de un cambio de niños, Francisco y Cloe le manifestaron a Orlando que, en caso de ser así, no querían saberlo porque Marcos era su hijo más allá de lo genético. Sin embargo, Orlando les aconsejó que consideraran la posibilidad de hacerse la prueba de ADN, en caso de no haber vínculos de consanguinidad intentar buscar datos de los progenitores.

Vivieron unos meses de mucha confusión e incertidumbre, se negaban a comprobar lo que parecía ser una realidad, más que una realidad, una duda cruel, Cloe y Francisco hicieron una alianza para contenerse el uno a la otra, convinieron en hacerle los despistajes de las causas de su padecimiento y sus tratamientos, poniendo toda la fe en que Marcos recuperaría su salud, pero no estaban dispuestos a desentrañar lo que pudo ocurrir el día del nacimiento de Marcos.

Cloe siempre fue una mujer de fe, no me refiero a fe religiosa, sino en sí misma, tenía el don de creer que lo que decidía era lo acertado. Aun y cuando respetaba su decisión, en lo personal tenía una serie de inquietudes al respecto que deseaba compartir con Cloe, pero debía esperar el momento oportuno, por decirlo de alguna manera, pues hay asuntos en la vida que jamás les llega lo oportuno.

Nosotras teníamos pendiente, desde hacía algún tiempo, hacer un paseo para alguna playa cercana, me atreví a proponerle a Cloe que concretáramos ese viaje, que le vendría bien para bajar la tensión de los meses anteriores, intuía que si lograba sacar a Cloe de ese círculo que recorría y llegaba al mismo punto, tal vez, se le ocurrirían otras opciones; sorprendentemente se animó, invitamos a Eduardo, un amigo eterno y única persona, literalmente ateo que conocí en mi vida; Rosa, amiga de siempre; Marquitos, Cloe y yo. Francisco no podría ir por trabajo y Santiago mi compañero estaba fuera del país. Nos reunimos en mi casa para decidir a dónde iríamos y la logística del viaje, Eduardo llegó con una nueva novia, previa consulta si podía invitarla al paseo. Como queríamos un lugar cercano decidimos ir a Cepe, una de las playas más hermosas de las costas de Aragua, sólo se podía llegar por mar, había que ir en lancha desde Choroní. Cuando estábamos planificando el viaje, Eduardo desde la cocina nos hacía señas que bajáramos la voz, para que Marisol, la nueva novia, no oyera lo de la lancha, porque le tenía pavor a viajar en lancha, o sea, que no le iba a advertir acerca del traslado por mar, no estuve de acuerdo con no informarla, pero Eduardo se negó a decirselo aduciendo que la convencería. Quedamos en reunirnos el viernes de esa semana muy temprano en casa de Cloe.

Partimos rumbo a Choroní, uno de los sitios de la costa Aragüeña de mayor atracción turística, es un pueblo que vive de la pesca, la siembra del cacao y el turismo. La carretera para llegar a Choroní atraviesa la selva tropical del parque Henry Pittier es extremadamente estrecha y con numerosas curvas, hay que manejarla con extrema cautela, especialmente porque los autobuses van tocando corneta en las curvas, alertando

“apártense que aquí voy yo”. Al llegar al pueblo notamos mucha algarabía, en las calles los hombres tomando aguardiente claro y tocando tambores. Nos bajamos de los carros para dirigirnos hacia el puerto donde estaban los lancheros; Marisol venía mareada por las curvas de la carretera, lo que aprovechó Eduardo para decirle que se quedara en el carro, con la idea de referirle lo de la lancha cuando no tuviera más opción que subirse, me seguía pareciendo una locura y una desconsideración con ella, pero no quise entrometerme. Yendo hacia el puerto fue cuando nos dimos cuenta que era 24 de junio, día de San Juan Bautista, según las reseñas folclóricas, ese día es festejado con el frenesí de los tambores por los pueblos de la costa para celebrar el cierre del ciclo de la sequía de la tierra y augurar la buena cosecha de cacao, pero en realidad era una festividad que con el tiempo benefició más el turismo de extranjeros enloquecidos con la música y el baile de tambor de las mujeres costeñas. Como la celebración conlleva, no precisamente buena cosecha sino exceso de licor, todos los lancheros estaban tomando desde la noche anterior. Generalmente las lanchas no tenían medidas de seguridad, entonces sugerí que nos regresáramos, pero nadie apoyó la idea; contrataron a un pescador que se ofreció a llevarnos, no se sostenía de pie por la rasca que tenía, el compañero de tripulación estaba en igualdad de condiciones en cuanto al nivel de licor.

Fuimos a los carros a buscar los equipajes, en el trayecto les comenté a Cloe y a Rosa, —no me imagino cómo Eduardo convencerá a Marisol para viajar en lancha..., ellas se rieron y Cloe, dijo, —no quiero estar cerca cuando llegue ese momento y Rosa —yo sí quiero estar allí para verle la cara a Marisol. Buscamos los macundales, cuando íbamos hacia el lugar de los lancheros, Marisol, con tono tenebroso, interrogó a Eduardo:

—¿Por qué vamos hacia el muelle?

Eduardo con su caradura le dijo:

—Porque Cepe queda a media hora de aquí... si estos lancheros no ven doble con la rasca que tienen— y siguió caminando.

Marisol se detuvo, estaba pálida, lo instó:

—Sabes que no me montaré en ninguna lancha.

Eduardo la agarró por el brazo y dulcemente le dijo, —Marisol es un viaje cortico y con ellos rascados será más corto...—,

la abrazaba y la iba acercando al puerto, el lanchero estaba esperando, empezaron a meter las cosas en la lancha, Marisol estaba catatónica, el señor nos ayudó a subir a la lancha que se movía con un vaivén aterrador, cuando le tocó a Marisol subir fue como que salió del shock y se sentó en el muelle con lágrimas en los ojos, no quería subirse, Eduardo se sentó a su lado, diciéndole, —está bien nos quedamos acampando aquí en la carpa hasta que los demás regresen de Cepe—, Cloe, intentó bajarse para quedarse, entonces dije —bueno... quedémonos aquí en Choróni, en vez de irnos para Cepe, pero Marisol se levantó, —no quiero trastornarles el paseo— y pidió ayuda para subirse a la lancha, el dueño de la lancha invitó a dos jóvenes que estaban tocando tambor y se montaron. Al fin arrancamos, el que manejaba iba parado empujándose en la boca el pico de una botella de anís haciendo equilibrio entre la rasca y el movimiento ondulante del mar.

El motor se apagó varias veces, entré en pánico, miraba por debajo de los asientos para ubicar los chalecos salvavidas, no veía ni uno, preguntaba por los chalecos, nadie oía por el retumbar de los tambores y el ruido del oleaje, intenté levantarme para acercarme a alguno de los lancheros, en ese momento vi que el motor, en un intento de prenderlo, se cayó al agua y nos quedamos como levitando en esa inmensidad de mar, los tocadores de tambor ni se inmutaron, a gritos pregunté por los salvavidas, sacaron dos que estaban debajo de una cava vieja, se los di a Marquitos y a Rosa, yo abracé un termo grande de anime que estaba tirado en la lancha. No podían sacar el motor del agua, era pesado y ellos estaban tomados, se caían sentados cada vez que intentaban subirlo. Marisol estaba acurrucada en posición fetal, Rosa repetía un susurro tipo mantra, deduzco que rezaba, excepto los lancheros que gritando se decían, unos a otros, cómo resolver la situación, las demás personas íbamos sin pronunciar palabras... ¡Ah!, un señor que se coleó en el viaje, estaba con medio cuerpo hacía afuera porque tenía náuseas, no sé si por el movimiento del oleaje o por el miedo, cualquier causa era justificable.

Superado el trance del motor seguimos, al rato, uno de la peculiar tripulación de la lancha, nos advirtió:

—Nadie se levante de sus puestos vamos a entrar al paso de la Virgen, allí hay un oleaje muy fuerte por el choque de las olas...

Rosa lo interrumpió, — ¿Por qué se llama el paso de la virgen? —Pue... si miran hacia arriba verán una inmensa piedra que parece una virgen, les avisaré para que la vean.

Inmediatamente vimos a Rosa arrodillada con las manos en posición de orar frente a Eduardo, suplicándole:

—Por favor amiguito, guarda tus comentarios ateos en este momento, mantente neutral, por fiii... no vayas a decir uno de tus chistes herejes.

Nos quedamos atónitas con la escena de Rosa de rodillas y Eduardo viéndola sin entender qué le pasaba, toda una escena teatral a lo William Shakespeare. Ese momento espontáneo de Rosa, fue lo que vino a bajar la tensión en el momento del paso de la virgen donde el encuentro de los vientos causa que las olas choquen entre ellas y contra la lancha que subía y bajaba sin consideración alguna con nuestros estómagos y corazones.

La llegada a Cepe fue tan teatral como la escena anterior, pero intuyo que no tan espontánea, Marisol continuaba acurrucada sin moverse, Eduardo le decía:

—Marisol, déjame ayudarte a bajar.

Ella no se movía, al fin después de un rato se bajó y se tiró boca abajo besando la arena.

Eduardo, le dijo con tono de chiste:

—Marisol, justo ahí donde besaste la arena acababa de orinar ese perro—, señalando uno con aspecto de perro pobre sarnoso que estaba echado a la orilla de la playa.

Ese viaje fue placentero y lleno de ocurrencias inolvidables, además de la arrodillada de Rosa, el beso de la arena con orines de perro. El primer día, Eduardo, quien además de ateo era cocinero, pasó toda la tarde preparando, a la leña, una exquisita sopa de pescado para la cena. Yo vi que unos muchachos del pueblo iban con unos palos muy afilados en la punta, les pregunté para qué usaban esos arpones artesanales, bueno no con esas palabras, me explicaron que en el río, entre las piedras, habían camarones y los ensartaban con esos palos; entonces, animé al grupo para irnos caminando hasta el río y ver cómo cogían los camarones y de regreso cenábamos. Nos fuimos, el camino hacia el río era un espectáculo, la despedida del sol brindaba una gama de anaranjados en el horizonte y una brisa con aroma marino, nos entretuvimos viendo a los muchachos pescando los camarones, pero no con los palos,

sino metiendo las manos entre las piedras para agarrarlos, o sea, que me vieron cara de citadina y me vacilaron con el cuento de los palos. Obviamente, Eduardo cada cinco minutos me decía, que cuándo iba a usar los arpones artesanales. Ya con la noche entrada nos regresamos, nos perdimos, volvíamos al mismo sitio... nos volvimos a perder... ¡Al fin llegamos!, con la sorpresa que la olla con la sopa de pescado estaba volteada en el suelo y unos cerditos comiéndosela. Eduardo dijo todas las groserías que sabía, y eran bastantes, correteó a los pobres cerditos toda la noche con la luz de la linterna; Marcos y nosotras nos reíamos y Eduardo se ponía más bravo. Terminamos cenando con latas de atún, pan, vino y muchas risas.

Esa noche, Cloe y yo nos sentamos en la arena con nuestro ron predilecto a conversar, no habíamos tenido espacio ni tiempo para compartir acerca de la situación del nacimiento de Marcos, esperaba un momento como el que ese paseo nos brindó y sin preámbulo le comuniqué mis inquietudes:

—Cloe, ¿Qué han pensado acerca de hablar de la situación con Marcos?

—Nicol, no hemos tocado ese tema, ni siquiera nosotros tenemos una explicación, en caso que haya ocurrido... no quiero ni mencionarlo, he pensado buscar apoyo de terapia familiar... amiga, la verdad es que me acosan las dudas y las interrogantes... ¿Tú qué opinas?

—Creo que debemos plantearnos todos los escenarios posibles. Lo primero que debemos hacer juntas es un recorrido de esos días antes de nacer y cuando nació Marcos.

Cloe volteó a mirarme y me dijo:

—Comienza tú y yo iré apuntando lo que falte o lo que no hayas sabido...

Ya había estado haciendo un recuento conmigo misma, de esos días, entonces, comencé:

—Recuerdo que te fuiste cerca de la fecha de parto para tu casa materna, bueno... ibas a llegar a mi casa con la idea de buscar a Juana para que te acompañara ese tiempo, no querías llegar a tu casa para no remover tus recuerdos desoladores después de la ausencia de tu mamá. Yo me fui unos días después que tú porque tenía exámenes en la universidad.

Cloe, añadió:

—¡Ah!, pero no me fui para tu casa, sino decidí quedarme con Juana unos días en mi casa, la verdad ya no era mi bella casa, sino un caparazón, me quedé con la Nana porque estaba sola, quien la acompañaba a veces era Dolores, pero estaba con la hija, la enfermera, cuidando a la gemela, la que tiene retraso mental porque estaba por parir en esos días.

Sí, cierto, ya lo recuerdo, estuviste quedándote entre tu casa y la mía, si la memoria me es fiel, Francisco llegó el día que te comenzaron los dolores, fuiste con él al médico, volviste para tu casa y cuando estabas con los dolores muy continuos te fuiste para la clínica, Juana fue a avisarme, entonces me fui para la clínica hasta que nació Marquitos, la hora no la recuerdo...

—Nació a las 8 p.m..., ¡Ay! no olvido que apenas lo vi cuando nació porque tuve una subida de tensión durante el parto, me dejaron en observación. ¿Recuerdas si había más niños en el retén de recién nacidos?

—¡Guao Cloe!, no recordaba ese trance de la subida de tensión, estábamos con mucho susto... Cloe no sé si había otros niños, la verdad no recuerdo... Nos quedamos pensativas, le dije —cualquier detalle es importante, haré memoria.

Ya era muy tarde, nos fuimos a dormir, pero no podía conciliar el sueño pensando en detalles de ese día, había pasado tanto tiempo. En la madrugada hice un esfuerzo por acordarme desde cuál ropa llevaba puesta ese día, recordé que en la habitación del lado dieron de alta a una mamá que tuvo una niña, que una enfermera, cuando fui a pedir que llevaran agua para la habitación, me preguntó si Cloe era la hija de doña Matilde y le contesté que sí... cosas sin importancia aparte de la alegría que teníamos con Marquitos.

En la mañana le comenté a Cloe acerca de lo que recordé, pero tampoco le dio importancia.

Rememorar el nacimiento de Marquitos, inevitablemente, trajo a mi mente episodios vividos cuando éramos niñas, son recuerdos que se van quedando latentes y se avivan cuando urge traerlos al presente.

Desande en el tiempo hasta cuando Cloe se había ido interna al colegio de monjas que pasaron dos años sin vernos y

en unas vacaciones la dejaron unos días con Juana y fue a buscarme; no lo podía creer, lloramos, nos abrazamos, brincamos, reímos de emoción, le pedimos permiso a mi mamá para pasarme el día en su casa, porque le dieron orden a Juana que no dejara que Cloe se quedara en otra casa, antes de salir fui a mi cuarto a sacar la bolsa de terciopelo azul marino, la metí en mi morral y nos fuimos para su casa.

Al llegar lo primero que hice fue entregarle el *tesoro secreto* a Cloe, le iba a decir que disculpara..., no me dejó hablar, lo metió otra vez en mi morral, y me dijo:

—Nicol, guarda esa bolsa otra vez donde la tenías, tengo que contarte muchas cosas que han pasado, nos sentamos debajo de nuestro cotoperí y comenzó a narrarme:

—Cuando muere mi mamá, mi tía Layla me sentó en una silla en el cuarto, me dijo que ahora ella era mi tutora legal, así como responsable de mí, me preguntó si prefería vivir con ella o que me internaran en un colegio de monjas; no sabía qué contestar, siempre le tuve temor a mis tías, pero tampoco sabía qué era estar interna, entonces, pensé y le dije que prefería estar interna, me llevaron al colegio donde estoy en Caracas. Los fines de semana los padres buscan a las niñas, nos quedamos nada más cinco niñas con las monjas. Cuando hay vacaciones largas mi tía Layla me saca una semana, nos vamos para la hacienda, pero prefiero quedarme en el colegio, en la hacienda no conozco a nadie, se me ocurría, aunque no las conocía, que con las únicas con quien podía distraerme era con las gemelas hijas Dolores, pero siempre que iba ella se había ido con las hijas para donde mi Nana, además, recuerdo que las veces que le preguntaba a mi mamá por qué nunca íbamos para esa hacienda, ella me contestaba que yo no tenía nada que hacer para allá.

En estas vacaciones me dejaron aquí con Juana porque mis tías están fuera del país.

—Cloe, ¿Qué tu tía es quéee? ¿Cómo así?, no entiendo... ¿Tu tía Layla es ahora tu mamá?

—Sí, pero sin quererme... extraño mi mamá, mi papá y mi nana... sus ojitos estaban brillantes por las lágrimas.

—Ay Cloe, no sé... no entiendo nada, que ella sea tu tutora tiene algo que ver con que sacaran los muebles de tu casa.

—No creo, tampoco sé mucho, mi mamá siempre le contaba a Juana que esos muebles y las alfombras persas eran de gran

valor por la antigüedad, les pertenecieron a los abuelos de mi papá y esta casa también, pero no sé porque mis tías se los llevaron para su casa... ¡Ah!, con relación al —*tesoro secreto*— guárdalo, mis tías siempre me preguntan si mi mamá me dio algún paquete o bolsa, les he dicho que no. Mi mamá insistió en que no le dijera a nadie de la familia, Nicol sólo confío en ti...

Esos días que pasamos juntas fueron inolvidables, quedamos en que ella me enviaría la primera carta con la dirección del colegio y así podíamos mantenernos en contacto escribiéndonos, pero nunca recibí su carta, Juana apenas recibía, a cuenta gotas, información que le daban las tías y Juana iba a decirme lo poco que sabía sobre Cloe.

El tiempo fue pasando, nosotras creciendo sin saber mucho una de la otra, pero sabiendo que nos volveríamos a reencontrar. Me gradué de bachiller y me trasladé para Caracas a estudiar Sociología, la emoción de comenzar una etapa más independiente porque estaría residenciada, me tenía llena de expectativas, el primer día de clases fue genial, por primera vez en mi vida iba a trasladarme en transporte público en una ciudad tan grande comparada con la ciudad donde crecí. La mañana que comenzamos fue extraño para mí, no conocía a nadie, pero sentía que los demás eran amigas y amigos de siempre. Una muchacha se sentó a mi lado, venía de los llanos, tuvimos cierta empatía, tal vez, por el sentimiento de extrañeza que albergábamos, tuvimos una hora libre antes de la última clase de la mañana, nos fuimos al cafetín nos sentamos a conversar con otros muchachos que se sentaron en la mesa, a mi espalda oí unas risas y voz inconfundible volteé... ¡Era Cloe!, me fui por detrás de ella, le tapé los ojos, —¿dime quién soy?, ella me palpó las manos, subió por los brazos, me tocó las mil pulseras que siempre cargaba, Cloe, exclamó, —¡No lo puedo creer!, déjame comprobar—, agarró una mano, tocó los dedos con los mil anillos que usaba, dijo, —¿será posible que sea Nicol?— la solté, se levantó, nos abrazamos llorando, fue tan efusivo el encuentro que empezaron a aplaudir en el cafetín.

Cloe y yo, estábamos estudiando la misma carrera, pero diferente especialización, ella escogería antropología, yo sociología, la última vez que hablamos al respecto empezando la

secundaria, ella iba a estudiar medicina y yo derecho. Increíble que hayamos coincidido en la facultad y en la universidad. Ella residía en un apartamento con dos compañeras, estas compartían una habitación, quedaba una pequeña desocupada, me animó a mudarme con ellas y ocuparía esa habitación. Era un apartamento grande, estaba muy cerca de la universidad. Cumplí con el tiempo convenido en la residencia y me mudé con Cloe y sus compañeras.

El día que coincidimos por primera vez en el cafetín, en la tarde nos fuimos para mi residencia. Siempre cargaba conmigo la bolsa de terciopelo azul marino, nunca le comenté a nadie acerca de ello, había comprado una caja de metal con su llave y candado, allí guardaba mis prendas y la bolsa de Cloe, cuando llegamos a la residencia, lo primero que hice fue abrir la caja y darle en sus manos la bolsa a Cloe, le dije:

—Te entrego el tesoro que tantos años guardé, nunca abrí esa bolsa, no sabes cuánto deseaba que llegara este momento, ábrela y revisa si está todo lo que te entregó tu mamá.

Ella me confesó:

—Amiga, tengo toda la confianza en tu honestidad, no llegué a saber, con detalle, cuáles ni cuántas prendas contenía esa bolsa, mi mamá me la dio una noche y al día siguiente la puse en tus manos.

Abrimos la bolsa y vaciamos su contenido sobre la cama, nos quedamos asombradas de la belleza de las joyas, había anillos, gargantillas, pulseras, dijes, cadenas, todo de oro con piedras, una de rubíes, otra con esmeraldas, de topacios. En ese momento, tomé conciencia del riesgo que corría con esas prendas de tanto valor, era una herencia que le dejó su mamá a Cloe.

Luego de superar el impacto de las prendas, nos quedamos sin articular palabras, Cloe se puso a llorar con mucha nostalgia, al rato me dijo, —Nicol, has sido la hermana que la vida me regaló, ¡¡Sí amiga!! He recordado todas las dudas que de niñas nos acosaban, con lo que te contaré, con algunos pedazos de historias de mi infancia, hoy podremos ir armando el rompecabezas de una parte de mi vida y creo que hay algunos hechos que desconozco:

—Recuerdas que me preguntaste por qué mis tías se llevaron los muebles de mi casa, bueno... ese mobiliario era muy valioso, lo trajeron por barco desde España, tallados por ebanistas,

las alfombras eran traídas de Marruecos, las lámparas, vajillas, lencería, todo era de mucho valor por la calidad artística de los objetos traídos de otros países. Mi papá le dio toda esa herencia a mi mamá para que yo después la heredara, lamentablemente entendí que mis tías me quitaron lo que me pertenecía.

—Recuerdas que te conté que mi tía Layla era mi tutora, pero no sabía detalles, lo que ocurrió fue que cuando mi mamá enferma, mis tías buscaron un abogado para redactar un documento de tutelaje donde mis padres autorizaban, a una de ellas, para ser mi tutora legal hasta mi mayoría de edad; obviamente que yo no sabía, ni entendía nada de esos asuntos, como mi mamá estaba muy angustiada por mi futuro, por quién me cuidaría, mi papá y mi mamá consideraron que por ser niña debía ser una mujer quien me cuidara, las únicas eran mis tías no les quedó otra opción que firmar el tutelaje...

Nicol, esta historia la he ido empatando con información que me dio Raúl, el primo con quien mi papá se fue a vivir después de la muerte de mamá. Él y su esposa fueron a visitarme al colegio de monjas, como ya no era la niñita dócil que mis tías engañaban, tuvieron que acceder a las visitas de Raúl y su esposa, son la única referencia paterna que tengo.

Nosotras seguimos compartiendo el apartamento, Cloe se retiró de la universidad, se dedicó a bienes raíces, era muy lista para ese tipo de trabajo, le fue muy bien económicamente, además se relacionó con empresas de construcción y Cloe les diseñaba los espacios exteriores de los edificios. Yo continué con mis estudios y trabajé como asistente de un sociólogo investigador, un poco desquiciado, había pedido financiamiento para una investigación, cuya fuente de información era los mensajes escritos por hombres y mujeres en las paredes de los baños públicos de los bares de carreteras, con el objetivo de rastrear cómo se expresaba la sexualidad humana cuando se siente libre de manifestarla. Obviamente que el ente financiador de la universidad le negó el dinero para la investigación, entonces, como protesta se sentó en una silla de extensión en la plazoleta de enfrente de la escuela de sociología, alrededor colocó una cantidad de pancartas con las groserías que había recogido en dichos baños, vino la prensa, tomaron fotos, en fin... mi primer intento de trabajo en el área sociológica resultó todo un escándalo.

Cloe, por razones de trabajo se relacionaba con ingenieros y arquitectos, en una de esas reuniones de trabajo conoció a Francisco, era ingeniero civil, se empataron y a los pocos meses se casaron, me quedé sorprendida de la rapidez del matrimonio, pues ella acababa de salir de una relación tormentosa con un psicólogo, quien la perseguía de día y de noche, llegaba a cualquier hora a la casa para controlarla. Una vez que Cloe tenía su carro en el taller mecánico, tomó un taxi y cuando se estaba subiendo vio que por la otra puerta se montó el tipo, ella se puso furiosa, él no quería bajarse del carro porque quería saber para dónde iba de manera incógnita, llegó al acoso psicológico. Cloe estuvo sin dormir por un tiempo, le pedimos a Eduardo, nuestro amigo ateo y cocinero, que se mudara un tiempo con nosotras. Una noche llegó el tipo a la casa, Eduardo le abrió la puerta, lo hizo pasar y en el pasillo lo agarró por el cuello simulando que lo ahorcaría, lo hizo de tal manera que yo estaba asustada, le decía —Eduardo no le hagas daño, suéltalo—, Eduardo lo soltó, abrí la puerta y el tipo salió acomodándose la camisa, nunca más apareció.

Volviendo a las angustias del presente, una y otra vez retomaba la cuestión del nacimiento de Marquitos, desde el paseo para Cepe, cuando hicimos esa bitácora de los días antes de nacer y del día que nació Marcos, venían a mi mente los cuentos de Juana, ahora que era adulta y estudiaba sociología, tenía más comprensión de lo narrado y de lo silenciado por las personas. Retrotrayéndome a cuando era niña, recordé que siempre sentía que había algo que no dilucidaba en la familia de Cloe, esa sensación se me hizo presente pensando en lo contado por Juana, no podía soltar esa sensación. Entonces, insistí con Cloe, le propuse:

—Amiga, ánimo y vamos para tu casa materna y hablamos con Juana, tal vez recuerde eventos durante esos días del nacimiento de Marcos, los cuales pasaron desapercibidos para nosotras.

Cloe se quedó pensativa, me miró, se tapó y restregó la cara con las dos manos, me respondió:

—¿Sabes algo Nicol?, he pensado que existe algo que no me han contado...

Le confesé, —También siento lo mismo, inclusive desde que éramos niñas, pero no identifico qué es lo que percibo...

—Nicol, hablaré con Francisco, le contaré, más o menos, lo que vamos a hacer, él no estará de acuerdo, pero llegaremos a un consenso..., acotó Cloe.

Pasaron varias semanas, Cloe no me tocaba el tema relativo a ir a conversar con Juana, por respeto tampoco le pregunté al respecto. Un sábado en la mañana tocaron el intercomunicador, pulsé, —¿Quién es?, —Cloe y traigo desayuno—, corrí, arreglé la mesa, monté café por cuarta vez, nos sentamos a desayunar.

Ella, sin prólogo, dijo:

—Cuando quieras vamos a mi casa para hablar con mi Nana... me duele ir para allá, los recuerdos bellos de mi infancia están tapados por un telón que no puedo correrlo, quizás hablando con mi Nana tome fuerzas para correr ese telón de mi vida.

Se me contrajo el estómago, disimulé, tomé lentamente los sorbos del café, le dije:

—Cloe, ¿Conversaste con Francisco?

Apesadumbrada, me contestó:

—Nicol, tengo contradicciones porque realmente no sé lo que busco, si es mi vida, el nacimiento de Marcos o ambas, si es mi vida, es mi derecho; si es relativo a Marcos, debe ser consensuado con Francisco; el dilema está, si un suceso trae al otro..., hablar con mi Nana acerca de hechos que tengo desvanecidos u ocultos, ha sido una necesidad que he soslayado..., decidí hacerlo y lo haré.

Le respondí:

—Entonces, será un hecho—, recogiendo la mesa, me asaltaban muchas interrogantes, una de ellas se la expresé a Cloe:

—¿Le dirás a Juana acerca del nacimiento de Marcos?

Ella me dijo:

—Si no es necesario, por ahora no se lo diré, pero depende del curso de la conversación... voy a ciegas...

Acordamos que nos quedaríamos en la casa de Cloe el fin de semana, tenía que urdir una justificación para mi mamá, se moriría si iba para allá sin quedarme en mi casa. Nos fuimos el viernes muy temprano, en el camino íbamos hablando una retahíla de incoherencias para acortar o alargar o malgastar el tiempo... no lo sé, entonces le dije a Cloe, —voy a amenizar el trayecto de carretera contándote un episodio gracioso, en realidad uno de tantos que me ocurrió con mi más entrañable amigo, Félix,

¿Te acuerdas? te comenté que siendo joven murió de cáncer, bueno... él era fanático de Juan Gabriel, en lo personal nunca se me hubiera ocurrido escucharlo, lo había oído por casualidad en algún programa televisivo, tal vez no me gustaba por... eh, eh, ¿Será prejuicio?, que vergüenza conmigo...

Una tarde llegué a su casa, tenía a todo volumen las canciones de Juan Gabriel, lo vi extasiado oyéndolo, mi cara de extrañeza sería tal que me preguntó:

—¿No te gusta esa canción?

—Bueno, no es que no me gusta... sino... eh... bueno sí, no me gusta el cantante, no lo escucharía especialmente.

Él se levantó buscó una botella de whisky, dos vasos los puso sobre la mesa, ¿Tú has escuchado con atención alguna canción de Juan Gabriel?, preguntó.

—Sinceramente, con atención no he oído ninguna canción de él.

Félix enseguida añadió:

—Lo sabía, lo sabía, tómame este trago y escucha...

—No tomo whisky sino ron— le respondí

—Pues hoy tomarás whisky, no tengo ron, y me lo sirvió.

Recuerdo que oímos una de las canciones favoritas de Félix, “Querida”.

Cloe, él tenía una simpatía que lograba que hiciera cosas que nunca creí hacer, una de ellas fue tomar licor oyendo a Juan Gabriel, ese día realmente me di cuenta de su extraordinaria voz y supe de su trayectoria como compositor, así que en el segundo trago ya estaba aplaudiendo las canciones despechadas de Juana... Cloe, a pesar de la tristeza por la partida tan prematura de Félix, todo lo que evoco de él me es agradable...

Cloe, riéndose, me dijo, —No te imagino oyendo a Juan Gabriel... sinceramente...

—Amiga, esta anécdota fue un comodín en el juego del tiempo, ya llegamos sin darnos cuenta a nuestro primer destino. Como era temprano y no le había informado nada a mi mamá, me fui para mi casa, llegué de sorpresa, mi mami se puso contentísima, como ella sabía que a Cloe no le gustaba quedarse en su casa porque le daba nostalgia, eso me facilitaba justificar que esa noche me quedaría acompañándola. Al rato, Cloe llegó a la casa para saludar a mi mamá, conversamos un buen rato, al mediodía nos fuimos porque Juana había preparado un almuerzo especial para nosotras.

A Juana no le gustaba sentarse a comer en la mesa, se empeñaba en hacerlo en la cocina, Cloe siempre peleaba con ella por eso, ese día le rogó que se sentara en la mesa con nosotras, ella accedió, pero le dijo a Cloe, —mi niña ¿Qué le ocurre?, sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo, Cloe, le respondió, —vine a buscar algo sin saber qué busco..., Juana, se irguió en la silla, bajó la mirada y vimos caer las gotas de lágrimas atajadas por su impecable delantal de florecitas. Cloe se levantó, la abrazó, lloraron un llanto mudo, en ese momento no sabía si me tocaba estar allí, me paré, fui hacia el patio, el frescor que ofrecía el cotoperí revivió las tardes de juegos y secretos de la niñez.

Las lágrimas de la Nana les dieron certeza a las dudas. Nos sentamos bajo la sombra del cotoperí, él volvió a ser testigo de lo trascendente. Cloe comenzó por preguntarle, —Si mi papá amaba tanto trabajar la tierra ¿Por qué vendió la finca?, pude haber crecido allá..., la Nana lloraba sin parar, le busqué agua, aproveché para comentarle a Cloe que a lo mejor Juana se sentía intimidada conmigo, pero ella movió la cabeza en negación, me volví a sentar. Juana tomó aire, confesó:

—Cloe, le hice un juramento a tu mamá de no revelar cosas del pasado, ¡Ay mi niña! sé que no es justo, lamentablemente doña Matilde murió estando tú pequeña. Ella esperaba contártelas cuando tuvieras más edad. Cuando estaba agonizando, me dijo, —Juana, tendrás que faltar a tu juramento porque te pediré que le cuentes a Cloe, cuando sea necesario, los secretos familiares, ahorita la niña es muy pequeña para entender. Juana, añadió, —no le pude responder a doña Matilde en ese momento porque no tuve fuerzas, me parecía que si le decía que lo haría, que contara conmigo, aceleraba su partida ¡Santo Dios!, pero hoy lo cumpliré...

Juana, con su mirada a lo lejos... siempre a lo lejos, narró: —Recuerdas que te dije que en la casa central de la finca en Mérida, tu mamá protegía una niña huérfana de madre, hija de un peón de la hacienda, ella nunca había salido de ese campo, no sabía nada de nada, empecé a notarla extraña, como asustada, entonces, le comenté a doña Matilde que me parecía que a la niña le pasaba algo, era responsabilidad de la familia protegerla de cualquier percance en la casa, además le teníamos un poco de temor al papá, cuando tomaba era pendercero, una vez estuvo preso porque cortó a otro hombre en

una pelea, era vengador, o sea, algunos hacendados lo contrataban para tomar venganza contra enemigos. Llamamos a la niña para la cocina, le dijimos que sabíamos que algo le había pasado, que nos contara sin miedo, la niña se puso a llorar, se tapó la carita con las manos, doña Matilde la sentó al lado de ella acariciándole la cabeza, no hallábamos qué hacer, se me ocurrió preguntarle si alguien de la casa le había hecho algo que no le gustó, movió la cabecita afirmando, le pregunté, —¿Quién?— ella, sollozando, murmuró, —el joven Luis—, ¡Santísimo! Creí que había entendido mal, doña Matilde se puso pálida, volví a preguntarle, —¿Quién?— ya no contestó, me la llevé para el cuarto, le prendí el televisor para entreternerla. Esa niña es Dolores.

Cloe, se atrevió a preguntarle, —Dolores, ¿la señora que ha estado aquí con las gemelas?

Juana le dijo, —sí, mi niña.

Cloe la instó a que siguiera relatando.

Cuando regresé a la cocina tu mamá estaba paralizada, elevó las manos al cielo rogando: ¡Dios todo poderoso!, qué vamos a hacer, cómo enfrento esto con Vicente, esa niña no puede inventar una cosa así... dime Juana ¿Qué hago?

—Tranquílcese doña Matilde, esta noche hablo con ella, esperemos hasta mañana.

Esa noche con mucha calma le pedí que me contara, Dolores con toda ingenuidad me explicó, que un domingo nos habíamos ido a misa, ella estaba dormida se despertó y salió para la sala, estaba el joven Luis y le dijo que todos estaban para la iglesia, ella se fue para el cuarto y al rato él entró se sentó en la cama, empezó a tocarla... y bueno... estuvo, mejor dicho, abusó de ella pues era una niña...

Al día siguiente se lo comuniqué a doña Matilde, ella estaba vuelta guiñapos, desesperada, hablaba con ella misma en voz alta, —no he dormido nada pensando en cómo debo actuar, qué debo hacer... a veces, hacer lo correcto trae peores consecuencias, no sé si debo hacer lo correcto o lo conveniente... exclamó, ¡Dolores apenas tiene 14 años... sólo 14 años! Si quedó embarazada sería una situación terrible, Luis tiene 18 años, es mayor de edad.

Cloe con voz casi inaudible, murmuró:

—Nana, me quieres decir que... ¿las gemelas son hijas de Dolores y mi tío Luis?

Juana le respondió, —sí—, se quedó callada.

—Quiere decir ¿Qué las gemelas son mis primas hermanas?

—Sí Cloe.

No pude evitar el comentario, —recuerden que al tío Luis le decían el travieso, por aquello que vino al mundo por una travesura de su papá, o sea, que nació con permiso de ser travieso trayendo hijos e hijas por doquier... como una travesura...

Cloe se levantó indignada, era primera vez que la veía desbordada emocionalmente, gritaba, —Nana, mi tío Luis sabe de la existencia de esas hijas, por favor necesito saber detalles de esa situación... apuesto que mis tías se hicieron las de la vista gorda...

Juana estaba paralizada viendo a Cloe en ese estado anímico, no emitía una palabra, entonces calmé a Cloe, —tranquilízate amiga, Juana no tiene ninguna responsabilidad en asuntos de esta índole.

Ella reaccionó y abrazó a Juana, lloraron un llanto de perdidas, de lo vivido y de lo callado, Cloe se disculpó, dejamos solo al cotoperí y entramos para la casa, nos sentamos en la mesita de la cocina, sentía que a Juana la abatía un sentimiento de culpa por guardar silencio, le dije, —Juana, en la vida no existe un momento oportuno para decir algunas cosas y menos cuando son ajenas..., por eso vamos dejando que corra el tiempo... Ella no levantaba la mirada, yo añoraba verle en sus ojos su mirada a lo lejos... siempre a lo lejos, trayendo al presente los acontecidos agradables del pasado, como lo hacía bajo la sombra del cotoperí cuando nos endulzaba la niñez.

Las tres ahí sentadas viendo a la nada. Al fin, Juana dijo, —quiero contarles algunas cosas que ocasionaron ese mal paso del joven Luis... Cloe explotó, — ¡Nana! no fue un mal pasó, fue una violación con todo el poder de ser hombre, dueño de la casa, adulto... Juana le agarró la mano, —tienes razón mi niña, te contaré todo, lo recuerdo todo como una película y así se los contaré:

Cuando le dije a doña Matilde lo que le había pasado a Dolores, no sabía qué hacer, la vi tan atribulada, rezaba en voz alta, salió para los corredores de la casa, caminaba de un lado para otro, al rato entró a la cocina y me confesó su mayor angustia: —Juana, si el papá de la niña se entera le va a hacer una emboscada a Luis para matarlo, sin dejar pruebas y lo peor es

que si mandamos a Luis para donde mis hermanas lejos de la finca, él tomaría represalia contra Vicente, esos hombres le cobran lo que ellos llaman el honor en cualquiera de los hombres de la familia que los ofende, sino se vengan con alguna de las mujeres.

Juana se quedó callada un rato y continuó: nadie más que yo sabía que eso era verdad, nací y me críe en ese campo oyendo y viviendo todos esos horrores. Tu mamá sabía que tenía que decirle a don Vicente, así Dolores estuviera o no embarazada, pero esperó un tiempo en un estado de nervios que la iba a matar. A los días, en una mañana, me dijo que conversaría con don Vicente, le puse una velita al Santísimo para que iluminara el entendimiento entre los dos.

Juana tenía la boca seca, le busqué agua e insistí con Cloe que a lo mejor Juana prefería estar solamente con ella, pero como siempre movió la cabeza en negación, me volví a sentar.

Juana tomó aire, siguió literalmente como un guion de película: Cloe, tu papá fue un hombre que amó a tu mamá demasiado, él sufría viendo tan acabada a doña Matilde con ese miedo a que ocurriera una tragedia con su hermano o con él, no dormía ni comía. La situación empeoró cuando supimos que Dolores estaba embarazada, esa niña era tan inocente que ni cuenta se daba de la falta de la regla, ella creció dentro de la casa y corriendo solita por los jardines, cuando estaba en los días, le daba sus toallas... ustedes saben, entonces, después que ocurrió el percance estaba pendiente y pasó el mes y nada... tuve que contarle a tu mamá, ella me oyó se tapó la cara con las manos, me dijo, —Juana, esta situación acabará con la tranquilidad de mi familia, no puedo vivir más aquí porque el miedo me va a matar, pero sé que irnos va a matar de tristeza a Vicente... con el tiempo te acordarás de lo que te estoy diciendo. Cloe, mi niña, —*dicho y hecho*—, el tiempo le dio la razón a doña Matilde.

Cloe y yo estábamos perplejas, a mí me parecía una novela como la de “Casas muertas” de Miguel Otero Silva, un traslado al pasado para entender lo que ocurrió en un presente que ya también era pasado.

Cloe no podía contener la rabia, la impotencia, la nostalgia por haber sido tan pequeña que no pudo hacer nada... intentando calmarse dijo, —me faltan piezas en este rompecabezas, necesito con calma que me vayas dando esas piezas...

la Nana, con vergüenza le contestó, —mi niña, no sé qué me dices, ¿cuáles piezas?, creo que fue el único instante que reímos ese día, Cloe la abrazo, —Nana, tranquila es una forma de hablar, lo que quiero es respuestas a muchas preguntas que me hago, por ejemplo: ¿Cuándo le dijeron a mi tío Luis lo del embarazo?

¡Ah! pues en la noche de ese día que tu mamá le informó a don Vicente, lo llamaron para la biblioteca de tu papá, cerraron la puerta y hablaron horas, me acosté, pero en la madrugada del día siguiente tu mamá me informó que el joven Luis intentó culpar a Dolores diciendo que ella salió sin ropa para la sala, entonces tu papá se levantó de la silla, mando a callar a tu tío, le dijo, —no te saco de la casa por Matilde, no te hablaré más nunca. Cloe, mi niña —*dicho y hecho*—, tu papá nunca más la dirigió la palabra al joven Luis. Tú no lo recuerdas porque apenas comenzabas a caminar.

Juana se veía cansada, le hice señas a Cloe para ir hacia la sala, ahí le sugerí que descansaran, que tanto Juana como ella había tenido un día agotador, ella aceptó, nos fuimos a la cocina y Cloe le pidió a Juana que se acostara.

Por supuesto, nosotras encima de las camas sentadas tipo indias con las piernas cruzadas hablamos hasta la madrugada. Cloe me comentaba acerca de la extrañeza que sentía al darse cuenta que vivió años en la sombra de hechos que marcaron la vida de su gente más amada, ahora entendía la distancia afectiva de sus tías y de su tío, aparte de que eran muy interesados por el dinero, sabían que mi tío en complicidad con mis tías había afectado el proyecto de vida de mis padres. Por eso, mi Nana siempre decía que mi papá era otra persona a partir de haber vendido sus tierras. ¿Recuerdas que siempre lo repetía mi Nana?

Cloe, toda esa crisis tiene la patente de curso del machismo, el papá de Dolores creía tener el derecho de vengarse, no por lo que le hicieron a la niña, sino porque lo ofendieron a él, matar por honor, pero no sabía qué comía, qué hacía, qué quería su hija y el tarado de tu tío viola una niña indefensa, toda esa historia resulta en una hecatombe familiar... ¡Increíble!

Esa madrugada Cloe me dijo, —Amiga, te soy sincera creí que lo que sentía que me ocultaban era algo de mi vida, no sé cómo explicarte... creí que había un secreto de mi mamá o papá o mío, no sé...

—Cloe, pienso que sería bueno contarle a Juana lo de Marquitos, ¿Qué dices? Tengo el palpito que ella puede desmenuzar mejor los tiempos y las ocurrencias de ese día.

—Nicol, estaba en lo cierto cuando dije que no sabía qué venía a buscar, ahora me falta lo más importante...

Nos acostamos boca arriba viendo el techo y nos dormimos. Como siempre, me levanté muy temprano, el aroma del café recién colado olía diferente al de la ciudad, más adictivamente envolvente, más oloroso a hogar, fui a la cocina y me senté con mi taza de café a conversar con Juana, ella compartió conmigo su devoción y respeto por el papá de Cloe, sentía que él sacrificó su vocación por proteger a doña Matilde, además que el joven Luis no se merecía ni el sacrificio de su hermana ni la venta de la finca, se le humedeció su mirada de lejanía, en ese momento llegó Cloe abrazo a su Nana con tibia ternura.

Entre tragos de café solté una interrogante que me zumbaba en la cabeza, —Juana, ¿el papá de Dolores supo de su embarazo?, ¡Ay, Nicol! Esas decisiones fueron muy complicadas, precisamente esas situaciones eran las que doña Matilde esperaba contárselas a Cloe cuando fuera grande. A tus tías, —¡Qué el Santísimo me perdone por juzgar!, sólo les preocupaba el joven Luis, se aprovecharon del miedo de tu mamá para convencerla de que lo mejor era llevarse a Dolores con ellas, diciéndole al papá que la pondrían a estudiar y colaborar con los quehaceres de la casa y le depositarían dinero para apoyarlo, Dios me perdone, pero no era para apoyarlo, sino para comprarlo. A doña Matilde le parecía algo incorrecto, pero siempre me repetía —sé que decirle al papá lo del embarazo sería lo correcto, sin embargo, no lo conveniente—; les pidió a las hermanas tiempo para hablarlo con don Vicente, a pesar que ellas insistían en que no le contara nada, pero ella eso no lo haría jamás.

Cloe estaba impávida, con su mirada llorosa dijo, —Nana voy a preparar unas panquecas para relajarme, quédate sentada y sigue relatándonos este drama...

La Nana extrañamente no se movió, entreví que estaba soltando un peso espiritual que cargó durante muchos años. Ella reanudó sus palabras, —¡Santísimo! Doña Matilde habló con tu papá, él se opuso rotundamente, fue la primera vez que mis oídos oyeron levantar la voz a don Vicente, ella se arrodilló

implorándole que no fuera a confesarle al papá de Dolores lo del embarazo, él sostenía que llevársela con esas mentiras era como cambiar a la niña por dinero... ese día fue desolado... Al día siguiente, don Vicente se levantó salió a caminar, regresó, desayunaron, cuando quedó solo con doña Matilde, le dijo, —mañana pongo la finca en venta para irnos de esta mi tierra, es lo propio que debo hacer para que tengas paz y podamos criar a Cloe lejos de lo que Luis sembró en este hogar... decide con tus hermanas lo de Dolores, a sabiendas que lo que hagan, también seré cómplice... Cloe, mi niña — *dicho y hecho*—, al día siguiente la puso en venta.

Desayunamos lentamente digiriendo más lo relatado que las panquecas. Sin insinuarle a Juana que persistiera con su narrativa, prosiguió, —El joven Luis se quedó viviendo con tus tías, para doña Matilde fue doloroso porque era como su hijo. Las tías le depositaban al papá de Dolores dinero mensualmente, él, contento con la plata ni preguntaba por la hija; cuatro años después lo pusieron preso porque mató a un tipo por no pagarle una apuesta de peleas de gallos. Dolores tuvo las gemelas, se quedó viviendo en la hacienda, cuando murió tu mamá, a veces, se quedaba conmigo en esta casa, pero cuando sabía que venías, ella se iba con sus gemelas para la hacienda y cuando eras pequeña y tu tía Layla te llevaba de vacaciones para la hacienda, Dolores se iba para la casa, me decía que le daba pena que supieras lo que le pasó con el joven Luis, por eso no la conociste.

Nos levantamos de la mesa, Cloe y yo, nos fuimos a sentar debajo de nuestro árbol, Cloe no encontraba la forma ni el momento ni el ánimo para conversar con Juana acerca de la situación de Marquitos, pero sabía que no hacerlo era trasladar el problema en el tiempo, por algún lado debía comenzar a buscar pistas y ahí había nacido Marcos.

Me agarró las manos, agradeció mi compañía, tomó fuerzas y con un —Naaaana— con el tono de cuando niña la llamaba de urgencia para que le trajera merienda o le estrujara unas hojitas en la picada de un bachaco... Juana conocía el tono, con su delantal blanco con florecitas, impecable, aunque se secaba las manos con él, vino con pasitos apresurados, —¿Qué les pasa niñas?

Cloe la agarró del brazo y la sentó en su banqueta, Juana ya sabía, porque lo había leído en hojas de vida, que la conver-

sación se tornaría difícil. Cloe trató de tener coraje, le contó en un sólo manuscrito hablado lo ocurrido con Marquitos. La Nana no pestañeó, las pupilas las tenía dilatadas como bajo los efectos de alucinógenos, se levantó rápido y fue al baño, la seguimos, —Juana, ¿Qué te pasa?... dinos...—, se echó agua en la cara, cuando la levantó nos dimos cuenta que tenía el rostro enrojecido, la sentamos, apenas podía hablar, llamé de urgencia al médico de la familia y a mi mamá para pedirles apoyo, tuvo una subida de tensión, el médico aconsejó llevarla para emergencias, mi mamá nos acompañó, la dejaron en observación, ahí amanecemos con Juana.

Nos fuimos con ella para la casa, Cloe la llevó para el cuarto, yo fui a la cocina a preparar té, al rato llegó Cloe derrumbada llorando, en el momento pensé que le había pasado algo a Juana, pero ella me abrazó diciendo, —La Nana cree que mi hijo pudo haber sido cambiado por el nieto de Dolores... No entendí, no conectaba ideas, la conduje hasta la silla y nos sentamos, —explícame ¿Qué me quieres decir? Ella no podía hilar lo que deseaba expresar, yo no sabía cómo darle serenidad, metió la cara entre los brazos cruzados sobre la mesa y lloró largo rato, diría que casi un siglo de la impotencia de no poder hacer nada. Sólo me quedé ahí en silencio, pero en mi mente repasaba, una y otra vez, las palabras que Cloe acababa de pronunciar, —Su hijo cambiado por el nieto de Dolores—, busqué mentalmente en la bitácora que reconstituimos en Cepe, vino a mi memoria que yo había recordado acerca de la enfermera, que preguntó si Cloe era hija de doña Matilde, pero ese era un dato sin importancia, y Cloe, mencionó que esos días de espera del parto se quedó con Juana porque estaba sola, pues Dolores se había ido con la gemela que iba a parir, inclusive lo recordé, porque me pareció una mención dolorosa que Cloe destacara lo del retraso mental de la gemela, ¿Será por ahí la conexión?, ¡Ah! y que esa noche que nació el niño, Cloe estuvo en observación por la subida de tensión...

Cloe levantó la cabeza y murmuró, —acosté a Juana y cuando iba hacia la puerta para salir me dijo, —mi niña a medida que me contaba lo del niño Marquitos iba teniendo un presentimiento, debo decírselo no vaya a ser que muera hoy. El día que nació Marquitos, a medianoche parió la hija de Dolores, su hermana era enfermera en esa clínica, ella había consegui-

do que un obstetra le atendiera el parto a la hermana allí y si no presentaba ningún problema se la dejaban llevar para la casa, así no pagaba estadía en la clínica, ¡¡Que el Santísimo me perdone por juzgar!!, pero debe averiguar, a ese niño no lo crio la mamá, sino la tía, la enfermera, porque ella no podía tener hijos, el niño vive con ella y su esposo... Cloe, sin tomar aire continuó, —amiga, no puedo con esto, Francisco ha llamado y he tratado de no preocuparlo, pero ya es el momento de que venga para tomar decisiones. Hemos repetido los exámenes de sangre para el grupo sanguíneo y Rh, siempre han dado los mismos resultados, ya no tenemos la esperanza de equivocación del laboratorio... ¿me acompañas a la finca?, la incertidumbre me erosiona el alma... podemos ir sólo a ver al niño...

Cuando Cloe verbalizó la posibilidad de ir a la finca, fue cuando dimensioné la trascendencia de lo que estaba por venir, era una tormenta emocional, pero también una trifulca legal, para tener acceso a los datos en la clínica había un protocolo legal, estaba segura que irse a ciegas a la finca para ver al niño, lejos de ayudar, iba a llenarla de angustias.

Cloe no razonaba, la invadía la carga emocional, tenía que ser cautelosa, pero firme para que se sosegara. Le expliqué, —amiga, debemos ir con calma, necesitas asesoría legal... en ese instante pensé — *¿Y si Francisco no quiere averiguar acerca del nacimiento de Marcos?*, preferí guardar el pensamiento, pero parecía que Cloe lo leyó porque me comentó, —espero que Francisco desista de su idea de no querer averiguar cómo y por qué Marquitos tiene ese grupo sanguíneo.

Cloe le había informado a Francisco acerca de la revelación de los secretos familiares relativos al tío Luis, pero nada sobre la hecatombe que significó la sospecha de Juana. Esa noche lo llamó para contarle hablaron horas, muchas horas... una eternidad de horas.

Mientras tanto acompañé a Juana en su cuarto, le pedí que me contara lo que hizo esa noche después de dejar a Cloe en la clínica, Juana miró a lo lejos... siempre a lo lejos y me contó, —me vine para acá a preparar comida, ropa y las cositas del bebé para recibirlo, pues en la clínica lo que hacía era perder el tiempo. El doctor Francisco me llamó cuando nació el niño y le puse una velita al Santísimo para que mi niña superara lo de la tensión alta. Al día siguiente vino la vecina de la hija de

Dolores a decirme que la gemela había parido a media noche, que ella estaba bien, pero que la única preocupación era que el niño fuera a ser lento de mente como la mamá. Yo daba por hecho que había tenido al niño en el hospital, pero tiempo después hablando con Dolores me comentó que la gemela había parido en la clínica donde trabajaba su hermana, que su gran preocupación era que el niño fuera a tener un retraso como la mamá, recuerdo que le comenté —casi que pare con Cloe—, Dolores se rio y siguió diciéndome, Juana sabes que —*Dios aprieta, pero no aborca*— fíjate que a una de mis gemelas le dio inteligencia, pero le negó el don de ser madre y a la otra le dio un retraso mental, sin embargo, pudo ser madre... gracias al cielo estaban muy contentas porque el niño se veía avisado... no lento como la mamá, también dijo, que le había ido muy bien en el parto y que al mediodía ya estaba en su casa. Esa conversación la recuerdo palabra por palabra, aunque en aquel momento no le di importancia, pero ayer, bajo la sombra del cotoperí cuando oía lo que me contaba Cloe acerca de la duda que Marquitos pudiera ser su hijo, las palabras de Dolores se hicieron presentes... ¡¡Ay Nicol!! Me duele el alma porque no es un presagio...

*Juana con su mirada a lo lejos... siempre a lo lejos, ella blanca, gorda, calmada, suave como el pan dulce de las meriendas, las tunjas... ella, la Nana con su delantal blanco con florecitas, siempre impecable, aunque se secaba las manos con él, con sus pasitos apresurados... ella a quien la vida, no se sabe por qué, le asignó revelar los secretos más recónditos a Cloe, su niña... ella tuvo razón, no fue un presagio, sino una certeza... evitaron la venganza del padre de Dolores, pero la hija de ella vengó haber nacido junto a su gemela, por un acto de violación... vengó la victimización de su madre... vengó la violencia que su padre arremetió contra ellas, todas vengadas en la humanidad de una mujer, en Cloe, su prima hermana... por circunstancias incognoscibles ¡¡A veces Dios aprieta y aborca!!*



## Desbrozando mitos de mujeres... en mi propio espacio

Sentada en el suelo del patio de aquella casa grande, la casa de mi infancia, veía pasar a las mujeres de mi familia, mis tías y mi mamá, de un lado para otro, con miradas de complicidad entre ellas, a mí, por ser la hija más pequeña, me mantenían siempre al margen de lo que ocurría. En el centro del patio de esa casa había una pileta de agua donde, según mi hermano Antonio, cuando se asomaba de noche veía el reflejo de un perro negro inmenso que era el diablo, a veces con temor me asomaba, pero nunca vi ese perro negro, ¡Gracias a la Diosal! Lo que sí recuerdo de ese patio era que algunas noches, retumbaban sonidos sordos, como golpes contra las paredes, las veces que ocurría, al día siguiente mis tías cuchicheaban, intuía que era sobre esos ruidos, pero no tenía acceso a esa información clasificada, me moría de intriga. Los cuchicheos y comentarios me causaban gran intriga, por ejemplo, mis tías siempre para referirse a un buen marido, tenían expresiones precisas, la tía Isaura decía con regularidad, —ese hombre le tiene la casa a la mujer como una tacita de oro—, mi tía Bertha, la más folclórica de la familia, decía, —ese hombre es un tipaaaazo, esa mujer debía darse con una piedra en los dientes por tener un hombre así...—, ambas para hacer mención a las malas esposas, repetían, —seguramente es que ella le colma la paciencia, lo saca de sus casillas...

A mis cuatro o cinco años, todas esas expresiones me exacerbaban una serie de imágenes que me entretenían durante horas, me imaginaba que aquellas mujeres a quienes sus maridos les tenían la casa como una tacita de oro, se la pasaban todo el tiempo sentadas tomando té en tacitas chinas de esos juguetitos de porcelana pintada con florecitas, que me regalaban en mis cumpleaños; sacarlo de las casillas lo asociaba con lo que nos ocurría cuando pintábamos con tiza las casillas en el suelo para jugar el avión y cuando alguien pisaba o se salía de dicha casilla, todos gritaban ¡pisaste!, ¡te saliste!... ¡perdiste!... nos poníamos furiosas, quien perdía decía: —tramposería me voy, no juego más.

Tenía mi entretenimiento personal y como no tenía a quien preguntarle sobre mis inquietudes, desarrollé mi mundo de imágenes vinculadas con la realidad, desde allí me acostumbré a vincular todo cuanto oía con situaciones figurativas.

Mi madre siempre les rogaba a mis tías, —¡Por amor a Dios!, cuiden sus comentarios delante de Noa... ustedes son muy imprudentes—. Ella hacía un esfuerzo por protegerme de las aristas adversas de la vida, pero gracias a esa imprudencia de sus hermanas y mi empeño de hurgar en todo lo que hablaban, invertía energía en descubrir aquello que mi madre se esforzaba por ocultarme, desarrollando la agudeza para observar y lo más importante aprender a valorar de las circunstancias cotidianas: *que aquello que no se ve, que no se toca, al final puede ser lo que buscamos*.

¡Ah!, cómo olvidar las visitas de mi padre, siendo benévola no pasaban de tres por año. Siempre llegaba en carros que tenían la trompa y la maletera muy puntiagudas, semejantes a los bati-carros de Batman, supongo que eran marca Cadillac, por lo estrafalarios y ostentosos que los recuerdo. Mis tías tenían un oído y una vista superdotada para detectar la llegada del carro de mi papá, entonces, las volvía a ver de aquí para allá, como gallinas cluecas antes de poner, diciéndole a mi mamá, de manera repetitiva: —Isabel, Isabel por ahí viene Carell—, sentía en ellas una

emoción que se debatía entre una alegría disimulada y un orgullo por el noble gesto de visitarnos algunas veces al año.

Ellas hablaban todo el tiempo de la flota de camiones que tenía mi papá y de su gran habilidad para hacer dinero, la cual la equiparaban con gran orgullo, con la habilidad para conquistar mujeres. Mi mamá se mantenía con una actitud más discreta, notaba en ella un silencio que no otorgaba, pero tampoco delataba lo que sentía acerca de mi papá, delante de mí nunca hizo comentarios que lo pusieran en juicio, sin embargo, que lo llamaran por su apellido, Carell, además de parecerme ridículo, me sugirió que atrás de esa costumbre, se escondía una razón muy singular del propio espacio de *ser mujer*.

Esa percepción de agradecimiento de mis tías cuando llegaba mi papá, no era particular de mi hogar, sino que se repetían en muchas casas de mis amigas en la relación con los varones de sus familias, algo que me causaba escozor era ver que mis

amigas debían atender a sus hermanos, inclusive mayores que ellas, por el sólo hecho de ser varones. Era un común denominador de las mujeres el agradecimiento por las cosas que nos merecemos o a las que tenemos derecho.

Cuando ocurrían esas notables visitas de mi papá, mis tías pasaban sobre mí sus miradas discretas, para ver si estaba arregladita, como es lo propio de una niña bien cuidada, como cuando se entregan cuentas claras de una mercancía a un dueño. Una de esas tardes cualesquiera de mi infancia, mi papá llegó con una inmensa caja de bombones en forma de corazones rellenos con una crema empalagosa de color rosado, quedé convencida que la sangre de la gente con miedo tiene esa tonalidad rosada y no roja como la de la gente valiente. Él siempre usaba sombreros peluditos de colores crema o marrón, hoy reconozco que era apuesto o más apropiado carismático, siempre reía, lo caracterizaba un humor irónico, llamaba a mi madre Isabelita y la saludaba con especial afecto.

En algunas ocasiones mi papá nos visitaba acompañado de una hermana, cuya madre nunca conocí, ni de quien oí comentario alguno, ella fue la única de sus hijas e hijos que vivió con él. Durante los periodos de asuetos vacacionales la recogía en el internado y la llevaba a trabajar con él, viajando por esas carreteras del llano. Mi mamá le reprochaba que sometiera a una adolescente a tales condiciones. Yo, por mi parte, me sentaba a observarla deseando estar dentro de ella para saber qué sentía, qué pensaba, de ella sólo recuerdo sus grandes ojos color caramelo, su silencio, su gusto por la música clásica.

Algo que no olvido fue que murió en circunstancias muy extrañas, unos decían que se bañó mientras hacía la digestión, otros que se había encontrado con el novio a escondidas de mi papá, tuvieron una pelea muy grande y le dio una embolia porque acababa de comer.

Al pasar de los años, muchos años, una de las esposas de mi papá, me llamó por teléfono, gesto muy extraño porque no teníamos mucha cercanía. Ella sobrevivió por más de 20 años al lado de él y se separó porque el susodicho se fue con la joven de 16 años, quien hacía los quehaceres de la casa a cambio de educación y protección. Comenzó la conversa telefónica remontándose al pasado con una alusión a la muerte de mi hermana, que su muerte había sido de ira con mi papá, porque él le

controlaba todos sus actos, no la dejaba tener amigas y menos novio. Me pareció fuera de contexto la conversación, dado los años transcurridos de ese doloroso suceso, no entendía cuál era la intención de su llamada hasta que me dijo:

—Noa, aprovecho esta llamada para advertirte, que cuando se muera tu papá no dejes de reclamar la herencia—; ella también tenía fijación con la famosa flota de camiones y entendí que la llamada tenía otro interés.

Me repetía una y otra vez:

—No vayas a dejar de exigir los bienes porque si no le queda todo a la bicha esa que se le metió por los ojos a tu papá en mi propia casa.

Yo, guardaba silencio, pero su insistencia era tal, que le comenté:

—Érica, échame el cuento, cómo es eso que la joven te quitó a tu marido y es qué él no sabía lo que hacía, él era quien estaba casado, quien te debía respetar, ¿O no?

Érica me daba argumentos que me recordaban a mis tías, —bueno... hija, tú sabes que los hombres llevan al diablo por dentro, hombre es hombre y no se pueden controlar...—. Sus justificaciones para exceptuar de responsabilidad a su marido, no me eran extrañas, sólo fueron datos de vida para desenmarañar la razón del propio espacio de ser mujeres.

En ese ejercicio memorístico de caracterización de mi padre, recuerdo una vez que lo visitamos en su negocio, según nos dijo, era de importación de equipos domésticos, un local pequeño, tenía su escritorio separado de la secretaria por un tabique, cuando llegamos, él se levantó con actitud de agrado, saludando con frases de halago, nos ofreció las dos sillas de visitantes y él se sentó en su silla ejecutiva, antes de que comenzáramos a conversar, nos dijo:

—Disculpen un minuto voy a resolver un problemita importante de negocio y así puedo dedicarles mi atención—. Levantó el auricular y dijo:

—Señorita Nora, por favor llamé al doctor Mauricio, dígame que me deposite el dinero en el transcurso del día, sin falta, que voy a estar muy ocupado con mi hija que vino a visitarme, y no me interrumpa por favor— colgó el auricular, sin darle tiempo a la joven de responderle.

Mi mamá y yo intercambiamos señales de sorna, porque era tan pequeño el espacio, que a través del tabique se oía todo,

sin siquiera subir la voz, pero él era tan convincente que lograba que quienes lo conociera o les causara gracia o quedaran convencidas de la importancia de la llamada.

Al rato nos invitó a almorzar, cuando íbamos saliendo, la secretaria le llamó:

—Señor Carell, estaba esperando que se desocupara para decirle que no sé quién es el doctor Mauricio.

Él rápidamente le respondió:

—Caramba, Nora, cómo me dice eso, si él es uno de nuestros mejores clientes, no me diga más nada, yo resuelvo cuando regrese—, nos comentó en voz baja, —tengo que buscar una secretaria más ejecutiva, Nora no me sirve.

Ese era mi carismático padre.

En esa misma tónica de rememorar escuchas de ocurrencias de mi papá, mi mamá contaba con entonación de gracia, que una amiga suya, una mujer adelantada a la época, así la definía mi mamá, fue a visitarla y la invitó a salir a pasear por el pueblo, su amiga era muy persuasiva, de una personalidad imponente, a quien era muy difícil hacer cambiar de parecer, por lo que, a mi mamá, no le quedó más que aceptar la invitación. Durante el camino le decía, —Isabelita, te voy a llevar a un sitio donde vas a llevarte una gran sorpresa, tienes que comportarte como toda una señora—, mi mamá no entendía que le quería decir, iba un poco atemorizada, conociendo a la amiga, sabía que algo se traía entre manos. Estacionó su carro en un club del pueblo, enganchó el brazo de mi mamá y charlando la llevaba hacia la piscina, desde lejos, se veía alrededor de esta a varias mujeres jóvenes aplaudiendo, la amiga la fue acercando y su mayor pasmo fue que mi papá salió del fondo de la piscina con un fuerte en la boca, una moneda de cinco bolívares, y todas ellas aplaudían sus hazañas, pero la mayor sorpresa de mi mamá fue cuando él emergió de las aguas cloradas, la vio allí parada, asombrada, estupefacta, él la abrazó, la besó, la invitó a sentarse en una silla bajo la sombrilla y le ofreció su vaso con whisky, manifestándole... —hola mi amor, muchachas ésta es mi esposa... ¿Al fin te animaste a venir?... ella, nunca quiere venir conmigo...

Estas anécdotas eran contadas una y otra vez, con muy pocas variaciones, acompañadas de comentarios como, —...ese

Carell era terrible... tenía unas ocurrencias... bueno, como todos los hombres, pero Carell era especial para embobar a las mujeres...

Recuerdo muy ameno y divertido compartir esos relatos con mi mamá, mi hermana y hermanos, también había oído anécdotas similares en casas de amigas, aun y cuando, me causaban gracia, albergaba sentimientos contradictorios que por mi edad no podía desenmarañar, no podía encontrarle la punta al ovillo de la realidad.

¡Ay! Volviendo a la casa de mi infancia, evoco a la tía Florencia, ella tuvo la idea más significativa de mi niñez. Era esposa de un militar de la aviación; a él lo recuerdo amable y cordial, no olvido su llamativo uniforme azul marino con unas insignias como estrellas aladas doradas y en los hombros unas charreteras con varias rayas bordadas en hilo dorado. Ella se tuvo que trasladar a New York donde vivió 2 años, porque al esposo lo enviaron a ese país. Aprovechando los privilegios que le ofrecían las circunstancias se formó en alta costura en un famoso atelier de modas.

Mi casa era grande haciendo la esquina de la cuadra, mi tía Florencia, al regresar, le propuso a mi mamá comprarle una parte de la misma, para montar una casa de confecciones de trajes para damas. Todas estábamos felices porque esa idea nos permitía estar juntas, pero no revueltas, como decía mi mamá.

El esposo de mi tía la complacía en todos sus antojos, supongo que para mi tía Isaura su cuñado entraba en la clasificación de esos que le tienen a su mujer la casa como una tacita de oro y para mi tía Bertha, un tipaaaazo y mi tía Florencia debería darse con una piedra en los dientes.

Así que invirtieron dinero para el negocio de confecciones de trajes para damas.

Como mi tía Florencia venía influenciada, nada más y nada menos, que, por los aires de New York, acondicionó el lugar de una manera, diríamos ajena a las costumbres de la gente del lugar, pues aquí quien era costurera tenía una máquina en su casa y por ahí desfilaban las clientas, lo máximo que había eran tiendas de ropa para mujeres, para hombres o para niños, ¡Ah! las niñas quedábamos incluidas en las mujeres, o en los niños, no recuerdo o no existíamos.

Por cierto, que cada tienda de ropa del pueblo tenía su historia, la más graciosa era la que contaba Margarita, mi hermana, ella, decía, —la tienda de Benedicta y Oscar tiene nombre como sala de biblioteca, se llama Artemisa, según es una diosa griega de la naturaleza y animales salvajes, pero como nadie se aprendía el nombre le decían la tienda Chamiza—, a Margarita le daba un ataque de risa, que no podía ni hablar... entre las carcajadas continuaba:

—La primera vez que fui a comprar el vestido para el matrimonio de Eugenia, llegó una señora gordiiiisima a comprar un vestido con falda pegada, la señora Benedicta la atendió muy amable, le preguntó su talla y la señora con voz melosa, le contestó, mi talla es 10, Benedicta en el momento puso cara de horror, trató de disimular, pero fue peor lo que le respondió, —discúlpeme, pero creo que su talla, mínimo, es 18—, mi hermana volvía a reírse, reírse y toser de la risa, seguía narrando:

—La señora se puso furiosa, dijo, tráigame uno talla 10 y usted verá que me sirve, Benedicta iba a insistir... cuando el señor Oscar, su esposo, se levantó y buscó un vestido talla 10, se lo pasó a la señora al probador, pasó un buen rato y no salía ni decía nada, Benedicta le preguntó:

—¿Señora le sirvió el vestido? Si desea le traigo otro estampado. Ella, con voz ahogada dijo, —no puedo quitármelo... Benedicta le refunfuño, —cuidado lo rompe...

La señora protestó:

—Los vestidos en esta tienda son más pequeños...

Benedicta tuvo que entrar a ayudar a la señora a desvestirse... No podía escoger mi vestido de lo cómico de la situación, me tapaba la boca para no reírme fuerte, el señor Oscar no aguantaba la risa, por prudencia no me miraba.

Benedicta, salió bravísima del probador sudada y despelucada como si la hubieran asustado, la señora se fue despotricando que la talla 10 de la tienda Chamiza no se adaptaba a sus 100 kilos de humanidad corpórea.

Retomando el Atelier, estaba fascinada con el ajetreo de acondicionarlo, mi tía, buscaba un artista para diseñar el aviso, lo único que consiguió fue un joven bachiller que trabajaba como dibujante en su casa, ella se tuvo que conformar, le especificó:

—Joven, necesito hacer un aviso que diga:

—*Atelier de Alta Costura Florencia*—, con las letras góticas cursivas.

El joven muy amable respondió:

—Claro que puedo hacer ese trabajo, pero le anticipo que no sé qué es Atelier, aunque eso no importa mucho pues copio la palabra, letras cursivas las hago muy bien, pero lo de góticas me agarró fuera de base, si me explica, cumpliré sus exigencias.

Mi tía, algo contrariada, le dio un discurso:

—Joven, la primera vez que se utilizó la letra gótica fue en el siglo IV para traducir una Biblia, es una letra adornada que da elegancia y dramatismo a la escritura..., el joven con mucha educación la interrumpió y le sugirió:

—Usted, dibújeme una sola letra gótica, una sola y le puedo diseñar el alfabeto completo.

Mi tía se quedó un poco perturbada por la respuesta, titubeó...

—Bueno, sólo hágalo en letras cursivas.

Él acotó, —está bien... ehh, me permito decirle que si desea tener clientes creo que aquí nadie sabe qué es atelier... bueno, es una sugerencia.

Mi tía dio media vuelta y salió echando chispas.

Creo que el atelier quedó a la altura de New York, si no era así, a mí me encantaba, era un salón amplio con maniqués vestidos, uno con un traje de novia blanco como la nieve de New York, con adornos de encajes, cintas y flores; otro con un traje de fiesta largo bordado con piedras y canutillos que brillaban como estrellitas en el firmamento y otro con un pantalón con tachones en la cintura y una blusa de seda ceñida al cuerpo.

Donde se probaban la ropa era mi lugar predilecto, la puerta en madera con olor a licor añejado con su letrero escrito a mano con pintura roja y arabescos alrededor de la palabra —*Probador*—, adentro tenía luces y espejos para mirarse desde todos los ángulos, un banco tallado en madera y una alfombra de fibra vegetal. El espacio donde estaban las telas tenía una magia singular desbordada de colores, de texturas, de diseños y allí había una silla al lado de los estantes con revistas con trajes de moda.

Todas las tardes me iba para el atelier que pasó a ser el mundo mágico de una buena parte de mi infancia, porque cuatro de mis cinco sentidos estaban alertas por los olores, colores, texturas y escucha, ésta última era la mejor receptora del mundo de las mujeres.

Allí llegaban esposas de militares, de doctores, de empresarios, algunas que no eran esposas de nadie, otras que habían sido de alguien, además por la cercanía con otras ciudades y el estilo a lo neoyorquino del atelier, venían mujeres diferentes a las del entorno inmediato. También estaban las mujeres que contrataba para trabajos de apoyo a la confección como hacer ruedos, bordar, pegar botones, cierres y afines. Era literalmente un mundo de, con y para mujeres.

Las madres de las novias eran quienes más me impactaban, en muchos casos ellas estaban más alegres que las novias, llegando a parecer que estaban deseosas de quitarse de encima el peso de las hijas. Una vez llegó una señora con una joven, se bajaron de un carro con chofer, era la primera vez que venían al atelier, mi tía las atendió con esmero, le dieron té en tacitas de porcelana, las chicas de los ruedos tomaban en tazones de peltre.

La señora le explicó que su hija, señalando a la joven, se iba a casar y le habían dicho que el más exclusivo atelier era el de mi tía, continuó su letanía aclarando que el futuro esposo era el hijo del general Fulano, describió detalles de cómo quería su hija el vestido, tipo de bordado, especialmente el largo del velo y pare de contar, mi tía intento hablar, pero no fue posible. La novia, mientras tanto, jugaba dándole vueltas a un llavero alrededor del dedo índice y masticando chicle, al fin la señora se calló, mi tía la hizo pasar al lugar de las telas y de los figurines, allí la mamá y la hija tuvieron un impase porque la novia dijo que no quería velo largo y la mamá le dijo que si lo usaba corto iban a creer que no era niña, como la situación se puso tensa, mi tía les dijo:

—Las dejaré solas para que vean con calma los figurines, hay bellezas de trajes donde pueden escoger.

Me trasladé de lugar para intentar oír algo que me ayudara a descifrar el dilema de cómo una mujer puede convertirse en niña la noche de bodas. No era la primera vez que lo escuchaba, la señora que apoyaba con la limpieza en mi casa, una vez

conversando con mi tía Isaura sobre alguien, le comentó, —ese hombre dejó a esa mujer porque no era niña...—, es decir, que lo de ser niña y al mismo tiempo mujer la noche de bodas era válido para las pobres y las ricas, eso me atormentaba la cabeza, pero a ese tormento se sumaba que nunca oí que un hombre tenía que convertirse en niño esa noche, mucho menos que lo dejaran por esa imposibilidad de metamorfosis.

Al rato, la señora y la hija llamaron a mi tía, ella fue, —¿ya se decidieron, díganme qué vestido escogieron?—, la mamá tenía el figurín abierto y señaló un vestido con la falda esponjada con varios flecos de encajes, parecido a pastillaje de torta y un velo larguísimo, le tomaron las medidas, escogieron las telas, parecía que habían hecho las paces.

¡Ah!, hablando de matrimonios, recuerdo el día que visitó el atelier una amiga de mis tías, su hija menor llamada Olamar se casaría, por cierto, en relación con el nombre de la hija, había una reseña familiar, la señora contaba que el nombre se debía a que fue a la playa sin estar en fecha de parto, apenas entro al mar le vinieron los dolores y la niña nació antes de tiempo y para honrar al mar y sus olas la llamó Olamar. Mi tía Bertha le dijo a mi mamá, —Isabelita, ese cuento es mentira, ella no conoce ninguna playa, lo que ocurrió fue que salió embarazada antes del matrimonio y para disimular dice que nació antes de la fecha por meterse al mar—, mi mamá, refunfuñaba, —Bertha usted siempre tiene un chisme... bueno, pero como sea, pobrecita la hija que tiene que cargar toda su vida con un nombre tan desatinado.

Olamar llegó con su mamá a escoger el modelo del traje de novia, con ellas todo fue más fácil, quizás porque tenían fe en que el gusto extranjero de mi tía era mejor que el de ellas. El traje fue escogido dentro del mal gusto y cursilería de lo tradicional.

Le pidieron a mi mamá permiso para que fuera paje del matrimonio, llevaría la cesta con pétalos de rosas. Olamar era alta y muy gorda, el día de la boda la mamá la tuvo encerrada en un cuarto, porque no la podía ver nadie antes de la ceremonia de la iglesia, mientras la peinaban y maquillaban tenía puesto el vestido de novia blanco, de tul y encajes, armadores y largo, porque si se lo ponía después de arreglada se despeinaba.

Ella, sudaba, le daban agua y aire con unos abanicos.

Yo, en un rinconcito del cuarto disfrutando ese espectáculo ni me movía. La mamá entraba y salía a cada rato, decía, —mucho cuidado que venga tu adorada amiga a besarte antes de la bendición de tu boda, ella es divorciada y trae mala suerte— y se iba, al rato volvía, — ¿te acordaste de ponerte el ligüero de las medias al revés para ahuyentar las envidias?—, entró y salió repetidas veces. Ya cuando estaba lista para salir se le acercó a la hija y le dijo, —Olarar las mujeres cuando se casan niñas deben ser recatadas en la noche de bodas, dentro de unas horas serás una mujer casada y la santiguó.

Yo atrás de la novia cumpliendo mi papel, tal cual me lo encomendaron, hasta que me di cuenta que debía entrar del brazo de un niño vestido con esmoquin, a él le tocaba llevar una bandeja de plata con una cantidad de medecitos, protesté, le di la cesta con pétalos de rosa a él y quise quitarle la bandeja, forcejeamos y las moneditas salieron por el aire, ya teníamos que entrar, la mamá de la novia preocupada porque eso era pronóstico de pobreza para su hija, bueno... recogieron los medecitos que pudieron, aunque me parecía injusto la repartición de tareas, ni modo, fui soltando los pétalos de rosas.

Como el cuento de ser niña y mujer al mismo tiempo la noche de boda se repitió con la mamá de Olamar, en la fiesta le conté a Maly, mi mejor amiga, acerca del dilema, Maly me explicó que a lo mejor era porque se quitaban la edad para engañar al novio, me pareció adecuada la explicación y nos fuimos a correr entre los invitados.

Si no iba para el atelier jugaba con Maly, mi amiga de la infancia más querida, a veces en mi casa y otras en la de ella, pasábamos las tardes jugando yaquis y palitos chinos. La casa de Maly era grande y muy hermosa, su tía Carmen, la cuidaba a ella y a Hans, su hermano gemelo, nos preparaba unas meriendas exquisitas.

Con el tiempo, me di cuenta que su tía dormía en un cuarto fuera de la casa, así mismo, me parecía que la familia de Maly la tenían como oculta, pues una vez que le celebraron un cumpleaños a Maly y Hans, su tía no apareció, como la prudencia no era una virtud que poseyera, cuando fuimos a cantar el cumpleaños pregunté, en voz alta, —¿No vamos a

esperar a la tía de Maly?—, mi amiga miró a la señora Consuelo, o sea, a su mamá, el papá respondió rápidamente, —no, ella ha estado un poco quebrantada— y arrancamos a cantar el cumpleaños feliz.

A mi mamá le había comentado que me parecía extraño que la tía de Maly durmiera en un cuarto fuera de la casa, ella me respondió:

—Noa, no se le ocurra preguntar acerca de esa situación, mire, cada familia arrastra su propia cruz.

Me quedé igual o peor de intrigada, además de impresionada porque me imaginaba a la gente arrastrando una cruz invisible por las calles; cuando me sentaba en la acera a jugar, me quedaba lela viendo a cada persona que pasaba imaginando la cruz que arrastraba; desde ese día la Semana Santa la asociaba con esa imagen de la gente, quizás por la de Jesús de Nazaret. Mi mamá no era muy ganada a ir a procesiones en fechas santas, pero las pocas veces que fui, ella me agarraba de la mano por miedo a que me extraviara, caminábamos un trecho y nos parábamos en la acera a ver pasar la gente, así sucesivamente, en una parada vi personas avanzando arrodilladas, le pregunté a mi mamá:

— ¿Esas personas que van arrodilladas les pesa mucho la cruz?

Ella con tono de extrañeza, dijo:

—Noa, ¿Qué cruz?

—¡Mamá, la que me dijiste, la que cargan todas las familias!—, exclamé.

Algunos fines de semana Maly me invitaba a su casa, nunca me dejaban quedarme a dormir allá, bueno en ninguna casa ajena, pero pasábamos el día metidas en una pequeña piscina que había en el jardín, en varias ocasiones llegaba un primo, con uniforme de cadete, él entraba al cuarto de la tía, muy pocas veces lo vi participar con la familia de mi amiga, me ronroneaba lo dicho por mi mamá, —*no se le ocurra preguntar y lo de la cruz que arrastraban*—; por suerte para mí, Maly, por su propia iniciativa me comentó, —Alberto, no puede ensuciarse el uniforme de cadete ni tener una arruguita en el pantalón, los guantes tienen que estar impecables—, se refería al primo, entonces, aproveché de hacer dos preguntas de una sola vez,

—¿Tu primo es hijo de doña Carmen? ¿Y por qué no se queda adentro de tu casa?

Maly, subió y bajo los hombros, —no sé—, seguimos chapuceando en la piscina.

Así pasamos algunos años juntas jugando yaquis, palitos chinos y chapuceando en la piscina y yo con mi curiosidad guardada, hasta que un día, estábamos en un saloncito cerca de la cocina, sentadas en el suelo, recortando muñequitas de papel con sus atuendos, Hans también estaba jugando con su hámster. En la cocina la tía conversaba con la señora Consuelo, la mamá de Maly, al rato empezaron a subir la voz, seguí jugando sin mirar a Maly, subía el tono de la discusión, la tía Carmen, dijo:

—Te he cuidado tus hijos, tu marido, tú casa y nunca será suficiente... aunque sabes que no fui culpable.

Maly me miró y se puso el dedo índice en la boca, con gesto de hacer silencio, me quedé impávida y seguí vistiendo las muñequitas.

La mamá de Maly le respondió:

—Carmen, sabes que por tu culpa no me casé con Ramón... la tía no la dejó continuar hablando respondiéndole:

— Consuelo, ¿Por mi culpa? Tú sabes lo que pasó, nunca me creyeron... nadie de la familia me amparó, no pude seguir mis estudios, siempre como que le debía la vida a todo el mundo... salió de la casa llorando.

Las dos nos miramos, Hans se reía como en burla, Maly me dijo, —no le cuentes a nadie lo que pasó—, le respondí —te lo juro, a nadie— y seguimos recortando nuestras muñequitas.

No le conté nada a nadie, ni siquiera a mi mamá, aunque no entendía la dimensión de los hechos, algo me decía que si se lo contaba no me dejaría jugar más con Maly.

Algunas veces, Maly y yo nos íbamos a jugar al atelier, nos encantaba escoger los botones para los vestidos, una tarde estábamos sentadas alrededor de un mesón largo junto con las muchachas que apoyaban a mi tía, haciendo nuestro trabajo con los botones, ese espacio estaba separado del salón principal por un vidrio, se veía de adentro hacia afuera y viceversa, desde allí vimos cuando llegó la señora, la del cuento del velo,

la del chofer, la de la hija mascando chicle.

¡Guao, Qué bueno que regresó!, mi tía decía que había perdido una buena cliente, porque después de ese día cuando le tomaron las medidas a la hija no habían vuelto, vino con otra joven, entraron, la señora conversaba con mi tía con mucha gesticulación de manos, al rato fueron al cuarto donde se toman las medidas, pasaba el tiempo, nosotras curiosas, entonces puse unas galletas en una bandejita y se las llevé, cuando entré la señora estaba llorando y mi tía tomándole las medidas a la joven, me puse a acomodar las revistas, me fui quedando, resultó que la primera novia se opuso rotundamente a casarse con el hijo del general Fulano, ella estaba enamorada de su primo. El hijo del general Fulano estaba avergonzado y ofendido por el rechazo, era gente de mucha influencia, entonces pidió como compensación casarse con la hija menor, a pesar de usar a la hermana menor como botín de intercambio, no salió tan afectada, ella había estado siempre enamorada de él, pero no podía hacer nada porque era el novio de la hermana, así que redujeron el tamaño del vestido y alargaron más el velo.

En ese mesón, una bordaba con pedrería, otra hilaba encajes en una falda, otra hilvanaba ruedos, todas unidas por las tertulias, yo recortaba modelos de trajes de revistas viejas, participaba de las tertulias con mi escucha y algunas preguntas para aclarar dilemas. Un sábado cuando llegué, ellas estaban conversando, Leonor estaba embarazada y les decía, —en mi casa siempre mi mamá les daba las mejores presas, a mi papá y mis hermanos, dizque porque los hombres son más grandes y gastan más energías, así decía ella, pues miren... mi esposo está desempleado y estamos apretados de plata, pero cuando hay carne le doy a él el trozo más grande—, María añadió, —es verdad, en casa de mi mamá también hay esa costumbre, menos mal que tengo sólo niñas y nosotras nos comemos todo— y se rieron.

En ese grupo de mujeres estaba Misia Alba, era una señora que vivía enfrente de mi casa, gorda, rubicunda, descendiente de alemanes; mi hermano mayor pasaba horas conversando con ella, él decía que era muy leída. Mi tía Florencia le pidió a Misia Alba que trabajara con ella para supervisar a las más

jóvenes, ella encantada, sólo tenía que cruzar la calle. Misia Alba, hablaba pausado, con voz de terciopelo color vino tinto, en esa tertulia acerca de la costumbre en la comida, le dijo a Leonor, —sabe algo Leonor, si usted está embarazada y su esposo no está trabajando ¿Cuál energía gasta?, quien requiere más alimento es usted que está embarazada... ¡Qué cosa tan absurda! decir que los hombres gastan más energía, por esa creencia hay familias donde les dan más comida a los varones que a las niñas, y resulta que ellas requieren de hierro por la menstruación, ¿no les parece?—, se quedaron pensando y afirmaron con la cabeza.

En un principio mi lugar predilecto era el probador, pero después de pasar ratos con Leonor, María, Elvira y Misia Alba, sólo quería estar con ellas, les puse el nombre del grupo de las cinco, incluyéndome. Ese salón tenía aroma a secretos, a café con miel, a pespunte, a hilvanado, a risas y lágrimas; en el mesón había varias manzanitas de fieltro rojo con hilos verdes, claveteadas con alfileres de cabecitas de múltiples colores, en ese mesón se cosían telas y se zurcían cuentos.

Una mujer alta vestida de traje con paltó, diría mi mamá —*como toda una ejecutiva*—, entró al atelier, del grupo de las cinco, quienes estaban mirando hacia el salón principal con sus miradas incitan a que las otras voltearan, eso sí, discretamente porque si no Misia Alba protestaba. La señora por su estampa no era de nuestros lares, estuvo mucho rato conversando con mi tía y se despidieron. Todas nos miramos extrañadas, mi tía entró y nos dijo:

—Están que se mueren de intriga... ¡hay que ver!... — se puso a tomar café lentamente, para mortificarnos, al fin dijo, —muchachas les cuento, la señorita vino a averiguar si le podemos confeccionar varios talleres en casimir, pero ¡imagínense! sólo puede venir a tomarse las medidas un sábado y traerá las telas, cuando estén listos hay que enviárselos a Caracas.

Elvira, dijo, — ¡Ay Dios! ¿Por qué tantas exigencias?

Mi tía le contestó:

— ¡Ah pues!, porque es mujer, muéranse, me contó que tiene un cargo ejecutivo en una empresa y es la única mujer, estudió en Estados Unidos con mucho esfuerzo para tener un trabajo digno, pero como es bilingüe y tiene cargo de jefatura, los

hombres le hacen la vida imposible, le dejan papелitos anónimos en el escritorio, si falta un día, así sea justificado, el jefe le llama la atención, pero el muy cretino lo hace porque se niega a salir con él.

Misia Alba, repicó, —ahí tienen, sigan dándole las mejores presas de comida a los hombres—, todas rieron, menos mi tía Florencia porque no sabía a qué se refería el comentario.

Muchas veces, entre ellas hablaban como en clave, un día en especial, recuerdo que estaba furiosa porque no entendía claramente la conversación, Elvira, dijo, —saben... ayer estábamos haciendo una torta y mi hermana se empeñó en batirla, pero la torta no esponjaba y bate que bate la mezcla y nada, mi mamá extrañada, al fin dijo será que no esponja porque estoy maluca... nos dio una rabia con ella...

María, añadió, —eso es verídico, cuando estamos así no debemos hacer nada de repostería, ni tener aquello porque los hombres se enferman....

Yo estaba sin comprender nada, pero no preguntaba porque iban a dejar de hablar, esperaba que interviniera Misia Alba apostando a entender algo...

Leonor comentó, —no sé si es verdad, mi mamá nos prohibía comer limón en esos días porque se aguaba la sangre, era una cantaleta con que ninguno de los hombres de la casa se diese cuenta que estamos en los días... ¡Qué fastidio!

Misia Alba las miraba con ojos de —*no hablen tantas tonterías*—, no aguantó quedarse callada y con voz de consejera comentó:

— ¡Ay niñas! ¿Cómo van a creer tanta charlatanería? Esos son puros mitos, ¿Por qué debemos tener vergüenza de lo que ocurre en nuestro cuerpo?, ¿Por qué hablar en código si tiene su nombre? —*menstruación*—, ¿Por qué la menstruación va a dañar las tortas, enfermar a los hombres, ponernos limitaciones?... , iba a seguir hablando, pero Leonor, le increpó:

—Usted dice que son mitos, eso significa que son mentiras, además hablamos así en clave por la presencia de Noa.

Ahí mismo Misia Alba, alegó:

—¡Niñas por Dios!, son ideas erróneas acerca de las mujeres que nosotras mismas repetimos, sus abuelas a sus madres, estas a ustedes y ustedes a las más jóvenes. Noa, debe saber cuáles serán los cambios que tendrá su cuerpo a medida que crezca...

Yo estaba molesta porque se referían a mí como si no estu-

viera ahí con ellas, les dije, —al principio no sabía que decían, pero menstruación sí sé que es, mi hermana tenía en las gavetas unas almohaditas blancas que se las llevaba para el baño y le pregunté para qué usaba esas almohaditas, que yo quería unas y ella me explicó... ya sé que debo esperar unos años para tener las almohaditas.

Todas se rieron y me agarraron a besos... eso no lo entendí, pero me gustó.

Cuando cumplí 8 años nos mudamos para Caracas, la capital del país, pero todos los años íbamos a visitar a mis tías, quienes se quedaron en la casa grande de mi infancia, además de ir al atelier, la visita obligatoria, por supuesto, era verme con Maly, a pesar de habernos separado geográficamente, toda la vida seguimos afectivamente muy cercanas.

En una de esas visitas me quedé dos días donde Maly. Nunca habíamos hecho referencia al episodio de la tía con su mamá, pero en esa visita Maly muy consternada, me dijo, —Noa, recuerdas aquella discusión entre mi tía y mi mamá, bueno... esa no fue la primera vez que ocurrió, en varias ocasiones las había oído discutir, amiga, no le cuento a nadie, pero no sé..., quiero mucho a mi tía Carmen, la veo vulnerable, pero a la vez me imagino lo que siente mi mamá... se quedó callada.

—Maly, no recuerdo mucho... sólo cosas imprecisas, eh... ¿Por qué no hablas con Hans? A lo mejor sabe más cosas que tú.

Maly muy enojada comentó, — ¿Hablar con Hans? ¡qué va, amiga!, me ha dicho que no sea dramática, que esa es pelea de mujeres, que él no apoya a ninguna porque están locas, inclusive dice que mi papá es un alcahuete.

—Maly, no sé qué decirte, bueno... puedo oírte.

—Nadie me ha contado nada, pero he oído suficiente, parece que mi mamá estaba comprometida para casarse, unos meses antes del matrimonio, mi tía le confesó a su mamá, bueno... mi abuela, que estaba embarazada, pero mi tía no dijo quién era el responsable del embarazo, tanto la presionaron que confesó que Ramón, el novio de mi mamá, la había violado y quedó embarazada, creo que llamaron a Ramón y dijo que era verdad que estuvieron juntos, pero negó que la violó, sino que fue un error consensuado entre los dos, no sé más detalles, no

creo que mi tía haya inventado eso, pero pienso que quedó la duda, para mi mamá debió haber sido muy difícil, no sé Noa. La historia me dejó impactada, no había vuelto a recordar ese momento, sentí a mi amiga apesadumbrada, entonces le sugerí:

—¿No te atreves a preguntarle acerca de lo ocurrido a alguna de ellas?

—Noa, lo he pensado y de conversarlo sería con mi tía, aunque siento que traiciono a mi mamá, es como nadar entre dos corrientes de agua.

—Maly, entiendo, esos sentimientos duelen, no sé, quizá, si conversas con tu papá, no crees que si Hans dice que es alcahuete es porque conoce la historia, ¿No te parece?

—Quizás tengas razón, respondió Maly.

Ese encuentro fue cargado de historias de nuestras vidas, después de pasar el día compartiendo la cuita de Maly, en la noche, acompañadas de una botella de vino que Maly se había robado de los licores del papá, le conté un suceso familiar ocurrido cuatro años de estar viviendo en Caracas, no habíamos tenido la posibilidad de compartirlo.

Comencé pausadamente a relatarle:

—Una tarde estaba con mi mamá esperando el transporte, frente a nosotras se estacionó un carro y se bajaron tres hombres, todos con paltó marrón, camisa blanca sin corbata, en el momento que se bajaron mi mamá me agarró de la mano me condujo hacía adentro del edificio y bajito me susurró, —guarda silencio, tranquila—, yo no entendía nada, nos paramos a esperar que bajara el ascensor, los hombres entraron y también esperaron el ascensor, al abrirse entramos, mi mamá les preguntó, a cuál piso iban, uno de ellos, respondió, al piso 8, mi corazón se aceleró, ella marcó el botón 8, otro le preguntó, —¿Usted sabe en cuál apartamento vive el señor Antonio Carell?—, mi mamá con mucho coraje, respondió, —es mi hijo, pero no es un señor, apenas ayer cumplió 15 años—, se abrió el ascensor, antes de abrir la puerta, les interrogué, —¿Quiénes son ustedes y para qué solicitan a mi hijo?—, ellos, respondieron, —somos de la Dirección General de Policía DIGEPOL, su hijo tiene orden de detención por subversión política—, yo no entendía nada, ella los invitó

a pasar, a sentarse y les ofreció café, añadiendo, —¿Cómo va a ser subversivo político un adolescente?, ellos, sólo dijeron, —señora ¿él está aquí?.

Mi hermano se estaba bañando, mi mamá le tocó la puerta diciéndole, —Antonio, vístete que unos señores te buscan—, se fue a prepararles café. Antonio, salió con la toalla alrededor de la cintura, como de costumbre sin secarse bien, se asomó a la sala, ellos, le preguntaron, ¿Usted es Antonio Carell?, mi hermano con expresión de extrañeza, dijo, —Sí, ¿por qué?—, mi mamá salió apresurada de la cocina, les llevó las tazas de café, les pidió que le permitieran a Antonio vestirse para que le explicaran la situación.

Maly tenía los ojos desorbitados, no tenía información de la realidad política del país de esa época, me decía, —Cómo que Antonio era subversivo, ¿qué significa eso?

—Maly, con esa experiencia de Antonio, mi hermano mayor me informó acerca de lo que ocurría en el país, en ese tiempo existían fuertes movimientos políticos influenciado por la revolución cubana, eran grupos guerrilleros que estaban clandestinos en zonas montañosas y urbanas, habían dirigentes políticos en los liceos y universidades consiguiendo jóvenes de apoyo, mi hermano Antonio fue uno de esos jóvenes convencidos por ellos, que la revolución cubana era una opción para toda América latina; había persecución política contra quienes adversaban el gobierno, si los capturaban los llamaban presos político, esa era la causa para llevarse a Antonio.

Los detectives le dieron a mi mamá una hoja, recuerdo con nitidez, que al trasluz veía unos sellos azules, mi mamá a medida que la leía se le humedecían los ojos, les devolvió el papel a los detectives y les dijo —procedan con su trabajo—. Ella me aclaró, —hija, van a revisar toda la casa, no te preocupes todo va a estar bien.

Luego entendí que era un allanamiento, voltearon colchones, gavetas, biblioteca, absolutamente todo, buscando material subversivo o armas, cualquier cosa que incriminara a mi hermano. No consiguieron nada, pero a él lo esposaron y se lo llevaron, nunca olvido esa escena, la expresión de mi mamá la tengo grabada en mi memoria eternamente.

Estuvo preso 3 meses, pero para mi familia fueron 3 siglos, salió rápido porque buscaron abogados y ayudó que no encontraron nada que lo comprometiera en la casa, en fin...,

pero lo más dramático para mí, era visitarlo, aunque era preso político y lo tenían con otros jóvenes, separados de los presos comunes, para la familia fue un trance devastador, recuerdo que ellos se ponían unas boinas rojas y al terminar la visita cantaban en coro la emblemática *Bella ciao*, una canción política que entonaba la resistencia italiana contra Mussolini en la Segunda Guerra Mundial. Todas estas explicaciones me la daban mi familia para que pudiera entender lo que vivíamos con Antonio.

Ese encuentro fue inolvidable porque compartimos confidencias que duelen y también una alegría; supe que Maly quería estudiar psicología, que era posible que se fuera para la capital a la casa de su tío, faltaban dos años, pero celebramos la posibilidad de volver a vivir en un mismo lugar.

En el edificio donde nos residenciamos al llegar a Caracas, en ese dónde se llevaron preso a mi hermano, pasé una parte de mi infancia y la adolescencia temprana, en el piso de debajo de mi apartamento vivían dos mujeres muy flacas, largas, con el pelo recogido en moño en la nuca, amargadas y fumadoras empedernidas. Dora, la muchacha que trabajaba en la casa decía que eran amargadas porque eran solteronas. Ellas eran profesoras de ballet, daban clases en su casa todas las tardes y noche, desde las 4 p.m. se oía la música clásica hasta las 8 p.m. Nuestro cuarto, el de mi hermana y mío, tenía un balcón que sobresalía, al asomarme podía ver las piernas de las niñas con sus medias mono y zapatillas rosas de ballet, las profesoras gritaban, —arriiiba, punta de pie, uno, dos, uno, dos... fula-niita, dije punta de pie—, al rato, —primera posición de pies, así nooo, vamosss, tercera posición de brazos, menganita... ¿Estás dormida?, salte del grupo...—, yo, me acostaba en el suelo entretenida mirando la clase.

Con el tiempo dejó de distraerme ver las clases, sólo se oía la música en mi casa, de repente me di cuenta que tenía tiempo sin escucharla, entonces comencé a poner atención, no hubo más niñas, ni clases ni música ni gritos. Le pregunté a mi hermana si sabía por qué dejaron de dar clases de ballet, no sabía nada, mi mamá tampoco, estaba extrañada.

En el edificio tenía dos amigas Ruth, italiana, muy alta, flaca, con cabellera en rulitos color caoba, con ojos verdes; Elisa,

chilena, gordita, bajita, cabellos lacios rubios largos y también de ojos verdes; yo, indiecita, flaquita, con cabellera negra larga y con ojos negros, los varones nos llamaban el trio disparejo. A ellas les pregunté si sabían dónde estaban las profesoras de ballet, Elisa nos contó que como su papá era médico, una noche lo fueron a buscar porque una de ellas estaba muy mal, tenía una depresión, él le dijo que debería consultar un psiquiatra; además su papá le contó a su mamá que ellas eran rusas, se habían venido de su país hacía muchos años, sus familias estaban en Rusia y que eran amigas desde la infancia. A los días, al regresar del colegio había mucha gente alrededor del edificio, una ambulancia y policías, Dora siempre me esperaba abajo hasta cuando llegara en el transporte, ese día al bajar del autobús, la convencí de quedarnos ahí para saber qué pasaba. Oímos decir a la vecina del mismo piso de las profesoras, que sintió un olor extraño que venía de la casa de ellas, tocó el timbre y no respondieron y decidieron llamar a la policía y estos a los bomberos, forzaron la puerta y las encontraron muertas. Ese suceso quedó, por un tiempo, como un misterio.

Sara, la hija de la conserje, jugaba con nosotras, los sábados su mamá limpiaba el apartamento de las profesoras. Sara nos comentó que su mamá estaba triste por la muerte de ellas porque estaban muy solas, que se vinieron de su país, porque el día del matrimonio de una de ellas, el novio no fue a la ceremonia, la vergüenza la hizo emigrar y la amiga se vino con ella, pero seguíamos con el suspenso de porqué murieron las dos al mismo tiempo.

Llegó la navidad con la alegría de los regalos olvidamos el suceso de las profesoras, cada una de nosotras pidió de regalo, el bebé querido, el muñeco de moda, tenía la carita de goma con la expresión de un bebé recién nacido, los brazos y manos cerradas en puño de goma, el cuerpo de tela, jugábamos escondidas de los varones porque ellos se burlaban de nuestros juegos, especialmente Roberto, el otro hijo de la conserje, él acababa de llegar de Portugal. En una ocasión dejamos los bebés en el piso y nos fuimos a saltar cuerdas, cuando regresamos el bebé de Ruth no estaba, ¡la tragedia!... empezamos a buscarlo por todos lados, enfrente del edificio había una plazoleta con árboles en uno de ellos estaba colgado el bebé, Ruth lloraba diciendo ahorcaron a Riqui, sabíamos que

el responsable era Roberto. Ese episodio no se quedaría así, sin pena ni gloria.

Eduardo, mi hermano mayor llevó para la casa unos ajíes de colores bellísimos, rojos, verdes y amarillos, según decían eran picantísimos, se me ocurrió coger uno de cada color y le dije a mis amigas que lo pusiéramos en una bandejita, como parecían unas frutas los dejáramos allí para que Roberto agarrará uno, efectivamente lo hicimos, nos fuimos a jugar en otro lado y como siempre hacía él, fue, vio las frutas, se metió una en la boca y la mordió, salió corriendo gritando, se puso rojísimo, estaba ahogado, lloraba, la mamá no sabía qué le pasaba, nosotras asustadas, ellas me decían ¡matamos a Roberto!, el papá de Elisa bajó, lo atendió, Roberto, al rato pudo explicar y enseñó lo que comió, nos llamaron y dijimos que estábamos jugando y que esa era la comida de los bebés. Roberto casi muere, pero nunca nos delatamos.

En realidad, mi juego predilecto era montar bicicleta haciendo que era mi caballo y yo vaquera, le decía a mi hermano que hiciera de bandido, con un pañuelo en triangulo amarrado atrás tapándose media cara, él corría, yo lo perseguía para enlazarlo. Un día se enredó los pies corriendo, se partió la boca y un diente, lo llevaron a la clínica, me quedé llorando del susto, cuando regresó venía muy inflamado, no podía abrir la boca, me escribió en un papel, —Hermana por tu culpa perdí un diente, me cosieron para siempre media boca y no podré hablar más nunca— al final de la hoja escribió, —tu hermano que sufre. Antonio—. Pasé llorando escondida toda la noche, como compartía el cuarto con mi hermana mayor, me oyó llorando, se levantó y se sentó en mi cama a preguntarme por qué lloraba, saqué debajo de la almohada el papelito, ella lo leyó, me abrazó y me dijo que era mentira, al día siguiente regañaron a Antonio con su boca hinchada y dejé de hablarle dos días.

Habíamos olvidado el asunto de las profesoras de ballet, hasta cuando llegó una señora al apartamento de las profesoras, nadie sabía quién era, entonces volvimos a pensar en ellas. Elisa era la informante clave, nos relató que la señora buscó a su papá para que la acompañara a la medicatura forense a buscar los informes de... se me olvido la palabra... creo que necro... algo... es algo para saber de qué murieron—. Elisa bajó la voz, nos dijo, —esto es secreto no lo puede saber

nadie—, nos acercamos con los brazos entrelazados, —lo oí porque me quedé escondida cuando mi papá conversaba con la señora, lo que entendí era que ellas murieron a la misma hora porque tomaron muchas pastillas—, la señora comentó llorando que era tía de una de ellas y que dejaron su patria porque eran lesbianas o lesbianas... no entendí la palabra—, las tres nos miramos, Elisa añadió, —no sé muy bien que significa, es algo así como enamoradas—. Sara, dijo, —como es secreto no puedo decirle a mi mamá que deje la tristeza por la muerte de las profesoras porque no eran tan buenas como ella cree— Nos quedamos en silencio.

Como era costumbre unas vacaciones me fui a disfrutar de mis tías, mi atelier y Maly. El atelier seguía cautivándome, aun y cuando estaba más grande, para todas seguía siendo la más pequeña, en las tardes, igual a cuando era pequeña, pasaba horas con el grupo de las cinco, la primera tarde que fui querían ponerme al día con las historias, hablaban todas a la vez, Misia Alba las regaño, —¡Van a volver loca a Noa!, lleguen a un acuerdo del orden de importancia de las historias y van narrándolas poco a poco—, se miraron y sin hablar acordaron: María empezó:

—Noa, recuerdas a la señora Cecilia, la esposa del Juez, que tenían una hija, Lupita, que cuando niña fue muy protegida, mimada, educada en el mejor colegio. Bueno, resulta que el año pasado, de un momento a otro se mudó con esa familia una mujer joven, inclusive una vez vino para acá a encargar un traje de fiesta, nosotras dedujimos que era alguna sobrina de ellos.

La señora Cecilia muy devota y colaboradora con la iglesia, así de repente, se fue retirando, sólo iba a las misas, se le veía apesadumbrada...

María, no des tantas vueltas y cuéntame, protesté

—Ah, bueno... el cuento es que la niña Lupita, no era hija de la señora Cecilia y de su esposo, sino del hermano del juez, quien embarazo a una enfermera del hospital donde él trabajaba; como la señora Cecilia no podía tener hijos, el cuñado habló con ellos para que la presentaran como su hija, la enfermera, mamá de la niña estuvo de acuerdo. El juez arregló todo legalmente para que apareciera como su hija, fue un

secreto familiar porque el cuñado era casado y no le dijeron nada a la esposa. Cuando ellos llegaron a esta ciudad Lupita estaba recién nacida.

Elvira continuó:

—La que creíamos que era una sobrina, resultó ser la mamá de la niña y apareció amenazando que le iba a contar, a Lupita, la verdad, también a la esposa e hijos del papá, o sea, del hermano del juez. Noa, esa gente tiene dinero e influencias. El hermano del Juez se trasladó unos días para acá, a las pocas semanas la verdadera mamá de Lupita, no se vio más nunca por aquí, dicen que él, o sea, el verdadero papá de Lupita, la mandó a matar.

—¡Uy! Que enredo, ustedes creen que fue así... les pregunté.

—Pues con certeza nadie sabe nada, pero vino un hermano de la muchacha preguntando en todos lados acerca de la hermana porque desde hacía varios meses no sabían de ella y coincidió la venida del hermano del juez con la desaparición de ella. La señora Cecilia no sale de la casa, ni siquiera a misa, nunca volvió a ser la misma persona, todo es muy confuso.

Con ese relato recordé lo de la cruz que arrastra cada familia.

Maly me fue a buscar al atelier para que me quedara en su casa, en el camino me dijo, —te tengo una sorpresa—, iba ansiosa por saber..., pero no me dio ni una pista. Cuando llegamos a su casa me condujo hacia su cuarto, antes de entrar me tapó los ojos, adentro me dijo, —¡miiira!—, —¡Guao! que sorpresa, su cuarto de niña había desaparecido, las dos camas individuales las cambió por un colchón grande en el suelo con muchos cojines de figuras en colores sicodélicos, tenía un afiche inmenso de John Lennon y Paul McCartney, le comenté que tenía afiches de ellos y mi hermano inventó pegármelos en el techo del cuarto para verlos desde la cama. La sorpresa nostálgica especial para mí fue un afichito pequeño con el artista de la serie Sugarfoot, la abracé por los recuerdos de la infancia, nos sentamos sobre los cojines, recordando nuestro enamoramiento con los protagonistas de Sugarfoot y Bronco Lane, el primero era mi amor y el segundo el de Maly, de esas series me quedó el sueño de ser vaquera, por ello le rompí un diente y la boca a mi hermano Antonio enlazándolo por asaltante de diligencias.

Esa tarde estuvimos hasta la madrugada conversando, en un momento Maly cambió de expresión y me dijo, —Noa, te tengo una noticia, hablé con mi papá, le dije que quería saber lo que había pasado entre mi mamá y mi tía, pero que no me atrevía a preguntarles a ellas, que tenía derecho a saberlo porque en varias ocasiones las oí discutir—.

Mi papá muy amoroso, me respondió:

—Hija, te voy a contar... tienes toda la razón es tu derecho saberlo. Ramón, el novio de tu mamá era mi amigo, éramos cuatro amigos inseparables Ricardo, Pedro, Ramón y yo, conocimos a tu mamá en una fiesta, a mí me encantó ella, pero Ramón era muy extrovertido, gran bailaror, conversador, cautivaba primero que nosotros a las muchachas, cuando vi que él se prendó de Consuelo, disimulé y no me le acerqué más a tu mamá.

—Noa, me quedé boquiabierta no tenía idea que se conocían desde muy jóvenes... Maly continuó narrando lo que su papá le contaba:

—Ramón insistía en que saliera con tu tía Carmen, una vez me llevó a la casa de ellas para que la conociera, pero nunca fui conquistador como Ramón.

Con el tiempo tu mamá se comprometió con Ramón, pero meses antes del casamiento se disolvió el compromiso, por un tiempo no supe que había pasado, pero una vez estaba con Ramón tomando cervezas y le pregunté por qué no se casó con Consuelo, él me dijo:

—Daniel sabes que las mujeres son puro dramatismo, a Consuelo se le metió en la cabeza que estaba enamorado de Carmen...—.

Como sabía que Ramón era muy enamorado, le dije, —Ramón te conozco, ¿Será qué Consuelo te cazó dándole vueltas a Carmen y por eso rompió el compromiso?

Ramón sonrió, añadiendo:

—Sabes que presa es presa—.

Mi papá con la mirada lejana siguió:

—Pasado un tiempo me encontré con Consuelo en una reunión, desde la separación con Ramón no la había visto, conversamos toda la noche, desde ese día nos fuimos acercando, al tiempo me confesó que Ramón, según Carmen, la había violado quedando embarazada. Hija, no podía salir de mi asombro, recordé la respuesta que él me había dado, estaba

atónito, pero conociéndolo no me extrañaba y conociendo a Carmen no creía que lo hubiera inventado. La verdad es que sólo Carmen y Ramón saben la verdad, durante años he tratado de aliviar ese dolor de ambas, pero las entiendo cuando alguna circunstancia les remueve la memoria. Sólo te pido que seas compasiva porque son situaciones que dejan heridas sin sanar en la vida.

*Maly lloraba mientras lo narraba, nos abrazamos, nos fuimos quedando dormidas soñando con nuestros recuerdos hermosos, con los no tan hermosos y con los mitos aprendidos, unos se quedaron arraigados por la razón, otros los desbrozamos con la sinrazón que habitaba nuestro propio espacio de ser mujeres...*

## Desentrañando las sabias... de mi pueblo color de onoto

Nací en un lugar que era un punto en el mapa de Venezuela, como una semilla de onoto, por el color de la tierra y lo pequeño del pueblo. Pudiera ser también un punto en el mapa de cualquier otro país de América del Sur, porque lo que aquí he de historiar son vidas individuales, indefectiblemente colectivas, marcadas por una historia símil entre los pueblos mal llamados del tercer mundo. ¡Que sepamos el mundo es uno solo! Sin embargo, a mi pueblo lo signa un origen muy particular, no fue como la mayoría de las fundaciones de otras poblaciones, donde llegaron una bandada de españoles, arrastrando con todo cuanto consiguieron, clavando su cruz, imponiendo sus costumbres, si había riquezas se adueñaban de ellas; los oriundos de ese lugar, si eran hombres pasaban a ser sus sirvientes y las mujeres pasaban a ser sus esclavas sexuales, las más jóvenes, madres de una progenie nacidas del abuso, señalados luego como bastardos y bastardas. Como la historia no es blanca y negra, sino que las mentiras historiadadas la tiñen de grises, existe la otra versión, la cual cuenta que esos españoles no fueron tan malos, sino unos caballeros civilizados, quienes al unirse con la raza autóctona de América conllevan al mestizaje, sin el cual no hubieran nacido los/as criollos/as, además de traer nuevas técnicas de agricultura y ganadería, siendo lo más importante que abrieron rutas comerciales entre América y otros lugares del mundo, por decir lo menos de la leyenda benévola.

Lo cierto es que mi pueblo se salvó de ese controvertido origen, se formó por evolución espontánea, hacendados de ciudades cercanas fueron comprando tierras, entonces llegó gente a trabajar, a la vez esos terratenientes trajeron su familia y sus peones, fundaron una iglesia, luego una plaza y así, poco a poco se consolidó el pueblo.

En ese pueblo nací y crecí. Soy la penúltima de cinco hijas, mis tres hermanas mayores nacieron en la ciudad, mi mamá era enfermera del hospital de esa ciudad, se vino al pueblo

porque a mi papá le ofrecieron trabajo como encargado de la hacienda de Don Lecuna. Cuando se casaron, mi mamá hizo el juramento: —*seguirá a su marido a donde quiera que él vaya*—, en contra de su voluntad tuvo que dejar su trabajo que tanto le gustaba, sin importar, tan siquiera, que las condiciones de vida en el pueblo dejaban mucho que desear comparativamente con la de la ciudad.

Lo cierto es que ser marido es toda una distinción, al casarse dicen: —los declaro marido y mujer—, o sea, que a la mujer no la distinguen, ella es mujer y sigue siendo mujer, a los hombres le otorgan el grado de marido, por eso los hombres pueden decir, sin que suene mal, —mi mujer está en casa—, pero si las mujeres dicen, —mi hombre está en casa—, suena disonante, suena armónico —mi marido—. ¡Ah! y debes seguirlo a todos lados menos cuando va de parranda o a echar una cana al aire, como dice el argot masculino. Me pregunto: *¿Por qué el dicho especifica que sea una cana?, ¿Será por la adolescencia senil que padecen los hombres a los 40 años?*

Las reseñas y crónicas se refieren al pueblo como un pintoresco valle, les parecerá pintoresco porque no nacieron ni crecieron en él. Es visitado por grupos de estudiantes con sus docentes, aficionados al cine, profesionales pluridisciplinarios; según los intereses de cada quien, toman fotos, entrevistan a la gente del pueblo, y filman hasta los entierros. ¡Ah! y hacen parrandas a la orilla del río, bueno... diríamos que la pasan bien. Lo más pintoresco es que con nuestras vidas miserables hacen tesis, crónicas, libros, documentales. La mayoría de esas constancias históricas nunca llegaron a nuestras manos.

Terminé la secundaria en un liceo de la ciudad más cercana a mi pueblo, porque este era tan pintoresco que en el único liceo que había, sólo se cursaba hasta tercer año de bachillerato. Me gradué a los 17 años, soñaba estudiar en la universidad. La mayoría de las mujeres del pintoresco pueblo se quedaban allí, pariendo, rezando rosarios en la Iglesia o rezando y llorando en la procesión nocturna de los entierros, costumbre que a los visitantes les parecía digna de documentar. Los entierros de los hacendados no les llamaba la atención, sólo el de los pobres.

A propósito de entierros, viene a mi memoria un día que había

llovido mucho, esa noche iban a enterrar al señor Pameló, un personaje importante porque fue el dueño de la bodega más grande del pueblo. Estaban de visitantes tres doctores; para la gente de aquí todo aquel que venía de afuera era doctor, pero si eran mujeres las mencionaban como las novias o esposas de los doctores. Una vez llegó una mujer con un grupo de hombres jóvenes, mi tía le preguntó a uno de ellos, —mire mijito ¿esa joven de quién de esos muchachos es novia?—, él le respondió, —no es novia de ninguno, ella es la doctora que dirige el grupo, nosotros somos los alumnos.

Así de singular es la gente de mi pueblo.

Volviendo al entierro, la procesión salió de la casa del señor Pameló, ¡Que el Señor lo tenga en su gloria!, había mucho pantano rojizo, del color del onoto, la noche muy oscura, las mujeres adelante en grupo rezando y llorando, incluidas la esposa y la querida del difunto, allí todas se juntan, porque son escogidas para tal misión, ser del grupo de las lloronas da un rango de respeto. Uno de los doctores iba con una súper filmadora detrás del grupo de mujeres y para filmarlas mejor se desplazó hacia la derecha cayendo en una fosa que se había erosionado por la lluvia, sus otros 2 compañeros iban al lado de mi hermana y mi prima en la cola de la procesión, tratando de convencerlas para que se fueran a un toque de cuatro que había en el río, por supuesto, nadie se dio cuenta de la extraña desaparición del doctor con la filmadora. Al día siguiente supimos que hubo una trifulca entre los doctores, cada uno responsabilizaba al otro de haber perdido, no sólo la filmadora que se estropeó, sino el testimonio filmico del entierro, debían irse al día siguiente y era muy difícil que coincidiera la muerte de alguien para que los doctores pudieran tener su material filmico para aprobar la materia de antropología.

La mayoría de los visitantes eran hombres, lo que hace suponer que, entre sus actividades académicas e intelectuales, estaban previstos los paseos nocturnos por la plaza y la iglesia, cazando o pescando, no sé cuál apelativo es más acorde con el hecho de escoger entre las más jóvenes, la carne fresca, decía celoso, mi primo. Existen miles de historias, desde las más ingenuas hasta las más dramáticas, acerca de los gentiles visitantes.

Por mencionar una, la cual pudo ser dramática, pero la sabiduría de mujer le cambió el rumbo. En una oportunidad, un doctor con su grabadora en mano le hacía una entrevista al señor Lorenzo, muy reconocido por sus pinturas ingenuas, que recreaban los modos de vida del pueblo. Mi hermana mayor tendría 15 años, pasó por el frente de la casa del señor Lorenzo, quien estaba en la puerta conversando con el doctor, ella, muy mona, moviendo su cabeza con su colita de caballo, saludó; el doctor le dio la mano y le dijo, —buenas días joven, este pueblo está lleno de flores con tantas mujeres lindas, sabe señorita, estoy recogiendo información de la gente de este lindo pueblo, ¿serías tan amable de concederme una entrevista?—, ella contorsionándose le respondió, —claro doctor... ¿ahorita?—, él, apresurado respondió, —¡No! ahora estoy con don Lorenzo, pasa por la pensión de doña Martha esta tarde—, ella afirmó con su cabeza y cola de caballo moviéndola como péndulo y llegó a la casa a contarle a mi mamá, quien sólo la miró. Magda, mi hermana, veía y veía el reloj, a las 3 p.m. se peinó con un lazo en la cola de caballo y se vistió, —ya vengo—, mi mamá le agarró la mano y dijo:

—Vamos pues para donde el doctor.

—Pero mamá, es a mí a quien entrevistarán, ¡Qué pena llegar contigo!...

—Camine y cálese, le repicó mi mamá.

Al llegar entraron hasta el corredor y el doctor tenía la puerta de la habitación entreabierta o entrecerrada, estaba sentado en una silla con una mesita, cuando vio a mi mamá con Magda se levantó rápidamente y tartamudeaba eh... eh...

—Buenas tardes señora.

—Buenas tardes doctor, mi hija me dijo que usted la quiere entrevistar, aquí se la traigo.

—Siéntese, voy a buscar otra silla... y salió.

Regresó con la silla para Magda, él se sentó en la cama, y no dejaba de titubear eh bueno... eh bueno, al fin le dijo:

—Bueno quería preguntarte algunas cosas... como eres joven puedes ayudarme en mi investigación, ¿Qué opinas de la idiosincrasia del pueblo?

Magda protestó:

— ¿Y no me va a grabar?

El doctor respondió:

—Es algo corto, voy a tomar nota, buscó una libreta y lápiz. Magda le respondió:

—Le digo una cosa, doctor: de esa cosa que usted quiere saber, aquí, en el pueblo no sabe nadie, ni yo... ¡Imagínese!, si le han dicho que fulano o mengano saben de eso, no es verdad... ¿ya anotó doctor?

— ¡Ah! muy bien señorita, cuéntame de tu liceo, algo corto y ya terminamos.

Magda se disparó a describir a sus amigas, a los profesores, las intrigas, los amoríos... y le decía, —pero anote, ¿ya anotó?— y el doctor escribe que escribe, al fin él le dijo:

—Creo que fuiste de gran ayuda, gracias señora por traerla, y salió a despedirlas.

Así de pintoresco es mi pueblo.

Siempre manifestaba mis anhelos de estudiar en la universidad, mi mamá repetía:

—Ismenia, bájate los humos de grandeza porque no podemos pagarte estudios universitarios, estudia para maestra y trabajarás más rápido.

Me negaba a quedarme allí, fui una espectadora de la vida de mis hermanas mayores; por ejemplo, nunca olvidaré las escenas vividas cuando nació mi primer sobrino. Mi hermana, cuando estuvo en la fecha cercana al parto se quedó en mi casa, una tarde le comenzaron los dolores, estaba muy angustiada porque temía no llegar a tiempo al hospital donde quería parir, estaba a casi dos horas de distancia.

Ella tenía todo preparado, también tenía sus humos de grandeza, en una novela que había visto casi todas las mujeres del pueblo, la protagonista en espera de su futuro niño, hizo una canastilla de mimbre, forrada con tela de cuadritos si era varón, y de florecitas si era niña, además de tener esas figuras tenían que cumplir con el tradicional azul o rosado. Magda preparó una canastilla a la altura de la novela, a mí me asignaron la tarea de llevar y cuidar la dichosa canastilla el día del nacimiento de mi sobrino.

Mi hermana estaba ansiosa, mi mamá tranquilizaba a Magda, —hija hay tiempo, ese parto es para mañana o quizá más días, estoy segura de lo que te digo, mira hija apenas son los primeros dolores, ¡ahooora es cuando falta!... han sido mu-

chas parturientas que he apoyado en los años de trabajo en obstetricia, espera y así Felipe tiene tiempo de regresar del trabajo—, pero ella mandó a buscar al vecino para que la llevara al hospital, contraviniendo el consejo de mamá; Magda decidió irse, no quedó otra opción que acompañarla, yo con mi canastilla cargada.

Llegamos al hospital, fuimos al área de obstetricia, cuando íbamos a entrar a la sala que indicó el vigilante, nos detuvieron, con voz de mando, —sólo pasa la embarazada—, mi mamá le preguntó:

— ¿Y la ropa para el niño?

— Primero la examinan los doctores—, refutó el vigilante.

Desde la puerta se veía la cantidad de embarazadas que estaban en espera junto con mi hermana, las familias de las embarazadas cargaban bolsas y bolsos con la ropita y los pañales, y yo con mi canastilla, me veían como ¡Ay, sí, gran cosa!; creo que mi hermana no puso toda la atención requerida a la novela, ella vio con detalles la canastilla de Mabel, la protagonista, pero no oyó cuando dijeron, —*Mabel va a dar a luz*—, mientras que mi hermana —*va a parir*—, son dos cosas distintas, —*quien da a luz lleva canastilla para la clínica, la que pare lleva bolsa para el hospital*.

Pasaban las horas y Magda adentro, no la dejaron que llevara su termo de agua; salió un joven con bata blanca caminando apuradito, mi mamá lo alcanzó para comentarle que su hija tenía varias horas adentro sin tomar agua ni comer, que cómo hacía para pasarle agua, el médico le acotó:

—Señora, ellas no pueden ingerir nada por prevención.

—Doctor, disculpe ¿por prevención de qué?

—De cualquier eventualidad.

— ¡Aaah! Pero ella está embarazada, no enferma ni presa, para tenerla sin agua por más de 5 horas, le respondió irónicamente mi mamá.

—Usted no sabe los riesgos porque no es médico, le dio la espalda y se marchó.

Mi mamá renegaba, —Magda es muy terca venirse para acá sin darle un tiempo al cuerpo es una necedad, ya verán que la acostarán horas, sin poder caminar ni ingerir agua... de algo tuvo que servirme trabajar tantos años como enfermera en

el servicio de obstetricia, pero ella no oye... después que no venga con lloriqueos.

Mi mamá, después de conversar con el médico, quien le dio a entender que para hablar acerca del embarazo tenía que ser profesional, estaba furiosa, protestaba en voz alta, —¿Los médicos creen que la experiencia de parir, en mi caso 5 hijas, no me da autoridad para opinar sobre embarazos y partos? ¿Qué tal? y siguió como letanía:

—Me acerqué a ese medicucho porque lo vi muy joven, a veces son estudiantes y por la bata los confunden con uno graduado, los jóvenes son más accesibles y comprensivos, pero van cambiando por la presión de los obstetras jefes. Vi muchas cosas feas... recuerdo una vez que llegó una embarazada adolescente gritando, el obstetra de guardia la regañaba y la amenazaba, —si sigues histérica no voy a atenderte—, obstinado, llamó a un estudiante y le ordenó, —atienda esta paciente... no la soporto—, él obedeció y la examinó, ¡¡Ay que dolor!! no le oyó el corazoncito al niño, estaba muerto, el pobre muchacho... bueno... el estudiante conmovido le preguntó a ese ¡gran carajo! —doctor ¿Cómo le informo a la mamá que está muerto? ¡Ella es muy joven!, el obstetra, sin dejar de escribir, le contestó, —¿Cómo?, muy fácil, con palabras y muéstraselo... así a lo mejor agarre conciencia, segurito que no lo quería tener, esas son unas irresponsables—. ¡Dios! No podía creerlo, yo estaba con el estudiante apoyándolo, el joven puso una cara... pues le ofrecí, —mire hijo, voy a ir a preguntarle cualquier cosa al Doctor para entretenerlo, usted se acerca a la joven explicándole lo ocurrido con el niño—. Así lo hicimos, rogando al cielo que el doctor no se diera cuenta que no hacía lo que le indicó porque lo castigaba, dejándolo más horas después que terminara la guardia.

Tal vez, para drenar el estrés de la espera, mi mamá continuaba sus relatos, con la mirada en la distancia, nos decía:

—Créanme, ese servicio de obstetricia funcionaba como un cuartel, peoor porque son gente dizque saben... los más pedantes son los adjuntos, no todos claro, se creen lo máximo y supervisan a los estudiantes del postgrado de obstetricia; para remate entre ellos tienen su jerarquía, el residente 3, manda al residente 2, este al residente 1, este a los estudiantes de

pregado de medicina, de último están las embarazadas y las enfermeras como relleno de sándwich, en el medio de las jerarquías.

Yo sentía una mezcla de fascinación y miedo por las historias que mi mamá narraba, tanto que me entretuve oyéndola y cuando volteé, ¡la canastilla no estaba!, había mucha gente, le preguntaba a todo el mundo, entonces me acerqué al vigilante diciéndole:

—Buenas noches señor, por casualidad ha visto a alguien con una canastilla...

Él, asombrado dijo:

—¿Qué es eso?

Quise explicarle:

—Es una cesta de mimbre...

No me dejó terminar:

—¿Con comida?

Insistí:

—Nooo, con la ropita y pañales para el bebé.

—¡Aah!, ¿A quién se le ocurre traer las cosas del niño en eso?, aquí tiene que traer todas las pertenencias en un bolso con cierre cerrado y terciado al cuerpo, mijita.

Allí confirmé la diferencia entre dar a luz y parir.

Cuando estaba en esa tribulación de la pérdida de la canastilla llegó Alejandra, mi prima; quería saber si Magda había tenido el niño, además venía con novedades del pueblo, muy agitada me comentó, como en secreto, —Ismenia, muérete que parece que un don vino al pueblo esta tarde, dicen que desea construir un club con piscina y todo, ¿Te imaginas? No le puse mucha atención, le conté acerca de la canastilla y me acompañó a caminar por los pasillos buscando pistas de la susodicha, de tanto preguntar una señora trabajadora de limpieza nos dijo:

—Mijitas, no gasten tiempo buscando la cesta, la tiene una mujer que también hace limpieza aquí y todo lo mete en el depósito—, bajó la voz, —ella es la querida del supervisor y él le presta la llave, ella va metiendo allí las cosas y se las va llevando cuando se va para su casa, mira, aquí todo el mundo lo sabe, pero se hacen de la vista gorda para estar en la buena con el supervisor—. Le rogué que me dijera cómo encontrarla o su nombre...

Ella casi en secreto dijo:

—Pues será mañana, empieza en el turno de las 7 a.m., se llama Consuelo, pero no digan que yo les informé, porque el bicho ese, el supervisor, me bota.

Nos regresamos para donde estaba mi mamá, ya había llegado Felipe, mi cuñado, y para sorpresa nuestra estaba Magda recostada de la pared, llorando, no sabíamos qué pasaba, entre sollozos decía:

—No quiero irme y regresar mañana, tanto tiempo ahí metida, sin comer, lo más feo fue que me metieron las manos allá abajo tres doctores diferentes, bueno creo que ni doctores eran, sino estudiantes, una no sabe quién es quién, todos con batas, tapa boca, monos, vienen, te meten la mano y se van, no dicen nada, ahora me informan que tengo poca dilatación, que dé unas vueltas por allí... ¡ni que fuera perro! y regrese mañana.

—Te dije que esperarás en la casa tranquila, pero noooo..., ¿Oíste cuántos centímetros de dilatación tienes?

— ¡Mamá, por favooooor! ... ¿De qué hablas?, cómo voy a oír con ese cansancio, sed y hambre, además cambiaron de guardia porque de repente había otros doctores, uno con ojos de loco, una doctora... se creía la máxima, allí nadie te dice nada, nadie te explica nada.

Magda no quería irse y Felipe trataba de convencerla llevándola del brazo hacia afuera de la sala, aproveché que estaban entretenidos conversando y me acerqué a mi mamá, preguntándole, —¿Cómo es eso que le hicieron tacto allá abajo tres doctores diferentes?

—¡Ay Ismenia! ¿Cómo te explico?, eh... bueno, introducen con guantes dos dedos, el índice y el medio por donde va a pasar el niño al nacer para dar una idea de cuándo pueden parir, ¿entiendes?...

—Sí, más o menos entendí, ¡Qué miedo me da...!, pero mamá... ¿Por qué tres doctores diferentes?

—¡Ay, Jesús! Bueno... los estudiantes para aprobar la pasantía deben hacer un determinado número de tactos, pues mira hija... embarazada que va llegando ¡chupulúnnn! meten mano... las aprovechan para hacerles tactos para cumplir con lo que les piden, la pura verdad es que aprenden con las mujeres pobres... las más pendejas. Te digo algo, cuando trabajé como enfermera, sin haberlas tenido a ustedes, lo veía normal, pero después de haberlas traído al mundo, noooo mija, lo viví en carne propia como mujer, hija te digo hay muchos

estudiantes cordiales con las gestantes, pero los mandamases los acorralan, les dicen, —Guarde distancia con las pacientes, si se pone con sentimentalismo nunca terminará el trabajo... cosas así.

—A lo mejor no me crees, pero una vez presencié que el médico jefe se quería ir, eran las 7 p.m. y dijo:

—Vamos a poner a parir a todo este mujerero—, efectivamente, aceleraron los partos con medicamentos, rompieron membranas y bueno... toooodas a parir...

Estaba muerta del miedo por lo contado por mi mamá y porque Magda me preguntara por la canastilla, mi mamá sabía que la habían robado cuando estábamos en el pasillo esperando, le supliqué que no dijera nada a Magda hasta esperar a la mañana siguiente, me quedaría con Alejandra en su casa, para salir en la madrugada y llegar temprano al hospital e intentar hablar con esa señora Consuelo.

Esa noche en el trayecto hacia su casa Alejandra volvió con el tema del don que visitó el pueblo. Se acostumbra llamar don a un hombre maduro, vestido con pantalón de casimir, generalmente con sombrero pelo de guama, y lo más importante, para obtener ese calificativo, es que lleguen en carros muy lujosos. Yo tenía mi propia clasificación, había —los DON— con mayúscula, eran pocos y —los don— con minúscula, eran mayoría.

Cuando llegamos, mi tía, la mamá de Alejandra, me llenó la cabeza de más cuentos.

—Ismenia, quien vino esta tarde se llama don Arcadio, estuvo averiguando acerca de esa casa abandonada, la que está en las afueras del pueblo, ¿Sabes? la que tiene una pileta en el patio; te digo algo... aquí hay mucha cháchara en relación con esa propiedad; según comentó doña Martha, fuente fidedigna de información como dueña de la pensión, quien llega aquí se hospeda ahí y ella oye casi todo, ese don quiere construir, algo así, como un club con piscina, pero me pregunto ¿Quiénes irán para ese club?, la gente del pueblo no será.

—Tía, ¿Cuáles son las chácharas que hay de esa casa abandonada? Siempre ando en las nubes con los chismes...

—A mí no me consta... pero doña Belén, quien guarda en su memoria como un archivo las vidas de la gente y no inventa,

cuenta que hace mucho tiempo, un don ricachón apareció en el pueblo y construyó en ese terreno una casa muy grande, para traerse a vivir con él a una muchacha muy joven. Él, por la edad, podía ser su abuelo. Ella estaba embarazada, entonces amuebló la casa y la trajo a vivir allí.

Doña Belén siempre comentaba...

—Más tardó construyendo y acondicionando la casa, que el tiempo de vida de la joven—. La muchacha estaba sola los fines de semana, porque el don se iba con su esposa y sus hijos en la ciudad. Uno de esos fines de semana, ella tuvo una hemorragia; el don la tenía como escondida, no la dejaba relacionarse con la gente del pueblo, el único vínculo hacia afuera de las paredes era a través de un niño, quien le hacía los mandados. Según el cuento, la joven no sabía qué le ocurría, creía que era un castigo por desobedecer a su padre, quien la botó de la casa por el embarazo. Ese día, viéndose con el sangramiento, salió gritando a la calle, pidiendo ayuda y la llevaron al hospital, cuando llegaron una enfermera grito: —¡Doctoor, un aborto y es una adolescente!—, no la atendían porque decían que era un aborto provocado, nadie quería asumir la atención de la joven, el final del asunto es que se complicó y murió en el hospital. Nadie volvió para esa casa, ni se supo nada del dueño, mucho menos de la joven anónima.

—¡Ay, tía! Hoy ha sido un día de experiencias amargas sabiendo lo que viven las mujeres a la hora de parir... realmente es un escándalo las tratan muy feo. Esa joven del aborto fue una desconocida para el pueblo, para el hospital, para su familia y para el hombre, quien la embarazó, la escondió y nadie lo juzgó. ¡¡Qué tal!! Seguriito, él seguía siendo don ricachón, el marido de su mujer, la madre de sus hijos, ella haría que no sabía nada de las vagabunderías de su marido y si se daba por enterada, seguramente diría, —que una brincona se le metió por los ojos a su marido para quitárselo—; como dice mi mamá —las mujeres somos las enemigas de otras mujeres, los hombres se unen como cofradías para defenderse.

Salimos de madrugada, Alejandra era unos años mayor que yo, además era muy atrevida y audaz, metió en su morral dos batas blancas, las que usaba la hermanita para prácticas de biología, con imposición dijo, —Ismenia, tú cállate, déjame hablar con la tal Consuelo, escríbelo que si tiene la canastilla lo sabremos.

Me moría de curiosidad por saber para qué eran esas batas, se lo pregunté.

Alejandra, me respondió:

—¡Ah!, no sabes el valor de una bata blanca en un hospital, los vigilantes creerán que somos estudiantes de medicina, nos dejarán pasar, eso sí, tienes que tener aplomo, pasas con cara de —*quítate que aquí voy yo*—, si tuviéramos un estetoscopio, nos lo guindaríamos en el cuello y ya, los estudiantes no se quitan del cuello ese estetoscopio ni para salir a comer empanadas antes de entrar a clases o después de una guardia, lo lucen como trofeo.

Llegamos antes de las 7 a.m., efectivamente, pasamos sin problemas con nuestra cara de —*quítate que aquí voy yo*— y nuestra bata blanca, ubicamos dónde se cambiaba de ropa el personal de limpieza, esperamos, fueron llegando, cuando había un grupito de mujeres, Alejandra fue caminando hacia ellas, en voz alta dijo:

—Señora Consuelo.

Una de ellas volteó y respondió:

—Dígame doctora.

Alejandra se acercó:

—¿Cómo está?, a mi hermana ayer se le perdió una canastilla con la ropita del bebé, en la Dirección del hospital me informaron que usted siempre está pendiente de los pasillos, a lo mejor la guardó en el depósito hasta encontrar a la dueña, iba a buscar al supervisor para abrir el depósito, pero preferí averiguar primero con usted.

Consuelo, titubeó:

—Eh, eh, bueno doctora, creo que sí la vi en el depósito, pero no fui yo quien la metió allí, si espera aquí se la traigo...

Al rato vimos venir a Consuelo con su cesta de mimbre cargada en los brazos.

Alejandra, le agradeció, a mí me volvió el color a la cara, ya me veía castigada con la indiferencia de Magda.

Un día de aventura, habernos disfrazado de estudiantes de medicina fue increíble, una va entendiendo el mundo, que el vigilante el día anterior nos haya impedido pasar con un gesto de mando, sin mirarnos a la cara y hoy con la bata blanca me salude con una pequeña venia de cabeza, ¡Insólito! me da risa... Bueno, llegué a mi casa entré rapidito y coloqué la canastilla en mi cuarto. Magda nunca supo esa historia.

Magda seguía con dolores, tenía terror de volver al hospital. Las amigas le habían aconsejado: —Magda, cuando te comiencen los dolores, no se te ocurra irte como loca al hospital, vete lo más cercano posible al parto, es más... si puedes vete casi pariendo—, pero Magda era primeriza, estaba paralizada, pasó ese día y noche, con malestares, mi mamá con la letanía —hija, tranquila todavía no has roto fuente puedes esperar.

—¡Dios! qué es eso de romper fuente...

Mi mamá un poco obstinada de tanta preguntadera, me dijo, —niña es cuando se rompen las membranas que envuelven al niño, antes le decían bolsa de agua... a las horas puede nacer ese muchacho. Si Magda no tiene un poco de calma y se va para el hospital, allá se las rompen y es peor, allá quieren todo acelerado, rápido, rápido.

Magda estuvo dos días con sus noches, esperando romper fuente o saber cuándo estaba cerca de parir o cuándo estuviera dilatando lo necesario o cuándo algo... en fin... tenía tantas sugerencias, mitos y consejos, que ya no sabía ni qué esperaba ni qué hacer.

Al fin decidió irse al hospital, volvimos a acompañarla, yo con mi canastilla, Felipe tranquilizando a Magda, mi mamá con resignación porque sabía la espera que venía. Ya estábamos expertas; pasaron sólo a Magda, nosotros afuera en el pasillo. Trascurrieron horas, horas, horas sin saber nada, de repente una enfermera se asomó y gritó:

—Familiaaares de Magda Perales, repito Magda Perales—, corrimos hasta la puerta, la enfermera alargó el brazo y nos entregó una bolsa negra y añadió:

—Aquí está la ropa de la paciente, ya la pasaron a sala de parto, tengan listo la ropa del niño—, dio media vuelta y se fue.

No sé qué sentí, si alegría, tristeza, rabia, o todo a la vez.

Habíamos caído en un letargo de resignación esperando saber cuándo la pasarían a parir, ahora venía la espera del nacimiento del niño, esa espera era llena de alegría aderezada con un poco de temor. Felipe estaba ansioso, él era muy callado, pero sabíamos cómo se sentía, caminó ese pasillo, ida y vuelta, mil veces.

Salió una enfermera caminando rápido por el pasillo, intentamos preguntarle, pero no dio tiempo de averiguar sobre Magda. La gente que trabajaba allí parecía que siempre estaban de emergencia... ¡Uy qué horror!

Inspirada en el nacimiento de mi sobrinito, pensaba: *Él está en ese silencio en el vientre de mi hermana, nadando como pecesito con el vaivén del agua, todo oscuro y tibio, en minutos se asomará a la locura del frío extremo de los aires acondicionados, ruidos y gritos, la luz extrema... un poco de gente extraña con tapa bocas, pobreciito, agarran lo miden, pesan, estrujan y de último el abrazo de su mami, si no está agotada de la espera y la soledad...* de repente salí de mi inspiración... ¡Ya Nació!!

Al fin... supimos que Felipito, había nacido bien, por cierto, su canastilla fue inútil, tuvimos que pasar su linda ropa para un morralito adornado con Candy porque fue lo único que encontramos a la mano, Magda también estaba bien, pero para verla debimos esperar la hora de visita, faltaba poco tiempo.

Alejandra trajo comida para Magda, estábamos eufóricas, pudimos subir a ver a Magda, la vimos contenta, pero desencajada por el cansancio de la espera, nos contó:

—Estoy ansiosa y agotada, no tanto por el momento de nacer el niño, sino que ni siquiera lo pude ver, se lo llevaron y una cree que tiene algo malo..., para remate de males después de parir, me dejaron allí con las piernas abiertas encaramadas en los ganchos laaargo tiempo, ¡Uy! me pusieron unas pinzas colgando del cordón umbilical, llamaba y llamaba a quien pasara por allí, pero andan corriendo, una doctora me dijo, —mamita, ya va, tranquila, no eres la única—. Al rato llegó otro doctor, muy joven, me saludó, pero no podía verlo porque estaba acostada y con las piernas abiertas desesperada por sentarme, desde allá abajo me dijo: —respira como un perrito, esto que te debo hacer, te va a molestar, pero es necesario... es por tu bien—, metió la mano envuelta en gasa y me la paso por dentro del útero, ¡Dios!, estaba inflamada por el parto, adolorida, casi me desmayé, sacó la mano, y le dijo a la enfermera, —¡Listo!—, se dirigió a mí, diciéndome, —te fijas que fue rapidito—. No supe qué ni para qué me hicieron eso, como si mi cuerpo no fuera mío, sino de ellos, para rematar me colocaron en una camilla con otra parturienta hasta que me subieron aquí.

—Mamá, es horrible esa cosa que me hicieron, no tienen consideración... creen que con decir mamita, mi santa, madrecita tienes que aguantar todo... ¡me da una rabia!

Mi mamá la oía con resignación:

—Ay Magda, qué te puedo decir, esa revisión uterina es horrible, las pinzas las colocan en el cordón umbilical para hacer peso y vaya saliendo la placenta, pero de nada sirve, pues de todas maneras hacen el arrastre con gasas de lo que quede en el útero... oía las conversas de algunos residentes que no estaban de acuerdo con esa práctica si la placenta se expulsa completa, bueno... Magda, los obstetras viven atemorizados con que —y si la mujer tiene una hemorragia y si le quedaron restos de placenta adentro y si come tal cosa y si camina tal otra...—, todo lo hacen por si pasa algo, entonces, terminan haciendo rutina de cosas que no se justifican... se tapan unos con otros, en criollo —se *cubren las espaldas*— a costa del cuerpo de las mujeres. Y ¿Quién le pone ese cascabel al gato? Trajeron a Felipito y la alegría ahuyentó los malestares. Volvimos al trajín del día a día en mi pueblo pintoresco.

Pasado el tiempo, don Arcadio construyó su hotel “La dueña” Era un hotel pequeño, lo más atractivo era la piscina con servicio de comidas y bebidas. Allí trabajaba la gente joven del pueblo. La esposa de don Arcadio, era una mujer muy trabajadora, se encargaba de gerenciar todo el movimiento del hotel; cuando tenían mucha gente, ella cocinaba, arreglaba las habitaciones, atendía las mesas, en fin..., era el alma de ese negocio.

Don Arcadio, le decía a doña Leonor, su esposa: —Mi amor, yo me ocupo de las relaciones públicas para atraer clientes y tú eres la gerente.

Era un hombre muy zalamero, atractivo, conversador, los fines de semana, cuando había más gente que atender, él se iba de caza con los hacendados y el médico del pueblo; doña Leonor amanecía cosiéndole los trajes verdes de camuflaje para su hobby. Él vivía más en la ciudad que en el hotel. En el pueblo se rumoraba que Don Arcadio era mujeriego, que en la ciudad tenía una novia comprometida para casarse.

En las tardes, iba al hotel una mujer, diferente a la mayoría de las mujeres del pueblo, muy atractiva, alta, vestía pantalones muy ajustados, con exquisitas blusas de seda, fumaba, tomaba, decían que se educó en el extranjero, su esposo era militar tenían un pequeño hato con una casa bellísima diseñada por

un arquitecto, ella vivía ahí, su esposo venía poco por motivos de trabajo. Había estrechado amistad con doña Leonor. En las tardes Ruth, se iba para el hotel a nadar un rato y se sentaba a la orilla de la piscina a disfrutar un cigarrillo o un Martini, invitaba a doña Leonor, quien nunca tenía tiempo para ella. Los empleados del hotel comentaban que la señora Ruth, le metía en la cabeza ideas de liberación de la mujer a doña Leonor, la convencía de que don Arcadio la explotaba, no le pagaba por su trabajo, y malgastaba el dinero con mujeres.

Una vez la señora Ruth entró en la cocina, doña Leonor estaba atareada indicándole a la cocinera el menú de la cena para unos invitados; le dijo en tono de mando:

—Leonor, ya sabes, mañana a las 10 a.m. te vengo a buscar para ir a la peluquería, porque en la tarde te llevaré a un lugar impensado, deja a una persona encargada del hotel— y se salió de la cocina. Según dicen que doña Leonor no tuvo tiempo de contestarle ni una palabra.

Al día siguiente en la tarde doña Leonor estaba peinada de peluquería y vestida como una muñeca, la señora Ruth la recogió y se fueron para la ciudad.

Por boca de la propia doña Leonor se conoció con detalles lo sucedido:

Ruth, no le decía para dónde iban, llegaron a una casa, se bajaron del carro, tocaron el timbre, abrió la puerta una señora y preguntó:

—¿Qué desean?

Ruth contestó:

—¿Aquí está don Arcadio?

La señora muy educada, respondió:

—Sí, ¿quién lo solicita?

Doña Leonor entendió lo que ocurría, respondiendo:

—Dígale a don Arcadio, que su esposa lo solicita.

Las risas de él resonaban en el ambiente, la señora se quedó paralizada por unos segundos, cortésmente las invitó a pasar, Ruth, empujó a doña Leonor para que entraran, llegaron a la sala, don Arcadio vestido de pantalón blanco como la nieve, aquellos que doña Leonor lava a mano y los pone al sol para que no se curtan. La joven a quien visitaba, no entendía qué pasaba, hubo una ola de tensión y don Arcadio rápidamente dijo:

—Aurora, ella es mí esposa, señalando a doña Leonor, te he hablado de ella, es la gerente del hotel... y sin titubeo, pre-

guntó ¿Y qué hacen por aquí?, ellas con la reacción tan descarada de él, en el momento se quedaron calladas, pero ahí mismo, doña Leonor lo enfrentó:

—Lo mismo le pregunto, ¿qué hace usted aquí?

La madre de la joven, apresuró la respuesta:

—Don Arcadio esta noche en una cena familiar se comprometería con Aurorita, mi hija, ¿Qué le parece?

—Me parece una canallada, que nos haga esto a su hija y a mí— refutó doña Leonor.

Fui creciendo con la escucha, en diferentes tiempos y dimensiones, de las anécdotas de mi pintoresco pueblo y su gente, sin saber que mi futuro estaba signado por esa experiencia.

Mi papá se sentía agradecido con don Lecuna por haberle dado trabajo como encargado de sus tierras, una forma de demostrárselo, —porque a mi papá le parecía poco que laboraba jornadas de sol a sol—, fue nombrarlo mi padrino de bautizo. Cumpliendo su padrinzgo, cuando me gradué de bachiller, mandó a matar una res, hubo comida, bebida y música en vivo. Los hombres del pueblo, en su mayoría, eran músicos natos, tocaban tambores, timbales, cuatro, arpa, y todo instrumento que les pasara por las manos, podían tocar todo el día, la noche y el día siguiente sin descanso, por eso quienes nos visitaban se la pasaban de lo lindo en mi pueblo tan pintoresco. Ese día don Lecuna estaba un poco entonado con el whisky, me sentó en una silla a su lado y me dijo:

—Ismenia, ahijada querida, dígame qué quiere estudiar, yo la apoyaré, piense bien... tiene tiempo para decidirse... me cuenta... me cuenta...— y se quedó dormido.

En aquel entonces, cuando mi padrino me preguntó qué deseaba estudiar, ya lo tenía claro, iba a estudiar periodismo, no me dio tiempo para responderle porque se durmió, esperaba que mantuviera su promesa, aunque mi mamá insistía:

—Promesa de hombres y borrachos son como los ceros a la izquierda...

Los doctores visitantes tenían doble deuda con la gente del pueblo, primero se llevaron en sus documentales, crónicas y fotografías, sucesos históricos para ser expuestos a miradas ajenas, en la ausencia de las miradas de sus protagonistas; segundo, recogieron sólo una mitad de la historia porque la vida de las mujeres, quienes eran más de la mitad de la población y madres de la otra mitad, —porque no hay hombre que no nazca de mujer—, quedó sin historia propia; para los doctores eran importante el artesano, el dueño de la bodega, los músicos, don fulano, don mengano, las mujeres lloronas de los entierros eran atracción, porque representaban el dolor y sufrimiento, pero fueron obviadas, por ejemplo, doña Petra, la partera del pueblo como personaje valioso, aun y cuando fue quien facilitó el nacimiento de aquellos seres importantes para los doctores visitantes; doña Belén, una mujer autodidacta, quien atesoraba historias de vidas, las cuales hacían el tramado de la realidad humana del pueblo; doña Olga quien hacía los dulces criollos más exquisitos del pueblo, aportando a la economía turística del mismo, porque venían de afuera a buscar sus manjares, en fin..., cumplida la promesa de mi padrino, ser periodista me permitió devolverle al pueblo, una parte de su gentilicio, desentrañando la vida silenciada de las mujeres sabias.

Comencé con doña Petra, nunca tuvo hijos ni hijas de sus propias entrañas, sino de las entrañas de muchas madres a quienes asistió en sus partos, esos niños y niñas que recibió en sus manos eran, tan de ella, como si les hubiera dado vida en su vientre. Era una de las mujeres más sabias del pueblo, porque su sabiduría tenía las raíces sembradas en las vivencias, no sólo en los libros; chiquita como un bonsái, de carácter severo, tan severo como sus convicciones. En su casa vagaba, por todos los rincones el halo de la humildad, no de la pobreza, tenía lo necesario para su misión de vida, por ello, era humildemente millonaria. Sabía por boca de doña Belén que, doña Petra era una excepción dentro del común de la población, tenía por cuenta propia una vasta cultura, era viuda de un excéntrico intelectual antropólogo y ejerció la partería por convicción. La primera vez que conversé con ella, no sabía cómo abordarla, daba vueltas con las frases, entonces, así, sin prefacio,

me exhortó:

—Dígame Ismenia, cómo se explica que las mujeres vayan a parir en un hospital, si los hospitales son un lugar para la enfermedad, hasta ahora nadie me ha dado una respuesta convincente, hay un convencimiento de que el hospital es seguro para la atención obstétrica—. Ismenia, le hablo así porque usted es una cronista y sabe a qué me refiero.

Con su lenguaje culto me abrió la puerta principal para la conversa, le respondí:

—Bueno, doña Petra, estoy aquí en busca de esas reflexiones; a su interrogante, podría repetirle como lora, lo que la gente dice: que el hospital es más seguro en caso de presentarse una emergencia, que allí están los profesionales, los que saben... eso es lo que he oído.

Doña Petra se balanceaba en su mecedora, oía con respeto, se levantó y caminó por la sala, diciéndome:

—Ismenia, sabe lo que creo, que las convierten en enfermas para poder tenerlas allí, inclusive, pierden su nombre, pasan a llamarse “paciente en expulsivo” cuando ya está lista para parir. Una embarazada antes de parir, o sea, en trabajo de parto, tiene como derecho la libertad de hacer lo que su cuerpo le pida, sólo ella sabe si desea caminar, sentarse, acostarse; cómo explicar que en el hospital las acuestan inmovilizadas con una vía en vena, sin poder moverse, ¿acaso eso no es convertirlas en enfermas?, mire, he parteado en casa a embarazadas que por angustia y temor al parto, se demoran en dilatar, entonces, llenamos una bañera con agua tibia y se sientan allí, un rato, sin apuros, al poco tiempo van aumentando las contracciones y dilatando hasta parir, sin ningún medicamento... no tiene que ser una bañera, hasta una ponchera en un patio con sol... o bajo la luna... mejor.

Me brindó un café en una tacita de peltre. Su cocina era muy curiosa tenía tres cestas guindadas con mecates, desde el techo hasta la altura donde ella alcanzara a meter la mano, tenía en una ajos y cebollas; en otra, matas aromáticas y en otra, una muñeca de trapo llamada Amy. Doña Petra, continuaba reflexionando en voz alta:

—Le voy a decir una cosa Ismenia, mi padre me enseñó a leer, escribir con ortografía y las operaciones básicas de matemáticas, creía firmemente que una mujer no necesitaba más instrucción, porque le perturbaba la feminidad. Lo que he

aprendido, además de lo que mi padre me enseñó, ha sido por fortuna de la vida que pude leer muchos libros, eso se lo cuento otro día. Por azar, como ocurren los sucesos importantes, cuando era adolescente, estaba donde una amiga, ella estaba embarazada y se le adelantó el parto, estábamos solas en la casa, las casas vecinas quedaban a largas distancias, no me dejaba ir a buscar apoyo, no quería quedarse sola, pues ni modo, tuve que ayudarla a parir, desde ese día fui partera, para ello, fue suficiente con el nivel de educación que me dio mi padre; me pregunto ¿para atender un parto se necesita tantos estudios? Si es así, entonces, o ellos son muy brutos o yo era muy inteligente... bueno Ismenia, es una forma de decir que quienes estudian deben ser aprovechados para intervenciones de mayores riesgos, en esos casos son insustituibles, debemos buscar opciones para dar atención a los partos normales fuera de los hospitales, así los obstetras no se agotan en intervenir en todo lo que llega allí.

Yo estaba fascinada con su atrevida oratoria, con lo que me decía iba cavilando, le dije: —Usted quiere decir, algo así, cómo que el cuerpo habla, expresa lo que desea...

Ella me atajó las palabras y siguió su locución:

—¡Claaaro!, una mujer cuando entra en proceso de parto sus hormonas le va indicando al cuerpo, qué hacer y este a la mujer, pero ya no lo oímos, ahora esperamos que otro nos ordene a gritos, cómo y cuándo debemos parir.

Doña Petra, —sí escucháramos a nuestro cuerpo en el momento de parir ninguna mujer lo hiciera acostada, ¿Cierto?

Ella, con una sonrisa entre irónica y resignada, enjuició:

—La estafa más grande de la ciencia contra las mujeres ha sido acostarlas durante el proceso del parto. Es tan descabellado como sería que las mujeres nos adueñáramos del mundo y a los hombres les diéramos la orden de que orinen acostados. La mujer acostada al momento de parir, por decir lo menos, va en contra de la ley física más elemental, por la que caen los frutos de los árboles, —*la ley de gravedad*—; además acostada no puede ver el nacimiento de su hijo o hija, sólo tiene el techo como paisaje inspirador, si se atreve a incorporarse, quien la está atendiendo, le dice, siendo amable: —madrecita no te muevas que no me dejas trabajar... en su defecto: —señora, quédese quieta, quien tiene que ver soy yo, así no me deja trabajar...

Coincidió con las reflexiones de doña Petra, añadiéndole:

—Realmente, doña Petra, ya no somos protagonistas, la atención del embarazo, parto y del puerperio le fue arrebatado a las mujeres de sus manos, pasando a ser el personal de salud los dueños y únicos testigos.

Ella apuntó:

—Le digo algo Ismenia, si lo hombres parieran, ¡Jamás, óigalo bien, jamás! hubieran permitido que los acostaran... es más, se hubiera extinguido la especie humana... es broma Ismenia... mire, también cambiaron el lugar amable con la compañía del entorno afectivo por una sala colmada de extraños, literalmente sin rostros por los tapabocas, gorros, guantes, indumentaria necesaria para un ambiente de enfermedad, no para parir y nacer.

Doña Petra, un poco cansada fue cerrando sus ideas, exponiendo con sabiduría:

—Con responsabilidad y la experiencia de atender tantos partos, estoy consciente que hay casos que se requiere la experticia de profesionales de la obstetricia, embarazadas diabéticas, con obesidad, preclamsia, partos de alto riesgo, que exigen de vigilancia médica porque pueden presentarse emergencias, pero la mayoría de los partos y nacimientos que llegan a los hospitales son de bajo riesgo.

Cayó la noche sin darnos cuenta, así de bondadoso es el tiempo cuando la charla es amena, no queríairme, ella me confesó que esa tarde vino a su memoria y a su corazón, la presencia de su compañero de vida, él y ella, conversaban horas recreando esas disertaciones, intuí que su esposo fue un —DON— con mayúscula, la sentí cansada, le agradecí que me hubiera prestado sus palabras, su hogar y la compañía de Amy, mirándonos desde la cocina balanceándose en su cesta... aprobando lo conversado.

Pasado un tiempo seguí con doña Belén, era una mujer de carácter mesurado, de trato afable, tenía en su memoria historias de las vidas de gente del pueblo del pasado y presente, lo más valorable de ella era que prestaba su saber sin juzgar a nadie, sin intriga, sin mezquindad, sólo lo contaba, tan diáfano como el agua.

Una tarde la visité, su casa era tibia como la amistad, tenía un gato llamado Odín, negro como la noche, dulce como el azú-

car. Ella compartió 25 años de vida con DON Alí, con mayúscula; por su gentileza fue amado por todas las mujeres del pueblo, jóvenes y no tan jóvenes. Fue cocinero inigualable, preparaba las hallacas más exquisitas que se podían comer, era sabido por la gente que cuando era la elaboración de las hallacas, doña Belén y su esposo, abrían la puerta de su casa el día con su noche, único día y lugar durante el año, cuando y donde se juntaban el rico con el pobre, los pilluelos con los policías, el cura con ateos, la gente joven con la menos joven; eso sí, nadie podía tocar los ingredientes. DON Alí, sentado en su mesa y la gente alrededor, los músicos tocaban hasta el día siguiente. Él murió dejando acompañada a doña Belén con su espíritu de cordialidad. Pareciera que los DON, con mayúscula, mueren primero que los don, con minúscula, será por eso que dicen: —*hombre bueno muere chiquito o hierba mala nunca muere*—, respectivamente.

La tarde cuando me acerqué a rastrear sus historias, entre carcajadas, me dijo:

—Ismenia, para que se ría un rato le voy a contar... y seguía riéndose, un suceso de mi DON, una vez Heidy, quien era como nuestra hija, llegó muy alegre a darnos la noticia que estaba embarazada, pero la mayor contentura era decirnos que ya tenían los nombres, si era niña se llamaría Khalfry y si era varón Dieriv, pensé: ¡¡*Santo Cristo de la Grita!!* Ojalá que a Alí no se le ocurra darle un sermón a Heidy, rápidamente le respondí, —muy originales los nombres—, ella feliz añadió, —sabía que le iban a gustar—. Yo miraba a mi DON con ojos de súplica para que no hiciera ningún comentario, no transcurrieron ni 5 minutos y Alí, refunfuñó:

—Heidy, me voy a tomar el atrevimiento de explicarle el significado de los nombres de las personas—, ella con sus greñas crespas y sueltas, lo miraba respetuosamente, él continuaba su reláfrica, —el nombre debe tener pertenencia con el gentilicio, el nombre es la identidad de una persona, el nombre determina cómo nos tratan las demás personas y cómo nos sentimos nosotros mismos, por último, si son complicados lo pueden escribir incorrecto en los papeles legales...

Heidy lo oía sin pestañear, con una sonrisa amorosa, le expresó:

—Como siempre DON Alí su sabiduría es infinita, todo lo que me explicó me tranquiliza, creí que a usted le iban a pa-

recer raros, pero cumpliendo con todos esos requisitos se llamarán Khalfry o Dieriv, además son en honor a una gran artista Frida Khalo y su marido Diego Rivera, lo leímos en una revista que ustedes nos regalaron hace años y la guardé como un tesoro. Nació primero Khalfry, a los años Dieriv. Cuando nos visitaba mi DON le decía —*mi niña y mi niño*— para no llamarlos por sus nombres. El orgullo de mi DON era grande.

Esa misma tarde que la visité después de esa anécdota tan simpática; siguió con la historia de una casa donde llegaban mujeres cuyo sustento era la prostitución, estaba a las afueras del pueblo. En esa casa vivía una mujer con su hijo, un joven con cierto retraso mental, en las noches de los viernes y fines de semana, llegaban muchachas al servicio sexual de los —don— con minúscula, del pueblo. Todo el mundo sabía de la existencia de esa casa y todo el mundo hacía que no sabía, las muchachas venían de caseríos cercanos, eran muy pobres, la mayoría eran madres solteras; quienes no eran pobres, ni padres solteros eran los clientes.

Doña Belén me relató:

—Las paredes de esa casa guardan grandes secretos, porque esos lugares son el reducto de la hombría, esa que los coloca, a ellos, al filo del precipicio cuando de emociones se trata, en esa casa algunos don, humanos al fin, pero con los lagrímales atrofiados de tanto machismo, pagaban por poder llorar, más que por tener sexo o peor que eso, algunos eran impotentes, envejecieron sin saber que la sexualidad tiene muchas maneras de expresarse, conocían una única forma que dejó de funcionarles, entonces con dinero buscaban un poco de sosiego con mujeres extrañas y silenciadas socialmente.

Ella, con nostalgia, manifestó que sentía cariño por esas muchachas, quienes recurrían por necesidad económica, a ser explotadas en ese sitio, que ayudaba a algunas buscándole otra manera de subsistencia y entabló cercanía con muchas de ellas.

Doña Belén, sin mezquindad, siguió obsequiándome su sabiduría:

—Ismenia, para que conozca la cara oculta de la vida, para que escriba sus crónicas, le relataré algunos episodios preci-

sos ocurridos hace mucho tiempo, en la casa de los dones, le diré el pecado, pero no el pecador, o el milagro, pero no la santa... el mundo fue así y seguirá siendo así... las mujeres seremos —*el botín de guerra*—, de intercambio entre familias, de pago de favores, en fin... con su gato Odín durmiendo en un cojín a sus pies, narró:

Un don del pueblo era asiduo visitante de la casa, asiduo cliente de una de las muchachas llamada Luz, le pagaba a Benigna, la dueña del lugar, más alta la tarifa para que Luz no estuviera con otro cliente. Llegó un día cuando Luz le confesó a Benigna que ella no quería estar más con el don, a Benigna le pareció justo que, si Luz no quería estar con él, pues le buscaría otra. Esa noche llegó el don y pidió su habitación y esperaría a Luz, Benigna le dio un alto contándole que Luz no había venido porque estaba enferma, pero que tenía una mejor que ella porque era virgen y más joven, el don no aceptó la oferta, se fue muy apesadumbrado.

Benigna, se quedó extrañada, con una sensación sombría, le había dicho a Luz que esa noche no fuera para que al don se le olvidara su capricho, al ver la reacción del don, mandó a buscar a Luz, cuando llegó le preguntó:

—Luz, ¿Dime por qué no quieres estar con ese cliente? él paga más por estar contigo.

— ¡Ay! Benigna, no te lo diré.

—Debes decirme, este es un negocio y quien paga más tiene derecho a recibir por lo que paga.

—No puedo decirte...

—Si sigues trabajando aquí y él paga por estar contigo no puedes negarte, decide qué vas a hacer.

—Pues no podré venir más... lo lamento por mí, aquí es el único lugar donde puedo ganar algo de dinero para mantener a mi familia... Benigna, conoces bien mis dificultades, pero ya veré qué hacer.

—Bueno Luz, no puedo obligarte, pero después no vengas con arrepentimientos, le contestó Benigna.

El siguiente viernes llegó el don preguntando por Luz, Benigna le explicó que ella ya no trabajaba allí, él, asombrado le exigió que le dijera los motivos por los cuales no volvería a trabajar, inclusive, acusó a Benigna de haber sido quien la botó de la casa, que él estaba seguro que por decisión propia no sería, tanto presionó que Benigna le confesó la verdad,

además de culparlo por encapricharse con ella, que Luz hubiera perdido su único sustento para mantener dos hijos y a su mamá impedida físicamente.

El don se sentó en una silla que estaba en un rincón con la mirada fija en el suelo, allí vendían licor ilegalmente, los dones con peso, de gordura, pero también de contactos, se hacían los locos a cambio de beneficios con las jóvenes, él era uno de ellos, un pez gordo del pueblo, por eso Benigna estaba temerosa y extrañada, casi nunca tomaba, pero ese viernes tomó hasta entrada la noche, antes de irse le pidió a Benigna que le dijera donde vivía Luz, ella no sabía decirle la dirección, le explicó que su hijo era quien sabía llegar hasta su casa, y ya estaba durmiendo, así que debía esperar hasta el próximo viernes. El don le enfatizó, — ¡Carajo!, mañana vendré para que su hijo me indique donde vive Luz.

En la mañana, muy temprano, mandó a su hijo a buscar a Luz, ella vino asustada a averiguar qué pasaba, Benigna le contó y Luz se puso a llorar, Benigna le suplicó:

—Cuéntame que es lo que te pasa con ese don, a lo mejor puedo ayudarte.

Luz, se sentó y ahogada por los sollozos le dijo:

—Lo que ocurre es que el don cuando está conmigo lo que hace es conversar, me dijo que soy como su confidente, bueno algo así... una noche estaba muy angustiado, me dio dolor verlo así, le dije que si le servía de algo podía contarme lo que quisiera, total nadie me conocía, ni yo no conocía a nadie de su gente, entonces me confesó que él y su esposa criaron una muchacha desde adolescente, creció en su casa, pero él la hizo su mujer desde muy joven, ahora que ya es adulta sale los fines de semana y le dice a su esposa que va a salir con su novio, pero con quien sale es con él; el asunto es que quedó embarazada, ha dicho que el papá es el novio, pero que la dejó cuando supo del embarazo. A medida que iba contándome lo sentía desolado, pensé que tenía sentimiento de culpa o arrepentimiento, pero no, su pesar era porque su esposa estaba feliz con el embarazo de María, quería que tuviera el niño o niña, con la protección de ellos, además que le dieran el apellido. María y su esposa se aliaron con ese embarazo, se la pasaban pensando en el bebé, María no quiso salir más nunca con él y la esposa ni pendiente...

Benigna extrañada le preguntó, —¿Qué tiene que ver esa con-

fesión con que tú no quieras verlo más?

Luz continuó:

—¡Ay!, Benigna, cometí el error de comentarle a Mirna, mi amiga de infancia que la gente rica son pura mentira, que las esposas se dan golpes de pecho en la iglesia, se llenan la boca vociferando —mi esposo esto, mi esposo aquello— y ellos abusando de las mujeres como quieren, fuera de su casa y en su propia casa.

Mirna se quedó pensativa... y añadió:

—Ese comentario es porque sabes algo de alguien, cuéntame el secreto que tienes guardado, anda cuéntame... cuéntame... Tanto insistió que le conté la confesión del don, ahora ella me carga loca que le saque dinero por bandido, por traidor, me amenaza con que, si no lo hago, ella lo chantajeará, por eso no puedo volver; si vengo para acá, Mirna es capaz de venir a hablar con él. No sé qué hacer, no sé la reacción del don contra mi persona si sabe que ese secreto lo divulgué, no puedo esconderme, en el día tengo que cuidar a mi mamá, cuando vengo para acá es de noche, dejo a mi mamá y los niños dormidos.

Benigna se quedó pensando... y le dijo, —¡Uy! La cosa está complicada, sería bueno que buscaras a Doña Belén y le contaras, quizá, te oriente—. Ismenia, así fue como me enteré lo que le estoy narrando, pues Luz vino atribulada a contarme lo que lo que le ocurría, entonces, me fui con ella a buscar a Mirna, no la conocía, pero fui a ver qué podía hacer, las tres nos sentamos en un banquito que está en una pequeña redoma, único ornamento de cemento que adornaba el caserío. Con mucho tacto, le expresé a Mirna que coincidía con ella en que el don era un sinvergüenza, pero que el chantaje no solucionarían nada, por lo contrario, perjudicaría a Luz y que las mujeres teníamos que defendernos unas con otras. El mejor ejemplo era el del propio don, la esposa, sin saber la realidad, formó un frente con María, el perjudicado fue él, sin poder decir nada, porque se delataba, a lo mejor, el más beneficiado sería el niño que crecería querido por dos mamás, el más inocente entre tanta mentira.

Les insistí:

—¡Oigan bien! suponiendo que ustedes fueran a decirle a la esposa del don la realidad acerca de la paternidad del niño de María, la esposa se haría la ofendida, no porque creyera que

el don fuera incapaz de hacer algo así, sino porque, si le daba credibilidad a la información, tendría que enfrentarlo, algo poco probable de atreverse a hacerlo una mujer como ella, tan víctima de él, como María, pues María llegó a esa casa siendo una adolescente, estaba sujeta al poder del dueño de casa, ellas estaban enredadas en la trama masculina. Sin embargo, el machismo tiene sus filos cortantes y esta vez el don quedó sangrando.

Agradecí a doña Belén por su tiempo, su sabiduría y su inmensa bondad de obsequiarme sus palabras para tejer mis anécdotas...

Fascinada con los relatos de las mujeres sabias de mi pueblo, daba cuerpo a mis crónicas, entonces continué con Doña Leonor, porque le había dado a la gente del pueblo trabajo digno, además de que su hotel era una referencia de esparcimiento sano para quienes nos visitaban.

Ella venía de un pueblo, no como el nuestro que se fundó por evolución espontánea, sino de esos donde llegaron los españoles y por el clima de la región se quedaron más tiempo que en otros lugares, por eso era blanca con ojos color del guarapo de papelón, una cabellera ondulada negra como el mestizaje. La caracterizaba su temple, su tenacidad y espíritu de heroína. De pocas palabras cuando de comentarios ajenos se trataba, pero muy dadivosa en el relato cuando de su vida se versaba.

Me contó:

—Que, por un compromiso entre familias, la casaron a los 15 años con don Adolfo, 15 años mayor, descendiente directo de españoles. Ella tuvo un hijo y con pocos meses de nacido, quedó embarazada de su segunda hija, que a esa edad los embarazos y nacimientos ocurren como juegos de muñecas, así de un momento a otro, se enteró que creció junto con su hijo e hija.

Don Adolfo era dueño de un negocio polifacético, allí se podía conseguir toda una variedad de rubros, desde víveres impercederos hasta jaulas, cuchillos, hamacas y alpargatas, era conocido por su agudeza para el comercio y su extrema honradez, por ejemplo, cuando un niño iba a comprar querosén, él le ponía un poco más para reponer el que podía botar en el

camino, el revés de su personalidad era su machismo aderezado con extrema austeridad, un binomio explosivo.

Doña Leonor a pesar de su edad vislumbraba otras posibilidades de vida, a ojos de la gente lo tenía todo, pero a sus ojos veía un horizonte distinto y distante al que alcanzaba a ver día a día. Desde su casa veía el negocio de su esposo, cuando era la hora cercana al descanso del almuerzo, ella debía asomarse a la puerta de la calle para ver cuando él lo cerrara y corría a servirle la comida a una temperatura determinada, se quedaba parada a su lado hasta tener su aprobación del calor de los alimentos.

Ese era su horizonte del día a día.

Relata doña Leonor que una vez se atrevió a pedirle un vestido, él la miro de arriba abajo y le preguntó, — Leonorcita ¿ese vestido que tiene puesto está roto? O ¿no le gusta como tiene pegados los botones? —, ella bajó la vista, él trajo una tijera y le despegó los botones los puso sobre la mesa y dijo —péguelos nuevamente para que quede como nuevo.

Ella anhelaba que su hijo e hija estudiaran, pero don Adolfo tenía una indeleble razón para justificar que el varón siguiera como heredero del negocio y la niña que se casara a temprana edad. El hijo tenía una excelente voz, el profesor de música del colegio habló con doña Leonor para decirle que deberían aprovechar ese atributo del niño, ella discretamente le dio a entender que su papá no lo dejaría. El profesor insistió en que convencería al padre, no tuvo mejor idea que ir a la casa a explicarle a don Adolfo que su hijo tenía excelente voz, don Adolfo con sorna, le respondió:

—Profesor, dígame para qué le servirá eso a mi hijo.

El profesor con animosidad dijo:

—Bueno don Adolfo puedo conseguirle una beca para que estudie canto.

Inmediatamente refutó el don:

—¡Ah! mire pues, el profesor cree que mi hijo atenderá el negocio cantando. Mejor no le meta en la mente ilusiones al muchacho y menos a mi esposa que ya ella tiene ínfulas de rica. Un episodio más para que doña Leonor estuviera segura que sus anhelos se desvanecían en el horizonte del día a día.

La madre y padre de doña Leonor había migrado a otra región del país, la mamá enfermó, entonces doña Leonor tuvo que ir a atenderla, fue la mejor excusa para agarrar a su hijo e hija y marcharse para siempre.

Con esa determinación creció su templanza y espíritu de heroína, atreverse a irse de su casa, sin causa justificada, según la vara que media a las mujeres en ese tiempo que se vivía, era demasiado atrevimiento. Pasado el tiempo murió don Adolfo, fue viuda a distancia.

En el lugar donde se estableció montó un pequeño taller de costura logró sustentarse y envió a su hija a la capital a estudiar medicina, poco a poco, fue acercándose a otro horizonte, quizás no el que anhelaba cuando joven, porque la juventud desvaría los sueños, pero otro horizonte más de ella y no diseñado por otros. En ese lugar conoció a don Arcadio, dice con picardía que con él conoció el amor; con el paso del tiempo se dio cuenta que cuando se casó por primera vez, nunca tomó consciencia lo que era estar casada, quizás por eso cogió una maleta, su hijo e hija y se marchó sin regreso, porque la juventud desvaría los sueños.

Se casó con don Arcadio y llegaron a este mi pueblo pintoresco, con su aventura del hotel “La dueña”. Ella lo mantuvo en pie, durante muchos años, don Arcadio, iba y venía, hasta que, ella se cansó de tantos amoríos de su esposo, se separó de él, vendieron el Hotel.

No se fue del pueblo inmediatamente, junto con su entrañable amiga Ruth, aquella que en el pasado se iba para el hotel a nadar un rato y se sentaba a la orilla de la piscina a disfrutar un cigarrillo o un Martini, inventaron montar un taller de costura, ya doña Leonor había tenido la experiencia. Confecionaban uniformes de todo tipo, para distribuirlos en varias ciudades aledañas, llegaron a tener 20 máquinas de coser, la selección de las costureras era hacerles una prueba de sus habilidades en costura, después escogían las que eran madres solteras, las más necesitadas, tenía reservado unas máquinas para las de mayor edad y dos cupos para hombres.

Como la señora Ruth era irreverente y de ocurrencias retadoras, buscó en el diccionario la definición de costurero y decía: —Caja o canastilla o mesita con cajón y almohadilla, donde se guardan los utensilios necesarios para coser, como hilo, agujas, tijeras o dedal—, o sea, *costurero* no se consideraba como un oficio de hombres, pero —*costurera*— sí se definía como un oficio sólo de mujeres; a los hombres les otorgan un calificativo más honorable: *sastre*, aunque hicieran lo mismo que las mujeres. Entonces, ella puso un aviso así: —Se solicitan

2 costureros para confección de uniformes—, esos puestos estuvieron vacante por mucho tiempo, ningún hombre iba a solicitar empleo. Ella cambió el aviso y colocó: —Se solicitan dos sastres para confección de bragas de trabajo—, con el toque de hombría tuvieron suficientes para escoger los mejores. Me remonté al pasado con lo relativo a las distinciones que se concedían a los hombres de manera inequitativa con las mujeres, recordé, cuando mi mamá nos decía que el distintivo que le asignaban en el hospital para colocárselo en el uniforme tenía la profesión sólo en femenino *Enfermera*, pero ya había, aunque muy pocos, hombres enfermeros, ellos no se colocaban el distintivo porque estaba en femenino, les daba pena y rabia, en cambio en los médicos el distintivo era sólo en masculino, pero a las mujeres no les molestaba llevar su profesión en masculino *Doctor*; las profesiones u oficios considerados socialmente de menor categoría eran femeninos. Sin duda ser hombre ya es una distinción.

*Mi pueblo pintoresco, como semilla de onoto, fue perdiendo la ingenuidad de creerse importante porque los doctores iban a burgar la vida cotidiana de sus habitantes y estos ya querían cobrar por tomarse una foto con algún visitante, la gente que llegó espontáneamente a fundar el pueblo se fue con la espontaneidad que da la muerte. Se convirtió en un remedo de ciudad donde nada se ofrece a cambio de una sonrisa, todo se vende a cambio de dinero, remedo al fin, la riqueza de la espontaneidad se cambió por la pobreza de corazón.*

## **Si nacemos aquí o allá... siempre marionetas de un guion... el de ellos**

¿Cómo comenzar esta madeja? Érase una... no, no... Entonces un día... tampoco... pues muy sencillo... Valentina fue una niña cuya madre fue hija de otra madre, quien emigró de tierras muy lejanas, por lo menos para mí, que cuando conocí a Valentina, yo era una niña, quien miraba con encantada extrañeza que su familia con la abuela jefa, comían todo el día, como nuestros pajaritos, frutos secos escupiendo unas conchitas, además aceitunas botando en una canequita las semillas. No faltaban en la mesa unos panes redondos delgados, como hostias gigantes, embadurnados de una exquisita crema y bañados con aceite de oliva.

Mientras, en mi casa comíamos aceitunas como halago para una visita o en una reunión social, las hostias gigantes no las conocíamos, en sustitución estaba el llamado pan portugués, el cual también venía de tierras lejanas, pero se vendía en todas las esquinas... Después entendí el cuento de la transculturización, bueno... depende de la teoría de moda, podría ser interculturalidad o globalización y esas sartas de palabrerías que una desaprende en el alma mater.

Valentina y yo éramos inseparables, yo era la única nativa asidua a esa familia de tierras lejanas, pero no tan lejanas porque ella y su familia tenían los corazones más enraizados en Venezuela que quienes nacimos en ella; tal vez, el agradecimiento no haya sido un don que nos acompañara, por no tener razones históricas de abandonar la tierra, además de tenerlo todo en abundancia, tan abundante que lo despilfarramos como conchitas de frutos secos que se escupían.

La abuela, mamá y tía materna de Valentina eran de corazones tan grandes que las situaciones cotidianas meritaban de ellas escenas teatrales, en su casa me sentía como público en palco presidencial. La primera vez que almorcé en casa de Valentina, Jazmín, la prima, comentó que a una compañera de

clases la expulsaron porque besó a un compañero, nosotras nos reímos, de repente oí a la abuela, con tono de tormento en un árabe—español dialectal, proferir algo que parecía de gravedad; mi mirada sería de tal incompreensión, no sólo por el lenguaje verbal, sino el gestual, que Valentina en voz bajita me dijo algo que no entendí, porque todas las mujeres comenzaron a hablar al mismo tiempo, en la misma forma, tono y volumen, no sabía si peleaban entre ellas, contra ellas o contra nosotras.

No sabía qué hacer... dejé de comer, pero ese día aprendí que eso era imposible, la hospitalidad era la condición *sine qua non* de esa familia, demostrada a través de la comida, a la par de la algarabía, la mamá de Valentina me servía más y más comida con una ternura la cual no se ajustaba a lo que, en mi interpretación, hablaba con su mamá y hermana. Lo que me tranquilizaba era que Valentina y Jazmín seguían conversando serenamente entre ellas o conmigo, lo sé porque movían la boca gesticulando, ya que era imposible oír las.

El papá de Valentina, muy alto, muy gordo, muy amable y gentil, siempre parecía estar en otro planeta o en un mundo sólo de él, no por egoísmo, por lo contrario creo que era para no invadir la vida familiar, también me parecía que tenía un idioma personalizado, me intrigaba su forma de estar en el mundo pequeño y en el grande. En su defensa, aunque parecía ausente, su mirada y sonrisa atestiguaban su presencia, aunque etérea, lo del idioma personalizado era porque hablaba en inglés intercalando el árabe—español, más árabe que español.

Era adicto a los relojes, cualquier material que encontraba en el camino, lo transformaba en relojes, intuía que su adicción solventaba su abstracción terráquea, pues el reloj expresa el tiempo de estar, especialmente los que él elaboraba porque nunca se atrasaban ni detenían.

En aquella primera experiencia de almorzar con la familia, el señor Noé, papá de Valentina, comía sin que los soliloquios de las mujeres lo perturbaran; me daba la sensación que entre ellas hablaban idiomas diferentes. Esa escena familiar me trasladó la imaginación a cuando en el colegio de monjas, me contaron que Dios castigó a los constructores de la Torre de Babel, haciéndoles hablar idiomas diferentes para que no se entendieran los unos con los otros, creo que la disputa surgió porque ellos querían que la torre llegara al cielo, propiedad

privada de Dios. Esa proyección imaginaria no me gustó, porque estaba cargada de demasiada soberbia para compararla con esa familia tan bondadosa, además de soberbia, enmarañada, porque Noé, pero no el papá de Valentina, sino el del Arca, fue escogido por Dios, asimismo fue quien salvó del diluvio universal a quienes construyeron la Torre de Babel... ¡En fin!... complicada historia sagrada.

Siempre agradecí a la Diosa por borrar de la psiquis de mi madre su impronta sobreprotectora... ¡Sí! le estaba muy agradecida a mi Diosa porque su mágica y sideral intervención posibilitó tejer con hilos amistosos la cercanía con Valentina y su entorno familiar.

Desde niña crecí conociendo gente portuguesa, española e italiana porque mi país albergaba a todo quien llegara del extranjero, diría que a esa gente las sentía más cercanas que a los gentilicios de países hermanados por la ubicación geográfica, pareciera que los sucesos históricos tienen un mayor peso específico que los geográficos, haciendo que la filoxenia o la xenofobia, dependiendo de las circunstancias, se enraizaran en el imaginario colectivo de los pueblos.

La idiosincrasia de la familia de Valentina, me era más ajena que cualquiera otra cultura. Cuando comencé a frecuentar su casa, no entendía muchas costumbres, por ejemplo, que la abuela viviera en un apartamento, cada una de las hijas en sus respectivos apartamentos, pero todos en el mismo edificio, a ello se sumaba, como hecho extraño para mí, que cada quien cocinaba en sus casas, bajaban y subían la comida, según el piso donde vivieran, para donde la abuela, quien también cocinaba y comían todos juntos. ¡Ah! esa danza gastronómica la disfruté muchas veces.

Me parecía un despilfarro de esfuerzos, con el tiempo fui encontrándole el sentido dentro de sus miradas culturales de lo social.

Cuando murió la abuela, fui con mi mamá a darles el pésame, nos acercamos a la señora Dalila, la mamá de Valentina, luego nos sentamos en unas sillas que estaban desocupadas, sentimos cierta extrañeza en el ambiente, entonces se acercó Valentina y

nos condujo al salón contiguo donde estaban las mujeres, riéndose con su acostumbrada irreverencia, me decía:

—Anais sabes que mi familia es... eh... tradicional, tienen más de 30 años viviendo aquí, pero en muchas costumbres sigue atada al Líbano, donde en casi todas las ceremonias, las mujeres deben estar separadas de los hombres, esta es una de ellas... ni te cuento de los matrimonios...

Por cierto, meses después de la muerte de la abuela, cuando estudiábamos juntas en las tardes, sentía diferente el ritmo cotidiano de su casa, las mujeres adultas, subían, bajaban y daban vueltas, todas hablaban muy bien el español, excepto el señor Noé, pero entre ellas se entendían en su dialecto.

A la señora Dalila le entendía perfectamente las groserías, las dijera en español o en su dialecto, pero sólo las aprendió y las repetía huecas de cultura, es decir, inocuas, detalle muy interesante porque la carga ideológica de las palabras difícilmente se aprende, especialmente las groserías que vienen siendo una manera simbólica de descarga emocional de las lenguas madres. Ella mentaba la madre en el mismo tono que halagaba a una persona, eso me parecía gracioso, además de importante como dato que marca indeleblemente el origen cultural del lenguaje.

Valentina era más venezolana que yo, nació, creció y amó este país, sin embargo, muchas veces cuando estábamos en grupo con amigas y amigos, decíamos un refrán humorístico, nos reíamos, pero ella, hablando perfecto el español no comprendía el sentido del refrán y con su candidez siempre preguntaba: —¿Por qué se ríen?

Volviendo a las tardes cuando las mujeres adultas estaban como dilucidando un conflicto y yo moría de curiosidad por entender, Valentina me aclaró el dilema familiar:

—Anais, mi mamá y mi tía se encargan de organizar algunos matrimonios de familias árabes, se casa el hijo de una amiga muy querida para toda mi familia.

—¡Ah!, pero parecen preocupadas, creí que pasaba algo, comenté.

—¡Ay, Anais! Ya sabes cómo son ellas todo es una angustia, bueno... también es que el chamo que se va a casar tiene que terminar con la novia...

Antes que siguiera narrando urgí salir de dudas:

—Valentina, no entiendo... si se va a casar ¿Cómo va a terminar la relación con la novia?

—Necesitas calma para entender los intríngulis árabes, él nació y creció aquí tiene un noviazgo con una venezolana, pero por razones culturales debe casarse con una mujer árabe. Anais, sinceramente me da pesar con él... su depresión es porque está muy enamorado de su novia, pero su familia lo presiona, la mamá de él nunca traicionaría la costumbre familiar...

No salía de mi asombro e insistía:

—¡Guao! Ahora entiendo menos ¿A cuál familia traicionaría? ¿A quiénes están en el Líbano?...

Valentina, con humor calmado, seguía tratando de explicarme:

—Pues, a su papá, mamá y hermana, inclusive, a familias árabes amigas, quienes viven aquí, por supuesto, también a quienes están en el Líbano... allá tienen seleccionadas varias jóvenes casaderas, quienes cumplen con ciertos aspectos exigidos por su familia, bueno... por las mujeres de la familia.

Valentina creció bajo la influencia de las costumbres culturales familiares, pero siempre en un forcejeo por no doblegarse, su proceso de latinización y su despierto intelecto era una aleación que atizaba su rebeldía.

Indudablemente, yo no procesaba la información por la edad que tenía, pero principalmente porque para nuestra cultura era inadmisible e impensable, que una persona y más siendo hombre, fuera obligado a casarse en contra de sus sentimientos, menos sin conocer a la persona y ni mencionar que tuviera que escoger entre varias mujeres. Pensándolo bien, en realidad eran expresiones diferentes de la misma cara de la moneda masculina, o sea, los de tierras lejanas tenían abiertamente el derecho de escoger a una entre varias mujeres, eso no garantiza que la escogida sería la única, los de tierras cercanas se comprometen abiertamente con una y tienen varias en el anonimato.

Con ese laberinto cultural en mi cabeza, le comenté a Valentina:

—Quizá, si la mamá y la hermana conocieran a la novia... Valentina no me dejó terminar la idea, con tono acusador exclamó:

¡Anais! ¡Anais!... entiende, a las madres es a quienes les corres-

ponde garantizar que sus hijas e hijos se casen bajo los preceptos establecidos por la cultura árabe y te cuento, él estará deprimido, pero no se atrevería a contravenir la costumbre... Imagínate que supe que hace unos meses atrás, la mamá y su hermana le dieron un sermón, previniéndolo de que se cuidara, porque la novia podría embarazarse para atraparlo, que ni muertas aceptarían un niño o niña de una mujer que no fuera árabe.

Seguía rebuscando pedazos del rompecabezas cultural, le preguntaba a Valentina qué decían su mamá y su tía, porque ellas lo hacían sentir a una como parte de la familia de tanta bondad que brindaban en sus casas. Me negaba a creer que ellas tampoco aceptaran a la novia por ser venezolana... dándole vueltas a la mente caí en cuenta que el rechazo no era por ser venezolana, sino por no ser árabe, lo cual tiene otro significado, lo que apaciguó mi corazón, pero no aminó haber sabido por historias familiares de muchas amigas extranjeras, que hay creencias, comportamientos hostiles y descalificación hacía las personas de origen distinto al propio. A medida que crecía lo veía más nítido en todas las culturas, incluyendo la mía.

Los días pasaban y nuestras vidas también, una tarde estudiando con Valentina en mi casa, me comentó que no iría para clases al día siguiente, porque acompañaría a su papá a llevar a la mamá del novio y a él, para el aeropuerto. Extrañada le pregunté:

—¿Quéeee? ¿Cómo van a viajar si están en preparativos de la boda?

Valentina con su mirada de *¡No entieeendes!*, me enfatizó con su dinamita de ironía:

—Anais, ya te comenté que el matrimonio es en el Líbano... ¿No recuerdas? allá estarán sus mujeres/objetos esperando que él tenga a bien escoger cuál le sirve o le servirá mejor, entre los requisitos está la edad, la belleza, la destreza de servir café... de último la preparación intelectual... si hace un buen café, pero no lee, mejor... — se reía hasta morir.

—¡Aaah!, no me regañes, para mi cabecita esas situaciones son incomprensibles..., le respondí a mi amiga.

Las mujeres adultas de esas familias de tierras lejanas, eran

quienes decidían acerca de determinados sucesos familiares, o sea, decisiones domésticas, el mejor ejemplo, el evento de la boda, la cual fue decidida y organizada por la madre y la hermana, pero lo que se entendía como orden moral, estaba bajo el mando del hijo, dada la ausencia del padre. El orden moral se circunscribía a cuidar el buen orden familiar, es decir, que la conducta de la familia, especialmente de las mujeres, no dejara dudas que hay un jefe de hogar, o sea, los hombres, padres o en su defecto hijos, ellos son los —*pater familia*.

Las mujeres de tierras lejanas y las cercanas, terminan teniendo el poder en lo relativo al mundo pequeño. La madre de tierras lejanas sale al mundo grande, pero a buscar una mujer para el mundo pequeño, o sea, que le sirva a su hijo. Las mujeres de aquí, eran las reinas, pero del hogar, o sea, del mundo pequeño, aunque trabajaran en el mundo grande, regresaban a seguir trabajando en el pequeño. Las mujeres de tierras lejanas, sufrían del mismo mal que las nuestras. Ellas, aquellas y casi todas, padecen de ese mal que no tiene síntomas, viven sin saber que lo padecen, creen que es natural sentirse en deuda consigo misma y reducidas al mundo pequeño diseñado por otros.

La familia de Valentina tenía su excepción... su papá. Él con su etérea presencia terráquea y su idioma personalizado, dejaba al descuido su función de —*páter familia*— porque sabía que, si hacía presencia terrenal, no podría dejar volar a Valentina.

Yo supe de esa alianza del señor Noé con la abstracción terrenal cuando Valentina y yo en bachillerato inventamos hacer un trabajo acerca de los gustos de los varones por las muchachas y viceversa, lo presentamos en una exposición del liceo, él estuvo allí, pareciendo no estar, pero estaba... ¡¡Sí!! Ese día lo supe.

A nosotras no nos gustaba ir a educación física, ideábamos cualquier estrategia para irnos a ver jugar basquetbol a los muchachos de años superiores; a Valentina le gustaba Édison y a mi Neftalí, eran primos y cursaban el último año de bachillerato, eran altos y hermosos. Ellos ni nos miraban, debíamos parecerles unas raspicú; así llamaba mi hermano a las

muchachas flaquitas e insignificantes, pero cuando llegaba a la cancha una chica que cursaba, igual que nosotras, 3<sup>a</sup> año, pero en la sección donde estaban quienes eran repitientes o arrastraban materias del año anterior, ellos se volvían locos, dejaban de encestar la pelota por quedarse lelos viéndola.

Ella llegaba parsimoniosa cual gacela, se sentaba en las gradas sin mirarlos, cruzaba la pierna y la movía al ritmo —*aquí estoy yo*—, nosotras pensábamos, *¿De qué nos sirve no ser repitientes, ni arrastrar materias?*, para darnos consuelo nos convencíamos de ser más inteligentes que ella, a mí ya no me parecía una gacela, sino una gallina, pero de pura desazón...

Íbamos ya resignadas a ser invisibles para Édison y Neftalí. Una tarde llegó a la cancha, Marín, un compañero de curso y muy buen amigo, rechazado por los varones porque era un poco afectado para caminar y al hablar, nosotras lo queríamos mucho. Conversando nos dijo: —miren niñas, esa que viene allí, moviéndose como palma viajera, es novia de mi vecino...—, nosotras —¡Eh! ¡Eh!— se refería a la muchacha que alelaba a nuestros chicos... no sé por qué le preguntamos —¿Marín te parece bonita esa muchacha?—, él se quedó viéndola y nos dijo tajante, —¡NO!—, repregunté, —¿No te parece bonita?!—, respondió, —No me parece bonita..., le falta enganche, es bonita boba...—. Nos sorprendimos con su respuesta, Valentina insistió, —Creíamos que a todos ustedes les parecía bella esa chica, a mí me cae remal la niña esa...—. Nos reímos en complicidad.

Quedamos con la curiosidad de saber ¿Cuáles atributos hacen parecer bonita a una mujer al gusto de los muchachos? A partir de ese día comenzamos a preguntarles acerca de las chicas del liceo ¿Quiénes les parecían bonitas y por qué?

Nos sentíamos unas corresponsales de prensa, una preguntaba y la otra copiaba, nos turnábamos el trabajo. ¡Fue genial!, todos querían ser entrevistados, se corrió el comentario por todo el liceo, cada quien inventaba una historia diferente acerca de lo que hacíamos, tanto fue el revuelo que la profesora guía, nos llamó a su cubículo. Ella era nuestra profesora de biología, joven y bella, íbamos asustadas, nos hizo pasar y lucía su linda sonrisa, nos preguntó qué era lo que hacíamos y cuál era la finalidad. Nosotras emocionadísimas, sin respirar, hablábamos al mismo tiempo.

La profesora Noelia amablemente nos dijo:

—Calma no entiendo nada... una a la vez.

Le fuimos explicando lo que hacíamos, como lo hacíamos, pero al llegar a lo de la finalidad del trabajo, se nos trancaron las palabras, tartamudeamos... titubeamos... rápidamente Valentina dijo, —saber los secretos que ocultan los varones acerca de las muchachas— y yo completé, —usar esos secretos para ser más bonitas...

La profesora Noelia se carcajeaba sin parar, nosotras sin saber de qué se reía, al rato nos sugirió que también hiciéramos el trabajo con las chicas, nos gustó la idea, aupadas y apoyadas por la profesora salimos eufóricas a continuar el trabajo.

En los recesos y horas libres nos perseguían para las entrevistas, fuimos famosas, salimos del anonimato, pero no de la invisibilidad a los ojos de Édison y Neftalí. Nosotras juramos que les haríamos llegar a ellos la valiosa información que nos dio Marín acerca de que la gacela tenía novio, pero nos atrapó la pasión por las entrevistas y ese ingenuo juramento se desvaneció...

Resultó ser que los gustos de los muchachos por las chicas entraban en la categoría de objetos, de alguno que otro animal y de la mayoría de las frutas, decían, por ejemplo: me gusta porque su piel es suave como algodón; es bella, parece una guitarra; es elegante, camina como un cisne; me encantan sus ojos como almendras; sus nalgas, son como dos melocotones; me gusta su boca, es roja como manzana; me atraen sus senos, son como naranjas; su voz me fascina, es dulce como la miel; me encanta porque camina con un tumbao... así por este estilo. Los gustos de las muchachas por los chicos, ninguno entró en la clasificación de frutas ni de objetos ni animales, decían: me agrada porque es imponente y su voz ronca, me fascina porque es viril, me agrada mucho su mirada altiva, él es extrovertido y eso me gusta, lo que más me atrapa es que me cela... ninguna refirió que alguno le gustará porque se pareciera a una guanábana o cocos o piña, ni siquiera a un perro o tigre, mucho menos alto como un poste o elegante como un pato... ¡Así resultaron las cosas!

Nuestra profesora tenía contentura con el trabajo, nos animaba y elogiaba, insistía:

—Ustedes no dimensionan la importancia de lo que han hecho, especialmente porque fue una iniciativa de ustedes, no una tarea impuesta, además es creativo y original... ¡tengo una idea! vamos a hacer una actividad con el curso para que lo

expongan, sólo invitaremos a las mamás y/o papás de ustedes y sus compañeros y compañeras del curso. ¿Qué les parece? La emoción nos invadió, aceptamos, salimos corriendo para nuestras casas a contar lo de la actividad, pero después que le dije a mi mamá, recordé el episodio dramático cuando la prima de Valentina comentó acerca de una compañera a quien expulsaron por besar a un muchacho, llamé a Valentina para contarle de mi temor si asistía su familia, me preocupaba su papá...

Valentina era muy rebelde, en el fondo creo que disfrutaba poner a su gente al filo del barranco, me dijo:

—Anais, tranquila, mi dramática tía no irá, mi mamá cree que es un trabajo asignado por la profesora y eso basta, mi papá no entiende nada cuando se habla en español corrido... se reía al otro lado de la línea telefónica.

La actividad fue en el laboratorio de biología. En el liceo había mucha expectativa por la exposición, pero era sólo para nuestra sección porque no era un tema establecido dentro del programa de la asignatura. Expusimos. Yo no le quitaba la mirada al señor Noé, temía que se molestara con Valentina por la temática, pero, al contrario, percibía que él tenía más acentuada su sonrisa de etérea presencia. La exposición fue todo un éxito... ese día supe que el papá de Valentina entendía más de lo que parecía... él tenía una alianza con la abstracción terrenal para poder dejar que le crecieran alas a su hija para que volara. Lo de las exigencias culturales se lo dejaba a su esposa Dalila y su línea materna...

Desandando los pasos, regresé al viaje de la amiga de la familia con su hijo hacia el Líbano para cumplir con el compromiso de la boda. Disfruté de algunos episodios de la celebración, los cuales, para mí, eran llenos de magia, pero cuando me contaron que acostumbraban regalar todo tipo de joyas, las cuales se las iban colocando en el cuerpo a la novia, quien debía lucirlas durante el festejo de la boda, se me borró de la mente todo lo relatado anteriormente a esta costumbre, quedándome fija sólo la imagen clásica de una novia con los brazos llenos de pulseras, todos los dedos de las manos con anillos, cuello y dorso con petos de collares, como las armaduras de los soldados romanos, pero de joyas sobre pieles bellamente tatuadas con henna. ¡Una bella imagen alegórica de la boda!

El recién casado regresó para esta tierra con su señora libanesa, una tierra ajena para ella, en idioma y costumbres, pero como su primera tarea era embarazarse lo más pronto posible, lo menos que necesitaba para tal fin, era hablar español y como toda la familia, la consanguínea y la adquirida, vivían como una comunidad de coterráneas, las costumbres no le fueron extrañas. Él continuó con su vida, los negocios de su padre y... su novia venezolana, quien lo recibió con sus nuevas condiciones de horarios y días de encuentros... la vida siguió su curso a su justa medida... la de él.

La única diferencia con los hombres de nuestra tierra es que no tienen que viajar a buscar esposa a tierras lejanas, las tenían aquí por doquier, inclusive se hacen enemigas entre ellas, por obtener reconocimiento por parte de ellos... la vida siguió su curso a su justa medida... la de ellos.

La cercanía desde niña con Valentina y su familia me enseñó a apreciar el valor del respeto por las diferencias culturales, en mi familia no habíamos tenido la experiencia de tener convivencia con gente extranjera hasta que una prima hermana se casó con un hombre, cuyos ascendientes directos eran sirios, seguramente si no hubiera conocido a Valentina, no le hubiera dado importancia al enlace matrimonial de Gloria, mi prima, pero después de conocer con más detalles las costumbres árabes acerca del matrimonio, fue cuando me detuve a pensar cómo mi prima logró casarse con un sirio, mejor dicho, cómo él se casó con una mujer no árabe, agravado el hecho porque era el primogénito.

Gloria, a pesar de ser de otra nacionalidad tenía mucha relación con la comunidad árabe por amigas de la infancia, favoreciéndola que la familia de Alirio, su esposo, no era gente ortodoxa en ese sentido, lo cual fue permitiendo distensión de los patrones culturales. Ella había logrado lidiar con las diferencias de manera favorable, no digamos que, para ser aceptada, pero sí, para no ser rechazada.

Así pues, que siempre que nos encontrábamos conversábamos al respecto. Una vez fui a almorzar a su casa, Alirio, si no fuera por su fenotipo árabe, era un autóctono venezolano, además como persona era afable, le causaba mucho interés mi curiosidad por la idiosincrasia árabe. Durante la sobremesa, Alirio, nos dijo,

—quieren que les relate un secreto familiar, estoy seguro que a Anais le interesará porque refleja parte de los conflictos con los que cargan las personas por presiones culturales.

Al mencionar la palabra secreto nosotras prendimos las alarmas de la escucha, mi prima estaba extrañada porque él hablaba poco de su familia. Alirio se levantó preparó café y comenzó su narrativa:

—Estando pequeño siempre jugaba en mi cuarto, siempre mi mamá y mis dos tías conversaban en el cuarto de costura, el cual estaba al lado del mío, yo no le daba mucha importancia a sus conversaciones, pero una vez hicieron mención de un hermano menor, me causó asombro porque sólo conocía a mi tía Judith, después venía mi mamá, mi tío Asim y la tía menor Solmy.

—Como era el hijo mayor no tenía con quien compartir, mi mamá era muy estricta no me dejaba jugar en casa de nadie, siempre estaba solo, quizá, por eso me interesé en la conversación, desde ese momento estaba alerta. Así fui oyendo pedazos de la historia y los fui empatando; según, en casa de mi abuela, había muchas cajas con diapositivas de fotos familiares de cumpleaños, navidad y vacaciones. Un día mi tía Judith, entró al cuarto del hermano menor para limpiarlo, en una gaveta del closet vio una cajita con diapositivas, ella las tomó creyendo que eran fotos familiares, en la tarde se puso a ver las diapositivas, llevándose una gran sorpresa porque eran de dos hombres desnudo besándose. Según, la tía Judith había visto las diapositivas al trasluz sin entender de qué se trataba, pensó que era pornografía, entonces usó el proyector, así fue como identificó al hermano y su mejor amigo. Después de ver la proyección puso la cajita con las diapositivas sobre la cama, no dijo nada a nadie, esperando ver la reacción de Jamil, el hermano menor, pero él no hizo ninguna mención. Al día siguiente, llegó con el amigo y como siempre se encerraron en su cuarto a oír música, la tía estaba incómoda con la visita del amigo y les abrió la puerta, Jamil le reclamó y tuvieron una discusión muy acalorada.

Mi abuela cuando llegó del trabajo mi tío Asim le contó acerca de la pelea, mi tío, por ser el varón mayor, fungía como padre porque mi abuelo murió joven, inclusive él quedó responsable del negocio familiar que quedó como herencia. Esa noche a la hora de la cena el tío Asim les preguntó, por qué

habían discutido en esos términos tan agresivos... entonces la tía Judith le contó a su hermano Asim lo de las fotos... él se levantó de la silla, le ordenó a Jamil que fuera para el cuarto trancó la puerta y estuvo con él un rato largo, no se oyeron gritos sólo voces bajas, Jamil salió del cuarto, se despidió de su mamá le dio un beso y nunca más volvió.

— ¡Una guará! ¡Qué historia tan increíble!... Gloria estaba abismada y yo atónita oyendo ese secreto, ¿De verdad nunca volvió?, preguntamos casi al unísono.

— ¡¡Nunca volvió!! Por eso, no lo conocí, eso ocurrió estando ellos jóvenes.

No podía perder la oportunidad de armar la trama, rápidamente le comenté a Alirio, —y tu abuela qué hizo, qué sabes de su reacción después de haberse ido... ¿Cómo se llamaba?, bueno... su hijo.

—Anais, no lo sé, mi abuela murió estando yo pequeño, pero esa fue la decisión de mi tío, ninguna de ellas, podían ni se atrevían a contradecirlo, precisamente les cuento ese suceso porque refleja una manera diferente de enfrentar hechos de vida familiar.

Después de saber la historia de Jamil, pensaba en su mamá y me hacía mil preguntas, ¿Cómo sería su vida diaria desconociendo el destino de su hijo? ¿Estaría de acuerdo con el señor Asim en pedirle a Jamil que se fuera de su casa? ¿Sería que sin nadie saberlo se contactaba con él?...

La historia de Jamil se quedó como un sello en mi mente, especialmente la inquietud por saber, cómo y por qué la abuela de Alirio admitió que su hijo Asim tomara una decisión tan drástica contra Jamil sin consultarlo con ella.

Gloria quedó muy tocada con la historia, especialmente porque ella se relacionaba, día a día, con las tías y mamá del esposo, me comentaba que ellas eran tan solidarias que le causaba pesar saber de ese evento familiar tan deshumanizado. Mi prima empezó a darle más importancia a comentarios, cuentos y sucesos familiares, para conocer cómo había sido la cotidianidad de la abuela de Alirio después de la ida de Jamil.

Como todo secreto familiar, resultó que las mujeres de la familia de Alirio, sabían de lo sucedido con Jamil, pero nadie hablaba al respecto. Gloria sólo removió las cenizas de la historia y logró conseguir retazos de la trama. La señora Elvira, la mamá de Jamil, nunca habló ni nombró a su hijo después

de haberse ido de la casa, sufría de estados de depresión, no conciliaba el sueño, pero nadie hacía mención a que su estado emocional podía relacionarse con la ausencia tan abrupta de Jamil, la actitud de la familia y cercanos fue guardar silencio, apostando a —*lo que no se dice no ocurrió*—, sin saber que el silencio expresa más de lo que se desea ocultar.

Mi prima compartía conmigo sus reflexiones, Gloria tenía buena relación con la hermana, la mamá y tías de Alirio, a mí me recordaban en su hospitalidad a la familia de Valentina. Comentábamos, que la abuela de Alirio, como la mayoría de las mujeres, de tierras lejanas y cercana, eran las jefas de la administración severa del dinero que tuviera a bien destinar el hombre cabeza de familia para sufragar gastos de la casa, en este caso el señor Asim, pero una decisión tan trascendental como fue desalojar a su hermano menor de su propia casa, dejándolo a la deriva porque no cumplía con lo que a su juicio era la moral y el orden familiar, era un derecho que sólo asistía al señor Asim sin consulta ni protesta de ninguna de las mujeres de la familia, tal y como lo dijo Alirio. Mirándolo desde mi adultez, ellas eran violentadas por la imposición del silencio, pero la realidad es que, para la cultura impuesta a ellas, era mejor un hijo muerto que homosexual... me preguntaba ¿Y el instinto materno?

Me hacía esa pregunta, porque la narrativa cultural dice: todas las mujeres tienen instinto materno, para esa narrativa -mujer y madre- es una unidad, si fuera cierto que es un instinto no obedeciera a la razón intelectual, sino a algún atributo natural de la especie, en este caso la especie humana, quiere decir que, si el amor maternal fuera instintivo se expresaría igual en todas las madres, entonces, surge una pregunta, ¿Por qué hay madres que se sienten honradas cuando pierden un hijo porque se inmola por un ideal religioso, el cual esta irremediablemente vinculado a la guerra entre naciones?, inmediatamente surgen otras preguntas, ¿Quiénes inventaron las religiones? ¿Quiénes inventaron las guerras? La respuesta de estas 2 últimas preguntas, es la misma o una sola: los hombres, en consecuencia, el instinto materno no es instintivo, es una narrativa cultural patriarcal y las mujeres reproducen la narrativa de ellos, creyendo que es propia.

Así pues, las lágrimas de los duelos maternos tienen diferentes matices, a pesar de su mismo sabor a salmuera, una madre

musulmana puede llorar lágrimas de honor por un hijo que se inmola por creencias religiosas y una judeocristiana siempre llora lágrimas de pesar por la pérdida de un hijo porque aprendió que no existe razón alguna para perderlo, así sea un delincuente. Ninguna es mejor madre que la otra, sólo son marionetas del guion de Allah, Dios, Jehová, Yahvé, Maestro, Mi Señor, Padre...

Retornando a las conversas con Gloria, me comentó que Darma, su cuñada, sabía lo de Jamil, pero no le había dado la importancia debida y por su indiferencia se sentía mal con ella misma, le pidió que la apoyara para buscar a ese tío, sin decirle a más nadie. Gloria se animó y comenzaron a hilar pistas.

—Lo primero fue averiguar donde vivían cuando Jamil se fue de la casa, nadie hacía referencia a ello. Ese dato no era difícil de obtener, a pesar de los años transcurridos, porque las familias árabes, como todo inmigrante, se agrupan en colonias en donde viven, así que, seguramente más gente de la que creían, conoció la historia de Jamil, quizá, no con detalles, pero por lo menos, debieron haberlo conocido a él.

Ellas decían, sabiendo qué buscar, el lugar más privilegiado para saber quién conoce a quién, cómo vive algún quién, quién peleó con quién y afines... son las peluquerías donde se arreglaban las mujeres árabes. Cuando había algún matrimonio o evento festivo, por allí desfilaba, durante todo el día, la comunidad árabe. Gloria y su cuñada con los pocos datos que iban teniendo, ubicaron a Jamil; era un reconocido estilista dueño de dos salones de belleza en una ciudad cercana de donde vivían su hermano y hermanas, quienes lo habían desterrado de su hogar. Lo conocían con el nombre de Levín. Llegaron a saberlo porque desde que comenzaron la búsqueda, cada vez que podían aprovechaban cualquier oportunidad para indagar. Un sábado estando en la peluquería llegó una amiga de la tía Judith, era dueña de un negocio de venta de productos para salones de belleza y peluquería, Darma la reconoció, pero no tenía muchas referencias de ella porque la conoció estando pequeña. Se pusieron a conversar con ella y Gloria buscó la forma de averiguar desde cuando conocía a la tía Judith, resultó que habían vivido en la misma cuadra cuando jóvenes, sin mucha complicación ni prejuicio le contó

que conoció a Jamil en esa época y que ahora era uno de sus mejores clientes. Así de despejado fue el camino para encontrar a Jamil.

Habiendo sido tan bondadoso el camino para saber de Jamil, Gloria y Darma llevaron a cabo una nueva aventura, contactar a Jamil o Levín, pero Darma tenía temor a la reacción de él. Se sinceraron con la amiga de la tía, quien le dio la ubicación de Jamil y le dijeron que lo querían contactar. Ella encantada las invitó a acompañarla cuando fuera a llevarle insumos para su peluquería, Darma, no quiso ir, entonces, Gloria la acompañó, lo conoció y le contó acerca del interés de su sobrina en conocerlo. Él se conmovió mucho comentándole que sabía de ella, aunque no la conocía, que estaba muy dolido con la familia, pero sabía que su sobrina ni sobrinos nada tenían que ver con la traición que le hicieron, ni habían nacido.

Gloria le preguntó a Jamil, bueno... a Levín que, si quería hablar con Darma, él se puso eufórico con la propuesta. A la semana siguiente se comunicaron y duraron horas conversando. Transcurría el tiempo y casi semanalmente hablaban de cosas genéricas sin tocar el asunto de la crisis familiar, pero Gloria insistía con Darma en que le tocara el tema. Un buen día se atrevió a decirle, —Tío Levín sé porque mi tío Asim te botó de la casa, lo oí en una conversación entre mi mamá y mi tía Judith..., pero no estoy de acuerdo con lo que te hicieron, no te juzgo...

Darma le dijo a Gloria que esa conversación con el tío Levín fue muy triste, él se puso a llorar con mucho pesar, consternado le confesó, —sí, soy homosexual lo que no significa que sea pervertido ni depravado, trabajo horadamente, me ha costado mucho adquirir la holgura económica que devengo en la actualidad. Asim fue despiadado conmigo y mis hermanas sus cómplices, a mi mamá la disculpé porque Asim la aterrorizó y la manipuló toda su vida, ella nunca tuvo voluntad propia para decidir nada y sé que sufrió mucho..., se quedó callado. Se mantuvieron en contacto telefónico durante muchos meses hasta que acordaron conocerse personalmente, convinieron encontrarse en un Centro Comercial recién inaugurado, en la ciudad donde él vivía.

Levín resultó un encanto de persona, amable, cariñoso, culto, su apariencia impecable, vestido exquisitamente, él le agradecía a Gloria haber sido la conexión con Darma, porque ahora

ella era el lado amable de su familia materna. Esa tarde, merendaron, conversaron, rieron y les contó que pronto inauguraría su negocio más soñado por lo novedoso y rentable, una peluquería-escuela, contrataría estilistas para dar cursos de cortes, peinados y todo lo relacionado con tratamientos para el cabello, los cursantes harían su entrenamiento con el público ofreciendo el trabajo a módicos precios. Levín se había retirado del trabajo como estilista dejando en sus peluquerías gente que él había enseñado, estaba dedicado a sus negocios que le eran más rentables.

Levín y Darma se contactaban a menudo, sólo Gloria y Alirio lo sabían.

El cauce de la vida tiene sus desvíos que trazan insospechados caminos. Pasado el tiempo, el señor Asim animado por su socio invirtió dinero en un negocio que lo llevó a endeudarse al límite que se vio obligado a hipotecar el apartamento. Toda esa debacle económica la ignoraba su esposa y sus hermanas, lo ocultó por algún tiempo esperando recuperar los ingresos; la responsabilidad familiar era grande, la esposa siempre se dedicó sólo al trabajo del hogar, tenían hijas en la universidad, además tenía que sufragar los gastos de la casa de sus hermanas, Judith y Solmy, pues él administraba la herencia que les dejó su papá, la cual obviamente les pertenecía a sus hermanas y legalmente a Jamil. La crisis económica lo afectó emocionalmente, tuvo una depresión severa y le dio un infarto.

La tía Judith tuvo que salir a trabajar, consiguió atender las ventas de una suntuosa joyería, cuyos dueños eran parientes lejanos de su esposo. El señor Asim vendió las acciones del club de golf, devengaba dinero de un negocio de venta de muebles donde era socio minoritario con un primo, con ese ingreso apenas solventaba los gastos básicos.

Cuando Darma le contó a Levín de la situación económica de la familia, se conmovió mucho, especialmente por la hija de Judith, su otra sobrina, quien estudiaba en la universidad. Como se informó que la señora Judith estaba trabajando averiguó la dirección, fue a la joyería para cerciorarse que estaba ahí, no podía creer que el quiebre económico la llevara a trabajar en un negocio de la familia de su esposo, su orgullo siempre fue soberbio.

Levín fue casi de incognito, había transcurrido más de 30 años de no ver a su hermana. Él tenía barba, un cuerpo atlé-

tico de hacer ejercicios, apariencia física que distaba de la que tenía cuando se fue de su casa, se puso unos lentes oscuros para ocultar sus enormes ojos, difíciles de repetirse en otro rostro que no tuviera la misma genética. Entró a la joyería viendo las exhibiciones de las vitrinas, su hermana le preguntó amablemente qué deseaba, él sin levantar la cara con voz baja le dijo, que estaba mirando y si encontraba lo que buscaba la llamaría, vio una cadena de oro con un dije de azabache, piedra que le gustaba mucho a su mamá, se volteó hacia la señora Judith preguntándole el precio, ella le alabó el gusto, la sacó del exhibidor dándosela en sus manos, le temblaban de tanta tristeza, rabia, dolor y alegría de verla, agarró la cadena abrió la palma de la mano y se la guindó entre los dedos, mirando el azabache le comentó —si mi madre estuviera viva se la regalaría, pero murió, tal vez de tristeza... te la regalaré a ti, ¿te gusta hermana?

Se quitó los lentes desnudando su mirada húmeda de recuerdos vueltos girones de tanta ingratitud hacía él. En ese espacio estaban sólo él y ella, cara a cara sin intermediarios, suspendidos por las hebras de un silencio que hería... ella se quedó sin habla, viéndolo dudosa de que ese hombre que tenía al frente era aquél a quien deportaron de la casa materna... Levín le dio la cadena pidiéndole que la colocara en un estuche para regalo, como autómata fue atrás del mostrador a buscar el estuche y acomodó la cadena dentro de él, tenía la mirada baja y le brotaban involuntariamente las lágrimas cayendo a gotas sobre el regalo. Levín sacó la cartera y buscó la tarjeta de crédito dándosela para pagar, ella extendió la mano sin poder mantenerla en equilibrio, su mano temblaba al compás de todo el cuerpo.

*Ambos en esa exigencia de fuerzas, ella se debilitó, se desplomó, lloró y lo abrazó... él le devolvió la calidez del abrazo diciéndole, —si quieres que nos veamos nuevamente dímelo y volveré pronto... su soberbio orgullo la mantuvo callada, entonces, Levín la soltó sin mediar palabra e intentó irse, pero ella lo agarró por el brazo y dijo — ¡Vuelve! ... Levín abrió el regalo sacó la cadena con el azabache se la colgó en el cuello a su hermana, le susurró: no te quites este dije te traerá buenos augurios, renuncia, tendrás trabajo con tu propia familia, tu hija estará protegida y sobre todo sanaremos las ranjas abiertas para encausar la hermandad... ¡Sin duda volveré! ...*

**Ella, obsequiosa, verbosa, de cabellera enmarañada...  
un poco errática**

Relataré acerca de Mattia, lo que me relató y lo que discurrí.

Lucía, el olor a salmuera y escamas junto al choque nocturno del saludo y despedida del agua contra las rocas son ocurrencias de la mar que tengo grabadas en mis sentidos, me confesaba Mattia, quien tenía una casa en un pueblo de pescadores, símil a otros pueblos pesqueros caribeños donde la gente con su piel tostada, sus cuerpos ágiles y sus brazos fuertes sumergen las redes en el mar y la contentura prevalece cuando el cardumen desborda sus miradas, sin preparar la tierra ni esperar la temporada ni la cosecha, la inmediatez del alimento les hace gente abierta y dadivosa como los mares.

Su casa fue comprada para ir en algunas temporadas del año, pero por giros de la vida o de la pasión amistosa que es más que vida, terminó siendo casa permanente y la permanente fue a donde iba algunas temporadas del año... y hasta dejó de ir. ¿Por qué? porque así es la vida, bueno... no, así son algunas vidas o no, basta con que sea la de ella... la de Mattia.

Mattia, obsequiosa, verbosa, de cabellera enmarañada, a veces un poco errática, iba con su marido, moreno, desgarbado, con pose de intelectual, tan sólo porque escribía unas líneas, muchas de ellas borrosas en cuanto a significado, en el periódico de mayor demanda en la ciudad, la cual no devenía de la calidad de información, sino la cantidad de dinero para competir en el mundo editorial.

Los fines de semana su casa de playa era hospedaje festivo de amigos y amigas, ella con su verbo obsequiaba acogida afectiva y con su arte excelente gastronomía, no sólo a sus invitados/a... eh... eh... quienes en realidad eran de

Alonso, su marido, sino a gente del pueblo, especialmente a las mujeres.

Alonso junto con su sarta de amigos/as con avaricias de intelectuales y preciándose como tales, debían estar ajustados al estándar de la actualidad, a lo que estaba en boga, en ese momento era debatirse acerca de la veracidad de los escritos de Carlos Castaneda, un antropólogo y escritor peruano estadounidense, quien se convirtió en Chamán; según él, fue escogido por un líder de un grupo de brujos para entrenarlo en una forma de vivir que había sido olvidada, el nahualismo tradicional, la iniciática del entrenamiento fue con el uso de alucinógenos para modificar su estado de consciencia, luego la meditación... la espiritualidad y... bla bla bla... Acerca de Castaneda su marido, el de Mattia, sostenía que sus escritos tenían gran valor antropológico, sus amigos/as, por el contrario decían que eran una farsa, una ficción, pura charlatanería; ese anodino debate comenzaba amenizado con jazz, a casi nadie le gustaba, pero nadie se atrevía a desacreditar la música, coherente con tal nivel de discusión, no faltaba el licor, la comida, que a todo el mundo le gustaba, ¡Ah! y las groserías, las cuales dependiendo las desavenencias subían de tono.

Ella, quien era la única antropóloga del grupo estaba de acuerdo con ambas tendencias porque le gustaba más invertir en conversaciones con quien le decían la autista del pueblo. Por otro lado, Mattia estimaba que la vida privada de Castaneda fue tan oculta, por conveniencias de él mismo, inclusive dicen que escribió su apellido sin ñ porque su máquina de escribir tenía dañada la tecla de esa letra y para remate sus relaciones con las mujeres fueron tan marcada por la misoginia que no invertiría un minuto de su tiempo en él.

Además, Mattia me decía en voz baja, que ella se andaba con mucho recelo con eso de defender hasta la médula algún escritor/a o asunto que creyera haber aprendido, a partir de cuando estudió las posturas de antropólogas feministas estudiosas de la prehistoria, porque a partir de leerlas, supo que la universidad sólo le mostró un camino de interpretación de la prehistoria, el hablado por hombres. Y lo repitió hasta el hartazgo como verdad. Mattia continuaba comentándome, — esos carajos, los doctos en la materia descifraron las pinturas rupestres paleolíticas exclusivamente en relación con la cacería, por parte de los hombres, veían sólo flechas, lanzas, púas

en las líneas grabadas en objetos, mientras la antropología feminista, denominada así por distinción, se interrogaba, ¿Qué hacían las mujeres prehistóricas?, ¿Holgazanear en la cueva?, ¡¡Obviamente no!! Han sugerido que esos grabados lineales podrían haber sido árboles, ramas, plantas y hojas, a fin de cuentas, fueron poblaciones nómadas que usaron todos los recursos naturales, los vegetales debieron haber sido fuente alimenticia y, ¿por qué no? pintado por las mujeres prehistóricas. Mattia insistía, —bueno... ¿Cómo han representado las sociedades prehistóricas?, pues, con la imagen que hemos visto generaciones tras generaciones, un hombre arrastrando a una mujer agarrada por el cabello, esa imagen inmemorial no es referente de verdad histórica, sin embargo, sí ha dejado el legado de la violencia como normal en la relación entre los sexos, no sólo de esas sociedades mal llamadas primitivas, sino hasta nuestros días.

Mattia me narró esos episodios en el patio de su casa de playa, ella, cuando estaba saturada de las charlas de su marido con sus compinches, como errabunda huía para el patio donde los helechos se fundían unos con otros confabulándose con una mata de mamón para ofrecer una noble sombra y frescura, ahí relatábamos y discurríamos, mientras iba a darle una vuelta a lo que cocinaba. Ese día, me quedé pensando, —*seguramente los escritos de la visión feministas de la antropología por contradecir la ficción masculina han sido reconocidos sólo por una selecta comunidad de estudiosas/os, pero no creo que como los de Carlos Castaneda que tuvieron alto ranking de ventas y traducciones en los más variados idiomas del mundo, alguien así, como fue unas décadas después, Pablo Coelho, pero sin haber podido hacer agendas, gorras, llaveros, afiches y afines... el marketing para la ficción cuando Castaneda era otro.*

A quien llamaban la autista, apodo sentenciado por el médico rural cuando la examinó a los 4 años por sarampión, era una asidua autoinvitada en casa de Mattia, apenas se asomaba su carro en la calle principal, entre la plaza y la iglesia, Tomasa corría detrás de este hasta llegar a la casa. Mattia se detenía para que se subiera al vehículo, pero ella se negaba... Mattia se preguntaba, ¿Por qué ese empeño de una de proyectar nuestra visión a las otras personas?, Tomasa le respondió con su negativa de subirse al vehículo, su placer era correr detrás

del carro, su triunfo llegar junto con este al destino.

Ellas entablaron una amistad por semejanzas, ambas eran huérfanas de madres. La madre de Tomasa murió de una infección por unas gasas que le dejaron en el útero después del parto en el hospital, la de Mattia murió por complicaciones durante el parto por el uso inadecuado de fórceps, que venían siendo como dos cucharas como las usadas para las ensaladas, instrumento metálico de moda utilizado para agarrar la cabeza del niño/a y guiarle la salida fuera de la vía del parto, obviamente en clínicas privadas. La diferencia entre las madres era económica, pero la semejanza era más contundente, ambas murieron. Eran huérfanas de padre por enfermedad social, más de lo deseado dejan en la orfandad a sus hijos e hijas. El padre de Tomasa se entregó al alcohol por la muerte de su mujer y no pudo cuidar a la niña, al de Mattia, con sólo meses de nacida, le aprobaron una beca de postgrado en París y no podía rechazarla, se fue y no volvió. La diferencia entre los padres era económica, pero la semejanza era más contundente ambos las abandonaron.

Ella copiosa de palabra me contaba:

—Lucía, te contaré cosas de la vida de Tomasa, lo relevante que puedo decirte es que no es autista, me fui dando cuenta por algunos detalles, lo primero fue que ella se vinculó conmigo por sí misma, lo cual es difícil en personas con espectro autista. Una de las primeras veces que vino a la casa tenía el cabello enredado como nido de pájaras, le pregunté si le gustaría que le tejiera unas clinejas, encantada se lavó su cabellera y la peiné cuidadosamente, más por darle afecto que por peinarla, fui tejiéndoselas poco a poco, ella complacida me contaba, poco a poco, su vida. Me repetía que su tía hablaba todo el día sin detenerse, que sus hijas le suplicaban que se callara un rato, pero ella ni siquiera se detenía a oírlas, cuando crecieron se iban para la calle para no escucharla, pero obligaban a Tomasa a quedarse, ella, al principio hacía ruidos guturales para aislarse, pero por el esfuerzo le dolía la garganta, entonces, optó por concentrarse en pensamientos que le gustaban y de repente se percató que la había dejado de oír, aunque seguía hablando. La tía de Tomasa sufría del trastorno de logorrea por eso no podía dejar de hablar y Tomasa, día tras día, fue el blanco de todos los reclamos y descalificaciones recordándole su lugar de recogida en ese hogar, así pues,

la única manera de evadir la incesante retahíla de palabras que la atormentaba, fue desconectándose del entorno para no enloquecer, se acostumbró a ver sin mirar y oír sin escuchar. Tomasa se ensimismó.

Su casa de playa seguía siendo hospedaje festivo de amigos y amigas, ella seguía obsequiando su verbo y su arte gastronómico, su marido y compinches seguían debatiéndose con temas que estuvieran en boga. A Mattia le acompañaba una forma muy singular de relacionarse con Alonso en los momentos que él entraba en trance intelectual, pues tenían miradas sin convergencia en la mayoría de las cosas. Cuando él iba a exponer su criterio acerca de algún asunto, previo a la exposición hacía un performance, entrecerraba o entornaba los ojos, se pasaba la mano por la frente desplazándola hacia la cabeza, simulando un esfuerzo por organizar las ideas, las cuales debían ser tan prolijas que requería un esfuerzo mental, ese performance era la constancia de pertenecer a una tribu intelectual. Mattia caminaba por la casa como sin oírlo, al rato como al descuido, soltaba su discurso en discordancia con él, las palabras le caían como avalancha de rocas de hielo, entonces, alguien del grupo, podía ser un sin oficio conocido aspirante a cineasta, muy en boga, decía un chiste u otra ofrecía algo de tomar... En fin, distractores de la alta tensión del ambiente.

Uno de los días de esas tertulias de fin de semana, Mattia en su andar un poco errático caminaba y daba vueltas arreglando cosas o cocinando, casi nunca se sentaba a participar de dichas conversas, al estilo de Tomasa, parecía que no oía ni veía, la conversación era acerca de si existía o no una escritura con la singularidad de clasificarse como “escritura de mujeres”, uno de ellos aclaró, —así como existe literatura infantil o de misterio...—, por allí eran los comentarios entre los/as hablantes.

Ella salió al patio, inspiró, exhaló, regresó y continuó su errabundo desplazamiento.

En la tarde cuando estaban comiendo, Mattia les invitó a jugar dramatización de cuentos o historias clásicas tradicionales infantiles, animadas/os se dividieron en dos grupos de com-

petencia, se demoraban en avisar que ya estaban preparados/as para comenzar, una preguntó ¿los cuentos tienen qué ser clásicos tradicionales?, ¡¡Sí!!, dijo Mattia, al fin... comenzaron. El primer grupo arrancó con una de las mujeres acostada en el suelo con sus brazos cruzados sobre el pecho y con expresión virginal en su rostro, uno de los hombres, quien en la vida real era muy apuesto, —creo que la protagonista se salió del guion y se aprovechó de ello—, se colocó un mantel como capa, la besó, ella despertó abrazándolo con unas ganas que no correspondía al recato de la joven de esa historia, pero lo obviamos, el grupo adivinador se fue de las primeras y dijeron —la Cenicienta—, perdiendo en su primera oportunidad. Le tocó nuevamente al mismo grupo, una de ellas imitó a un gato bandido que metía los adornos en una bolsa, se movía sigilosamente con actitud de astucia malvada, esta vez el grupo adivinador se tomó su tiempo... —¡El gato con botas! —, acertando en el título del cuento.

Mattia me amenizaba con sus minuciosas palabras, —Lucía, como los cuentos e historias donde los personajes son femeninos resultan tan fáciles de dramatizar, por lo repetitivo del rol, cara de tontas, sonrientes aun cuando se las coma el lobo o perversas por bruja o madrastra contra la niña buena, se olvidaron de ellas e hicieron gala de la creación con dramatizaciones de personajes masculinos, basados en actitudes atrevidas, perseverantes, ingeniosa en la trampa, una de las dramatizaciones fue del cuento de Tom Sayer de Mark Twain, un muchacho bribón para liberarse de los castigos de su tía, obtenía lo que deseaba, el amor, los tesoros y reputación con base a triquiñuelas; otra dramatización con gran creatividad fue con los personajes de “La vuelta al mundo en 80 días” de Julio Verne, dichos personajes eran todos varones, adinerados, profesionales e intrépidos, sin margen de error tenían que ser varones porque Julio Verne fue parte de la cofradía misógina parisina conocida como —Los Once sin mujer— cónclave de intelectuales quienes discutían acerca del destino del mundo excluyendo deliberadamente, más de la mitad de la población humana: las mujeres, por considerarlas seres inferiores

Una de las veces que le tocó a mi grupo les animé a dramatizar a Peter Rabbit, poco conocido por los aspirantes a intelectuales del grupo, entonces, rápidamente les dije que era un

conejo, —no coneja, porque tal vez la escritora se las dejó a la Revista Playboy—, que desobedece a su madre y arguye como robar alimento del jardín vecino, con astucia consigue relacionarse con humanos logrando mejorar su madriguera y obtener beneficios... lo dramatizamos, las/os contrincantes se miraron entre sí, rápidamente dijeron que era el conejo Buggs, otro, casi al mismo tiempo dijo, la fábula del conejo y la tortuga, y perdieron. En todas las dramatizaciones resaltó el privilegio masculino.

Mattia después de disfrutar una amena, placentera y divertida tarde, cuando estaban solícitos/as alrededor de la mesa en el patio, ella dijo, —lo que dramatizamos hoy es escritura masculina, inclusive, Peter Rabitt es un cuento de Beatrix Potter la mejor escritora de historias infantiles de principio del siglo XX, sin restarle valor, siendo mujer escribió literatura masculina, sus personajes principales, tanto animales como humanos, eran masculinos, los personaje femenino secundarios o asociado a lo maternal. Mattia preguntó, ¿Por qué ustedes confundieron la Bella Durmiente con Cenicienta?, muy sencillo, porque es lo mismo, una mujer que espera, siempre espera, espera por otros. ¿Por qué ustedes abandonaron representar los personajes femeninos?, muy sencillo, porque son pusilánimes, medrosas... la escritura masculina, la cual es casi toda en el mundo, dándole su justo valor creativo y literario a quien lo tiene, la mayoría es ciega y muda ante lo que palpita en el cuerpo de las mujeres, no por ello es desmerecida, sólo que las mujeres son ausentes en tanto seres autodeterminadas... les puedo asegurar que sí existe una literatura de mujeres. Ella se levantó y se fue a dormir. Después de oírle su relato, pensé, *es cierto, la escritura de, con y para mujeres es la disconforme, la de contestación, la que se atreve... la que huele a café matutino, la que evoca al guarapo de anís estrellado para el dolor de vientre por la menstruación, al caldo de gallina para la parturienta, al Jazmín para los/as amantes... quienes la reconocemos esperamos la otredad.*

Mattia, de un momento a otro empezó a sentirse sobrecargada con las reuniones en su casa de la playa, andaba perdida como caminando en un laberinto de sensaciones inescrutables, de

distanciamiento, de no sabía qué... Generalmente Alonso y ella sólo pasaban el fin de semana en la casa de la playa, se iban los domingos en las tardes, pero Mattia para poder lidiar con su estado de ánimo empezó a quedarse más tiempo en la playa, no encontraba la forma de expresárselo a Alonso. Ella esperaba que él percibiera que algo andaba por otro camino en ella o en algo..., pero él o hacía que nada pasaba para no caminar por la cuerda floja o estaba tan ausente, a lo mejor más que ella o tan ensimismado escribiendo sus líneas para el periódico, que no manifestaba nada.

Cerca de la casa de Mattia había una casa propiedad de una pareja, quienes raras veces se quedaban ahí o esa era la impresión de Mattia. Sorpresivamente un sábado por la tarde se acercaron hasta donde Mattia a presentarse, incluyendo una invitación a cenar esa misma noche, en casa de Mattia estaba Alonso con sus compinches, entonces, ella aceptó la invitación a cenar, le pareció buena idea ir sin Alonso y así despejar su mente.

Virginia, la dueña de la casa, era una mujer algo ególatra, amable, de profesión bióloga, César, su marido era la antítesis, callado, humilde, coincidiendo en la amabilidad, de profesión arquitecto, Maya, la hija, una joven jugando a ser desparpajada, lo hacía a la perfección. Esa fue la fotografía hablada del primer intercambio de reconocimiento entre quienes estaban allí, luego me dio la fotografía hablada de las fotografías expuestas a la vista de quien entrara a la casa. Mattia siempre decía que el lugar, tamaño y orden de las fotografías en los espacios, daban una lectura de subjetividades enriquecedora. Ella me recreó el lugar, —Lucía, los espacios de esa casa exhibían excelentes fotos, el mayor porcentaje eran de Virginia, para ser madre de estos lares del mundo, las fotos de la hija eran pocas, de tamaño menor y no centrales en el espacio donde estaban colocadas, sugerente de no ser una madre tradicional; fotos del núcleo familiar solamente dos; de su marido, una con la hija y otra con Virginia. Esa era una panorámica de las áreas más visibles, lo cual me llevó a preguntarme, ¿Quién coloca las fotos?, por la personalidad de Virginia, sin conocerla demasiado, dudaba que le dejara esa tarea a César, si fuera la hija siendo tan joven y tan desenfrenada las fotos

serían a favor de ella. No había fotografías de personas quienes pudieran asociarse a familia como abuelas/os, tías/os... en fin.

Mattia con palabras minuciosas, continuaba detallándome, —Dos piezas más para el puzle familiar, César pasaba la semana ahí, trabajando en un proyecto urbanístico, Virginia y Maya se iban para la ciudad los domingos, siempre creí que en esa casa no había nadie durante la semana. Lo otro fue que cuando Virginia llamó a Maya para comer, salió casi desnuda para sentarse a la mesa, Virginia la miró fulminante y le ordenó cambiarse, en ese momento, pensé, —*si fuera una madre no convencional, como me sugirieron las fotos, no le hubiera dado tanta importancia al jestilacho nudista! de la hija, quizá, podría ser que competía con la hija por las miradas masculinas o tiene eso que llama la autoayuda, alta autoestima o egolatría para las deslenguadas o narcisismo para la psicología.*

En la velada también estaban el padre Julián de mediana edad, de buen verbo, no tenía apariencia de religioso y Efraín, un médico, amigo de la pareja, bajito, sencillo, a vuelo de pájara se ubicaba con postura política de la llamada izquierda. Una cena muy agradable, con la consabida manera entre gente que por primera vez comparten, cada quien lució, lo que cada quien estimó sus mejores dones, como fotografía de algunos matrimonios, un instante de cruce de copas con champaña, un instante de cuchillo compartido por la pareja para picar la torta y un instante de sonrisas.

Mattia con tono melancólico me narró, —la sobremesa fue como suele esperarse, el mejor momento para irse o para amenizar con una conversa inofensiva o como en este caso donde hubo un fugaz impase al hablar de la pobreza social, creo que al padre Julián le hubiera gustado más haber hablado acerca de la pobreza espiritual. Mattia se acusó de haber sido la responsable —sin intención— por “buscarle las cinco patas al gato”; cuando hablaban de un hombre del pueblo, quien trabajaba como encargado de unas tierras propiedad de un tipo adinerado y que lo tenían detenido por golpear a su mujer; el padre Julián comentó, —que esa violencia era consecuencia del alcohol y la pobreza—, a lo que Mattia respondió, ¿La pobreza padre Julián?, en tal caso, ella es más pobre que él y no lo golpea, por el contrario, ella es doble víctima, por pobre y por maltratada... el médico con aires de sabio irónico, dijo, —por qué es más

pobre que él, ¿por ser mujer?, Mattia dijo, —Sí, exactamente por ser mujer, la pobreza es carencia de recursos y ella lo sufre, pero además, con esa pobreza parió, amamantó, cuida los hijos, el horario de trabajo es a dedicación exhaustiva, sin remuneración ni económica ni de valoración personal... el médico añadió —pero a él, seguramente lo explotan como un negro y la paga es una miseria, también, esa situación le causa estrés—, a lo que Mattia sentenció, —¿si fuera blanco le pagarían mejor? doctor, usted además de machista es racista—, hubo unos instantes mudos, quizás, para romper la mudez se rieron, menos el médico... hasta allí llegó el instante de cordialidad como foto de matrimonio.

Mattia se disculpó con el grupo, especialmente con el médico, agradeció la velada y se despidió; César ofreció llevarla para su casa, pero le dijo que deseaba irse caminando.

Ella me reveló, —Lucía, esa noche me fui para mi casa muy apesadumbrada, el tema de las mujeres es sensible para mí, pero trato de ser reflexiva cuando se trata de defender mi perspectiva, fui muy descortés con el grupo, lo que significa que tengo que indagar que es lo que realmente me tiene tan desbordada y no me gusta lo que intuyo.

Esa semana se quedó en la casa de playa con Tomasa, su asidua visitante, ahora como Mattia pasaba más días en la playa, Tomasa se llevó su morralito muy liviano porque no tenía pertenencias, más allá de su inagotable cariño. Mattia desde cuando Tomasa se negó a subirse al carro, porque su placer era correr detrás de él y su triunfo llegar junto con este a la casa, juró no hacer ni darle lo que ella creyera que llenaría de contentura a Tomasa. No quería... no quería no, no debía, aunque fuera su deseo, llenarle su morralito de pertenencias, prefería sugerirle su afecto, prefería peinarla poco a poco, tejerle clinejas y que se relataran sus vidas, las cuales eran sí-miles en ausencias maternas y olvidos paternos. Mattia sólo le recordaba a Tomasa que cuando quisiera un regalo se lo pidiera, que tal vez se lo podía conseguir... sólo le pidió que se mudara para siempre a la casa de playa y que le llevara unos creyones de cera porque no se les saca punta y duran para siempre...

La extrañeza seguía habitando el ánimo de Mattia, las cer-

tezas se escondían de su entendimiento para darle paso a lo inescrutable. Se fue quedando en su casa de playa. Alonso sabía que Mattia estaba de paso en su vida, sabía que ella era un poco errática, sabía que lo material no eran hilos de su tejido de vida, sabía que ya estaba ida o nunca estuvo.

Una mañana estaba con Tomasa arreglando el pequeño jardín de la entrada de la casa, pasó César trotando, se detuvo a saludar, Mattia después de aquella cena cuando surgió el impase con el médico, no los había vuelto a ver, ni a él ni a Virginia, ella refirió el asunto un poco para disculparse y un poco para hilar una conversación, él muy educado trató de restarle importancia. Se quedaron conversando, sin darse cuenta ya tenían las caras rojas por la incandescencia del sol. Le pidió que entrara para hacer una limonada fría para refrescarse, él se sentó en los banquitos que están en la cocina y compartieron amenas horas de conversación. Después que se fue, ella quedó con una sensación de placentera tranquilidad, la cual la atemorizaba tanto como la extrañez que la habitaba hacía algún tiempo.

César trotaba todos los días y tenía que pasar por enfrente de su casa para ir al malecón a trotar, ella se preguntaba, ¿Por qué nunca antes lo vi pasar? ¿O pasaba y me era indiferente?, se respondía, bueno... no era extraño que no me hubiera llamado la atención, porque mi encantamiento, después de hablar con él, no era por lo físico, era más que eso, era como que su singularidad se quedó en mí, no necesitaba más, ni tenerlo, sólo pensarlo.

Me recalcaba, Lucía, no tengo interés en expresar en palabras mi encantamiento, mucho menos en comunicárselo a él. Creo que amo la magia de las suposiciones, creo que los conceptos dan forma, pero vaciaban de esencia los sentimientos. Igual que a Tomasa, sólo les sugiero...

Le dije a Mattia, ¡Ciertamente!, cuando me dijiste, él se sentó en los banquitos que están en la cocina, lo vi, lo describí, le di forma, pero cuando me dijiste, su singularidad se quedó en mí... es desperdicio mental imaginar algo concreto... es más de lo que pueda describir, con más tonalidades que las que pueda ponerle o quizá, sea en blanco y negro...

*Mattia me relató, —Lucía, una inexorable razón me permitió conversar con él en estos momentos de fragilidad anímica, elogiada sea la razón. Los días tomaron otro sentido desde que se sentó en los banquitos de mi cocina, tan incómodos para estar ahí tantas horas, pero tan cómodos*

*cuando las horas se miden por la convergencia de lo compartido. Emana de mí una pasión amistosa hacia él, una extraña y única manera de relacionarme, quedé envuelta en la madeja de las palabras enunciadas en esa conversación, no podía ni quería desatarme, ni siquiera me interesaba saber si él sentía igual, sólo quería recrear, una y otra vez, el encuentro y la conversa más exquisita que había tenido en mucho tiempo, en calidad fue una eternidad, en sencillez profunda como la mar y en coincidencia palabras en sintonía y miradas convergentes... ¡¡ Ah!! Lucía, amiga, le concedí las dos peticiones a Tomasa.*

## Un hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris

En las faldas de un inmenso árbol de mangos deambulaba un pueblo de colores grises habitado por hombres y mujeres en desolación, a quienes les habían dicho, no se sabe quién ni cuándo, que el hombre del árbol fabricaba la felicidad y, que tal vez, la podría prestar. Un pueblo en ruinas que sólo esperaba la felicidad prestada, la ajena.

El hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris, vivía en el copo de aquella inmensa mata de mango, hacía papagayos, pulía los frutos, contaba la lluvia para llenar sus cántaros, era dueño del tiempo y fabricaba cosas sencillas y sublimes.

El hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris, no percibía la vida del pueblo, tan siquiera les miraba, sólo percibía su propia presencia para poder construir soledades, tenía la creación, era mágico por sus carencias y sus excesos.

Los niños y niñas del pueblo no conocían la euforia de volar papagayos, por ello, veían con perplejidad como la brisa los elevaba paseándolos entre las nubes. Los hombres no alcanzaban los frutos lustrosos, a las mujeres no les bastaba con el resto de lluvia que sobraba del llenado de los cántaros, la gente del pueblo no eran dueños del tiempo, no tenían creación... esperaban la felicidad prestada.

Una noche cuando más brillaban los luceros, llegó una mujer con su cabellera azabache, su cuerpo de collares y sus ruidos de colores. Con expresión de advenediza, miró alrededor y harta de asombro por lo gris del pueblo, se subió a la copa verde intenso del árbol y contempló al hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris. Como él sólo percibía su propia presencia para poder construir soledades, continuó haciendo sus papagayos y lustrando los frutos. Ella hizo mucho ruido con sus colores para construir compañía, él recordó que era dueño de la creación, entonces, los colores le alertaron de la presencia sonora de la mujer. Le ofreció un jarro con agua, un papagayo

y se sentaron a hablar y se inventó la intensidad, erigieron un horizonte sin exigencias, sin prisa.

Muchos visitantes vinieron de otros lugares y se posaban en la copa del árbol, grillos tocadores de tambor, luciérnagas que alumbraban a las chicharras cuentacuentos, taras de patas flacas y largas que reían en estridencia, coquitos que bailaban al son de los grillos, pero nada perturbaba el encuentro entre el hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris y la mujer con su cabellera azabache, su cuerpo de collares y sus ruidos de colores.

De tanta intensidad se separaron y se inventó lo efímero. El hastío y la espera por la felicidad prestada habían consumido a los hombres del pueblo y la sed por la esperanza a las mujeres, no les bastó con los restos de lluvia del llenado de los cántaros.

Ella se mudó para una colina desde donde podía ver el inmenso árbol, había olvidado el sonido de los colores para construir compañía. Él había olvidado las dimensiones de los papagayos.

*No se sabe cuándo, la mujer con su cabellera azabache, su cuerpo de collares y sus ruidos de colores, vio la tristeza del árbol, fue y se subió a la copa, juntó las cenizas del hombre pelo de maíz, cuerpo de arcoíris, con su creación, con su tiempo, con su cuerpo de collares le dio calor, con sus ruidos de colores le dio vida, las esparció por los caminos del pueblo, las regó con el agua de lluvia recogida en los cántaros y renació un pueblo de colores pasteles, con su árbol inmenso, sus niños y niñas volando papagayos, un pueblo que no esperaba la felicidad prestada, tenía la suya, tenía su tiempo y su creación.*

## **Y... amaban la vida por razones en desencuentro —Su armonía, su verdad... eran para ella su revés—**

Unas sobre otras, cada una en su justo lugar, dejando los espacios exactos, estaban acomodadas las piedras para que nacieran espontáneamente los helechos, las siemprevivas, las bellas las once, el musgo, así en perfecto orden, delimitando un espacio, una casa donde se albergaban varias vidas.

A orillas del mundo en un rincón húmedo con frescura de montaña, Abel había construido con esmero y perfección la casa donde junto a ella esperaba vivir una eternidad. Su anhelo por lo exacto y su angustia por lo eterno, convertían su creación en hastío, así lo sentía ella, quien nació y se quedó con sonrisa de niña y mirada del ahora.

Amaban la vida por razones en desencuentros, sus miradas no coincidían, él la posaba sobre el fantasma del futuro, ella en el presente, por eso tenía sonrisa de niña, mirada del ahora y olía a intensidad.

Malén sentía el peso del tiempo, desde muy joven transcurrió su vida al lado de Abel, desde tan joven que no lo decidió, su vida había sido escogida y decidida por otras y otros. Sus días empezaron a ser un cúmulo de horas vacías que anulaba su espíritu, su entorno, su exterior devenían ajenos a ella misma. Su tormento, haber vivido siempre agradecida con él, sin saber por qué.

Siempre tan bueno, tan justo, tan perfecto... tan predecible. Entonces, decidió ser justa consigo misma, la invadió el miedo con sólo pensar que, tal vez, no lo amaba. La abrumaba una sensación de estar presa por Abel, de haber canjeado su vida por la seguridad de vivir a su lado, que en un desconocido instante selló un pacto, él ofrecía todo y Malén dejaba de ser, lo que recibía, quizá, nunca lo deseó y él nunca preguntó.

Infinitas tardes se quedaba absorta mirando a sus hijas, quienes habían heredado de ella su sonrisa de niña, de él la mirada de remoto futuro. Las veía inmersas en aquella casa de perfecciones, plácidamente acomodadas entre los muros de piedras húmedas, cuyos resquicios estaban colmados de flores espontáneas. Ellas allí crecían y jugaban al enigma de ser mujeres. Malén, en esos precisos y exactos espacios, contaba las horas, acumulaba los días, el tiempo comenzó a serle predecible.

Su acontecer empezó a parecerle un manuscrito, un dictado, un guion, debía sentirse feliz, para no olvidarlo repetía amo a Abel, a mis hijas, a mi casa, a mis muros de piedras húmedas, a mis flores, amo... amo... amo... ¿amo? Cómo hacer para no sentirse culpable. ¿Qué hacer con el manuscrito? Cómo hacer para borrarlo o reescribirlo.

Deambulaba por la casa arrastrando sus pensamientos, no podía evadirse, ni siquiera sucumbir, no había regreso.

La culpa y la nostalgia se sembraron en su alma y su cuerpo, carecía de evidencias que justificaran su propio manuscrito, su verdad no era leíble por los ojos de muchos y muchas. Sus pasos eran cada vez más pesados, el cotidiano se le hacía eterno como la mirada de Abel. Intentando no errar, comenzó por deshilar cada elemento que la ataba a ese espacio privado, el cual Abel fabricó tan a la medida de ella, tan a la medida que olvidó que a ella le sobraba creación, sonrisas y mirada del ahora para desear quedarse.

Hurgó en su memoria, en su historia... ¡Ay, duele!, pero ni la frescura de la montaña ni las flores espontáneas ni la perfección de la casa, eran cordeles que la sujetaran, tan sólo sus hijas eran lo amado, le cautivaba sus sonrisas de niñas, guardando la esperanza que alguna de ellas regresase sus miradas de lejano futuro hacia la intensidad del ahora.

Los entresijos de las ventanas atrapaban su mirada y su intensidad se debatía permanentemente con los muros de piedras, entonces, con su creación construía una choza de hojas, palmas y flores para vivir los momentos del ahora. Comprendió que lo intenso no se repite, que ahí su sonrisa era un eco de lo eterno que la silenciaba, que el eco repite lo que ya pasó, entonces, su choza sería todo espacio para que su sonrisa se confabulara con su mirada para recrearse con el ahora.

Quería decirle a Abel que necesitaba inventar su propio mundo. No encontraba la coincidencia, ella y él aprendieron a compartir palabras que ahora no tenían acomodo para expresar lo imaginario, lo intangible, lo intenso. Cómo explicarle a él, tan bueno, tan justo, tan perfecto, que su armonía, su verdad, su esfuerzo, eran para ella su revés.

Tan absorta en sus búsquedas y tanto esperar la coincidencia, que ya estaba ida, sólo era un cuerpo vagando por la casa. Abel percibía día a día la distancia, optó por acecharla con una insostenible tolerancia, luego con un cruel chantaje, el olor a pérdida le mostró los hilos que amarraban a Malén a esa casa, sus hijas, hizo mano de ello para cercarla y culpabilizarla.

Malén se llenó de silencios, pero entre sus imágenes de fuga creció la honestidad, comprendió lo justo, quien debía salir de esa escena era ella, ese rincón era de Abel, como Abel, para Abel. Era una apuesta a la vida, descarnada. Remendando los pedacitos del tiempo pasado fue convergiendo para desembrar la culpa, en ese acontecer de existencia cada quien dio lo que tenía, ella el miedo y el silencio que aprendió y otorgó, negando su opción de ser; él su amor, la posesión que aprendió y ahogó el respiro de las individualidades. Un ahora sin coincidencias.

Una mañana de inmensa humedad, esa que acurruca las flores entre las piedras, Abel con sus pasos perdidos en su propio horizonte, saboreaba ese café que dejaba de oler a costumbre, la contemplaba con su mirada de remoto futuro, recorriéndole el cuerpo y entregándole su espíritu, una mirada de pronóstico doloroso por la ausencia que ya estaba presente. Ella le devolvía una mirada mojada de tristeza, desbordada de disculpas por el desencuentro, agradecida por todo lo que le ofreció, sin contarla, sin incluirla.

Su cuerpo merodeaba, se detenía en cada una de las intercepciones de los muros de piedra que determinaban aquel espacio privado donde se esconden los recuerdos, ella pegaba recortes de esos recuerdos en un empeño estéril por quebrantar su huida, o trazar huellas de regreso porque desde un indescifrable tiempo ya no estaba ahí. En algunos rincones se sumergía en el olor tibio de sus hijas y la nostalgia que nunca desembró creció al lado de su inexorable partida.

Una obsesión infantil como su sonrisa la hostigaba, se obsesionaba por saber cuál sería el equipaje, qué llevarse, qué dejar, cuánto iba a pesar, cómo sacar un equipaje que nació en esos escondrijos. Su asombro la tomaba por sorpresa frente a esa obsesión no infantil, sino pueril, no tenía mucho que meter en su maleta, de esa existencia le sobraba, cada vez más, pertenencias para su invención. Ella nació para los hechos sencillos, la albergaba una incapacidad para acumular lo concreto en espera de un futuro abstracto e incierto, la excedía la capacidad de acumular abstractos para acertar un ahora cierto. Sí, su equipaje era liviano y si se llevara lo que de antemano había perdido, sus hijas, más liviana sería la ida.

Malén sabía que no existían cobijas para abrigar el frío interno de las mujeres que abandonan sus casas, tampoco podía esperar una disculpa por su decisión. Su equipaje interior estaba colmado de anhelos por ver que alguna de sus hijas o todas, volvieran sus miradas al ahora y quisieran compartir con ella los instantes de la vida.

*El tiempo, cada vez más, dejó de ser una magnitud, renunció a las horas, se confabuló con el río y a sus orillas inventó sus muros, sus flores, el olor de los rincones, ¡¡Ah!! allí compartió con quien regresó su mirada de lejano futuro hacia la intensidad del ahora, una de sus hijas.*

## Migajas de una promesa

Y el matrimonio se realizó. La hermana menor se estaba casando, ¡Ay Dios mío!... mal augurio para la mayor, según la madre de ellas. Eran dos hermanas, la mayor era un poco tonta, pero beeella, la menor feaaaa, pero inteligente, según la madre de ellas. El mal augurio de la hermana mayor se duplicaba, primero porque la hermana menor se casó antes que ella, segundo, porque si fuera bonita lo justificaría, pero siendo más fea, el agravio de la suerte era peor.

La madre estaba preocupada por su hija mayor que fuera a quedarse solterona, —para vestir santos—, como dice la gente, parece que a las santas no las visten ¡Qué ingratitud! Pero luego, a la madre se le aquietó su ánimo, porque se convenció que los ángeles protectores podían haber intercedido para que en su vejez, la hija mayor la acompañara y la cuidara. La intervención angelical le iluminó el camino a la madre y su hija, como corresponde a las mujeres, quienes unas utilizan a las otras, porque, desde que el mundo es mundo, los hombres se excluyeron de esas tareas tan primarias, como es el cuido de otros y de otras. Ellos desde los inicios de la historia, parlotearon haber matado mamuts, mientras ellas recogían habas, tarea insignificante porque sólo resolvía la nutrición de la familia, *incluidos ellos*, sin contar con la nutrición que aportaba la leche materna para la preservación de la especie humana, *incluidos ellos*, pero esas tareas según la narrativa masculina, no requieren esfuerzo porque la naturaleza dotó a las mujeres para tales faenas ¿Será qué el ADN molecular diferente al de ellos?, tal vez, el ADN de ellos tiene citocina-uracilo, quizá, el de ellas tienen escoba-cocina. En ese cuento fue de gran ayuda, el amigo de la misoginia Charles Darwin, ¡Ah, Sí!, el padre de teoría evolutiva, divulgando que la mujer evolucionó después que el hombre, decía con mucha seriedad y validez científica que —*la mujer está entre el hombre y el niño*— Entonces, si no existe hombre que no nazca de mujer, ¿Quiere decir que la madre de Darwin, lo parió siendo involucionada? o ¿Lo parió un hombre?, no sé...

Sólo digo, que la primera hembra de todas las formas de vida en comprender que la relación sexual conllevaba al embarazo fue la hembra humana, no los machos humanos. ¿Por qué? Porque era ella, quien se embarazaba, ellos no se enteraban, ella no lo intuía, lo vivía en su cuerpo y moría de parto, fue ella, quien enfrentó la mayor crisis evolutiva, ¿Por qué? Porque en ese proceso evolutivo de pasar a ser bípeda, el peso del vientre y la movilidad constituyeron uno de los problemas más difíciles de adaptación humana, fue el periodo de mayores muertes de hembras de nuestra especie, no de machos, ellos nacieron de ellas, de aquellas que se adaptaron a la evolución... a menos que creamos en que el hombre fue hecho de barro y nosotras de alguna de sus costillas. ¡¿Será posible?!

Así pues, el día de la boda todo transcurrió según lo previsto, por la madre de la novia. Ella, la novia, lució un traje largo de un blanco virginal, llevando en sus manos un bouquet de flores hechas con las más exquisitas telas de sedas, raso y cintas, contraviniendo el origen francés de la palabra bouquet, cuyo significado es —flores cogidas del campo—, lo que lleva implícito que dicho bouquet debería ser de flores naturales y no de telas, aunque fueran muy finas, pero ese es un detalle imperceptible dentro del esplendor de esa boda. El novio, un hombre gordo y bajito, lucía un esmoquin de cola, feliz como un pingüino en los océanos polares, se paseaba por las mesas, quizá, sonriendo, pero no se distinguía porque un espeso bigote le tapaba toda la boca o no tenía boca, pues no se le oyó emitir palabra alguna, tanto, que el —¡Sí, acepto!— en el momento crucial de la ceremonia, lo dieron por obvio o deducción. La madre fue muy cuidadosa en indicarles en cuáles mesas debían sentarse con mayor deferencia, esta era directamente proporcional al tipo de regalo.

La torta tenía 3 pisos con cintas que caían cual cascada, incrustadas por un extremo en la torta del tercer piso, una de esas cintas tenía amarrado un papelito, quien halara esa cinta se ganaba el dije de oro. Cuando fueron a picar la torta todas las mujeres se arremolinaron alrededor de la mesa y se guindaron de las cintas, casi tumban la torta, a la novia no, porque

era muy alta y voluminosa en peso. La madre, al ver tal situación, la cual rompía con lo esperado, hizo un llamado, — ¡plas, plas! ¡por favooooor!, suelten las cintas—, todas, avergonzadas, las soltaron, se miraron extrañadas y decepcionadas; la madre continuó, —las cintas de color blanco son para las solteras, las rosadas para las casadas y las azules para *las que quedan*. Quienes no estaban solteras perdieron el interés de agarrar la cinta porque la discriminación por estado civil, les hacía suponer que el premio estaba en las cintas blancas, sinónimo de virginidad y de tener ganado el cielo... ¡Ah! y también el dije. *Las que quedan*, se hubieran conformado, aunque hubiese sido con un dije de lata como consolación por no estar solteras ni casadas, sino en la indigencia civil. ¡Era injusto!

Llegaron los minutos esperados por todas las solteras, el lanzamiento del bouquet. El hermano menor de la novia fungió de heraldo del momento de lanzarlo a las ávidas mujeres en espera de saber a quién le caería el bouquet en las manos... esa sería la próxima en casarse. Casarse era una etapa de la vida añorada por la mayoría de ellas, ya que no querían entrar públicamente en la categoría de *las que quedan*, sino en las de fulano, las de mengano, las de perencejo, tener el —*de alguien*— era requisito *sine qua non*, de estar representada o pertenecer a otro, aunque fuera con un apellido prestado, no bastaba con ser —*de*— sí misma, aunque fuera con el apellido del padre, porque el de las madres se pierde en la escala evolutiva social, si perdimos la escala biológica, la social no es gran cosa.

La novia se subió en una mesa, con el pánico colectivo por el riesgo de una caída de la novia por su estatura y volumen corpóreo como para que lo pudiera soportar la pobre mesa. Con la emoción del lanzamiento del bouquet se olvidaron del peligro que corría la novia. Todas las solteras se agruparon como rebaño de ovejas, las demás personas canturreaban el original coro, — ¡Qué lo lance! ¡Qué lo lance! ¡Qué...! — acompañado de — ¡plas plas plas! — La novia se volteó dándole la espalda a sus amigas, levantó los brazos con las manos entrelazadas agarrando el bouquet para lanzarlo hacía atrás, sin mirar a quien le caería. Ellas riéndose y cotilleando.

Sorpresivamente, la novia bajó los brazos, la algarabía cesó

en segundos, la madre se atacó, ella se volteó con lágrimas rodándole por las mejillas, mirando a las amigas, solemnemente dijo, —les voy a confesar algo, no puedo lanzar el bouquet porque anoche soñé con mi padre muerto y le prometí llevárselo a su tumba, ¡¡discúlpennne!! La audiencia hizo un espontáneo minuto de silencio, se oían sollozos, moqueo... hubo un traslado al momento del entierro del padre, como si se hubieran ido del matrimonio de la hija. La gente puso expresión de dolor, aunque la mayoría no habían conocido al padre, quien murió siendo ellas muy pequeñas, pero siguiendo el teatro social bajaron la vista, las mujeres se echaban aire con las manos en los ojos húmedos para cuidar que no se les chorreara el maquillaje artificial, no el social, bueno... que también era artificial. La viuda obligada por la circunstancia abrazó a la hija, tratando de simular olvido de las agresiones en vida del marido.

Después de pasado el trance emotivo del padre, siguió la fiesta, la música a todo volumen... por cierto como la familia del novio eran fanáticos evangélicos, no estaban conforme con el tipo de música para la boda de su hijo. La novia le había jurado al novio cambiarse de religión para ser aceptada por la familia, le prometió ir al culto con él, educar a los hijos e hijas bajo los preceptos de su religión, pero lo que no estaba dispuesta a ceder era en no poner música el día de su boda. Las canciones que disfrutaban bailando hasta morir haciendo y luciendo los mejores pasos y trencitos, según la familia del novio, eran profanas y contra la moral familiar. La foto de los recién casados con la familia del novio compartiendo la mesa era reveladora, sobre la mesa no había botellas de licor y las expresiones faciales eran una oda al agravio moral de la familia.

Llegó la partida de la pareja, la algarabía, el carro adornado, todo ajustado a los cánones de una verdadera boda. La ida de la pareja contó con las conmovedoras despedidas entre las amigas y la novia, las cuales difieren de las de los amigos y el novio. Ellas se soban las espaldas cuando se abrazan, lloriquean y chismeán, esto no es calumnia, está comprobado por la ciencia, la cual se ha ocupado de deslindar tales comportamientos; parece ser que haber evolucionado más tarde que los hombres en la especie humana, tuvo sus beneficios, entre algunos, tenemos

glándulas lagrimales más desarrolladas y lenguas más largas que la de ellos, ¡Ah! también nacemos con seis sentidos, ellos sólo tienen cinco sentidos, ese sexto sentido, nos sirve para levantarnos sin despertador a la hora exacta de darle un antibiótico al niño/a o cuando tienen fiebre o cuando tienen hambre... Lo que sí ha dejado muy claro la ciencia es que, a pesar de los beneficios, el cerebro de las mujeres es más liso que el de ellos, por eso se nos resbalan las ideas...

Entre los amigos y el novio, la despedida fue con los acostumbrados golpes en las espaldas, nada de sobadera y demostraciones afectivas las cuales pongan en sospecha o duda sus virilidades, algunos, con sus elegantes fluxes, en clave de cofradía, se jugaban con los puños tipo boxeo con el novio con su esmoquin de cola, con miradas y risas insinuantes de, —¡Aja! bandido ya te darás un banquete... otros no se dieron cuenta de lo que ocurría porque estaban pasados de tragos, para estos comportamientos les sirven sus cerebros más arrugados que los nuestros. Bueno... la boda terminó fiel al melindre, ¡eso sí!... todo muy bonito.

Una vez regresados de su luna de miel, ella tenía pendiente la promesa que hizo a su difunto padre de llevarle el bouquet, pero la vida cotidiana fue envolviendo el tiempo, se fue olvidando cumplir lo prometido. Habían pasado 2 años y el bouquet permanecía cuidadosamente guardado en un estuche en el closet de su madre.

Un día, a media mañana, ella estaba en su cuarto de soltera donde su mamá; quien, en ese momento, había bajado a hacer mercado. Tocaron la puerta, la joven doméstica por órdenes de la dueña de casa tenía prohibido abrirla a personas desconocidas, sin embargo, se asomó por el ojo mágico, vio que estaba un señor parado, sin saber por qué abrió la puerta, él preguntó por el nombre de la novia, lo hizo pasar y le avisó a ella que la solicitaban. Ella, salió del cuarto hacia la sala y lo vio ahí parado, no era conocido, pero como magnetizada por su semblante que le recordaba a alguien, sin saber a quién, lo saludo, lo invitó a sentarse; él se sentó y le dijo, —abajo vi a tu mamá—, ella, como hipnotizada, no razonó cómo podía conocer a su mamá, no le preguntó nada al respecto, por el contrario le ofreció algo para tomar, pues lo notó como can-

sado, llevaba una camisa que en algún momento fue blanca, pero estaba amarillenta, un pantalón de vestir a la moda antigua, como desgastado por el paso del tiempo. Ella fue a la cocina a buscarle un vaso con agua y café, cuando regresó a la sala, él estaba de pie, tenía una tarjeta en la mano, le dijo, —he caminado mucho para venir a traerte esta invitación—, le enseñó la tarjeta, pero no se la entregó, ella llegó a distinguir un grabado muy pequeño en dorado, era una carroza tirada por caballos pasando entre un túnel de árboles de sauces llorones. Estaba embelesada por la presencia de aquel hombre, no lograba saber por qué le era tan cercano siendo un desconocido, no lograba preguntarle nada. Él se quedó de pie, se tomó el agua y el café, le dijo, —gracias, debo irme, tengo que caminar mucho... ella le abrió la puerta y lo despidió. Ella, la novia, quedó irresoluta, se sentó un largo rato pensando en lo ocurrido o tal vez lo soñado o lo imaginado, se levantó y fue a buscar los álbumes de fotos familiares indagando en algún rostro parecido con el desconocido. Vio con detenimiento a sus tíos, primos y a su padre, a quien no recordaba con nitidez porque murió siendo pequeña.

*Detuvo su mirada en una foto y allí estaba él, su padre, joven, de pie, vestido con su camisa blanca y su pantalón de vestir nuevo. El grabado de la tarjeta era el logo del cementerio donde estaba su tumba. Ella, recordó el momento de su boda cuando les negó darle su bouquet a sus amigas para llevárselo a su padre, conmovida fue al closet, bajó el estuche donde había guardado el bouquet, el tiempo y las polillas fueron inclementes, sólo quedaban las migajas de las flores de exquisitas sedas, raso y cintas... esa tarde lo visitó y esparció las migajas del bouquet prometido.*

## Con su mirada esmeralda intentaba expresar lo inefable...

Me recordó a esas muñecas antiguas de mejillas arreboladas con el traje mustio de tanto esperar que las sacaran de las vitrinas. Sus ojos... ¡No!, su mirada color esmeralda contrastaba con su tez maltratada y su cabello rojizo desvanecido. Sí, fue la imagen descriptiva que evoqué cuando la conocí.

Estrechamos una cercanía, a pesar de sentir una extraña distancia, la cual no la asociaba a desconfianza hacia mí, sino a una forma de estar en el mundo o de estar a medias y a veces de no estar. Siempre hablaba muy pausado como esperando su turno, quizá, esperando que la sacaran de la vitrina.

No supe las razones, sólo me narró e interpreté:

—Que siendo muy pequeña estuvo interna en un hospicio de monjas, quizá, por eso siempre esperaba su turno o que la sacaran de la vitrina. Apenas medía medio metro de estatura, por lo que tenía que subirse a una banquetica para alcanzar la olla con agua jabonosa hirviendo donde estaban todos los pañitos testigos silenciosos de ser mujer, los que las monjas usaban los días del periodo menstrual. La niña le daba vueltas, vueltas y vueltas a los pañitos para que quedaran blancos, tan blancos que no atestiguaran nada acerca de sus sexualidades, que pareciera que ellas eran tan puras como María, aquella que fue Madre de Cristo, en cuanto hombre y en cuanto que El es persona divina, tan pura que no requirió para ser madre, de la intervención de un hombre. La exigencia que la blancura fuera símil de pureza, era desconsiderada para una niña de su edad, pero no era por la mala índole de las monjas, sino que en el mismo libro que leyeron que deberían ser puras y por ello hicieron votos de castidad, leyeron que María madre de Jesús tuvo consideración y trato con María Magdalena, una vez que fue redimida de sus pecados carnales por Jesús, o sea, la cercanía entre ellas sí requirió de la intervención de un hombre, quiere decir que, la encona entre mujeres es un man-

dato bíblico, podría ser porque Eva no nació de mujer, sino de la costilla de un hombre, entonces las mujeres entre sí no tienen nada que agradecerse.

A ello añadió y yo descifraba:

—Que los pañitos de las niñas grandes eran lavados en agua jabonosa, pero sin hervir porque eran de colores, hechos de telas de retazos, como la vida de ellas. La exigencia de pureza no era al mismo nivel que el de las monjas, a fin de cuentas, más temprano que tarde, llegaría alguna familia caritativa a llevárselas con el compromiso de protegerlas con amor y darles estudios. Las monjas tenían una estricta vigilancia para que los compromisos del canje se cumpliesen, a veces eran comprensivas con algunas faltas en el compromiso adquirido por parte de las familias caritativas, por ejemplo, que les pegaran para corregirlas, pero en lo que sí eran inflexibles, era cuando no enviaban lo prometido para el buen funcionamiento del hospicio, viéndose en la dolorosa situación de regresar a la niña canjeada al mismo.

Ella continuó rememorando en soliloquio y yo con mi escucha:

—En ese hospicio caritativo las niñas debíamos bañarnos con unos vestidos largos para no caer en la tentación de mirarnos el cuerpo, acto estimado impuro, además debíamos comer poquito para aprender a combatir la gula, las monjas estaban exentas de combatir la gula porque ya lo habían aprendido y, en caso tal, que comieran demasiado no era por gula, sino por necesidad del espíritu y era más pecado no satisfacerlo.

Con su voz pausada, reemprendió su narrativa:

—¡¡Ah!! A veces, cuando las monjas celadoras apagaban las luces, nos levantábamos descalzas para no hacer ruidos. Una de las niñas, quien nos acompañaba, deseaba dedicarse a la oración contemplativa, para no sentir culpa por desobedecer, decía que su participación en el juego era para andar descalza como una preparación para ser Carmelita, ella había aprendido a usar la hipocresía individual para soportarse a sí misma. Jugábamos a las reinas, princesas y esclavas, las reinas no eran las de más edad, sino las más vivas o en su defecto las que tuvieran más pertenencias materiales dentro de la pobreza de

todas, parecido al mundo exterior. Una de las compañeras tenía una linterna, artículo muy preciado, en virtud que su luz nos permitía escabullirnos hasta el baño para jugar. Fue reina en varias ocasiones. Las princesas eran escogidas por la reina, no por votación, las esclavas siempre eran las más pequeñas, pues mientras menos edad más atrevimiento para cumplir las encomiendas, tales como, ir a la cocina a robarse algunas galletas, las pocas veces que había; tomar una olla con hollín para usarlo como sombra en los párpados de la reina, traer manteca para usarla como brillo en los labios de las princesas y traer colores vegetales en tonos rosados y rojos que usaban en repostería para las mejillas y labios de la reina. Estos títulos nobiliarios duraban hasta cuando pudiéramos volver a jugar, a veces la que era reina nos atemorizaba con el peligro de volver a jugar, era para tener la corona por más tiempo para disfrutar de mandar a las súbditas, pero por un desafortunado suceso una reina quedó vitalicia, fue cuando una de las esclavas se sintió muy humillada porque le fue exigido que debía ir a la capilla a buscar la corona de la virgen para la reina y devolverla esa misma noche, como se negó, las penitencias fueron despiadadas, entonces, en venganza le contó lo que hacíamos a una de las monjas celadoras, quien esperó la noche del juego y llegó al baño encontrándonos a todas con nuestros camisones largos amarrados por encima de las rodillas, descalzas alrededor de la reina arreglándola con el hollín, la manteca y los colores vegetales, ¡Ah! y la reina comiendo galletas... Los castigos fueron de abajo hacia arriba en el orden jerárquico del juego, las más afectadas fueron las esclavas por liviandad de consciencia y acceder a robar objetos de la cocina... como en el mundo mundano.

Yo cavilaba. Estos pasajes de su vida han sido compartidos con profundo sentimiento, según la intensidad del mismo, su mirada esmeralda cambiaba de tonalidad en la gama de grises, como barómetro de pesares. Sin embargo, no todo fue tan opaco en su estadía en el hospicio, por supuesto que lo ameno era aquello que hacían oculto de las monjas, porque para estas la diversión era tentadora del pecado, justificada actitud porque una vez que han vivido en extrema soledad, sin vuelta atrás, la alegría de las otras debería serles más doloroso que

la autoflagelación, dado que esta es aplicada al cuerpo por sí mismas, bien sea como castigo por estar ahí o para eximirse de sus pensamientos impuros o ambos, mientras que la alegría de otras era la evidencia de una posibilidad extraviada que causaba una frustración indecible.

También me reveló:

—Que, al hospicio, los domingos iba un padre a darles la misa con confesión y comunión obligatoria. Era un hombre español, viejo, gordo, rechoncho, con dos características imposibles de olvidar, cuando hablaba escupía con su seseo español y se sonaba la nariz cada media hora, al terminar su acometida nasal guardaba su pañuelo, blanco amarillento de tanto olvido, en el bolsillo. Algunos domingos de ocio para él, de sacrificio para nosotras, de éxtasis para las monjas, le daba por reunirnos para impartirnos guía espiritual para que fuéramos mujeres de bien. Sus consejos estaban centrados en hacernos entender que fuimos creadas por Dios con una naturaleza débil porque vinimos al mundo a dar amor, su mejor ejemplo: las monjas entregadas al Señor por puro amor. También ponía mucho énfasis en que un cuerpo que perdía su esencia mensualmente se debilitaba, tanto que, en pocos años, comparado con los hombres, se agotaba y dejaba de cumplir su misión de tener hijos. Nos decía que la historia ya había demostrado que las mujeres, quienes pretendieron desobedecer el mandato de su Creador, aspirando saber de ungüento, hierbas malignas para abortar, acomodar torceduras, en fin... habían sido quemadas en la hoguera, porque cualquier sabiduría que tuvieran las mujeres, sólo era posible siendo poseídas por el diablo, que por ello, poseyendo algún saber, no causaban el bien, sino enfermedades, muerte de personas y a veces de animales, conflictos matrimoniales, impotencia en los hombres, infertilidad o adulterio, usando la magia negra. Así mismo, sostenía que había una magia culta, sólo al acceso de clérigos y médicos, cuyo fin era espiritual y de conocimiento, se instalaba en espíritus benignos, por designios ocultos al entendimiento vulgar, usando la magia blanca.

Recomponía mi discurrir, “Ese padre no mentía, esa magia blanca fue la que dominó durante siglos en el Occidente del

mundo, pero olvidó decir que quienes poseyeron esos espíritus benignos fueron los que urdieron la quema de las mujeres sabias en la hoguera, olvidó que ellas fueron las primeras médicas, enfermeras y consejeras de la historia de esta parte del mundo. Tal vez, no sabía que esa sabiduría y secretos se los transmitían de unas a otras, porque las excluyeron de los libros. ¡¡Aaah!!, y fueron también parteras que iban de casa en casa y de pueblo en pueblo. Esos cuerpos portadores de espíritus benignos, como no podían engendrar, morían de envidia, ellos podían matar, pero nunca dar vida, entonces, lo que ocurría en los cuerpos portadores de espíritus hechiceros, que si estaban dotados para dar vida, lo veían como enfermedad, debilidad no sólo del cuerpo sino de intelecto”.

Encuentro tras encuentro, con su mirada esmeralda y su habla pausada, proseguía historiando:

—Que el otro hombre que visitaba el hospicio era el médico, quien iba una vez al mes o cuando había una emergencia. Era joven y bello, amable, con una mirada mojada en miel, unos labios que cuando hablaba los movía en armonía con los anhelos de que se quedara ahí para siempre, su cabello color avellana le caía sobre la frente y ella no podía fijar lo que él decía, sólo queriendo echarle el mechón de pelo hacía atrás con su mano, y empalagársela con la miel de sus ojos. Las monjas nunca nos dejaban solas con el médico, con el padre sí, porque era la encarnación de Dios en la tierra. Cuando teníamos el periodo menstrual y coincidía con la visita del médico, no nos permitían ir a la consulta de control, en la cual nos pesaba, medía la estatura, nos revisaba la boca, la piel y nos decía que podíamos preguntarle lo que quisiéramos, asunto muy difícil de hacer bajo la mirada juzgadora de dos monjas destacadas para nuestra intimidación. Además, los días que le correspondía visita al médico, antes de que llegara, la monja superiora, la única que le debíamos llamar madre, nos alertaba acerca de no hacerle ninguna pregunta al médico, que para eso estaban ellas, que siempre debíamos guardar la discreción de cosas que sólo les pasan a las mujeres, que así fuera médico era vergonzoso que supiera de nuestros misterios corporales.

*Yo seguía elucubrando, —En ese hospicio, como en tantos otros, se congregan monjas y niñas hijas de nadie. Unas han dado votos de obediencia, castidad y pobreza, como expresión y medios para poseer a Cristo, muchas de ellas no por vocación, sino por efugio de ser mujeres; en las niñas la obediencia es un medio para sobrevivir y la pobreza la expresión de la injusticia, les faltaba la castidad, la cual aquellas tratan de imponérselas creándoles extrañeza de sus propios cuerpos. Las monjas veían en las niñas el espejo borroso o el eco de sus vidas idas, quizá, sin regreso, las niñas eran todavía una posibilidad a la que ellas no podían siquiera soñar, no en vano quien las alertaba acerca del peligro de confesarle a un hombre sus intimidades, era la más vieja del hospicio. La sangre roja y viva de las niñas, era la medida mensual que le recordaba a las monjas que olía a juventud, a color de la pasión, a impetuosidad, por eso no las dejaban que el médico las viese menstruando, para no atestiguar las miradas, el calor y el olor de sus sexualidades a flor de piel... ya renunciada para ellas... El hospicio era el reducto de una feminidad impuesta por el patriarcado, las monjas y las niñas eran la fe viviente del mismo.*

## Mudez de la mirada Ceguera del verbo

Toc, toc, toc, suavemente en la puerta de su casa, abrió, la vi allí parada, impasible, tenía escrito en un pedazo de hoja de tacos para notas —*estoy muda*— pegado con cinta adhesiva en un ojo, otro en la boca, —*no veo*—; dio media vuelta, se dirigió hacia la cocina; entré con la anuencia que da el tiempo de la amistad. ¡Cómo esperar un —*pasa adelante*— teniendo mudez de la mirada y ceguera del verbo!.

Así la vi, la sentí, no existen léxicos para enunciar tales circunstancias o no los tenía en mí haber o en mi repertorio; por lo que me senté en silencio a ver la —alegoría de una tigre enjaulada—, pensé: *¿Sabrá que estoy aquí? Pero imposible tan siquiera, imaginar qué podría saber... qué podría sentir.* Todo allí era despilfarro de la lógica porque donde se anida la incertidumbre la razón no cohabita.

Zoe iba y venía como las olas de la mar en calma, se escondía como el sol en el ocaso cuando tenía tormentos, se aferraba a ilusiones para protegerse de la aridez del entorno humano que, en el azar de la vida, le tocó tener.

Era mi amiga de siempre, un siempre más allá del tiempo, en una dimensión en la cual, tal vez, las coincidencias eran pocas, pero tan convergentes que las diferencias no las desarmonizaban, se acompasaban al son del silencio siempre oportuno y de las palabras precisas. ¡Sí! Así era nuestra amistad.

Su sensibilidad era el revés de la realidad de su mundo privado. La necesitaban sacada del libreto más común del común de las personas, como esas figuras que se dibujan en un papel doblado varias veces y se recorta la silueta y cuando se estiran salen todas unidas en cadena, todas idénticas. Bueno... así les hubiera gustado que hubiese sido ella. ¡Pero no! Zoe no podía ni siquiera entenderla, creía que había venido equivocada al mundo, no albergaba en su mente el sentimiento de poner en tela de juicio lo que esperaban de ella, sólo se enjuiciaba a sí misma.

La primera vez que fui a su casa estaba haciendo, con gelatinas de muchos colores, unas bolitas bañadas en azúcar,

pensé: ¿Qué estará haciendo? Ah... eran gomitas como aquellas empaquetadas que compraba antes de entrar al cine, pero más lindas y sabrosas. ¡Guao! Esa elaboración tan sencilla lo hacía con tanta gracia y magia que ese día supe que ella era una artista.

Nos reíamos burlándonos de mi asombro e ignorancia culinaria, cuando oímos que un carro entraba al estacionamiento de su casa; era su papá. Ella, no fue que dejó de reír, sino se apagó su semblante ¿Cómo explicarlo? No olvido, jamás olvido ese indescriptible instante. Ese día también supe que sus dimensiones humanas se ahogaban en ese espacio de medidas mezquinas.

Los hilos de su pasado no la sostenían, estaban deshilachados, a pesar de ello, su diáfano espíritu seguía incólume, por ello podía ser una artista sin escuela, se bastaba, su imaginación germinaba como tierra fértil, pero ella no se lo creía... su incertidumbre la abatía.

Tenía en su corazón amores de papel, de cuando en cuando, los doblaba como barquitos dejándolos a la deriva en las caudalosas corrientes de sus lágrimas o los doblaba tantas veces que podía esconderlos de la retina de sus propios ojos o los doblaba para hacer abanicos que airearan el sofoco de sus amores... de papel. También eran amores de papel porque cuando leía excelsos escritos se colocaba como remitente... o ¿Por qué no? destinataria de los mismos. Así apaciguaba la añoranza de amar y/o ser amada, creíble, visible. ¡Así era su imaginación!

Del deshilachado de los hilos de su pasado, el tiempo no fue el culpable, sino la sordidez de quienes pudieron prestarle sus corazones y lo olvidaron. Apenas atesoraba en su mente límpida y desolada, recuerdos desvanecidos del solar de su niñez, de la voz tibia de su madre, de la mano segura de su padre. Zoe los coloreaba en pasteles para mantenerlos presentes, para que no se escaparan por los entresijos de la duda, compañera asidua de su vida. Temía que la duda la traicionara y dejara de creer en la certeza del solar de su niñez, de la voz tibia de su madre, de la mano segura de su padre, únicos hilos que la ataban a su pretérita niñez.

Zoe iba y venía como las olas de la mar en calma, a veces, la ida era más larga que la de las olas: ¿Cuándo? Cuando la duda

hacía nido en su mente, una duda absoluta, sin tangibilidad, duda a todo y a nada, una duda ingrata, por eso ella se iba... nadie lo percibía. Pero yo lo intuía, lo veía en su mirada que se proyectaba hacia la nada, a veces temía que no volviera, como aquella vez, cuando tardó en regresar porque tenía mudez de la mirada y ceguera del verbo.

Huyó de aquel espacio de medidas mezquinas y de los corazones negados con o por un amor... equívoco. Por un tiempo largo por lo cronológico y vacío por el equívoco, entró en un remolino símil a las vueltas que daban a toda velocidad, las coloridas zarandas con las que jugábamos siendo niñas. Durante sus idas y venidas, quienes olvidaron prestarle sus corazones, difícilmente podían detenerse en percibir sus ausencias, en consecuencia, tampoco su presencia. Ella deambulaba con su duda y sus fantasmas buscando un refugio donde pudiera abrigarse del frío que le daba su pasado desvanecido y un presente mezquino... un refugio que le ofreciera razones para eludir los fantasmas y cohabitar con ellos, sin culpas.

Tomó por alojamiento las letras, escribió escribió escribió, hojas tras hojas, muchas hojas, en tina china para que no se borrran las letras, pero ¿Olvidó sujetarlas? Tal vez, entonces, el viento se las robó... la lluvia diluyó la tinta china...

Se mudó con sus óleos, liencillos, pinceles y carboncillos, bosquejó bodegones, paisajes y rostros, los ocultó de las miradas ajenas, esas que no les miraron sus idas y venidas, entonces, guardó sus obras en el desván de sus quimeras.

Su creativa imaginación la mudaba de refugio en refugio, dejó las letras, los pinceles y se guarneció en el manoseo de la arcilla, creando al ritmo del torno o de su mano creativa, vasijas, floreros, tarros... les dio un lugar en el mismo desván... arriando los liencillos.

En esos intentos de guarecerse se instalaba en amores imposibles, ¡No! Más bien inaccesibles, porque para poseerlos tenía que deslindarse de la duda, ya no sabía cómo andar sin ella, tenía que endurecer su corazón suave como las gomitas de gelatina, tenía que ahogar sus fantasmas y sólo aprendió a lidiar con ellos, no huir de ellos. La duda, los fantasmas y las culpas eran la oscuridad de su imaginación. La sensibilidad, su lealtad y su espíritu diáfano eran la luz de su humanidad.

Zoe caminaba dando tumbos en busca de su lugar en el mundo, no en el mundo que le dieron las circunstancias incontrastables de la vida humana, pues, nadie sabe por qué, dónde, para qué nacemos, por qué en esta o aquella familia y no en otra o en este o aquel país y no en otro... Por ello, la incertidumbre es un sentimiento con el cual nos cuesta contender, la incertidumbre nos coloca, cara a cara, con la realidad de la fragilidad humana. Zoe, quizá sin saberlo, no podía con la batalla del mundo privado que le dio su vida, los refugios que inventó no le indemnizaron sus anhelos. ¿Por qué? Porque, tal vez, sólo tal vez, los escritos, las pinturas, las vasijas, son creaciones materializadas, los fantasmas que la cohabitaban no tienen los sentidos humanos para ver, tocar, oler lo materializado ni siquiera tienen sentidos existenciales, tan sólo, sin pedir permiso se instalan en las entrañas humanas...

*Un día remoto consiguió cobijo en donde pudo convenir con su duda y sus fantasmas. Un espacio donde se evoca una existencia sin materia, así, a ciegas, al fin y al cabo, la duda y los fantasmas existen, pero no se ven, son una realidad psíquica, como el duelo, se viven en la ausencia material, no requiere contertulia para consensuar, se dominan con la fe... una fe ajena a una misma, pero entretienen a la duda y los fantasmas orando a otras inexistencias y la duda se vuelve razonable...*

## Yendo a su adiós... ¿Cómo se despide a alguien que no estuvo?

Todo fue tan repentino, ella me llamó muy temprano, sin preámbulo me dijo, —Sabrina, necesito tu compañía... eh... Dante murió... se quedó callada. La busqué a su casa y en el carro durante el trayecto, ella sólo lloraba, yo manejaba, ambas sin palabras. Sin embargo, yo iba conjeturando, —*Tanto disimular, tanto otorgar, tanto callar, tanto... tanto... tanto... y ahí estábamos yendo a su adiós ¿Cómo se despide a alguien que no estuvo?*

Entramos en aquella sala, Rebeca sosteniéndose de mi brazo, al entrar sentí que le invadió un temblor en todo su cuerpo y que me halaba por el brazo para salirnos, pero no sabía si era mi impresión, mejor dicho, mi deseo o si realmente era una insinuación de Rebeca. ¡Fue mi impresión! Me halaba por el brazo para que nos sentáramos en las primeras sillas que encontró. Desde ahí lográbamos ver la panorámica de la sala. Calladas y expectantes desplazábamos las miradas alrededor, coincidimos en detenerlas en el grupo que permanecía más cerca de él, nos miramos en clave una a la otra, ¡No había equívoco!, la genética hizo su trabajo, tenían que ser sus hijos e hijas. Intentábamos descifrar entre los murmullos alguna conversación que nos diera un asomo de alguien cercano, no fue posible, bueno... sabíamos que no era posible, Rebeca fue un satélite o el satélite y Dante el planeta, ella sólo orbitó a su alrededor,

Rebeca me susurraba asuntos sin importancia, sin contexto, al rato los olvidaba por completo, algunas veces los repetía. Las horas pasaban, yo tenía una sensación como si Rebeca tuviera su mente y su cuerpo fraccionados en pedazos incoherentes, parecido a cuando volteamos sobre una mesa la caja de un rompecabezas que contiene ciento de piezas sin armar, una mira las piezas sin saber la manera de empezar a darle sentido y forma al rompecabezas... a la situación. Quizá, deseaba levantarse y acercarse a él, pero estaba sin armazón, ¿Sería por ello que no soltaba mi brazo?

Repetíamos una y otra vez el paneo del entorno, una y otra vez nos deteníamos abismadas con el grupo de quienes, por el fenotipo, sin duda, eran sus hijos e hijas, Ella me decía, —Sabrina, no me reconozco, me siento en un cuerpo prestado, en una vida prestada ¿Qué significó Dante en mi vida? O ¿Qué signifiqué en su vida? ¡Insólito! Estando aquí, hoy, en este preciso momento es cuando concientizo que, no sé tan siquiera si albergué el deseo de tenerlo más cercano en mi vida o disimulé que no me importaba para sortear la desdicha o él me convenció que me lo daba todo... amiga, no sé nada.

Sentía su respiración entrecortada, tomó aire profundamente, apretó mi brazo, se incorporó, me haló, sin mediar palabras caminamos, ella con la mirada fija en el suelo, yo su lazarilla, nos dirigíamos hacia donde estaban los que deducíamos eran sus hijos/as, cuando habiendo dado unos pasos oímos, en aquel salón, al unísono, un gran murmullo, un runruneo de esos que perturba el alma de quienes, por alguna razón, equivoca o no, creen tener deudas de vida. Rebeca se paralizó, no levantó la mirada, tratabilló, con calmado disimulo la senté en una poltrona, me quedé de pie para tener la cosmovisión del entorno. Había llegado una mujer a quien llevaban abrazada hacia el ataúd.

Rebeca no levantaba ni el ánimo ni la mirada, como estaba de pie me agaché y le pregunté en voz muy tenue qué deseaba hacer, me miró sin verme, no me respondió con palabras, no era necesario, me puse de pie nuevamente decidida a quedarme ahí hasta que, quizá, deseara dejar de ser satélite o seguir orbitando... busqué una silla y me senté a su lado. Ahí, en ese escenario desolador sin poder o sin deber decir una palabra, entretuve mi mente recreando el tiempo cuando Rebeca y yo nos conocimos, ya habían transcurrido algunas décadas, coincidimos en un taller de literatura, en el primer encuentro, por azar, quedamos sentadas una al lado de la otra. Al salir de la actividad conversamos un rato, nos despedimos, al salir con el carro la vi esperando transporte público, me acerqué para preguntarle hacia dónde iba, nunca olvido su extraña actitud evasiva, sin embargo, como insistí aceptó irse conmigo, recuerdo con nitidez que durante el trayecto iba muy callada.

Rebeca gimió algo, no entendí, sólo oí un murmullo con tono pesaroso, me acerqué a su oído y le pregunté, — ¿Qué me dijis-

te? — Ella apretó mi brazo, lloraba en un silencio ahogador. Le pedí que hiciera un esfuerzo para salir un rato a caminar, pero permanecía en catatonia, entonces, le dije nuevamente acercándome a su oído, —necesito salirme— e intenté levantarme con cierta fuerza para obligarla a pararse, no opuso resistencia, como autómatas se incorporó y caminó a mi lado.

Estando afuera la fui llevando hacia la cafetería, nos sentamos, tomamos café con una lentitud empantanada en la tristeza, a sorbos con sabor a aflicción. Rebeca se distendió un poco recostándose del espaldar de la silla, me miró fijo sin pestañar y comenzó una conversa en monólogo, —Sabrina, no hay peor deuda que la que adquirimos con nosotras mismas, me debo seis años de mi propia vida, no hay forma de pagármelos. ¿Qué me pasó? ¿Cómo y por qué me escindí? ¡Ay amiga! duele mi amor enajenado. Imagínate, mi cama era tibia, olía a él, oía su voz, mi boca sonreía, mi cuerpo sudaba, mi voz se enternecía, todo ello, en su absoluta ausencia... ¡¿Existe mayor enajenación?! No lo creo...— Con la misma mirada desvalijada, continuó, —una tarde cualquiera, bueno... muchas tardes o noches cualesquiera, le pedía que se quedara, quería tomar el café en la cama, tan sólo eso, siempre me miraba con una ternura inconmensurable, con una sonrisa agradecida, me abrazaba como cobija y yo me quedaba en ese abrazo tanto tiempo que no percibía, tan siquiera, cuando se vestía y salía de la casa. ¡Si, Sabrina!, así, sin querencia por mi espíritu ni decoro con mi alma lo amé. Ahora, no sé cuál es la deuda ¿Cómo me cancelo?

De repente, yendo hacia su casa me di cuenta que sólo yo iba hablando, le dije en tono de broma, —Rebeca, no te he dejado un huequito para hablar—; ella se rio, pero permaneció callada. Ese primer intercambio me dejó una extraña, no desagradable, pero sí muy extraña sensación. La dejé en su casa y me fui dándole vueltas a las ideas, sentía como si ella evitara exponerse, como si ocultara algo y no era por ser tan callada, sacudía la cabeza para dejar de pensar, no tenía certeza alguna para elucubrar, pues apenas la conocía, me recriminaba por hacer conjeturas a priori.

En la próxima sesión del taller literario, volvimos a sentarnos juntas, como soy persistente en mis apreciaciones tenía mis

sentidos enfocados en descifrar qué era lo que me trasmitía Rebeca.

El lugar donde se daba el taller era una antigua casa perteneciente a la familia de la escritora, quien facilitaba los seminarios literarios. Era una escritora bastante reconocida, había leído sus libros, no me habían cautivado del todo, pero me inscribí animada por un entrañable amigo, quien al final no pudo asistir, pero ya había cancelado mi matrícula, nada perdía con la experiencia, si sentía que no valía la pena, pues dejaba de asistir. Por cierto, el primer día del taller ella tenía sentado a su lado, un hombre con toda la parafernalia de artista intelectualoide o por lo menos, aspirante a parecerlo o serlo. Ella con apasionados elogios lo presentó como cineasta, mientras él levitaba,

Un gran samán cubría la parte trasera de la casa, bajo su sombra hacíamos los refrigerios con amenas conversas, a veces no tan amenas cuando les daban los alardeos de literatos/as. Rebeca era cordial, más no participativa, sólo conversaba cuando eran asuntos genéricos, no personales. Recuerdo que en una ocasión uno de los compañeros hizo un comentario, más o menos, así, —Rebeca es mezquina no comparte sus secretos... ella, no dio tiempo a que terminara lo que iba a decir, colocó la taza sobre la mesa, dio media vuelta y se fue. Hubo un incómodo silencio, él se fue atrás de ella pidiéndole perdón, era un tipo muy... Mmm, no sé cómo calificarlo, inclusive se arrodilló para hacerla reír.

Al terminar la actividad le dije a Rebeca, —¡Nos vamos!, —de tal forma que entendiera que no tenía problema en que se fuera conmigo, —no, me vienen eh... a buscar, gracias, me respondió acomodando cosas en la cartera. La abracé para despedirme, sentía que ella con las manifestaciones de afectos se cohibía, pensé, *tal vez sea tímida*, pero en realidad intuía que conscientemente mantenía un distanciamiento por alguna razón.

Ese día había estacionado el carro en la calle porque llegué un poco tarde y no había puesto en el garaje de la casa, atrás de mi carro estaba estacionado un carro muy lujoso con el motor encendido, con vidrios ahumados, no se distinguía quien estaba adentro del vehículo. Me subí al carro y cuando iba a arrancar vi que venía a paso apuradito una compañera del taller para darme un libro que me había prometido, por cortesía apagué el carro y me bajé, nos fuimos hacia la acera para

conversar acerca del libro, estando ahí vimos, desde lejos, venir a Rebeca, el carro que estaba detrás del mío arrancó para alcanzarla, ella se detuvo, lo espero y se subió al carro, nos hizo un gesto de despedida con la mano.

En una de las sesiones, le comenté en voz baja a Rebeca, —si ese cineasta sigue interrumpiendo a la profesora me paró y me voy—; en el receso Rebeca me dijo, —Sabrina, ¿Por qué te molesta tanto el cineasta?

—Rebeca, me parece un irrespeto que interrumpa a la profesora... me quedé pensativa, ella me miraba como extrañada, entonces, añadí, ¿Sabes algo? Con tu pregunta caí en cuenta que la molestia es con ella por permitirle a él que la irrespete.

Rebeca se quedó callada, mirándome fijamente, le pregunté ¿No estás de acuerdo conmigo?, titubeó un poco y dijo, —a veces las personas aceptamos cosas que creíamos imposibles de aceptar—, le pasé el brazo por los hombros la apreté y comenté en su oído, —diría mejor... las mujeres y es muy cierto. Ese día entendí la razón de sus murallas y le abrí un ojete por si deseaba asomarse.

Dante nació en una familia no sólo adinerada, sino culta, eso que llaman de cuna, era médico neurocirujano, Por las mañanas trabajaba en un hospital docente, en las tardes tenía su consulta privada en una renombrada clínica de la cual era accionista. Su cotidianidad estaba estrictamente ajustada a la vida familiar, cualquier actividad fuera del trabajo se circunscribía a las amistades del mismo círculo social. Rebeca trabajaba como secretaria ejecutiva de una unidad médica de la clínica de Dante. Ahí la conoció, él sólo se atrevía a invitarla a tomar café en el cafetín de la clínica, no pasaba de dos cafés a la semana.

En ese salón estaba su gente, quienes, tal vez, conocían una sólo cara de Dante. Sentada ahí, queriendo acompañar a mi amiga, aun sin estar de acuerdo con ella, entretenía las horas elucubrando ¿Cuántas Rebeca estarán aquí? Miraba el entorno con detenimiento, no encontraba nada que me sugiriera que ahí hubiese otra Rebeca, entonces, me asaltaba la interrogante, *¿Se darán cuenta qué nosotras no somos parte de esta fauna?*

Rebeca hizo varios intentos de acercarse hasta donde Dante, pero no llegaba más allá de levantarse de la silla y volverse a sentar. Había pasado unas cuantas horas desde que llegamos,

trataba de pensar alguna estrategia para conseguir que Rebeca saliera del estado de inercia que la embargaba, entonces, decidí confrontarla, —Rebeca no debes seguir aquí como invitada de piedra, bueno... ni siquiera de invitada porque viniste por tu propia cuenta... terminando de decir esas palabras, ella empezó a llorar sin ninguna moderación, como cuando se abre la compuerta de una represa de agua, así era su llanto, si existiera un contexto para el llanto, el suyo carecía del mismo. Me levanté de la silla, ella se sobresaltó y me miró dubitativamente, por mi mirada supo que no tenía opción, se puso de pie y salimos de aquella sala hacia el estacionamiento.

Caminaba mirando el piso, con su brazo engarzado al mío, la subí al carro, ya estando las dos adentro del mismo, ambas exhalamos un fuerte suspiro. Rebeca estaba sentada rígida, muda, sin expresión, prendí el aire acondicionado, trataba de relajarme, no quería preguntarle nada por miedo a su reacción, fueron momentos tensos para mí, tenía culpa, quizá, la presioné o manipulé a salirse porque sabía que no se quedaría sola. Su presente ausencia me partía el alma, volteé la abracé, lloramos, así, entre sollozos con voz ahogada, me dijo, —Sabrina, voy a regresar no puedo irme...

Nuestra amistad se fue estrechando, el ojete que abrí en sus murallas permitió un respiro para sus afectos, por lo menos conmigo. Después de las sesiones del taller se regresaba conmigo, conversábamos acerca de lo que ocurría durante las sesiones o las ocurrencias con el grupo, en fin... asuntos ajenos a la vida personal, yo respetaba que Rebeca no demostraba empatía en ese sentido. Un día íbamos oyendo música y sorpresivamente me dijo, —Sabrina, mi hija te quiere conocer—, ¿Quéeee? Le respondí abismada, —Sí, tengo una hija de 14 años—. Casi muero de emoción.

Me invitó a su casa para conocer a Lucrecia, su hija, comimos amablemente; durante la sobremesa me contó que cuando estudiaba en la universidad trabajo social conoció a quien fue su esposo, era profesor de filosofía en humanidades, que se había casado siendo estudiante, añadió... por supuesto no me gradué. Ese día sólo me regaló ese trocito de su historia hasta con añadido, pero de pedacito en pedacito, de añadido en añadido, fuimos tejiendo una red de afectos.

Estábamos por terminar el taller. Como evaluación final nos asignaron dramatizar una pieza literaria que quisiéramos, nosotras escogimos crear una obra teatral; esa semana nos reuníamos a trabajar y ensayar. Para el día de la actividad habíamos quedado en que buscaba a Rebeca en su casa, pero muy temprano me llamó para decirme que no se iría conmigo, porque la llevarían. Cuando llegué aún no había llegado Rebeca, comenzamos la actividad con uno de los compañeros, después nos correspondía dramatizar a nosotras, al rato llegó apuradita, mientras recogían la utilería, nosotras dimos los últimos toques, esos que debimos haber acordado yendo para el taller.

Ya terminada la actividad, le pregunté a Rebeca, ¿Te iras conmigo?, me respondió, —no amiga, me vienen a buscar—. Recogí las cosas, me despedí, ya saliendo, Rebeca me llamó, —¡Sabriiina!, me voy contigo—, —chévere amiga—. En el trayecto Rebeca iba muy callada, esos cambios de ida y regreso me sugerían que algo andaba mal, discretamente la miraba y me pareció que iba llorando, entonces, voltee a mirarla directamente, las lágrimas le rodaban por su cara, abrí la guantera saqué la caja de toallitas y sin decir una palabra se la puse sobre sus piernas.

Así, en silencio fuimos parte del camino, llegando cerca de su casa, me dijo, —tienes tiempo para tomarte un café conmigo en mi casa—, a lo que con placer la respondí —por supuesto—. Su casa era muy sencilla tenía lo necesario, una decoración algo lacónica para mi gusto, me senté en la cocina, ella preparaba el café, me comentó que Lucrecia estaba donde la tía, mantuvimos una conversa de esas que son para disimular que hay algo pendiente, como cuando una carraspea y dice, “parece que va a llover”, con un desconocido.

Al terminar de hacer su café, servirlo y colocar unas galletas se sentó, pausadamente, me dijo, —Sabrina, tengo amores con... se levantó, —voy al baño un momento—, me quedé allí, salí para la sala a ver con atención las fotos, a los pocos minutos regresó Rebeca, —disculpa, dirás que estoy loca— me dijo, en broma le contesté —la verdad es que si... volvimos para la cocina, ella, me miró con agradecimiento, —Sabrina, mi exesposo era filósofo, eminente profesor universitario, escribió libros, pero puertas adentro, no sólo me violentaba psicológicamente, sino física y... sexual. Se quedó callada, no sabía si decir algo o dejarla que tomara aire.

Decidí esperar que ella se tomara su tiempo. Al rato continuó, —estudié trabajo social por razones prácticas, me parecía una carrera sin complicaciones para trabajar rápido. Sabrina, mi hermana y yo quedamos sin mi mamá siendo pequeñas, nos educó una tía paterna, no tuvimos una infancia fácil. ¡Ay amiga!, te estoy revolviendo los cuentos, bueno... conocí a Giovanni, él era italiano, me lo presentó una amiga, desde ese día me buscaba en la facultad, me llevaba a la casa, en todos lados aparecía, claro yo estaba deslumbrada, era muy joven, me casé, él quería un hijo, yo no quería, pero no sabía nada de anticonceptivos y salí embarazada, con ese embarazo se puso violento, no entendía la razón, vivía atemorizada, tuve un aborto y eso fue peor, me culpaba, fue horrible amiga... luego tuve a Lucrecia, cuando tenía 2 años, Giovanni murió en un accidente.

Rebeca hablaba sin parar, la ansiedad la desbordaba, me venían tantas cosas a la mente, pero no me daba tregua. No sabía si a Rebeca se le había olvidado que empezó a decirme que tenía amores con alguien y luego al regresar del baño, siguió refiriéndose al exesposo o cambió el tema conscientemente; en el momento que hubo la oportunidad de manifestarle algo, abrió la puerta Lucrecia con la tía.

Rebeca, para que no tuviera dudas, me repitió, —me voy a regresar, no puedo irme— no podía creerlo, me quedé impávida, abrí los seguros de las puertas para que se bajara, no sabía qué haría si ella se bajara del carro, no se movió, no sabía que decirle ni que hacer, esperé unos minutos como no abrió la puerta volví a prender el carro y arranqué, en un mórbito silencio recorrimos algunas calles, la miraba de reojo, iba muy apesadumbrada, recorrí unas calles más y di media vuelta para regresarme, no podía hacerle eso a Rebeca. Ella no comentó nada, entramos nuevamente al estacionamiento de la funeraria, estiró su mano y agarró la mía con fuerza, descendimos del vehículo, antes de entrar le pregunté, —¿tienes alguna idea de lo que vas a hacer?, me respondió con talante de heroína, —iré al baño; me lavaré la cara; me maquillaré ¿Traes maquillaje en tu cartera?; me recogeré el cabello; me cambiaré la blusa por una que traigo en el bolso, color azul mar; saldré al salón y creo tener fuerzas para acercarme y

verlo, le daré una despedida más coherente muerto que en vida, porque hoy si tengo la certeza que se va o se fue, en vida no lo despedía porque creía que no volvería... Sabrina ¿Conoces mayor despropósito de amor? Ese cambio de ánimo me pareció tan descolocado como los pesares que la habían compungido hasta ese instante.

Ciertamente nos dirigimos al baño y realizó cada una de las tareas en el mismo orden enunciado. Irguió la espalda, nos miramos y salimos. Esta vez, Rebeca no se agarró de mi brazo, nos dirigimos al salón, me senté en la primera silla que encontré, quizá, ella deseaba acercarse sola, continuó caminando, pero más adelante se sentó a mirar detenidamente las personas que estaban alrededor de Dante, desocuparon una silla al lado de ella, puso su bolso sobre la misma, me hizo señas para que me acercara.

Cuando decidí regresarme a la funeraria iba dispuesta a esperar el tiempo que Rebeca necesitara, no iba a presionarla ni opinar, ahí nuevamente a su lado se lo hice saber, entonces, apresuró su comentario, —voy a acercarme al... al ataúd, no le daré pésame a nadie, me quedaré parada a su lado hasta que tenga voluntad o coraje.

Se levantó y caminó hacia el féretro, poco a poco se abrió un espacio entre quienes estaban alrededor del ataúd, se quedó mirando a Dante, tenía las palmas de las manos juntas como orando.

La llegada de Lucrecia y la tía nos interrumpió la conversa, pero ¡Aleluya!, sólo había ido a cambiarse de ropa para irse a la piscina. Al quedarnos solas, inmediatamente Rebeca, casi ignorando la interrupción, continuó, —como te contaba Sabrina, quedé viuda bastante joven, con cierta estabilidad económica, pero perdida, sin saber qué decidir. Así que tomé una opción pragmática, estudié inglés, secretariado ejecutivo, administración básica, todo fueron cursos cortos para poder trabajar lo más pronto posible.

—¡Increíble Rebeca!, ni me imaginaba que habías enfrentado situaciones tan difíciles y para serte sincera no te percibía una mujer tan determinada, ja, ja, ja por eso me caíste súper súper súper... ja, ja, ja. Por cierto, sabes que cuando me referiste el hecho que tu difunto marido, se me olvidó el nombre, con el

primer embarazo evidenció su violencia, recordé que leí que hoy por hoy, se considera una conducta típica de los agresores. Y no creas que se vuelven violentos, así de repente y tal, nooo, según, como los agresores tienen una autoestima muy baja, la violencia se exagera porque temen ser desplazados en la atención y el amor por el hijo o hija, ¡Qué tal! imagínate que en la actualidad se estima como una sintomatología de la violencia machista.

—No sabía eso Sabrina, pues tiene algo de cierto, Giovanni se mostró un dulce cuando novio, pero luego fue una hiel, como esos hierros al rojo vivo para marcar ganado, así marcó mi vida. Algunas veces llegó a forzarme para tener intimidad, no tenía a nadie de confianza que me apoyara ni siquiera quien me oyera. Intenté asomarle el tema a mi cuñada, ni siquiera me dejó terminar la idea, me dijo, los hombres son así, ustedes las venezolanas se divorcian mucho porque no respetan a los maridos. Ella consideraba que era obligación de una esposa con su marido tener intimidad, así ella no quisiera. Nunca más abrí mi boca.

—Rebeca ¿puedo decirte algo?

—Claro, puedes decirme lo que quieras, ya eres mi compinche.

—Por qué empezaste hablándome de un tema y después decidiste hablarme de tu exesposo.

—¡Ay, amiga! Porque ese tema duele... he tenido durante bastante tiempo, una relación con un hombre casado, pero no es solamente ese gran detalle, sino muuuchos más, él es un hombre de dinero, bueno... tampoco ese es el problema, sino que es de una familia ¿Cómo diría? Será de abolengo, eh... tú dirás, ¿De dónde salió ese personaje? Bueno, como te venía comentando, me preparé para salir a trabajar en cuanto pudiera y lo logré, conseguí un excelente trabajo como responsable de una unidad médica que funciona en la clínica de Dante, ¡Ahí apareció el susodicho! y ese es su nombre, ahí lo conocí. Para acortarte el cuento, lentamente nos enamoramos, un amor tormentoso.

—Él vivía acosado mentalmente con la persecución por parte de la esposa y la familia. Huí mil veces de esa relación, pero a la vez que Dante no tenía sosiego ni para tomarse un jugo conmigo, estaba obsesionado “a su manera” conmigo, es decir, como la clínica era de la familia tenía pánico que nos vieran, aunque fuera unos minutos, conversando

en la clínica, entonces, lo que hacía era llamarme mil veces al día, desde su consultorio, algunas veces me esperaba en algún café, esos encuentros no pasaban de una hora. Ah, un detalle, no vive en esta ciudad.

—¡Diosa mía, Rebeca! Ambas relaciones han sido de novela. Por lo que entiendo en tu matrimonio hubo varios tipos de violencias de pareja, inclusive sexual, la más atroz, porque forzar a la pareja a tener relaciones sexuales no tiene otro nombre, sino “violación”. Y con Dante también has vivido una situación de violencia de pareja, la peor de las violencias silenciosas “la psicológica”. Cuéntame cómo viniste a parar por estos lares.

Rebeca me oía con atención, luego que terminé de hablar se quedó callada y al rato acotó:

—No era una situación nada halagadora para ninguno de los dos, pero para mí era peor, estaba atrapada, no podía renunciar a un trabajo que luché para obtenerlo, bien remunerado y gozaba de respeto laboral. Además, sinceramente esa relación marcó mi vida, ha sido el hombre que más he amado, él era educado, gentil, el tiempo que estábamos juntos era cálido, intenso y único. Sabía que era un amor doloroso para mí, un amor entre bastidores, aunque intuía que esa relación era aparentemente oculta, porque una relación de esa intensidad no pasa inadvertida, me sentía expuesta a un conflicto sólo él se engañaba creyendo que nadie lo sabía en la clínica.

Tomábamos café y Rebeca proseguía su narrativa:

—Le rogué que termináramos, ya habían pasado algunos años de relación, estaba consciente que siempre sería esa la única posibilidad de relacionarnos. Dante sabía que me tenía cautivada hasta morir, agoté todos los esfuerzos para que entendiera que me hacía daño, cuando lo emplazaba dejaba de insistir un tiempo y volvía a buscarme. En ese estado de la situación, decidí renunciar, pero no podía irme a lo loco, tenía una hija que mantener, obviamente tuve que recurrir a él por sus contactos en el área de trabajo. Así, vine a parar en estos lares...

Rebeca se desplomó anímicamente, lloró lloró lloró, la abracé cálidamente, pero ella, entre sollozos, retomó la palabra:

—Bueno... amiga, creí que al fin iba a tener tranquilidad, aunque fuera acompañada de una dolorosa nostalgia porque lo amo, pero... no ha sido así, él sin avisarme reaparece y des-

aparece. ¡Ay!, a veces creo que voy a sucumbir a su empeño. ¿Recuerdas el día que teníamos que dramatizar la obra teatral? No me fui contigo, porque ese día llegó a las seis de la mañana, sin mi asentimiento... ¿Cómo te lo explicaba?

No veía bien a Rebeca, había mucha gente, me puse de pie, pero la tapaban algunas personas, me fui acercando hasta divisarla mejor. Allí estaba en la misma posición, con sus manos en gesto de oración, sin reparo en su entorno, me acerqué un poco más, estaba preocupada viéndola desconectada de la realidad, pero también me interrogaba, ¿Será qué es su última jugada y se arriesga...? Me quedé en ese lugar, veía con asombro que las personas iban, venían y daban vueltas alrededor del féretro y Rebeca no se movía. De un momento a otro, se le acercó uno de los jóvenes que habíamos deducido que era hijo de Dante, le dijo algo al oído, ella volteó la cabeza a mirar hacia una gran poltrona que estaba en una esquina, dio media vuelta y camino hacia la misma. La mujer que había entrado cuando oímos un gran murmullo, un runruneo de esos que perturba el alma de quienes, por alguna razón, equivoca o no, creen tener deudas de vida y Rebeca se paralizó, la esperaba de pie...

*Sabrina, como dices tú, tanto disimular, tanto otorgar, tanto callar, tanto... tanto... tanto... y hoy dejo de orbitar, ¡Sí! caigo al vacío... ella, me dijo: —Dante no tenía coraje para dejarme, tampoco tenía coraje para confesártelo, ni para pegar sus pedazos de vida. Hacer que no lo sabía, —mi mejor venganza—. Y yo acá llorando su ausencia, la de siempre, atreviéndome cuando el coraje es inútil, inquiriéndome a destiempo, huérfana de luz porque a los satélites para que se vean se la prestan... ¡Igual lo tuve a él, prestado!*

## Nos acompaña... ¡Sí! Queramos o no... nos acompaña

Siempre nos acompaña, ¡Sí!, nos acompaña a donde quiera que vayamos, queramos o no, nos acompaña. Inclusive quienes creen, en contra de lo que demuestra la vida, que son suficientes para controlar su acontecer, no se liberan de su compañía.

Es sabido por muchas/os que todo lo que entrañamos como humanas/os se balancea en el péndulo de las contradicciones, esa casi ineludible realidad trae a nuestras vidas la inseparable compañera.

Una de las contradicciones que siempre está presente es la decisión/renuncia, sean asuntos cotidianos o trascendentes, cuando escogemos entre opciones, siempre lo hacemos a ciegas, no existe experiencia que la preceda que sirva de referencia, porque los sucesos de vida, además de cumplir con las contradicciones, son como la corriente del agua de los ríos, transcurren sin repetirse. Podemos revivir situaciones parecidas, pero jamás iguales. Así mismo, al escoger también estamos renunciando a ciegas, así sopesemos los pros y los contras de lo que renunciamos, nunca en la vida sabremos, a ciencia cierta, qué hubiese ocurrido si la renuncia hubiese sido otra. Decidir/renunciar trae a nuestras vidas la inseparable compañera y para apaciguarla, desde tiempos inmemoriales la humanidad ha inventado rituales, adoraciones simbólicas, religiones, en fin ... hasta las cartas astrales, el tarot, el libro de las mutaciones (I Ching), leer la mano, el tabaco, con la interpretación de esas creencias simulamos que fue correcta/incorrecta la decisión... o la renuncia.

*En el único suceso de vida en el que está ausente nuestra inseparable compañera es en la muerte, (se la dejamos de herencia a nuestros deudos). Para morir tenemos que estar vivas/os siendo la contradicción -vida/ muerte- la primera en tanto seres humanas/os. Nuestra compañera inseparable es la primogénita de dicha contradicción, es irrevocable. Ser mortales... más que serlo, saberlo, tener consciencia que tener vida es tener muerte, pero sin saber cuándo, cómo, por qué morimos, es un desa-*

*tino ontológico, el cual nos ha llevado, a lo largo de la historia humana, a honrarla, a la muerte más que a la vida, con diferentes rituales según las culturas. Cuando celebramos un año más de vida, celebrábamos también un año más cercano a la muerte, es irrevocable. Nuestra inseparable compañera, no es la muerte, aunque también lo es, sino una consecuencia de esta, la huida de la certeza de nuestra compañera inseparable -la incertidumbre- hija de la primera contradicción de ser humana/o y nos acompañará hasta dejar de serlo.*

# Contenido

|                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------|-----|
| Mi amiga, mis vecinas... aquellas... nosotras... todas      | 35  |
| Juana, miraba a lo lejos... siempre a lo lejos...           | 111 |
| Desbrozando mitos de mujeres... en mi propio espacio        | 143 |
| Desentrañando las sabias... de mi pueblo color de onoto     | 169 |
| Si nacemos aquí o allá... siempre marionetas de un guion... |     |
| el de ellos                                                 | 199 |
| Un hombre pelo de maíz,                                     | 229 |
| cuerpo de arcoíris                                          | 229 |
| Y... amaban la vida por razones en desencuentro             | 231 |
| Migajas de una promesa                                      | 235 |
| Con su mirada esmeralda intentaba expresar lo inefable...   |     |
|                                                             | 241 |
| Mudez de la mirada                                          | 247 |
| Yendo a su adiós...                                         | 251 |
| ¿Cómo se despide a alguien que no estuvo?                   | 251 |
| Nos acompaña... ¡Sí!                                        | 263 |
| Queramos o no... nos acompaña                               | 263 |





La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

**sultanadellago.com**